



STEPHEN BENATAR

*La vida soñada de  
Rachel Waring*

*Traducción de Jon Bilbao*

de

Lectulandia

Rachel Waring es una mujer feliz. Quizá demasiado. Una tía lejana le ha dejado en herencia una mansión georgiana en Bristol, y de la noche a la mañana decide romper con todo. Así que, sin pensárselo dos veces, deja atrás su aburrida vida en Londres, se despide de su trabajo de oficinista y de su deprimente compañera de piso y se transforma en la mujer que siempre quiso ser: devota del amor, la creatividad y la belleza, y siempre con una canción en los labios. Instalada en su nueva casa, Rachel contrata los servicios de un atractivo jardinero, empieza a escribir un libro e impresiona a todos con un optimismo casi insano. Sin embargo, a medida que Rachel se sumerge más y más en un mundo de lujo y de placeres, su entorno empieza a cuestionar lo excéntrico de su comportamiento y lo evidentemente enfermizo de su euforia.

**Lectulandia**

Stephen Benatar

# **La vida soñada de Rachel Waring**

ePub r1.0

Titivillus 08.10.16

Título original: *Wish Her Safe at Home*  
Stephen Benatar, 1982  
Traducción: Jon Bilbao

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Como en anteriores ocasiones, dedico con amor este libro a mi familia, y con especial agradecimiento a Prue, por sugerir cambios pequeños, si bien importantes, para la presente edición.*

*(Gracias también a tu cohorte: Katie y Pascale.)*

*Este libro está también dedicado a Charlotte Barrow. Siempre te estaré agradecido por rescatarlo, en ipS2, del montón de manuscritos no solicitados.*

*Y, finalmente, a mi compañero, John. Gracias, querido.*

**A**l alcanzar la mediana edad mi tía abuela se convirtió casi en una reclusa y, cuando murió, yo recordaba muy pocas cosas de ella, porque la última vez que visité el sofocante semisótano en St. John's Wood había sido treinta y siete años antes, en 1944, cuando yo solo tenía diez años. Quizá mi más vivo recuerdo era el de cómo nos contó, de cabo a rabo y sin cambiar una coma, a mi madre y a mí, al menos media docena de veces, como si de su cuento de hadas favorito se tratara, una obra de teatro titulada *Agridulce*. No puedo creer que fuera el único espectáculo del que había disfrutado de veras, pero así lo daba a entender; quince años después de haberla visto, seguía hablando de la obra como si hubiera asistido a su representación la noche anterior. Y a continuación nos interpretaba siempre las dos mismas canciones. Aquella mujer más bien regordeta se ponía en pie y, con las manos apoyadas sobre el pecho o con los brazos abiertos, la mirada penetrante y empañada, y la voz un poco ronca, entonaba las baladas con un estilo tan vibrante que mi madre y yo bajábamos la vista, y yo me clavaba las uñas en las palmas de las manos, en lo que suponía un extraño momento de comunión para ambas. Y casi cuarenta años después yo aún escuchaba, con toda claridad, cantar a mi tía Alicia: «Al descender las sombras pienso que solo con que...». A continuación seguía un silencio breve y sacramental.

... alguien excepcional de veras me necesitara,  
alguien afectuoso y encantador,  
los pesares concluirían, si supiera que  
él desea tenerme cerca...

Memoricé sin esfuerzo este pequeño fragmento y una tarde, en el recreo, sorprendí a las demás niñas al soltarlo de repente. Las canciones más populares del momento eran *Swinging on a Star* y *Don't Fence Me In* y otras de ese tipo, que te subían la moral y que te hacían un nudo en la garganta, como *The White Cliffs of Dover*, pero aquella canción se convirtió en un éxito fulminante; era una rareza y no dejaban de pedírmela: «La canción de fiesta de Rachel». Mis perversas imitaciones de la anciana (cincuenta y siete años cuando la vi por última vez), que yo ejecutaba exagerando cada vez más y más, me proporcionaban aceptación y reconocimiento. A menudo, por supuesto, me sentía culpable; prometía dejar de hacerlo. Sin embargo, al día siguiente me convencía de que no causaba perjuicio alguno a mi tía abuela y sin duda a mí me reportaba muchos beneficios, en cierto modo. Me resultaba francamente difícil conciliar estas imitaciones con la convicción que ya para entonces tenía: que deseaba con toda mi alma «ir al cielo».

Cada vez que mi madre y yo salíamos de Neville Court, ella decía algo como: «Pobre Alicia. Lo único que se puede hacer con ella es tomársela con sentido del humor».

—¿Está loca? —pregunté en una ocasión.

—Por Dios, no. O al menos...

Aguardé.

—En caso de estarlo —continuó—, es completamente feliz. Muchos le envidiarían esa forma de locura.

En mi opinión, la tía Alicia no era precisamente la viva imagen de la felicidad: rechoncha, mejillas fofas, la cara densamente empolvada; usaba vestidos que, como decía mi madre, debían de llevar en el armario toda la vida, y que probablemente no le quedaban bien ni cuando eran nuevos. Una mujer que, como luego llegué a creer, escrutaba los rincones oscuros de aquella estancia recargada y sofocante en busca de algo inasible, seguramente de alguien excepcional, alguien afectuoso y encantador. No, a los diez años, no me parecía en modo alguno una persona envidiable. Ni me lo pareció cuando tuve veinte, la verdad. Ni treinta... ni nunca.

Y luego mi madre dijo:

—Lo cierto es que una vez tu padre mencionó ciertos antecedentes de locura en su familia. —Pausa—. Así que las niñas *malas* deberían estar atentas, por lo que pueda pasar. ¿No crees?

Por la risa que siguió al último comentario me di cuenta de que se trataba de una broma. En cualquier caso, yo no era especialmente mala. En general era una niña tranquila que no buscaba llamar la atención de los demás. Me habría sorprendido —y aterrado— saber lo que en breve se revelaría en el patio del colegio.

Cuidaba de la tía Alicia una irlandesa grandullona y jactanciosa llamada Bridget, que puede que una vez me salvara la vida, al soltar un grito, cuando yo iba a pulsar el interruptor de la luz de la cocina con las manos mojadas y cubiertas de jabón. Y cuando mi tía abuela se mudó de St. John's Wood sin informar a nadie de a dónde se dirigía, Bridget la acompañó. Ni siquiera dieron su nueva dirección al portero; y él no recordaba el nombre de la empresa de mudanzas. Dejamos de recibir felicitaciones de Navidad y de cumpleaños, y poco a poco nos olvidamos por completo de Neville Court y de la vida recluida que allí se llevaba. El fragmento de canción y las imitaciones —si se las podía llamar así— se volvieron cosas del pasado.

Ni siquiera cuando mi madre falleció tuve noticias suyas. Sin detenerme a pensar mucho en ello, supuse que Alicia también habría muerto.

Pero no era así. Por aquel entonces aún le quedaban una docena de años por delante.

Supe posteriormente que ella y Bridget habían ido a parar a Bristol; y que allí Bridget se suicidó a los ochenta y cuatro años, y allí la tía Alicia, diez años mayor que ella, había seguido conviviendo con el cuerpo sin vida de Bridget, en la misma casa; una situación que solo salió a la luz al cabo de dos semanas, dos semanas de cellisca y nieve y temperaturas bajo cero. Bridget fue trasladada al depósito de cadáveres del St. Lawrence's, y Alicia al pabellón geriátrico del mismo hospital.

—Una historia trágica... —me contó la señora Pimm, la asistente social, una mujer de cara redonda y rebosante de salud, cuando por fin me decidí a hacer

averiguaciones—. Trágico —reiteró, en un tono que parecía denotar satisfacción y que, a pesar del tiempo transcurrido, mantenía el entusiasmo del buen narrador—. La anciana solo aguantó un mes o dos. Qué manera de acabar... Imaginarlo ya es espantoso, ¡no digamos hablar de ello! ¡Más aún si pensamos en sus orígenes! Saltaba a la vista que provenía de una familia de clase media, con una posición acomodada, que probablemente habría recibido una educación rigurosamente victoriana. Seguro que tuvo una niñera que le empolvaba amorosamente el culito... Una chica mona, imagino; la típica niña mimada...

La señora Pimm frunció los labios y meneó la cabeza y guardó silencio: un pésame bastante poco convincente. Su pequeña oficina, blanca y funcional por lo demás, albergaba una foto enmarcada de su familia sobre el escritorio y dos acuarelas de gran formato en la pared, ambas de jardines.

—Como la mujer de los gatos —dijo.

—¿Gatos?

—Sí. ¿No lo ha leído? Nueve. Sus mascotas. Cuando murió, también ella muy vieja, las pobres criaturas no tenían nada de comer, así que la devoraron a *ella*... y después se devoraron entre sí. Bueno, así es la naturaleza, la supervivencia, supongo. Pero la más pequeña de mis niñas me dijo: «¿Mamá, y si no aguantaron hasta el último momento?». La hice callar de inmediato, claro, pero luego no me lo podía quitar de la cabeza.

Sentí un escalofrío.

—Y a menudo pienso que también ella habría sido un bebé al que le empolvarían el culito, y que estaría rodeada de regimientos de parientes que la adorarían y la besarían en la boquita... Toda la carne en torno a la boca, ¿sabe usted?, estaba desgarrada.

Cerró los ojos y realizó una serie de solemnes asentimientos.

—Horrible.

—Estoy segura de que nunca pensó que acabaría así.

En cierto modo, su risa no fue cruel, pues más que de la pobre mujer con nueve gatos de zarpas afiladas, se reía de las ironías que tiene la vida.

—Linda Darnell, la gran actriz, murió en un incendio —siguió—. C. B. Cochran, escaldado en la bañera. Seguro que hasta ese momento habían sido la envidia de todos: sus vidas cuajadas de éxitos, el *glamour*...

No cabía duda de que coleccionaba un catálogo de desgracias similares. Y sí, provocaban en ella algo próximo al entusiasmo: un mecanismo compensatorio mediante el cual se protegía de la carencia de belleza o *glamour* o éxito que echaba de menos en su propia vida.

La oficina se había ido volviendo más y más claustrofóbica: las paredes se acercaban, el techo descendía. Era imposible que aquella mujer te cayera bien. Me contó la historia de un tipo que se había tirado al vacío desde una ventana en Nueva York. Estaba decidido a matarse y lo logró. Pobre hombre. Además, mató al caballero



sobre el que había aterrizado. Seguro que pensó que las cosas no podían empeorar, pero debía haber hecho caso a William Shakespeare, ¿verdad? Las cosas *siempre* empeoran.

Definitivamente, era imposible que te cayera bien.

Y sin embargo seguí allí sentada, y sin embargo la escuché. ¿Por qué? Al final logré reconducir la conversación al tema de mi tía abuela.

—¿Está al corriente de que estaba majareta? —preguntó—. El misterio es... ¿cómo se las apañaron ella y la irlandesa para sobrevivir? Ya hubiera resultado increíble que lo lograran durante treinta y siete días, ¡pero treinta y siete años! A veces, según los vecinos, eran las personas más dulces del mundo, ¡pero otras veces las oían gritar de tal manera que temían que se estuvieran matando entre ellas! Igual que un manicomio, decían los vecinos. Daban gracias al cielo por lo sólido y grueso de aquellos muros. Presentaron innumerables quejas en el ayuntamiento.

Pregunté cuál había sido el resultado de esas quejas, pero la señora Pimm pareció no oírme.

Dijo:

—Uno se imagina que los últimos días de su existencia transcurrirán apaciblemente, ¿no? El comienzo de una época dorada. Los rayos del sol poniente reflejados sobre el agua. No la mugre —me dejó caer—, la miseria. La montaña de basura en una habitación, en una de aquellas habitaciones tan espaciosas...

Sin embargo, yo ya estaba al tanto; lo había visto con mis propios ojos.

Me acompañó a la salida; insistió en escoltarme hasta la puerta principal.

—Y ahora, aquí está usted —dijo—. Supongo que ninguno sabemos lo que nos aguarda a la vuelta de la esquina.

Creo que su intención fue, de algún modo, tranquilizarme. Mientras la señora Pimm regresaba a su fotografía en color de un marido con mejillas iguales a las suyas, rojas como manzanas, y de tres hijas con sonrisas idiotas, mientras regresaba a sus jardines veraniegos repletos de rosas, yo caminaba pensativa hacia la parada de autobús y recordaba cómo Bridget, mientras metía la tarta en el horno, me dejaba rebañar con el dedo el cuenco donde había preparado la masa. Me acordé de cuando me contaba las películas que veía en sus días libres, y de cuando me hablaba de los dos rebeldes sobrinos que tenía en Donegal, y que pretendían casarse conmigo.

Naturalmente, pensé asimismo en mi tía abuela. Volví a oír sus descripciones de vestidos de baile —todos en tonos pastel— que giraban y giraban, y de lady Shayne, anteriormente Sarah Millick, enemiga de los convencionalismos y siempre huyendo de la felicidad (y también de la tragedia, ¿pero no sería que había sacrificado la primera para evitar la segunda?), ya canosa y con más de setenta años, pero conservando la figura juvenil y luciendo un exquisito vestido largo. Al final de la obra, debido al ensimismamiento de cuantos hasta entonces la habían rodeado, se queda sola en el escenario. Lentamente, lo recorre hasta ocupar el centro. Al principio permanece inmóvil. A continuación comienza a reír. Una risa extraña, entrecortada,

desdeñosa. De pronto despliega los brazos.

Aunque mi mundo se ha venido abajo,  
aunque el final se halla próximo,  
os amaré hasta la muerte.  
¡Adiós!

En eso pensaba mientras esperaba pacientemente el autobús que me sacaría de allí: en la única velada sin mácula de la extensa pero decepcionante vida de la tía Alicia; una velada repleta de simpatía, excelencia, gozo y, casi con toda seguridad — a sus cuarenta y dos o cuarenta y tres años—, de esperanzas de romance.

—¡Sylvia! ¡No puedo creerlo! ¡Escucha! —Era sábado y desayunábamos más tarde de lo habitual; ella leyendo el periódico de ese día, yo el de la víspera. Yo me entretenía en la sección de anuncios personales. «El amor es un paracaídas de seda roja. Cuídate. Bandadas de besos.»

«¿Divorciado? ¿Separado? ¿Soltero? Conoce a gente nueva en fiestas privadas.» Juzgaba poco caritativamente a la feliz pareja cuya imagen acompañaba este anuncio —en especial al hombre—, cuando mis ojos, como si fueran un paso por delante de mi mente, advirtieron algo familiar en la siguiente columna. Di un respingo. Había leído mi nombre.

—¡No!

Me sentí como si estuviera aprisionada en una cabina de cristal y una densa niebla girara a mi alrededor.

—¡Sylvia! ¡No puedo creerlo! ¡Escucha!

Mi compañera de piso había bajado con estrépito su periódico y me miraba fijamente por encima de las hojas, frunciendo el ceño y con los ojos achicados para protegerse del penetrante humo de su Marlboro.

—¡Venga! ¡Suéltalo!

Lo leí con atención. «Se ruega a la persona cuyo nombre de soltera era Rachel Waring, con último domicilio conocido en Marylebone, en el año 1944, que se ponga en contacto con los señores Thames & Avery (a la atención de Wymark), Bristol 5767, con el objeto de recibir noticias que redundarán en su beneficio.»

Se hizo el silencio.

—¡Jesús! —me interrumpió Sylvia.

El zumbido persistía en mis oídos. ¡Estaba como en una nube!

—¡Cariño, no te quedes ahí sentada! ¡Corre al teléfono!

Rompió a toser, si bien por una vez no se me encogió el estómago.

—Debe de ser la tía Alicia —dije.

—Nunca has mencionado a ninguna tía Alicia.

—No sabía que siguiera viva.

Sylvia rompió a reír y las carcajadas derivaron en otro ataque de tos.

—Joder, ¡espero que no!

Volví a mirar el periódico.

—¿Qué le haría ir a Bristol?

—¿Y qué más da? ¡Muévete, Raitch! ¡A ver de qué va eso!

Pero enseguida averigüé que los señores Thames & Avery no ejercían la abogacía los sábados.

El lunes, a la hora del almuerzo, Sylvia me llamó a la oficina.

—¿Y bien? —preguntó. Me la imaginé sacudiéndose la ceniza del jersey mientras

hablaba; a veces puedes acabar casi odiando a alguien por un motivo tan trivial que hasta te avergonzaría reconocerlo.

Confirmé que se trataba de la tía Alicia.

—¿Y *era* asquerosamente rica?

—No. Parece que dejó un montón de deudas.

Sin embargo eran menos de las que habían parecido en un principio, y la venta de parte del mobiliario, como me había sugerido el señor Wymark, bastaría sobradamente para cubrirlas. Aunque no era un experto, como él mismo había reconocido, creía que el polvo y las telarañas ocultaban piezas de valor.

—¿Y *eso* era lo que iba a redundar en tu beneficio? —preguntó Sylvia. No obstante, a pesar de su decepción, me pareció detectar una leve nota de alivio—. ¿Me estás diciendo que *no* has heredado millones?

—No tanto.

—¡Maldita sea! ¡A la mierda el gran regalo que esperaba que me hicieras!

Puede que me hubiera equivocado.

A continuación se impuso el sentido común.

—Pero tiene que haber quedado algo.

—Sí, algo queda —concedí.

—¡Suéltalo, por amor de Dios!

—Su casa.

—¿Su casa? ¡Su *casa*! Rachel Waring eres..., eres... ¡Gastas unas bromas muy crueles! —Soltó un silbido, al que siguió una carcajada—. ¿Dijeron si está en una zona decente?

—En una zona decente sí, pero no en un estado decente, ni mucho menos. Dos ancianas solas... e imagino que seniles. Ya te puedes hacer una idea.

—Jesús. No suena muy alentador. Pero no importa. ¿Cuándo irás a verla?

Y añadió:

—¿El próximo fin de semana? Una buena excusa para librarme de la fiesta de Sonia.

Pero yo había previsto ese momento y, a pesar de cierta inquietud, había trazado un plan de contraataque, no sin una leve satisfacción.

—En realidad estoy pensando en ir mañana. Tomarme el día libre.

Siguió una pausa de varios segundos.

—¿Sigues ahí, Sylvia?

—Sí. Haz lo que quieras, querida. Es tu casa, por supuesto. —El tono fue lúgubre.

—Comprende que el sábado no es el mejor día para el señor Wymark.

—Una excusa muy floja.

El señor Danby no se mostró mucho más complacido que Sylvia. «Bueno, señorita Waring, ¡mi enhorabuena! No se me ocurre nadie que lo merezca más. Me complace enormemente. ¿Pero a qué viene tanta prisa? Doy por sentado que, con un poco de suerte, su casa seguirá en pie el sábado.»

Ni en los once años que llevaba trabajando en el Departamento de Venta por Correo ni en los siete que llevaba siendo su mano derecha, había solicitado más tiempo libre del necesario para hacerme un empaste o para asistir a una consulta médica.

Muy bien, señor Danby, le ha llegado la hora de enterarse. De enterarse de que a todo cerdo le llega su San Martín.

Trabajé como de costumbre el martes, el miércoles y el jueves. El viernes llamé para decir que no me encontraba bien.

Luego pedí un taxi para ir a la estación.

Pues tampoco hay tanta diferencia entre el viernes y el sábado, podría decir usted. Pero se equivocaría.

En primer lugar, ir el viernes significaba poner en práctica mi recién descubierta independencia; era una propietaria. Significaba, asimismo, que podía viajar sola, que podía leer una novela durante el viaje, ir al restaurante que me apeteciera: vivir una pequeña y tonta aventura.

Significaba que podía ser yo misma.

Y la mujer de mediana edad, hasta entonces sosa e insegura, que dijo al taxista: «A Paddington, por favor», se sentía más como una chica de diecisiete años que partiera hacia climas exóticos. A los diecisiete se me presentó la oportunidad de ir a París, esa clase de oportunidad que surge sólo si encuentras una compañía adecuada. En mi caso habría sido la de otras cinco chicas, y podría haberse tratado de una experiencia trascendental para mí. La chica cuyos padres habían puesto el anuncio era, sin la menor duda, perfecta. Durante la hora más o menos que pasé con ella en el Richoux, se mostró segura de sí misma y amable y encantadora. Era de esperar que todas sus amigas se le parecieran bastante.

Sin embargo, yo nunca había salido de casa, no sin mi madre, salvo una vez, cuando ella estuvo enferma y los vecinos de arriba se ofrecieron para cuidar de mí. De manera irracional (yo sabía que era irracional), cualquier lugar a más de cincuenta millas de Londres me parecía ajeno a la realidad. Me lo imaginaba desprovisto de comodidades, hostil casi; y en el último instante hice lo que me había jurado que esa vez no haría: perdí los nervios. Estaba francamente agradecida a mi madre cuando colgó el teléfono, y, no obstante, al mismo tiempo, decepcionada e incluso resentida; agradecida porque ella no parecía molesta, y resentida por el mismo motivo. Esa tarde me llevó a ver *Oro en barras* al New Gallery en Regent Street. Pero a los diecisiete perdí la oportunidad de ir a París... y estaba convencida de que ese viaje habría cambiado mi vida.

«Salta a la vista que eran una familia adinerada. —Solté, malhumorada, a la mañana siguiente, durante el desayuno—. Me sorprende que no me hayas obligado a ir. Sé cuánto idolatras a los ricos.»

Mi madre rodeó la mesa y me abofeteó. Pero no sugirió que volviera a llamar y preguntara si aún estaba a tiempo de cambiar de parecer. Yo, asustada y esperanzada

a la vez, confiaba en que lo hiciera.

Pero no me habría atrevido ni a insinuarlo.

Treinta años después, sin embargo, rumbo a mi primera aventura de verdad, volvía a tener diecisiete años, y partía hacia París.

**E**l exterior de la casa era precioso. Terrazas, buena altura, siglo XVIII, elegante. La cantería necesitaba una limpieza y los marcos de las ventanas requerían cierta atención, al igual que la puerta principal y otra media docena de cosas. Pero era preciosa. No sé por qué, no me lo esperaba.

—¿Quién fue Horatio Gavin? —Filántropo y político, había residido allí, por lo visto, desde 1781 hasta su muerte en 1793—. ¿Debería conocerlo?

La mirada del señor Wymark siguió la dirección de la mía, hacia la placa colocada entre las ventanas de la planta baja. Era un hombre joven, menudo y, bajo un abrigo de buen corte, vestido de negro riguroso.

—Hizo mucho a favor de los pobres —comentó—. Trató de introducir algunas reformas. Ese tipo de cosas.

—Buena gente.

—Sí. Pero, si no recuerdo mal, no tuvo mucho éxito. Un adelantado a su tiempo, seguramente.

Me cayó todavía mejor, el antiguo residente. Con cierta perspectiva, siempre hay algo conmovedor en el fracaso.

Pasamos adentro y, por alguna razón —con mis tacones altos repicando sobre las tablas desnudas del suelo—, iniciamos el recorrido desde lo más alto de la casa. Dejando el sótano al margen, cada una de las tres plantas disponía de dos hermosas habitaciones. Al principio me pregunté cómo se las habría apañado la tía Alicia con unas escaleras tan empinadas; y también Bridget, por supuesto. La respuesta era que no lo habían hecho; al menos durante sus últimos años. Se habían limitado sobre todo a la planta baja.

Las habitaciones del piso superior tenían un aire dickensiano. Casi esperabas encontrarte allí con la señorita Havisham sentada a solas al atardecer, la eterna solterona ataviada con su vestido de novia, cubierta de telas de araña y presa de la desolación.

Parecía un museo sin un ordenanza que se encargara de retirar el polvo. Las mayores piezas expuestas allá arriba consistían en varias cómodas, un armario de caoba, dos divanes individuales, un clavicordio y un telar.

—Tal como le dije —señaló el señor Wymark—, salta a la vista que poseían buenas piezas.

Asentí. No recordaba el clavicordio, pero el telar me sonaba. Puede que mi tía abuela se hubiera colocado cerca de él en alguna ocasión mientras se servía el té.

—¿Bridget, por qué cortas rebanadas tan espantosamente gruesas?

—Le gustarán, seguro.

—Gruesas como escalones; ningún refinamiento. ¡Qué irlandés!

—Disculpe la pregunta —no fue Bridget quien lo dijo—, pero ¿se encuentra usted

en situación de invertir algún dinero en todo esto? Probablemente le cueste unos miles, aunque será una buena inversión. Y, por cierto, conozco a un manitas que me gustaría recomendarle. Y también le puedo poner en contacto, cuando ponga usted la casa en venta, con alguien que...

—No tengo intención de ponerla en venta. ^Se mostró sorprendido. También lo estaba yo; más incluso, probablemente. Rara vez tomo decisiones impulsivas.

—Disculpe —dijo—. Había pensado que...

Era comprensible. Antes de ver la casa, no se me había ocurrido que pudiera querer conservarla. Mis raíces estaban en Londres; también mis amigos —los pocos que tenía—, mi trabajo y mis intereses. Lo familiar podía resultar tedioso e insatisfactorio. Pero también cómodo; seguro.

—¿Quiere decir —continuó el señor Wymark— que va a ponerla en alquiler?

—¡Por Dios, no! Quiero decir que tengo intención de vivir aquí. ¡En serio! Hay algo en el ambiente... —Busqué la palabra idónea—. ¡*Seducitor!* No me diga que no lo ha sentido.

Se limitó a responder secamente:

—Me temo que todavía no ha visto la planta baja. No con detenimiento.

Pasé por alto el comentario.

—Es extraño; nunca he pensado que fuera sensible a los ambientes. Pero creo que mi tía abuela debió de ser más hospitalaria de lo que recuerdo.

No dijo nada.

—O quizá este lugar era ya hospitalario antes de que ellas se mudaran. ¿Antes de 1944?

Porque lo cierto era que «hospitalaria» no se encontraba entre los adjetivos que asociaría con Alicia. Los que me venían a la cabeza eran más bien «eterna sufridora» o «melancólica», salvo, por supuesto, cuando la animaban los recuerdos de *Agridulce*. Bridget era la hospitalaria.

Nada de lo que luego me contaría la señora Pimm sobre gritos e insultos alteraría de manera significativa mis recuerdos de suavidades empolvadas, de miradas tristes a los rincones oscuros, del hecho de que quizá me salvaron la vida en la cocina, del buen sabor de la masa de las tartas, de los resúmenes de películas con que me embelesaban y de las historias sobre robustos jóvenes, impacientes por casarse conmigo.

Sería benévola; las diferencias entre las ancianas no dejarían en mí una huella mayor que la que parecían haber dejado en la casa. Es una lástima que eso no suceda siempre; una lástima que las últimas impresiones sean con tanta frecuencia las que perduran. ¿Cuántos querríamos que nos recordasen por lo que fuimos al final?

Se me ocurrió de repente que Bridget, cuando llegó a Bristol, debía de tener cuarenta y siete años; mi edad en ese momento. Algo en lo que pensar.

Resultaba evidente que las dos habían vivido, dormido y hecho la colada, además de cocinado, en una habitación de la planta baja. Entre dos catres, había un hornillo



de queroseno Primus con una costra de grasa; un aguamanil junto a una palangana mugrienta; ante las ventanas, colgaban largas cortinas de terciopelo, originariamente de color burdeos. El tejido estaba gris —casi gris oscuro—, tan podrido que el más leve contacto lo desintegraba. Me fijé en que el Primus llevaba el eslogan: «La buena compañía».

Y allí vivía también la población vegetal; todas las plantas —o sus sucesoras—, demasiado grandes para los tiestos en que crecían, que habían sido uno de los rasgos característicos de la casa de St. John's Wood. Una de ellas, increíblemente, todavía mostraba signos de vida.

En comparación, la otra estancia estaba desnuda. Allí, como fui detalladamente informada, los desechos de años y años se habían ido apilando en un montón que rivalizaba con el vertedero municipal; en el centro de la estancia la montaña había tocado techo. Y a pesar de que el ayuntamiento había fumigado, a pesar de que el exterminador había puesto veneno para los roedores, el aire seguía siendo fétido, las paredes estaban húmedas, descoloridas; en algunos lugares el papel colgaba como la muda de piel de una serpiente.

El abogado me sonrió afable.

—¿Le hace esto reconsiderar la situación?

—En absoluto.

En el angosto patio trasero, poco más que un erial con suelo de hormigón, descubrimos un retrete repugnante (no usaban eso, ¿verdad?) y un par de carboneras.

El señor Wymark prestaba atención a mi reacción. Me sorprendió la idea, repentina e incómoda, de que yo no le caía bien; cosa que no me pasaba solo con él, pues por aquella época tenía la sensación de no caerle bien a nadie. En todas partes me parecía entrever segundas intenciones.

Me recompuse. En la vida que había llevado hasta entonces, como una ancianita, sufría una terrible manía persecutoria. Cerraba con llave cada puerta, ventana, cajón y armario, encontraba dobles intenciones en cuanto decía la gente, me preguntaba por qué los presuntos amigos no me escribían, o por qué lo hacían; no quitaba ojo a la denta que me precedía en la cola del supermercado para asegurarme de que no ponía ninguno de *mis* artículos en *su* bolsa; revisaba y volvía a revisar el recibo que me entregaba la cajera: puede que la chica se hubiera vuelto loca o quizá hubiera algo en mí que no le gustaba...

No. No. ¡No!

Sonreí.

Volví a mirarlo.

Era un joven moreno, bien afeitado, dueño de sí mismo, que, claramente, no albergaba más que buenas intenciones. Dije:

—Gracias por enseñármelo todo, señor Wymark. Ha sido de lo más amable. Ahora acompáñeme y permítame invitarle a un café y un bollo de Chelsea.

Creí sonar como la tía favorita de cualquiera.

Pero él miró su reloj y, distraído, mencionó otro compromiso y dijo que, si no me importaba, nos veríamos más tarde en su oficina. ¿O prefería que me dejara en algún sitio?

Esperó mientras yo regaba la única planta superviviente y le dedicaba unas palabras de ánimo. Eso pareció revigorizarlo; como si lo hubiera regado a él, como si me hubiera dirigido a él, suave y persuasiva.

—Veo que tiene buena mano con las plantas —dijo.

—Mi madre no estaría de acuerdo con usted.

—En cualquier caso, puedo ponerla en contacto con alguien a quien sin duda se le dan muy bien; ¡alguien que haría maravillas con su jardín! Un amigo mío, un universitario. Se llama Allsop.

Se lo agradecí y volví a decirle lo amable que era.

—Tiene usted muy buenos contactos.

—He vivido en Bristol toda mi vida.

—¿De veras? ¿Llegó a conocer a mi tía abuela? ¿La atendió usted mismo? —No se lo había preguntado hasta entonces—. Y si fue así, ¿qué opinión le merecía?

—¿Se refiere usted a cuando hizo testamento?

—Sí.

—Debería haberla informado, señorita Waring, de que entonces yo ni siquiera había nacido.

—¡Oh, Dios! ¿Fue hace tanto? Me hace usted sentir muy vieja.

Añadí rápidamente:

—Pero no es que haya perdido la cabeza del todo. Podría haber mantenido el trato con su firma por algún otro asunto...

—Podría haber sido. Pero la verdad es que no sucedió.

A continuación, con un sentimiento similar a la tristeza, lo vi alejarse, al hombre moreno, bien afeitado, dueño de sí mismo, que, de forma tan manifiesta, no albergaba más que buenas intenciones.

No obstante, no me devolvió el gesto de despedida y pensé que, por algún motivo, no me había cogido cariño.

—**M**e gustaría haber sido la tía favorita de alguien —dije—. Creo que habría sido divertido.

Me dirigía a la mujer a la que le había preguntado en el salón de té si le importaba que compartiéramos la mesa.

Ella sonrió, dudó, y finalmente dijo:

—A lo mejor no es demasiado tarde.

—Sin hermanos, sin hermanas, sin marido; ¡algo me dice que sí lo es!

—Lo lamento.

—¿Ha visto usted *Dear Brutus*?

—¿*Dear Brutus*? ¡Sí! Una obra adorable.

—¿No sería maravilloso que todos disfrutáramos de una segunda oportunidad?

Asintió; parecía más relajada.

—Yo habría ido a la universidad y recibido una buena educación. —Cosa que le habría venido muy bien, la verdad—. Pero, por lo demás, no habría querido que las cosas fueran muy diferentes, creo.

Soltó una risa que no venía a cuento y reunió su novela y su revista preparándose para marcharse. Pobre mujer. Qué poca imaginación. (Y qué sombrero tan soso, horrible.) Sin embargo, me percaté de que la envidiaba.

—¿Qué hay de usted?

Lo preguntó como si se sintiera obligada. Se estaba poniendo un guante.

Sentí una inquietud repentina pero pasajera al pensar en mi propio sombrero.

—¿Yo? —Siempre he opinado que no tiene sentido implicarse en una conversación seria si no estás dispuesta a confesar cada detalle—. Supongo que, por encima de todo, no habría sido tan estúpidamente amable con mi pobre madre.

Eso pareció incomodarla.

—¡Estoy segura de que su madre lo apreciaba! De hecho, estoy completamente convencida. ¡Ah, vaya, por ahí viene mi autobús! Lamento irme así. —Me dedicó una sonrisa de camino a la puerta y se precipitó a la calle.

Yo no había visto ningún autobús.

—No. —Meneé la cabeza—. Ella consideraba que era su derecho y mi deber. Pero esa es una historia muy, muy vieja. Nada nuevo bajo el sol, como suele decirse.

Pero aquel era un día feliz. No uno para sumirse en tristezas. Cogí la nota, sumé las cifras.

Después de todo, yo no era precisamente la ganadora de un concurso de belleza. Así que no había razón alguna para suponer que, de no haber estado atrapada en casa con mi madre, me habría cortejado algún caballero como el señor Darcy o Rhett Butler o Jervis Pendleton. No había ninguna razón.

¿O sí la había? Me puse los guantes con alegre decisión. De repente, me parecía

importante estar alegre. En Londres rara vez lo estaba; en el trabajo, casi nunca. Seguí sentada a la mesa sumida en mis pensamientos y el regocijo fue en aumento. Fue como si hubiera experimentado una revelación. Allí, en el salón de té, entre los bollos con fruta escarchada y los donuts rellenos de mermelada. Ni siquiera estaba segura de qué la había causado. En el pasado, había dado varias veces con el momentáneo secreto de la felicidad: coraje en una ocasión, aquiescencia en otra, gratitud en una tercera. Pero esta vez había algo distinto, una seguridad, una sencillez... Quizá se tratara del momento idóneo para descubrir el verdadero y absoluto secreto. Alegría, me dije. Viveza. Pensamiento positivo. A punto estuve de aplaudir. Aún a la mesa, en el local vacío, supe que, respecto a la casa, había tomado la decisión correcta. Bristol, antes nada más que un nombre para mí, iba a tratarme bien, me proporcionaría un nuevo comienzo. En mi imaginación Londres se había vuelto gris (¿lo había sido siempre, quizá?). Bristol era de un resplandeciente tecnicolor.

Eran tan distintos entre sí como Kansas y la tierra de Oz.

**M**i madre era tonta. Se lo explicaba a la mujer del salón de té mientras paseábamos por el parque; aunque no tenía ninguna necesidad de hacerlo. A mi madre siempre le preocupaba, dije, lo que ella consideraba la forma correcta de comportarse.

—Y hay algo en concreto que hace que todavía se me encoja el estómago.

—¡Oh, vaya!

—¡Sí! Cuando yo era niña me ordenó que rechazara siempre los regalos en forma de dinero. Y no me refiero solo a regalos de desconocidos, sino también a los de mis propios parientes. Me recuerdo diciendo una y otra vez: «No, no, gracias. No puedo aceptarlo», pero luego, después de mucho engatusamiento: «Bueno, es muy amable por su parte», y más tarde a mi madre: «Lo intenté, de verdad que lo intenté».

La mujer del sombrero emitió unos sonidos de comprensión.

Proseguí.

—En cierta ocasión fue un anciano primo de mi padre el que obtuvo la respuesta acostumbrada. Sencillamente, se encogió de hombros y volvió a guardar el billete de una libra en la cartera. «Muy bien, en ese caso, si de verdad no lo quieres...» Mi decepción debió de saltar a la vista. Sacó de nuevo la cartera. «No es que no lo quiera», mascullé, colorada, «es solo que...». «¿Solo que qué?», preguntó.

«“Intentaba ser educada.”

»“Rachel, no intentes ser educada. Solo tienes que ser natural. Sé una niña.”

»Más adelante (las dos historias guardan relación), mi madre pasó una Pascua en el hospital y yo me quedé con la pareja de ancianos que vivía encima de nosotras. El domingo por la mañana no había ningún huevo junto a mi plato (por supuesto, no esperaba que lo hubiera), pero lo que sí había era un paquete de barras de caramelo Ross's Edinburgh. Cuando me senté y lo vi, me alegré muchísimo; en aquella época no era normal que te regalaran tal cantidad de dulces. Sin embargo no dije nada, porque también me habían aleccionado a no asumir que algo era tuyo hasta que te lo daban. Al cabo de un rato la señora Michaels, una mujercilla de piernas largas y delgaduchas, de espalda algo encorvada, se puso en pie de repente y, saliendo de la habitación, increpó a su marido: “Se suponía que era una sorpresa. ¿Por qué no le gusta?”.

»Me quedé sentada en silencio, estupefacta, durante un largo minuto, mirando como una boba el regalo, y luego dije en voz baja: “Sí que me gusta. Mucho”. Aunque para entonces el señor Michaels se había ido tras su mujer y nadie me escuchó.

»Nadie vio tampoco, cosa que agradecí, las lágrimas que me rodaban por las mejillas.

»No supe qué hacer con las barras de caramelo. Llevé los platos sucios al

fregadero y los lavé, y guardé la caja de cereales y la mantequillera y la mermelada, pero acabé dejando el paquete en la mesa. No sabía qué decir.

Me encogí de hombros.

—Sencillamente desapareció y nadie volvió a hablar de él. Aún me quedé con los Michaels tres días más. Me pareció una visita terriblemente larga.

—¡Qué mala suerte! —dijo la mujer.

—Sí, mi madre era una persona muy tonta. Esnob y mezquina y manipuladora; muy diferente a como era cuando vivía mi padre. Junto a él, quién sabe, ella podría haber seguido siendo la madre de mis más tempranos recuerdos. ¡Junto a él, no puedo ni imaginar lo distinta que habría sido mi vida!

—No, estoy segura de que no.

Alcé la mano en un gesto de meritorio estoicismo.

—Bueno. *C'est la vie!*

Un pato —bicho maleducado— nos enseñó el trasero. A lo mejor la señora del salón de té habría mostrado más interés en mi historia si yo le hubiera imitado.

—¡Allí está su autobús! —exclamé—. ¡Tenga cuidado con su cesta!

La vi correr hacia la salida del parque, perdiendo por el camino un libro de la biblioteca, el *Womans Weekly* y un ovillo de lana verde lima. El sombrero se le cayó sobre los ojos. Le quedaba bien. La hacía parecer más elegante.

Sylvia se enfadó (se superenfadó) cuando la llamé para decir que pasaría la noche en Bristol.

—¿Cuándo demonios lo has decidido?

—Oh..., hace una hora, más o menos.

La falta de previsión que le demostraba a Sylvia al no haberme llevado el cepillo de dientes hizo la respuesta verosímil. Mi mano se había detenido sobre él aquella mañana («Por si acaso», me dije, pues entonces se trataba de la más lejana de las posibilidades); sin embargo, la astucia materna se impuso. Había deslizado un camisón en el bolso y una muda de ropa interior y unas medias, nada más.

En el taxi, no obstante —puesto que ahora era una adolescente de camino a París —, la más lejana de las posibilidades escaló puestos hasta situarse en cabeza. En Paddington pedí el billete de regreso para el fin de semana.

Y, apenas ocho horas y media después, confiaba en que mi tono distendido lograra calmar a Sylvia.

—¿Sigue lloviendo en la ciudad? Aquí, desde el primer momento, ¡ha hecho un tiempo adorable! ¡Absolutamente adorable! ¡Desde el mismo instante en que me apeé del tren!

—Eso termina de hacer perfecto mi día —dijo—. Muchas gracias. —Colgó.

No tenía por qué sentirme culpable, me dije. Sylvia solo actuaba como era de esperar en ella. Compré un cepillo de dientes y un tubo de dentífrico en una farmacia.

—Parece que el invierno nos está respetando —dijo el hombre de cabello entrecano tras el mostrador. Estábamos a finales de marzo.

—¡Qué pesimista! —exclamé—. El invierno ya ha terminado.

Se rio.

—Sí, tiene usted razón.

Lo interrogué acerca de la ciudad.

—La verdad es que en breve vendré a vivir aquí.

—No lo lamentará. Es un bonito sitio.

Me agradó comentar mis planes. En cierto modo, lo hacía más oficial. No habiendo hablado con nadie más que con Sylvia —a la que, naturalmente, todavía no había informado de mi decisión—, sabía que de regreso a Londres podría vacilar. Necesitaba comprometerme con alguien.

—¿Entonces volveremos a verla? —preguntó el farmacéutico.

—Sin duda.

—Así lo espero, en cualquier caso.

Mientras caminaba por la calle bajo el pálido sol vespertino reflexioné sobre sus últimas palabras. *Así lo espero, en cualquier caso.* Me pareció raro que lo dijera, incluso innecesario, a menos que lo dijera sinceramente.

Sonreí. No cabía duda. Era una ciudad de lo más deliciosa.

Aceleré el paso, felizmente consciente de que había llegado la primavera. Un encantador vestido rojo llamó mi atención desde un escaparate. Lo contemplé durante más de un minuto, percatándome tanto de mi reflejo como del reflejo del mundo a mi espalda.

Por desgracia, la tienda estaba cerrada.

No importaba. Para cenar escogí algunas de las cosas más caras del menú. Tampoco te pases, me dije; traté de que sonara a advertencia. Pero era un hotel de cuatro estrellas y me sentía como si estuviera de vacaciones. A continuación paseé de nuevo por el centro de la ciudad, cuidando de limitarme a las calles principales, y di con un pequeño cine de arte y ensayo donde ponían *Un tranvía llamado Deseo*, una de mis películas favoritas. Durante toda mi vida me he guiado por señales. Ese día, todo me decía lo acertada que había estado al seguir mi instinto.

Como de costumbre (era la tercera vez que la veía), me encantó el momento en que Blanche canta en la bañera:

Oh, es solo una luna de papel,  
que flota sobre un mar de papel,  
y no será una ilusión,  
si crees en mí...

Y una vez más me conmovió su declaración patéticamente valerosa: «Siempre he dependido de la amabilidad de los desconocidos». Muchos años atrás, alguien me había dicho que yo me parecía a Vivien Leigh. Era el único cumplido verdadero que me habían hecho, y lo saboreé con moderación. Con el paso de los años, sin embargo, se había tornado agrio. Pero aquella noche en Bristol volvió a proporcionarme una grata satisfacción.

A la mañana siguiente fui a comprar el vestido.

Me quedaba perfecto. Una confirmación añadida.

—Lo vi anoche. La mitad de mí estaba aterrada por la posibilidad de que no siguiera aquí por la mañana. La otra mitad estaba segura de que lo haría, de que me esperaría, si hacía falta, para siempre.

La esbelta dependienta rondaba los cuarenta.

—Sí, señora. Es adorable, ¿verdad?

—No creo que nadie pueda calificarlo de soso —me giré ante el espejo admirando mi aspecto.

—¡Por Dios, no!

Le dije que me parecía impensable volver a ponerme mi falda y mi suéter, a pesar de lo cómoda que siempre había estado con ellos, y muy amablemente ella los guardó en una de sus elegantes bolsas, y añadió el recibo y una tarjeta de la tienda.

—¿Pero cómo? —pregunté—. ¿Nada de papel de seda?

Compartimos unas breves risas. Por suerte mis elegantes zapatos negros combinaban perfectamente con el vestido. También mi sombrero y el abrigo y el



bolso. Me sentía como una modelo.

Era, de nuevo, una mañana agradable, e incluso con el abrigo desabotonado no sentía ningún frío. Regresé a la farmacia a por una pastilla de jabón, pero mi amigo de la tarde anterior no estaba allí; solo una adolescente gorda con un moderado acceso de acné, la nariz brillante y una bata demasiado ceñida.

Una nota levemente discordante. Pero algún significado debía de tener. No permití que me afectara.

**E**n el tren me senté frente a un hombre que tenía una biografía de William Wallace sin abrir encima de la mesa. Lo lamenté mucho por el pobre William Wallace; durante un rato traté de no pensar en él, intentando concentrarme en mi libro. No pude. Así que (aunque con cuidado de no revelar mi gran curiosidad —el título estaba al revés y me había resultado complicado leerlo— ni el sorprendente desenlace final) me decidí a entablar conversación con el caballero, quien era lo bastante mayor como para no hacerme sentir demasiado atrevida:

—¿Puedo hablar un momento con usted? Acabo de leer la más aterradora descripción de un ahorcamiento, destripado y descuartizado incluidos, y me temo que no puedo evitar comentarla con alguien.

Tuve que repetir mi propuesta, aunque él no parecía molesto. Se limitaba a mirar por la ventanilla.

—De veras —dije—, no tenemos derecho, nunca, ningún derecho, a lamentarnos ni a deprimirnos, ¿verdad? Por nada.

—¿Cómo dice? Lo lamento. No he oído lo último. —Se había inclinado hacia delante.

Repetí lo que había dicho.

—No por facturas ni por lo que la gente dice de nosotros, ni siquiera por una enfermedad. Ni siquiera por el cáncer, si te detienes a pensar en ello.

—Seguramente es cierto, querida, pero...

—Solo *imagine*: despertarse una mañana, seguramente de un sueño agradable, y recordar de pronto...

—¿Perdón? —Se había colocado la mano ahuecada detrás de la oreja y tuve que levantar un poco más la voz.

—No piense que creo que ya ha dormido usted demasiado.

—No estaba dormitando —dijo cortésmente—. Al menos, no lo creo.

Pobre hombre. Es algo que le sucede a la mayoría de la gente; algún día incluso podría pasarme a mí. Más razón aún para ser paciente y no ceder a la vil tentación de despreciarlo. Alcé la voz todavía más.

—Quiero decir que, imagine... ¡Que le cortan... su cosa! ¡Que se la embuten en la boca! Y que luego pasan a extraerle los intestinos...

Me miraba fijamente, sin decir nada, y supe que había captado su atención; sus ojos mostraban algo parecido al espanto.

—Su estómago abierto en canal, sus entrañas fuera...

Me percaté de lo alto que estaba hablando y del llamativo, de hecho anormal, silencio en el vagón. Miré a mi alrededor. Las cabezas se inclinaban a lo largo de todo el compartimento, la gente se asomaba por encima de los cabeceros de sus asientos. Oí risitas.

Me sonrojé y sonreí al anciano a modo de disculpa. Retomé *Orgullo y prejuicio*.  
Me sentí una idiota.

—¡Domingo, maldito domingo! —dijo Sylvia—. ¡Maldito, horrible y puto domingo!

Detestaba que hablara así.

—¿Por qué lo dices? ¿Por qué hablas de esa manera? No te costará nada encontrar a alguien con quien compartir el piso.

—¡Es maravilloso sentir que te echarán de menos!

—Claro que te echaré de menos.

—¡A otra con ese cuento! Si quieres saber la verdad, creo que no has echado de menos a nadie en toda tu vida.

Se suponía que estábamos de sobremesa, después del almuerzo. Había pensado que el rato en que tomábamos un café y nos peleábamos con el crucigrama sería un momento relajado y oportuno para revelar mis intenciones.

Pero mi almuerzo dominical —como tan a menudo me sucedía con las comidas que tomaba en casa— se estaba volviendo difícil de digerir.

—No es verdad —repliqué, enfadada y avergonzada. Intenté pensar en toda la gente a la que había echado de menos, pero la atmósfera no invitaba a elaborar listas, lo que no era de extrañar. En un primer momento, solo se me ocurrieron tres personas: mi padre, Tony Simpson y Paul (cuyo apellido nunca llegué a conocer), el joven enmarcador del conejo—. Y, por supuesto, te echaré de menos a ti, Sylvia. Pero hablas como si... ¿cómo podría expresarlo? Hablas como si estuviéramos *casadas* — dije.

Y por vez primera se me pasó por la cabeza que pudiera ser que... Pero no, la idea era demasiado increíble; muy alejada de todo lo que tuviera que ver conmigo. Hay muchas mujeres con ademanes un tanto masculinos, pero eso no quiere decir nada. El mero hecho de que hubiera considerado esa posibilidad era ya asombroso y ridículo. Lo descarté a toda prisa.

—Si fuera un puto matrimonio —continuaba ella—, sé exactamente de qué tipo sería. Del que se rompe en cuanto el puto hombre alcanza el éxito. Que es, precisamente, por si te interesa saberlo, lo que le pasó a mi madre.

Y, para empeorarlo, se echó a llorar.

Me dejó perpleja. Era yo la que solía llorar, a menudo; lloraba con una desesperación callada y gris. Sylvia no. Sylvia no lloraba. Me sentí no solo perpleja, me sentí inepta. Allí estaba ella, llorando desconsoladamente, ¿y por qué? ¿Había alguna razón al margen de la presente situación? No tenía ni la menor idea, y eso me parecía terrible.

Durante aquellos diez o quince minutos fue cuando más cerca estuve de claudicar. Sin embargo, ella no era responsabilidad mía —nadie lo era—, y hallé en mi interior la reserva de coraje, de voluntad de autopreservación, que necesitaba. Esto me

sorprendió y me salvó.

Puede que tampoco fuera tan sorprendente.

Después, esa misma tarde, proseguimos la conversación.

—¿Eres consciente de que nunca encontrarás otro trabajo?

—Bueno, siempre me quedará el subsidio —repliqué animosa—. Y tengo un poco de dinero ahorrado. Durante muchos años he sido muy cuidadosa con los gastos.

—Por no decir tacaña.

Hubo un silencio. Recordé que la mañana anterior había dado una propina innecesariamente alta a la camarera del hotel y que, la víspera, la propina al camarero del restaurante había sido incluso más alta, absurdamente alta. La verdad es que era bastante mono.

*Mono*. Una nueva palabra que sumar a mi vocabulario. Una palabra de Bristol. Incluso en esas circunstancias obtuve una extraña satisfacción al pensar en ello.

—¿De verdad crees que soy tacaña?

—No. Para nada. Esa casa va a costarte una fortuna.

No era exactamente una respuesta. Recordé el portafolios de piel que le había regalado por Navidad, y el suéter de su último cumpleaños. Pero no quería arriesgarme a provocar más lágrimas. Solo añadí, un poco fríamente quizá:

—En cualquier caso, lo que gaste será una inversión.

—¿Algo que legar a tus hijos?

No respondí. ¿Para qué?

—Entonces, ¿te propones de veras vivir del Estado?

Una vez más, no entré al trapo.

—¡Demonios! —exclamó tras una pausa—. Siempre dije que eras una floja.

—Sí, lo decías —coincidí sosegadamente.

—Sin tu trabajo, ¿qué te queda? ¿Qué retazo de dignidad?

¿Quería decir sin el señor Danby y sin fichar cada mañana y cada tarde (se fiaban de ti, más o menos, a la hora del almuerzo), y sin la aburrida rutina diaria: las conversaciones banales y repetitivas y los bostezos y las bromas tontas y la espera, los días de lluvia, por un autobús tan repleto que, suponiendo que se detuviera, tenías que pelearte literalmente para conseguir un sitio? Por no hablar de esa sensación de las mañanas de domingo que inevitablemente arruinaba la mayor parte de la tarde. (Con la salvedad de aquel domingo, lo que no era de extrañar, la sombra del mañana bastaba para nublar el presente.) Y el despertador que sonaba a las 6.30 cinco días de cada siete. Sí, es cierto. Sin todo eso, ¿qué me quedaba?

—He recibido una casa que quizá Dios siempre me tuvo predestinada.

Sylvia se levantó con torpeza.

—Si vas a ponerte mística es mejor que vaya a prepararme la cena.

—Lo siento. No era mi intención sonar mística.

—Cualquier día de estos acabarás convertida en una maníaca religiosa —me soltó

desde la puerta.

—No sé por qué.

—Les pasa a muchas viejas. No tienen nada mejor que hacer con todo el tiempo del que disponen. —Por un momento su cigarrillo absorbió toda su atención—. O a lo mejor empiezas a coleccionar gatos.

—Lo dudo —dije—. No me gustan especialmente los gatos; al menos, no me vuelven loca. ¿Y tienes que fumar si vas a cocinar?

Yo misma había estado pensando en prepararme la cena; me había olvidado de que era su turno.

—La casa apestará a meados —prosiguió—. Te convertirás en una vieja excéntrica como tu tía. —Se rio satisfecha. Luego concluyó—: Tendrás tu propio montón de basura. Algo donde sentarte al final del día.

Pobre y lamentable Sylvia. Solo trataba de herirme. También lo encontré extrañamente conmovedor: el descubrimiento tardío de su triste y nunca manifestada dependencia de mí; aunque yo de ningún modo la deseaba.

Y no obstante hubo algo que consiguió herirme. Yo sabía que no era tacaña —al menos esperaba no serlo—, pero tuve que admitir que durante toda mi vida adulta solo había existido una persona a quien había echado realmente de menos. Y eso había sucedido veinticinco años antes.

El domingo por la noche pasé mucho tiempo despierta en la cama. Parecía injusto tener que enfrentarse a esas horas tan sombrías y desoladas con semejante verdad: que no había nadie que honestamente me importara. Que nada de lo que les sucediera a los demás me afectaba de veras.

Nunca, en la vida real, había presenciado una escena de agonía que me hubiera resultado intolerable. Los periódicos, incluso las noticias de la televisión, me producían nada más que una impresión pasajera. Al margen de las veces en que lloraba por mí, las novelas y las películas eran lo único que podía arrancarme unas lágrimas. Era un bicho raro, carente de compasión.

Recité una plegaria, en la que le pedí a Dios alguien a quien cuidar, a quien cuidar de manera permanente; alguien por quien lo sacrificaría todo —la vida, la belleza, las posesiones— y alguien por quien lucharía de modo tan apasionado como podría luchar por mí misma. *Más* apasionado. Una oración que me atormentó durante toda la noche.

Pero cerca ya de la mañana recobré un poco de paz. Cierta perspectiva. Casi me reí.

—Me temo, Dios, que soy un poco exigente. ¿Te parezco acaparadora?

¿Era irrespetuoso decirlo? Me complacía, en todo caso, conservar cierto sentido del humor; que incluso en Londres, y tras una noche como aquella, conservara un vestigio de alegría.

«**Y** tengo un poco de dinero ahorrado», había dicho. En realidad eran más de veinte mil libras; que procedían, en su mayor parte, de lo que me había dejado mi madre.

No me gustaba mi madre, como la mujer del salón de té bien podría certificar. Una vez soñé que mi padre regresaba de entre los muertos en mitad de la noche, un resucitado resplandeciente, sin cicatrices ni suturas provocadas por la explosión de la mina. Depositó un beso en mi mejilla, y una manzana y un libro sobre la almohada, y cuando me revolví y, adormilada, abrí los ojos, me lanzó un guiño desvergonzado, sacudió la cabeza y se llevó la mano a la garganta... Tras lo cual desapareció lentamente a través de la pared, lanzándome besos. Al segundo aparté las mantas y entré de puntillas en la habitación de mi madre; y, en efecto, la encontré con los ojos vidriosos, fijos en el techo, y la garganta rebanada. Volví a mi habitación y me cepillé el pelo cien veces y me metí en la cama y me comí la manzana. «Gracias, papá. Te quiero.» Después cogí el libro que me había dejado —siempre fui una ávida lectora— y comenzó otro sueño.

Pero fue aquel el que recordé por la mañana; parcialmente al principio pero luego con mayor claridad, mientras seguía tumbada, esforzándome por recuperarlo por completo. Y antes de vestirme lo puse por escrito en mi cuaderno, sintiéndome como Coleridge Taylor, un Coleridge Taylor astuto, por referirme a mi padre como Lanzarote y a mi madre como Morgana le Fay, por si a ella se le *volvía* a ocurrir fisgar entre mis cosas. Y hasta pensé en convertirlo en un poema. Pero eso no impidió que me sintiera un poco malvada cuando le llevé a mi madre el desayuno a la cama. Más que un poco. Después de todo, ella seguía en la cama donde —con la mirada vacía y la garganta rajada de oreja a oreja— había sido llamada ante la presencia del Creador. Y aquella mañana, creo recordar, fui especialmente atenta con ella; aunque por la tarde, si no al mediodía, mi habitual mezcla de impaciencia y resentimiento ya había regresado.

Sin embargo, cuando el dinero llegó, lo compensó en parte. No pudo compensarlo todo porque —no me disculpo por ello— hay cosas que el dinero no puede comprar, como una nueva juventud para reemplazar aquella de la que apenas fuiste consciente, como oportunidades perdidas que posiblemente no habrían conducido a nada, pero que, por otra parte, podrían haber llevado a la plenitud y a la serenidad y a vidas nuevas y a apasionantes relaciones. (¡Aunque eso habría conllevado acabar desheredada!) Y la naturaleza humana es tal que nunca dudará de que es *esta* última versión la que, sin lugar a dudas, habría tenido lugar.

Pero también fue grato ver crecer mis ahorros. Producía una satisfacción concreta, una excitación quizá comparable a la de oír la primera palabra o ser testigo de los primeros pasos de tu propio hijo.

Cuando lo recibí eran poco menos de catorce mil libras, suma que invertí con inquietud, pero asimismo con cierta audacia (la dama se la juega; ¡la dama se la juega unas cuantas veces!), sin confiar en nadie, ni siquiera en mi agente de bolsa. Y Sylvia, ni siquiera hace falta mencionarlo, no estaba al tanto.

No era precisamente una avara, como habrá quedado claro —al menos para mí—, dado que de ser así, ¿cómo podría haberme mostrado tan dispuesta, después de todos aquellos años, a asaltar el botín oculto bajo las tablas del suelo? Era muy cierto que los ladrillos y el cemento constituyen una inversión sólida, pero había algo más. Gocé de veras al comunicar la noticia. Gocé con las miradas de asombro, de incredulidad, con las miradas heridas, con el temblor de los cimientos. Gocé del hecho de que mientras los demás pensaban que debería estar nerviosa y preocupada, que debería ser más conservadora que nunca, en realidad yo me divertía revisando muestrarios de cortinas, moquetas y papel pintado. El mes que medió entre mi aviso y mi despedida lo pasé sumida en una sensación de bienestar y distanciamiento, levitaba a través de los días, sintiendo un leve desprecio hacia mis compañeros, pero sin preocuparme demasiado por ocultarlo. Al menos media docena de mis colegas comentaron cuánto me envidiaban. Uno de ellos fue una rubita de apenas diecinueve años. Otro fue el recadero.

En mi despedida recibí un cheque regalo para libros por valor de ocho libras y cincuenta peniques, y una tarjeta firmada por todos. Aunque se me llenaron los ojos de lágrimas cuando me entregaron ambos sobres y casi lamenté irme —sintiendo ya nostalgia por el largo tiempo pasado en su compañía, por las pequeñas cosas, las risas, los accidentes tontos y las tartas de cumpleaños—, en el autobús que me llevaba a casa cometí el error, o di el sensato paso, de calcular la media de lo que había aportado cada uno. Resultó ser treinta y cinco peniques por persona, con otros diez peniques para redondear el total. Como en los últimos años yo rara vez había contribuido con menos de una libra en ese tipo de colectas —lo habitual era que diera dos—, durante un momento los ojos se me volvieron a llenar de lágrimas y tuve que desviar la vista hacia la ventana y parpadear una y otra vez mientras revolvía a ciegas en el bolso. Pero me encogí de hombros y pensé: «¡Qué demonios!»; no necesitaba su simpatía ni su aprecio, sabía que había facetas de mí que otros reconocían, sabía que había tratado de llevar una vida digna y que sería valorada en alguna parte, como parte de algún esquema amplio, fuera consciente de ello la gente o no.

Pero, al cabo de once años en el mismo departamento, seguro que valía más que treinta y cinco peniques por cabeza, con otros diez para redondear.

Al principio pensé en no gastar el cheque regalo. Ya en casa lo saqué del bolso y, en dos ocasiones —en un arrebato de furia—, quise partirlo por la mitad. Pero mis dedos no me dejaron.

Y guardé la tarjeta también..., aunque solo por el recadero. Si él había aportado treinta y cinco peniques, puede que fuera lo máximo que podía permitirse. La conservé, esperanzada, por aquella única firma.



**D**e todos modos, me preocupaba haber renunciado a demasiado, haber actuado tontamente. Me sentí un poco superada. Después de que sirvieran el té y de que alguien repartiera los dulces y de que el señor Danby me entregara la tarjeta y el cheque regalo, se suponía que yo tenía que decir unas palabras.

—No sé qué decir.

Ovaciones. Una sugerencia: «Lleva esto corriendo al Departamento de Contabilidad». Más ovaciones. Desconocía que tuviera una muletilla.

—Me complace mucho que todos hayáis contribuido. Ya sé qué libro voy a comprar.

—¿El *Kamasutra*?

—¡Silencio todo el mundo! —dijo el señor Danby—. ¡Dejen a Rachel decir lo que tenga que decir!

—En realidad se trata de un libro reciente. Lo descubrí leyendo las reseñas del periódico. Es un libro sobre David.

Había olvidado que el nombre de pila del señor Danby era David. Nunca lo había llamado así, al igual que —hasta aquel momento— él nunca me había llamado Rachel. Hubo exclamaciones divertidas y mucho patear contra el suelo y chocarrería.

—El rey David —expliqué.

—¡Dios mío! ¡Lo han ascendido!

—No, es solo que ahora lo han hecho oficial. ¡Lleva años usando el plural mayestático!

Me reí. Seguí adelante. Siempre he tenido la necesidad de compartir cosas con aquellos con los que me siento en deuda.

—El rey David es importante para mí desde hace mucho tiempo.

Nadie supo cómo tomárselo. Incluso los que no habían estado escuchando se percataron de que los demás estaban intrigados.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué es lo que ha dicho?

—¿Sabíais, por ejemplo, que alguien dijo de él una vez que era un hombre del especial agrado de Dios?

—¡No!

Asentí.

—A pesar de que había asesinado a Urías el Hitita para cortejar a su mujer. A pesar de eso, Dios le amaba y le concedía su gracia.

Se produjo un intenso silencio. Todos me miraban, unos en pie, al igual que yo, y otros sentados en sillas y sobre las mesas; las tazas de té en una mano, un bollo relleno de nata o un cono de crema en la otra.

—Sé lo que vais a decir. Vais a decir que se arrepintió.

—¡Se arrepintió! —gritó una, la rubita. Soltó una risilla.

—Pero lo que yo quiero saber es: ¿habría él renunciado a Betsabé? ¿Habría cambiado las cosas si hubiera tenido la oportunidad?

—¡Venga! ¡Votemos! Que levanten la mano los que...

—Entonces, ¿por eso vas a comprar el libro, Rachel?

El señor Danby estaba angustiado. Pero no había necesidad: las bromas eran afectuosas y yo me las tomé bien.

—Bueno —continuó—, confiamos en que te proporcione mucho placer, Rachel, y que te... eeh... que te ilumine. Gracias por compartirlo con nosotros.

Hubo un gran aplauso. Mientras el grupo se disolvía, hubo comentarios del tipo: «¡Nos matas de risa, Rachel!», «¡Me alegro por usted, señorita Waring!» y «Siempre dije que era usted una incógnita». Yo me sentía francamente aliviada. Antes de empezar estaba hecha un manojo de nervios, pero al desvelarles algo sincero sobre mí parecía haber logrado una pequeña victoria. Podía felicitarme por haberles proporcionado un discurso de despedida que no se olvidaría fácilmente, como pasaba con los demás.

—¿Prefieres recoger tus cosas ahora, Rachel, y tomar el autobús antes que de costumbre?

—Gracias..., David. —Y a continuación, para disimular mi embarazo, añadí—: ¡Muy complacida, señor!

**E**ra sábado. Sylvia fue a despedirme a Paddington. —Y espero de verdad — insistió— que no te arrepientas.

A pesar de que quería decir exactamente lo contrario y a pesar de que yo no quería que me acompañara, respondí de manera amistosa.

—Más lo espero yo.

—Esta estación es un basurero.

—A mí me gusta.

—¡Dios! Cada vez eres más Pollyanna. No me extraña que no te dejaran ir en el camión de la mudanza, junto con los muebles.

Sonreí.

—¿No crees que fuera porque no se lo permite el seguro?

En el pasado me habría hecho preocuparme. Entonces me limité a comentar:

—Espero no haber dejado el piso demasiado vacío.

En realidad, no me llevaba casi nada y, en cualquier caso, la mujer que iba a instalarse allí traía un montón de cosas.

Tras un minuto más o menos caminando en silencio añadí:

—Parece bastante agradable, ¿verdad? La señorita Carter.

Pero ya habíamos agotado la conversación sobre la señorita Carter. Sylvia se había mostrado al principio bastante animada; aunque nadie lo diría ahora.

—Seguro que pronto empezamos a molestarnos, hasta a hacernos la vida imposible. Dale un mes o dos.

—¡Estás siendo derrotista!

—Dime algo que me levante el ánimo —sugirió—. Como, por ejemplo, que la vida solo es un juego de engaños, ¡y que es muy divertido ser el timador! ¿No fue eso lo que me explicaste anoche, en la cena? Me sentiría mucho mejor si soltaras un último comentario que me motive, que alumbre mi oscuridad.

Sin embargo, entre gruñidos, insistió en coger un pase para el andén. Parecía masoquista.

Di con mi asiento en el tren y me quedé en el compartimento, de pie junto a la ventanilla, porque pensé que eso me eximiría de la obligación de un beso o un abrazo; y limitarnos a estrecharnos la mano habría sido inadecuado.

Pero, en cualquier caso, no necesariamente como consecuencia de mi decisión, ella se mostró de pronto algo más tratable.

—¡No olvides, Sylvia —dije—, que en verano vienes a visitarme! —Mi entusiasmo no sonó falso. No lo era, del todo.

—El primer día festivo —masculló.

—Sí.

Dentro de cuatro meses. A punto estuve de añadir: «Que sea en Pentecostés, ¿por

qué no?»». Pensé que habíamos compartido desayuno, almuerzo, té y cena, durante casi la cuarta parte de nuestras vidas. A alguien más sensible le habría resultado dura la despedida.

—Y antes de que vaya a verte —repitió con desgana—, piensa en algo que te gustaría para la casa.

—Lo haré.

Quizá una razón por la que pude despedirme con tanta facilidad fuera que había limpiado mi conciencia. Le había comprado un aparato de vídeo. Se lo había dado hacía una hora, mientras los dos mozos de mudanzas entraban y, tambaleándose, volvían a salir. Me pareció que le había gustado; sin duda, si los gruñidos pueden interpretarse como una medida de la satisfacción, estaba satisfecha. Fuera como fuera, nunca podría volver a tacharme de tacaña.

—Bueno —dijo—, ya nos veremos, Raitch. —Parecían a punto de bajar la bandera—. No olvides llamarme de vez en cuando, si quieres.

—En cuanto tenga línea, serás la primera a quien llame.

Se quedó en el andén, incómoda. Yo me quedé junto a la ventanilla, incómoda.

—¡Cristo bendito, diez años y medio! —exclamó.

—¡Lo sé! ¿No es increíble?

Durante ese eterno instante, con diferencia el peor de la mañana, supe que había cometido un error. Si me hubiera quedado en el andén podría haberla abrazado —incluso puede que me hubiera gustado— y, al entrar a buscar mi asiento justo antes de que sonara el silbato, habría evitado aquellos últimos y desesperantes segundos. Habría sucedido natural, espontáneamente. En su lugar, permanecimos separadas por el cristal, sin saber muy bien qué hacer o decir.

Ella ni siquiera tosió. Me di cuenta después —mientras ocupaba mi sitio en el vagón restaurante— de que no la había visto fumar desde que salimos del piso. Sin la menor duda, fue un gesto por su parte.

Pero, perversamente, me sentí más molesta que agradecida.

Era como si ella no hubiera jugado limpio, como si hubiera sido un poco tramposa, tanto con aquel gesto como con sus palabras de despedida.

—¡Tiene que ser bonito tener una esperanza! —había dicho—. ¡Tiene que ser bonito tener una casa propia!

Ni siquiera me deseó buen viaje; solo levantó lánguidamente el brazo mientras el tren empezaba a moverse.

No era ese el truco de timador al que yo me refería.

**M**e sentía como si *nunca* hubiera tenido un verdadero hogar; al menos, no desde los ocho años.

El piso alquilado que compartí con mi madre, sin duda, no había sido un verdadero hogar; había sido una prisión. O en eso se convirtió en poco tiempo, ensombreciendo los recuerdos de confort y satisfacción y de lo que había parecido amor desinteresado; oscureciendo la diversión y la risa irreprimible de cuando me hacían cosquillas en la cama o de cuando hacía olas en la bañera, inundando el linóleo del cuarto de baño. Unas semanas después de la muerte de mi padre, nos mudamos a Marylebone High Street, que por aquel entonces no era la calle de gente rica que es hoy en día. Mi madre había estado siempre muy consentida y era, en cierta manera, frágil; el impacto de perder a su marido, junto con el hecho de que nos hubieran bombardeado apenas unos días después de recibir el despiadado telegrama, junto con el hecho de tener que reconocer de súbito que nos habíamos convertido, relativamente, en pobres... fueron golpes de los que no dejó de lamentarse durante el resto de su vida. *Junto* con la renuencia, e incluso la incapacidad, a la hora de afrontar muchas tareas cotidianas (sin marido y, por vez primera, sin doncella); así que supongo, al contemplarlo retrospectivamente, que no es sorprendente que el carácter se le endureciera.

Pero volvamos a la cuestión inicial. Tanto si se trataba de una prisión como si se trataba de un hogar, la única vez que recuerdo haber sido consultada sobre algún aspecto de su decoración, mi opinión fue descartada de plano, tras lo que perdí todo el interés en esos asuntos.

Cuando ella murió, yo compartía otro piso, esta vez con Sylvia, y había hecho todo lo que estaba en mi mano, las dos lo habíamos hecho, para convertirlo en un sitio confortable; pero yo nunca había considerado que expresase realmente mi personalidad. Sylvia se había mostrado siempre, hasta su extraña exhibición de lágrimas y dependencia, como la más enérgica.

Sin embargo, ahora era diferente. Mi instinto de ama de casa se había despertado. Había algo inspirador en la atmósfera de la casa de Bristol, una voz casi humana que me había dado la bienvenida. Había logrado que una persona predominantemente cauta casi olvidara que lo era. Y no solo había salido corriendo a los grandes almacenes Olympia; había pasado horas fascinada de sección en sección, mirando cocinas, accesorios de baño, lámparas, ¡toda clase de artículos! Puede que fuera una persona gris antes de dejar Londres, cuando tenía a poca gente con quien hablar, pero al menos mi grisura había tomado una nueva dirección. Una amiga un tanto cargante —más bien una amiga de Sylvia— lo había dejado claro cuando fui a despedirme de ella.

—Rachel, antes eras una cosita amable y tímida. Hasta reprimida. Una se

pregunta qué te ha pasado.

—¡Ah! —dije misteriosamente—. La influencia de una buena casa, que se manifestó en forma de espíritu en cuanto puse un pie dentro.

Me reí y abrí los ojos desmesuradamente y alcé las manos con los dedos estirados y oscilantes.

—¡Uuuuuuh! ¡Uuuuuuh!

Aunque no me hubiera ido de Londres, había llegado el momento de hacer nuevas amistades.

**P**ero antes había cosas más prosaicas que resolver: la humedad, la podredumbre, los permisos del ayuntamiento. Nueva instalación eléctrica, calefacción, aislamiento térmico.

Fontanería nueva. Tejas de pizarra nuevas. La retirada de las carboneras.

Llenar una y otra vez el contenedor de basura. A veces, esto era lo más estimulante.

Durante esas primeras etapas, comparaba el proceso con los muchos años de estudio y aprendizaje que, finalmente, conducen a la creación de una obra de arte, al reconocimiento público y al florecimiento de una personalidad segura de sí misma, extravagante incluso.

Después comenzó la parte visible de la reforma, lo divertido: los trabajadores con sus largas escaleras, mesas de caballete, latas de pintura, cubos de escayola; y la mujer que confeccionó las cortinas; y el hombre que retapizó las sillas; y la empresa que instaló la cocina; y la tienda encargada de la moqueta. Cada día originaba sus propios momentos excitantes. Los muchos años de estudio y aprendizaje se veían aquí reducidos a seis semanas: una de las escasas ventajas de la recesión era la rapidez con que podían llevarse a cabo trabajos extensos, una prontitud que aplacaba la impaciencia. Algunas de las últimas tareas consistieron en repintar la verja de la propiedad y la barandilla del balconcito; en la limpieza de las ventanas o en la aplicación de una última mano de pintura a la puerta principal. El intenso y alegre esmalte amarillo de esta, bajo el deslumbrante nuevo llamador y el buzón, le daba un aire primaveral, hacía pensar en narcisos y simbolizaba el brillo de mi nueva vida.

El amarillo había sido una buena elección, la más adecuada, aunque había dudado al principio. Pero —¡traviesa, traviesa de mí!— debería haber recordado que las cosas acaban bien para quienes aman a Dios. Sí, fui un poco traviesa; canté estas palabras con la melodía de *Wonder Who's Kissing Her Now*, teniendo solo que cambiar «aman» por «aprecian» para ajustar la letra. Me sentí como Oscar Hammerstein.

Y, a continuación, a mediados de junio, apareció el estudiante que se iba a ocupar del jardín. Trabajaba con el torso desnudo, hermosamente bronceado y musculoso, y, aunque me veía atraída a la ventana de mi habitación, me resultaba casi insoportable contemplarlo; en particular cuando hacía oscilar el pico para romper el suelo de hormigón. Y cuando salía a hablar con él, para aclarar alguna cuestión del trabajo o llevarle un refresco, tenía miedo de no poder controlar mis propias manos. ¿Saldrían revoloteando para palpar la capa de humedad que cubría su pecho? ¿Acariciarían la rubia pelambreira? ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! ¿Qué habría podido decir en un caso como ese? «¡Uy! ¡Por favor, discúlpame! Me pareció ver una mosca.» Era como la compulsión de dar un pellizco en el moflete a un niño que va en su cochecito, o la de

clavar un cuchillo en la persona que tienes a tu lado.

Él solo tenía veintiún años.

Pero a pesar de esas perturbadoras menudencias, agradecía tenerlo allí: alguien recto y vigoroso y pulcro que, algún día, podía alcanzar cierta eminencia, y que sin duda amaría apasionadamente e igualmente sería amado, que tejería una red de mutuo enriquecimiento cuyos hilos lo unirían a las existencias más dispares; una red atrayente, cuyos hilos de seda pronto se abrirían paso incluso hasta mí. De hecho, el proceso ya se había iniciado. Él estaba inmerso en la creación de mi jardín. El lazo era indisoluble.

A lo mejor todo esto era un tanto fantasioso, pero ¿qué había de malo? El joven trabajaba a partir de un diseño suyo, con el fin de obtener, dijo, el más precioso jardín urbano que se pudiera imaginar; y yo había sugerido unas cuantas mejoras. Lo que yo buscaba, declaré, era, por encima de todo, mi aislamiento: mi pequeño y personal reino, donde pudieran tener lugar hechos maravillosos y milagros curativos... Que los petirrojos canten arias, que se cercenen las neurosis, que todos los miedos se vean desarraigados.

Quería además dotarlo de cierto aire de misterio... y de romanticismo; desde un extremo del jardín no se tendría que ver el otro; sería bonito tener arcos y *trompe-l'oeils*, y hasta un sendero que te tentara con sus secretas posibilidades. Sería bonito tener una fuente y un comedero para pájaros y árboles frutales y un cenador con un banco de hierro forjado. Sería bonito tener margaritas entre la hierba —margaritas, ranúnculos y dientes de león— y bancos de flores con montones de variedades adorables, con las más sutiles combinaciones cromáticas.

También quería una pizca de naturaleza salvaje.

En resumen, le pedí el jardín perfecto; en treinta por noventa metros.

—Me temo, Roger, que es demasiado pedir. ¿Sabes hacer magia?

Nuestros planes tenían algo de conspiración: el ingenio de ambos contra la naturaleza. Era como si, de manera pasajera, él me perteneciera a mí y solo a mí.

Declaró no ser dueño de pociones ni de hechizos, sin embargo:

—Incluso sin ellos, señorita Waring, ¿no le parece que un reto difícil es lo más emocionante que existe?

—¿Crees entonces que podemos conseguirlo, nosotros?

Hubo algo placentero en la elección del pronombre.

—Siempre he querido trabajar en algo como esto, y comenzar el proyecto desde el principio, exactamente así, y...

Lo comprendí de inmediato.

—¿Y hacerlo tuyo? —pregunté.

—Sí, bueno, por decirlo de alguna manera.

—Nosotros dos nos parecemos mucho, creo. Ambos queremos hacer del mundo un lugar en el que podamos vivir mejor, ¿no es así?

El mundo de Rachel Waring era, sin duda, un lugar mejor estando él allí. El chico



trabajó en él durante diez días.

Naturalmente, mi jardín no presentó desde el primer momento el aspecto que yo había imaginado. Pero crecería. Crecería hacia la perfección. E incluso mientras tanto sería una adecuada prolongación de la casa, la cual, si el jardín era mi reino, se trataba lógicamente de mi palacio.

Pero pocos palacios podían resultar más acogedores, a no ser los de los cuentos ilustrados o los de las películas de dibujos animados. (En la vida real, por ejemplo, ¿pueden imaginarse espinos y árboles y enredaderas creciendo a toda velocidad hasta conformar una maraña impenetrable alrededor del palacio de Buckingham?) El mío, como la mayoría de los de Disney, a pesar de no ser gótico y de no tener abigarramiento alguno de torres y torretas, era adorable, íntimo y acogedor. En ninguno de sus recovecos me sentía sola o preocupada. Me parecía como si únicamente tuviera que pronunciar una palabra —cuando estaba, por ejemplo, en el sótano— y alguien me oiría desde el salón, dos pisos más arriba, y me devolvería el saludo. En cualquier otro sitio, a menudo me había sentido angustiada e infeliz y completamente sola.

Qué bendita serenidad; qué certeza de hacer lo adecuado y responsable... Era bonito que tu nuevo hogar te hiciera sentir así.

¿Y con qué se presentó el hada rencorosa e infeliz el día de mi bautizo? Ella, que distribuía negatividad, me trajo un regalo demoledor: la incapacidad para aprovechar al máximo mi propia vida.

Pero *La bella durmiente* nunca había sido una de mis historias favoritas, y ni siquiera sé por qué pensaba en ella. El palacio del Príncipe Azul era seguramente tan agradable como el mío. Me gustaba mucho más *Cenicienta*. Y poco después de la guerra asistí a una reposición de *Blancanieves y los siete enanitos*. Esa también me gustaba, y le conté al niño que vivía en la puerta de al lado que algún día encontraría a mi propio príncipe. Pero Bobby fue cruel.

—Espejo, espejito, ¿quién es entre todas la más hermosa? —Se rio y me señaló con un dedo mugriento y burlón—: Tú no, Rachel Waring. ¡Tú no! Además, tú no tienes una madrastra malvada —añadió, con un poco más de amabilidad, como si eso pudiera considerarse un motivo de pesadumbre.

Unos tres años más tarde, después de que mi padre muriera y se acabaran las cosquillas, recordé las palabras de Bobby. El padre de Blancanieves también estaba muerto, o, en cualquier caso, no andaba por allí cerca. Y en el ínterin, pensaba yo, me había vuelto más hermosa. El dolor me había vuelto más hermosa. Por lo que, esperanzada, recitaba, sobre todo en la cama, el conjuro del espejo mágico. Por supuesto, esto no lo hacía Blancanieves, pero ¿hay que buscarle tres pies al gato?

En cierto modo, era casi como cuando se acabaron las cosquillas. Los apuestos príncipes no van en busca de doncellas consentidas.

No siempre. Cuando era ya mucho mayor, después de dudarle bastante, asistí a una fiesta en la que —aunque ahora la recuerdo por otro motivo relacionado— varios jugamos a escoger la persona, viva o muerta, que más nos habría gustado ser.

—Grace Kelly —dije con timidez cuando al final me llegó el turno.

Y a continuación tuve que explicar la razón.

—Bueno...

Me parecía obvio. Provenía de una familia culta y acaudalada. Era muy atractiva. Gozaba de un inmenso éxito en Hollywood; había ganado un Oscar; había actuado junto a los actores más famosos y atractivos (algunos de los cuales, se creía, habían mantenido romances con ella) y ahora, por si fuera poco, se rumoreaba que iba a casarse con un príncipe.

Champán y Ruritania<sup>[1]</sup>. Aplausos, festejos. Un sendero de madreselva, desde la cuna al lecho nupcial.

—No es justo —dije.

Los demás aguardaban. Otros se habían prodigado más con sus respuestas. Conmigo concluía el juego. No quería crear un anticlímax.

—¿Sabéis? Me habría gustado mucho ser actriz. Interpretar papeles interesantes,

asistir a los ensayos, trabajar con gente cariñosa y comprometida con su profesión. Si fuera posible, formar parte de una compañía teatral pequeña y acogedora.

Hablaba muy rápido, y noté que me había sonrojado.

—Aunque no estoy segura de que ella haya hecho teatro alguna vez.

El silencio se prolongó, pero no se me ocurría nada más que decir.

—Eso es todo.

—Si realmente quieres ser actriz —dijo una chica—, ¿qué te lo impide? Solo tienes veinte años. Todavía estás a tiempo.

Miró de reojo al resto del grupo.

—Pero no conozco a nadie de ese mundo. No tengo contactos.

Noté que les había parecido una débil excusa.

—¿Contactos? ¿No te falta talento?

—No lo sé.

—Averigüémoslo —dijeron—. ¡Celebremos una audición!

—¿Cómo?

—Recita algo. Cualquier cosa. «Ser o no ser, esa es la cuestión...»

—No seas tonta. —Empezaba a sentir pánico.

—Un poema, entonces.

—No. No podría.

—No seas tímida, Rachel. Creemos que puedes ser buena.

Sabía que no me dejarían escapar. Insistían cada vez más. Mascullé suplicando piedad.

—¡Silencio, silencio, todo el mundo! Rachel va a recitarnos un poema.

—No... ¡No!

Debía elegir entre salir corriendo, romper a llorar o hacer lo que querían. Susurré, antes de que acudiera todo el mundo:

—¿Unos pocos versos serán bastante?

—Sí, sí —gritaron, ansiosos por conseguir, si no una libra de mi carne, al menos una onza.

Así que recité unos versos. Me pareció que lo hice de manera inexpresiva e inaudible y, sin duda, demasiado rápido. Fue la primera estrofa de *La dama de Shalott*. Desde que tenía nueve años me había sentido muy próxima a aquella dama aislada en su isla desierta.

Y, de algún modo, se debió de notar. Por lo visto, subestimé mi interpretación.

—Ha estado bien. ¿No os lo ha parecido?

Hubo vivos aplausos; parecía haberles gustado de verdad.

—¿No os burláis de mí?

Me juraron que no. Otros, presumiblemente por haber oído los aplausos, acudieron desde las habitaciones vecinas.

—¡Más! —decían—. ¡Más!

—¿Cómo? ¿De veras?

Seguía estando nerviosa, pero no tanto como al principio.

—Sí, Rachel, por favor.

—¿De verdad que no os burláis de mí?

—Por supuesto que no. Eso sería cruel.

Supe que podía hacerlo mejor.

Gané rápidamente confianza, que creció y creció a medida que recitaba.

O cuando la luna se hallaba en el cielo,  
dos amantes recién casados venían.  
«Fatigada estoy de las tinieblas», decía  
la dama de Shalott.

Por desgracia, no recordaba bien el poema.

—No importa. Sigue. Lo haces de maravilla.

Volando por los aires salió el hilo;  
el espejo se quebró de extremo a extremo;  
«La maldición ha llegado», gritó  
la dama de Shalott.

Ahora sí proyectaba la voz y me acompañaba de gestualidad. Sabía que llevaba la interpretación en mis entrañas.

Pero la auténtica prueba residía en la estrofa final, donde, tendida en un bote robado, ella desciende a la deriva por el río bajo la luz de la luna, rumbo a la resplandeciente, y erizada de torres, corte del rey Arturo. En su espejo había visto alguna vez a los caballeros llegar cabalgando en parejas. («No tiene caballero leal y franco, la dama de Shalott.») Quería hacerlos llorar de emoción. Concluí con una nota serena, cargada de reverencia.

Lanzarote meditó un momento;  
dijo: «Tiene un hermoso rostro;  
que Dios, en su misericordia, se apiade de ella,  
de la dama de Shalott».

Incluso cuando estaba en el colegio, aquel final siempre me había conmovido.

Eran mis ojos los que estaban tan cargados de lágrimas que ni siquiera sabía cuál había sido la respuesta de mi público. Pero sí que distinguí algún que otro pañuelo, oí sonar alguna que otra nariz.

Y un triunfo condujo a otro. Querían más; no tenían bastante. Acabé cantando para ellos. Parecían fuera de sí por la satisfacción. Al final me llevé las manos al pecho —regresando a los días del colegio— e interpreté de nuevo mi inesperado éxito de infancia.

Aunque desciendan las sombras,  
pienso que solo con que...  
alguien excepcional de veras me necesitara,  
alguien afectuoso y encantador,  
los pesares concluirían, si supiera que  
él desea tenerme cerca...

Estaba embriagada; fue un maravilloso preludio para lo que más tarde sucedería esa noche.

**V**olví a la farmacia. Me puse mi vestido rojo, aunque era un poco demasiado abrigado para esa época del año. Y la tarde anterior había ido a la peluquería. Era un momento que había esperado largamente y atesorado como las ardillas atesoran frutos secos.

Por supuesto, como suele suceder con casi todos esos momentos, me encontré con una china en el zapato, tan difícil de pasar por alto que casi habría preferido una china de verdad en el ojo. En esta ocasión, se trataba del malestar por haber dormido mal esa noche, junto con una leve indigestión.

Pero no podía postergarlo más. Habiendo decidido que sería ese día, posponerlo habría sido un error. Ceder a la debilidad.

—Buenos días. ¿Qué tal está? —dije.

—Muy bien, señora, muchas gracias. ¿Y usted?

Pensé al principio que habría supuesto un alivio que la chica rolliza con la nariz brillante estuviera allí en su lugar, pero en cuanto empezamos a hablar todo fue viento en popa.

—Estuve aquí en el mes de marzo. Me recomendó usted que me instalara en esta ciudad. Bueno, ¡pues he seguido su consejo! —Lo dije con una sonrisa, para dejarle claro que no tenía nada que reprocharse.

—Sí, por supuesto. Lo recuerdo.

Estaba clarísimo que no.

—Yo llevaba un suéter azul claro y una falda también azul, pero más oscuro. Mi atuendo de regatas, como lo llama todo el mundo. Pero, como todavía no era verano (*y hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo, ¿o es solo hasta mayo?*), llevaba además un abrigo. De pelo de camello. Y un bonito sombrerito... negro, recordará usted, y muy elegante.

Me reí.

El se limitó a asentir cortésmente, de modo pueril y distraído; no me cogió por sorpresa que fuera uno de esos hombres fuertes y callados. Es un tipo de hombre que a menudo encuentro atractivo.

Pero enseguida me di cuenta de que tendría que ayudarlo un poco.

—¿Aunque, quién soy yo para decir que mi sombrerito era elegante? ¡Un anfitrión nunca debe alabar su propia comida! Además, caballero, la elegancia, al igual que la belleza, ¿no reside acaso en el ojo del observador?

Me preocupó un poco que mi risa empezara a sonar boba.

—Vaya. Así que acaba usted de mudarse a Bristol.

Entró un hombre en la farmacia.

—¿Por qué no atiende al caballero? Yo no tengo prisa.

El hombre compró un paquete grande de pañuelos de papel y una caja de parches

para los callos. Yo tomaba buena nota de todo. La indigestión y el cansancio habían desaparecido, ahora que las cosas marchaban tan bien. El cliente era joven y llevaba limpios los pantalones vaqueros, pero sus zapatos estaban muy gastados. Necesitaban tacones nuevos. No habría tenido importancia si no fuera por una cosa. Evidentemente, él no estaba al tanto de que: cuando brillan tus zapatos hay música en tu corazón.

Pobre hombre. Si hubiera cuidado su calzado ahora no necesitaría esos parches. Existía una relación causa-efecto incuestionable. Me lo imaginé en su trabajo, dando lo mejor de sí —era solo en aquel pequeño detalle, si bien importante, en lo que fallaba—, debatiéndose en lo que podría ser un desván, para producir una obra maestra.

El mundo era maravilloso. Ejecuté unos discretos pasos de baile con los que apenas me moví de donde me encontraba. Mis zapatos estaban immaculados: sandalias rojas de tacón alto con unas tiras finas y adorables, de una delicadeza de ensueño. Era la primera vez que las llevaba.

Tenía unos pies preciosos.

No importaba que no me hubiera reconocido.

Entró una mujer. Tampoco importó. Solo quería un paquete de compresas.

Parches para los callos, compresas. El mundo era muy divertido. Me complacía mucho apreciar su lado humorístico.

—Sí, me encanta la ciudad —dije cuando ella recogió su cambio y antes de que recordara, Dios bendito, ¡que también necesitaba papel higiénico!—. Creo que Bristol es una de las ciudades más bonitas del planeta. ¿Cuándo se instaló usted aquí?

—Hace unos treinta años. —Sonrió—. Cuando me casé.

Hubo un instante de quietud, el tipo de quietud que se da, tengo entendido, en el ojo de un huracán. Fue como estar encerrada en una cápsula de cristal en el fondo del mar. Me recordó al momento en que descubrí mi nombre en el periódico. Pero aquello había sido diferente; ahora nadie que no fuera Houdini podría escapar. Con un sobresalto —no siendo para nada una experta en escapismo, por desgracia—, me vi contemplando, a través de las transparentes paredes de la cápsula, un cartel publicitario expuesto sobre el mostrador. La vida ES LO QUE SUCEDE TRAS UN BAÑO CON JABÓN BADEBAS. Un caballero andante enfermo de amor podía llevarte consigo a Camelot. En la foto del anuncio aparecía una mujer que miraba ensimismada por una ventana, envuelta descuidadamente en una toalla, sin nada más encima. Bueno, chica con suerte. Casi desnuda en un cuarto de baño bien iluminado y con las cortinas abiertas, no cabía duda de que era una putilla; pero, en aquel momento, me habría cambiado por ella.

Ella no tenía que afrontar verdades brutales.

No, quizá no brutales. Innecesarias. Frías. Ni se me había pasado por la cabeza que podía estar casado.

Un momento.

—Sí, comprendo. ¿Y su esposa está todavía...? —Rectifiqué; a pesar de lo brutal del impacto, no había perdido ni un ápice de mi astucia habitual—. ¿Y le gusta a su esposa vivir en Bristol?

—Mucho.

Compré una pastilla de jabón de lavanda, lo mismo que había comprado la primera vez. Pensé que seguro que el Paracetamol era más barato en Boots.

—¿Está cerca su casa? —preguntó.

—Buckland Street. —Fue el primer nombre que me vino a la cabeza.

—Aquí al lado, entonces. —Esa era también una información innecesaria. Decididamente, no volvería a aquella farmacia—. Así que puede que volvamos a verla por aquí. Estupendo.

Era casi lo mismo que había dicho la otra vez. Ahora no me engañó. Te pueden engañar en una ocasión, porque, después de todo, una es humana, y no tiene nada de cínica. Pero la gente, llevada por su arrogancia, da por supuesto que puede seguir haciéndolo, una vez tras otra y tras otra.

Le di las gracias con dignidad y con toda la naturalidad del mundo, con un ligero toque de frialdad que alguien como él nunca podría apreciar. Pero estaba bien. No quería que pensara que su desaire me había afectado.

En la calle, unos portales más arriba, pasé por delante de la agencia matrimonial a través de la que seguramente había conocido a su mujer. Nunca había entendido cómo alguien, por muy solo que estuviera, podía tener tan poca dignidad como para recurrir a eso.

Llevé a cabo una sutil venganza. Fui a otra farmacia (no a Boots) donde los precios estaban, al menos, tan inflados como en la suya. Y no solo compré el Paracetamol.

—¿Tienen jabón Badebas, por casualidad? —pregunté, reprimiendo la risa—. Si es así, me llevo el de mayor tamaño.



**I**ncluso después de aquel inspirado desquite, necesitaba animarme un poco. Reconocí las señales. Por primera vez desde que había llegado a Bristol, me sentía desanimada. ¡Auxilio! Fui a la biblioteca.

Allí empecé a recuperarme poco a poco. Aunque la mujer del mostrador no debía de ser mayor que yo, lo parecía. Alguien debería haberle sugerido que se arreglara el pelo o haberle mencionado, al menos, la invención de las lentes de contacto. Deseé confesarle: «Querida, los hombres no quieren saber nada de las chicas con gafas».

Y dije:

—Los hombres no quieren saber nada de las chicas con gafas.

Traté de darle a entender que no era por criticar, pero que podía merecer la pena que lo pensara. No era mi intención herirla.

—¿Perdón?

Consideré añadir que solo te molestaban durante la primera semana. Las lentes de contacto, quiero decir.

Le dediqué una sonrisa irresistible.

—Errol Flynn —dije.

—Los libros de cine están allí.

Me fijé en que no llevaba alianza. En el mismo instante me gustó y la desprecié y me dio lástima y me sentí bien.

—¿Sabe, por casualidad, si hay algo sobre Horatio Gavin?

—¿Tiene algo que ver con el cine?

—¡No puede usted hablar en serio!

Me condujo a la sección de biografías.

—Lo siento —dijo—. ¿Cuál era el nombre?

Tranquila, todo va bien... Ella no era en absoluto desagradable, pero empezaba a irritarme. Por el señor Gavin y, en segundo plano, también por mí. Probablemente, el hecho de que yo poseyera ahora la casa donde él había vivido me hacía sentir sensible respecto a él.

No había nada en las estanterías.

—Comprobaré las fichas —dijo.

Ahí hubo más suerte.

—¡Oh, he encontrado algo! ¿Era de la localidad?

Respondí con entusiasmo y severidad.

—Vivió apenas a media milla de donde nos encontramos. ¿Por qué?

—Este folleto lo publicó una editorial local. Iré a ver si todavía lo tenemos.

Cinco minutos después regresó con las manos vacías, y por lo visto la biblioteca ni siquiera podía conseguirme el folleto para mí.

—No tiene importancia —concluí—. ¿Puede facilitarme al menos el nombre de la

editorial?

—Me temo que cerró. Hace años.

—¡Eso es absurdo!

Estaba dispuesta a montar una escena. Lo que había empezado como una pregunta casi ociosa se había convertido en una cuestión importante.

—Puede usted intentarlo en las librerías de segunda mano —sugirió, pero no había ni rastro de convicción en su tono.

—Y también puedo poner un anuncio. —Nunca en mi vida había puesto un anuncio. Se me acababa de ocurrir.

—Sí, claro que sí.

—Hasta puedo acudir al ayuntamiento.

Dios mío, menuda engreída. Mi ingenuidad no tenía límite. Ella asintió, sin terminar de comprender, e iba a aclarárselo, pero de pronto decidí no hacerlo. Es agradable tener secretitos; te hace sentir superior. Sería algo entre Horatio y yo. Solo nosotros dos. Sonreí.

—Gracias por su ayuda. Gracias, al menos, por haberlo intentado.

De camino a la salida pasé ante las estanterías donde estaban las enciclopedias. No había ninguna mención a Horatio Gavin en la *Británica*, pero encontré unas pocas líneas sobre él en la *Chambers*. Me dio un vuelco el corazón. Fue como lo que se siente al ver entre la multitud el rostro de alguien amado con quien no imaginabas encontrarte.

Gavin, Horatio (1760-1793), reformista social inglés asociado a William Wilberforce en la campaña de este para erradicar la esclavitud. Falleció catorce años antes de que se alcanzara la ansiada abolición del tráfico británico de esclavos.

Era la entrada más breve de la página, puede que de toda la enciclopedia, pero ¿y qué? Volví corriendo al mostrador.

—¡Mire! —exclamé—. ¡Mire!

Señalé triunfante la entrada, percatándome demasiado tarde de que me había colado a dos mujeres que acababan de llegar para que les sellaran sus novelas. Se apartaron, y yo me disculpé, y todo se resolvió con mucha educación y sonrisas. Pero a pesar de que la bibliotecaria leyó la entrada, más por sentido del deber que por verdadero interés; a pesar de que solo dijo: «Vaya, estupendo. Me alegro de que haya encontrado algo»; a pesar de que mientras me dirigía a la fotocopidora estaba segura de que las tres mujeres cuchichearían maliciosamente, las cabezas muy juntas..., nada tenía importancia. Lo único que importaba era que, en alguna medida, si bien pequeña, Horatio Gavin había sido reivindicado.

Fue frustrante descubrir, un momento después, que necesitaba ayuda con la fotocopidora.

Por tercera vez, me acerqué al mostrador.

—Por casualidad acabo de encontrar una pastilla de jabón. Puede que alguien la haya perdido.

**A**sí que no tenía más que treinta y tres años cuando murió. La misma edad que Jesús. Estaba un poco decepcionada, no porque él tuviera la culpa de algo, sino porque me había imaginado a alguien un poco mayor que yo. Pero me adapté rápidamente a las nuevas circunstancias. Ya en la biblioteca me había sentido protectora. Un buen hombre, relacionado con William Wilberforce. Por supuesto, yo había sabido desde el primer momento que era bueno. Pero la expresión «Dios se lleva antes a los mejores» me pareció más cierta, más conmovedora, que nunca; incluso más que cuando fallecieron mi padre o Paul, el enmarcador.

Quise de pronto ser más joven. Es algo que se desea a menudo, pero, en esa ocasión, acompañó al deseo una sensación de náusea. Rara vez hay segundas oportunidades. Yo había perdido mi juventud para siempre.

—Nada más que treinta y tres —dije.

Hablé en voz alta. La náusea había hecho que una película de sudor me cubriera la frente, pero seguí preparando el almuerzo.

—¿De qué pudiste morir a los treinta y tres?

Dejé la patata que estaba pelando.

—Supongo que en aquella época podías considerarte afortunado si llegabas a esa edad.

Y a lo mejor yo también era afortunada. Una superviviente. Fuerte, a pesar de las apariencias.

Después del almuerzo, hice una ronda por las librerías de segunda mano. Y justo antes de entrar en la tercera, supe sin la menor duda que allí daría con algo. A punto estuve de desmayarme cuando el propietario meneó la cabeza. Era un hombrecillo marchito que, con buen humor, me invitó a echar un vistazo. Cosa que hice durante apenas un minuto.

El hombre observó mi descubrimiento como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

—¡Hace años que no veo uno de esos!

Yo me sentía de lo más complacida.

—Estaba ahí mismo, en el centro. La estantería está incluso a la altura de los ojos.

—¿De veras?

—¿Sabe lo que debe de haber pasado? Que, cuando usted no miraba, este astuto y precioso libro dio un salto y se colocó en el centro de la estantería.

No podría explicar el porqué, pero casi creía lo que acababa de decir. Solo cuando él dijo: «Sí, el encantador jueguito de la rana», me di cuenta de lo absurdo de la idea.

Pero qué brinco me había dado el corazón, y por segunda vez ese día. A pesar de que había entrado con la certeza de que iba a encontrar algo.

No había precio anotado en el interior, ni etiqueta sobre la cubierta de color pardo claro. El hombre se encogió de hombros y dijo:

—Oh... Veinte peniques.

Me dejó profundamente emocionada. Él había visto lo interesada que yo estaba. Podía haber pedido diez veces más y lo hubiera pagado gustosa. La gente es muy amable a veces. Volví encantada a casa, casi levitando, casi bailando, tanto por la amabilidad de la gente como por haber conseguido el libro.

No empecé de inmediato la lectura. Preparé una tetera de Lapsang Souchong y la llevé arriba, como casi todas las tardes. Mi salón ofrecía un aspecto de lo más acogedor, con sus superficies barnizadas, la luz tenuemente filtrada y montones de flores.

Posé la bandeja en la pequeña mesa de alas abatibles con un tapete de felpilla, miré un momento por una de las ventanas, recreándome en la visión de los geranios del balcón; a continuación, admiré mi reflejo en el espejo antiguo que estaba sobre la chimenea estilo Adam. Después del almuerzo, antes de volver a salir, me había puesto un vestido más ligero. Finalmente, serví el té y me lo llevé a mi sillón. No me apetecía una pasta. Después de unos breves sorbos, dejé la taza en una mesa auxiliar.

Tomé mi adquisición de esa tarde.

Tenía menos de sesenta páginas, con un tipo de letra generoso. La mayor parte de la prosa era irrelevante; el estilo, dogmático y engolado. Lo leí de cabo a rabo en una hora.

Fue, no obstante, una hora que viví intensamente.

Quedaba claro que no era mucho lo que se sabía sobre Horatio Gavin. El autor debía de haber consultado las fuentes a su alcance, pero la mayor parte del texto parecía fruto de suposiciones. Hubo un párrafo concreto que disfruté en particular: «Puede que reflexionara, en aquella bonita mañana primaveral, mientras pasaba a medio galope ante la catedral, sobre toda la fe y la esperanza y el dolor de espalda invertidos en su creación, habiéndose iniciado el inmenso proyecto durante la vida de un hombre, quizá no habiéndose concluido hasta la muerte de su nieto. Puede que meditara sobre una miríada de pequeñas miserias cotidianas, tan lastimosamente familiares para cualquiera en cualquier época de la historia, como el dolor de cabeza, el estreñimiento, las hemorroides y las trifulcas familiares. Puede que el joven Gavin pensara en tan conmovedores temas mientras cabalgaba; sin embargo, por otro lado, parece improbable que lo hiciera, dado que aquella mañana su cabeza debía de hallarse enfrascada en lo que le iba a decir a Wilberforce».

Una biografía así, incluso con nada más que ofrecer, tenía que convertirse, por necesidad, en el libro favorito de cualquiera.

Pero aquella en particular —al menos para alguien como yo— ofrecía mucho más. Narraba la historia, si bien ficticia, de un joven solitario, ensimismado e idealista, hijo de un comerciante de Bath, que tras la muerte de su padre se había trasladado a Bristol junto con su madre para vivir cerca de una tía viuda. Narraba su

campana en favor de los menos privilegiados, sus primeros pasos en la política, su encuentro con Wilberforce y la inmediata relación surgida entre ambos. Narraba sus tiernos sentimientos hacia una tal señorita Anne Barnetby y el fuerte golpe que supuso que, en la víspera de sus nupcias, ella se fugara con un hombre más mundano; un impacto del cual, afirmaba el reverendo Lionel Wallace, el joven Horatio nunca se recuperó por completo. El autor especulaba con la idea de que cuando murió —por causa de un apéndice reventado— no había encontrado a quien la sustituyera como objeto de su amor.

«Digo un apéndice reventado donde otro podría decir un corazón roto. Declaro, no obstante, que eso sería incurrir en una equivocación. ¿Pues acaso no había él descubierto el bálsamo que supone la entrega a una causa noble?»

Cuando al final cerré el libro, me quedé sentada largo rato. Medité, conjeturé. Tejé un tapiz de brillante colorido. Me retraté como la mujer superficial y veleidosa a quien él tanto había amado, la mujer triste e ilusa que, increíblemente, no había sabido apreciar tanta devoción.

Pero concluí que no casaba conmigo ser triste ni ilusa, de igual modo que tampoco podría ser veleidosa ni superficial. Me vi instalada, más cómodamente, en el papel de su sucesora.

Me pregunté si, a pesar de que el señor Wallace lo negaba, había él encontrado a una mujer que la reemplazara. La partida de Anne Barnetby era un hecho; lo que había sucedido a continuación no eran más que suposiciones.

Yo había asistido una vez a una obra titulada Berkeley Square, sobre un hombre que se transforma en su propio antepasado y, extemporáneamente, se enamora antes de tener que regresar al presente. ¿Creía yo en la reencarnación? No estaba segura. Pero era una idea deliciosa, ¿por qué no? ¿Por qué no podía estar escrito que la Rachel del siglo XX retornaría a la casa en la que la Rachel del XVIII había sanado el corazón de un joven filántropo y, mediante su amor, restaurado su deseo de vivir?

Me reí. Aunque no por frivolidad.

—¡No me extraña que desde el primer momento me haya sentido como en casa!

**E**ra una mujer dulce, educada y respetuosa, con escaso pelo, que me ofreció un pastelillo de mermelada junto con la taza de té. Había sido yo la que por teléfono la había invitado a tomar el té, pero, después de muchas vacilaciones —e incluso lo que me pareció cierta renuencia a vernos—, al final reconoció que lo que le pasaba era que prefería quedarse en su casa. Así que le había llevado una caja de bombones y media docena de rosas, y la verdad es que fue patético su modo de decirme una vez tras otra lo contenta que estaba de recibir una visita, y cómo continuó agradeciéndome —no menos de cinco o seis veces más— los sencillísimos regalos, repitiéndome una y otra vez que no tendría que haberlo hecho, ¡no tendría que haberlo hecho! Era encantadora, pero confié en que, cuando me hiciera mayor, no me convirtiera en una anciana así de patética.

—Hay un cuadro —dije— que el señor Wallace menciona. «El retrato que ahora mismo cuelga ante mí mientras escribo.» ¿Recuerda qué fue de él, señorita Eversley?

Había esperado encontrarme con él cuando ella me hiciera pasar a su salón (aunque su casa resultó ser mucho más modesta: nada más que una habitación con baño compartido), pero esta vez se había tratado solo de una *esperanza*, nada más intenso.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Aquella monstruosidad!

Yo estaba sorprendida.

—Pero el señor Wallace dice que tenía un rostro amable y una sonrisa de lo más intrigante.

Lo recordaba de manera textual: «Una sonrisa que, de algún modo, se hacía más pronunciada, crecientemente cautivadora, cuanto más te familiarizabas con el cuadro».

Ella había empezado a asentir antes de que yo terminara de hablar.

—No digo nada en contra del cuadro. No piense eso, por favor. Estoy segura de que él tenía un rostro agradable, como escribió el reverendo Wallace. Pero el retrato era tan oscuro; no sé cómo decirlo, tan...

—¿Sombrío?

—¡Sí! Era tan sombrío que, con poca luz, ni siquiera distinguías que era una cara. No si te encontrabas en la posición equivocada. —Alzó las manos—. ¡Y cuánto polvo acumulaba! Pero, en cierta manera, me gustaría seguir quitándole el polvo. No era una mala vida. No, si sopesamos todos los factores.

Tuve una breve visión del pasado que ella recordaba. Me pareció espantoso: atender a diario a un viejo clérigo, tedioso y pedante. Grisura, nada más que grisura. Pero, sin embargo, casi todo era mejor, supuse, que, ¿qué?, que estar más cerca de los noventa que de los ochenta. Dedos arrugados, papada. Ninguna esperanza de cambio. Qué terrible, no tener ninguna esperanza de cambio. Ninguna esperanza de hallar el

amor.

—¿Más té? —preguntó—. ¿Otro pastelillo?

—Nada. Estaba delicioso.

Me limpié los labios con mi pañuelo de borde de encaje.

—No sabrá usted por casualidad qué fue de él, del cuadro.

—Tendrá que preguntar al señor Lipton, que fue quien se encargó de vaciar la casa por mí. Yo conservé una cosita o dos, por supuesto —señaló una cómoda, un armario y su cama—, nada más que lo que necesitaba aquí. El señor Lipton adquirió el resto; un amable caballero, diría yo, muy amable.

—¿Es de por aquí?

—Sí. El reverendo Wallace decía que su tienda era mejor que la cueva de Aladino. Ese abrelatas me lo compró en la tienda del señor Lipton, el mejor que he tenido nunca. —Y se levantó con dificultad, dejando inacabada la taza de té expresamente para mostrarme aquel abrelatas de lo más vulgar—. Diez peniques —dijo. Las dos en pie, lo contemplamos.

Me dio a continuación instrucciones detalladas para llegar allí.

—¿Me permite, señorita Baring, que le haga una propuesta quizá *demasiado* personal...?

Le expliqué que el motivo de mi interés era que ahora vivía en la casa del señor Gavin, hecho que le produjo gran satisfacción.

—Y me encantaría devolverle su hospitalidad —dije—. Confío en que venga a visitarme dentro de poco.

Pero meneó la cabeza.

Insistí amablemente.

—Dispondré que un taxi venga a recogerla y la lleve a mi casa.

—Es muy amable —murmuró—. A lo mejor... cuando los días sean un poco más largos. Cuando haga un poco más de calor. —Estábamos a finales de julio.

—Veo que no tiene televisión.

—No. Nunca me ha interesado. Tampoco la radio.

—Me pregunto, en ese caso, si le agradecería venir a ver conmigo la boda real. Haríamos de ello una ocasión especial. En color.

Me di cuenta de que la tentaba.

—Tendré que pensarlo un poco —dijo.

—¿La llamo el martes?

—Bueno, ya veremos. No sé si me dará tiempo a llegar al teléfono el martes que viene.

Asentí, a la vez que experimentaba una oleada de gratitud. Gratitud por ser como era yo, no como era ella. Gratitud por tener tantos años prometedores por delante, ¡tal calidad de vida!

Y me prometí aprovechar cada minuto al máximo. ¡Era joven! ¡Tenía todo el tiempo del mundo! Ese día se mostraba ante mí el pasado que tendría bien presente

durante los siguientes treinta años. Treinta o cuarenta o cincuenta. Y lo contemplaría con gran serenidad. Con gran satisfacción. ¡A punto estuve de abrazar a aquella mujer!

Sin embargo, al margen del repentino deseo de expresar una ternura que me desbordaba, me sentí aliviada, dado que lo más seguro era que finalmente ella no aceptara mi invitación. Yo no tenía ningún deseo de ver la boda real. Ninguno en absoluto.

—Bueno, si no puede usted venir a mi casa —propuse—, ¿puedo venir yo a verla? Ningún día en particular. En cualquier momento. Podemos leer juntas la prensa o sentarnos a charlar.

—Eso estaría bien. —Sonrió con una expresión, me pareció, de genuino agradecimiento—. Ya le diré cuándo me viene bien.

Se llevó el índice a los labios.

—Pero aquí no les gusta que venga mucha gente. Son un poco raros con el asunto de *las visitas*. *Se ponen celosos* y dicen cosas muy feas. Hay que tener cuidado —susurró.

—¿Quiénes? ¿Los otros residentes?

—Y los cuidadores. Pero son muy amables. En general, todos lo son.

Oh, Dios.

Era aterrador descubrir cómo los mundos ya de por sí pequeños de algunas personas podían achicarse aún más, hasta volverse tan herméticos que ni la pestilencia ni las inundaciones ni las bodas reales conseguían penetrar en ellos. Y era tan triste como pavoroso, pues esos diminutos mundos se hallaban poblados de susurros y amenazas. Completamente alejados de la inmensa paz que imaginas que debería alcanzar un anciano. Sonreí, a pesar de lo que en realidad sentía. *Los rayos del sol poniente reflejados sobre el agua*. ¿No lo expresó así la señora Pimm?

Dije:

—Volviendo a la cuestión de la que estábamos hablando...

Por alguna razón me miró esperanzada, como si yo pudiera facilitarle la respuesta a una pregunta que ella no se atrevía a hacer o no sabía articular.

—Tengo también la intención de escribir un libro sobre el señor Gavin.

—¿Sí?

—Aunque no creo que se trate de una biografía, como el del reverendo Wallace. Será una novela. ¿No le parece increíblemente excitante? —Se me había olvidado que tenía que hablar en voz baja.

Volvió a llevarse el índice a los labios.

—¡Qué excitante, sí! —dijo—. Pero nunca he sido una gran lectora.

¡Oh, señorita Eversley! Nada de novelas, nada de televisión, nada de radio. Me aterraba la grisura de su vida. Aquella grisura autoimpuesta en una tierra de colores. Sin escapatoria. Sin posibilidad de escapatoria.

—Sí. ¡Toda mi vida he deseado escribir una novela! —Reí. Deseaba tanto



contagiarle un poco de alegría... —¡Y parece que por fin he encontrado a mi héroe!

No se rio, pero al menos sonrió.

—Estoy segura de que mucha gente pensó que lo era —añadí conmovida.

—Yo también. Pienso en él cada vez que miro ese abrelatas y me acuerdo de los trastos de la tienda del señor Lipton.

—Ya veo, no...

—Gracias por venir, señorita Baring. Y gracias por las preciosas flores y los bombones. No tenía usted por qué, de veras.

Su agradecimiento fue muy dulce.

—Ya sé lo que voy a hacer —dije levantando la voz—. ¡Iré ahora mismo a comprarle un puzle.

—¿Un puzle?

—Sí. Son muy entretenidos. Y usted no pinta, ¿verdad? No hace ganchillo. Así que tiene que tener un puzle.

—Pero no sabría qué hacer con él. —Meneó la cabeza, perpleja.

—Le conseguiré uno con montañas y un lago y un pueblecito escondido entre las laderas. Y un castillo y una torre de una iglesia y un café. Y una mujer que vende flores en una carretilla.

Ella parecía un poquito abrumada.

—¡Y un organillero con un mono! —Confiaba en poder encontrar algo parecido en WHSmith o en Woolworths—. ¡Vaya, señorita Eversley —me di cuenta de repente —, ni siquiera tiene usted un tocadiscos!

—No, por favor —dijo—. ¿Para qué quiero un organillero y un mono?

Me complació su sentido del humor.

—Por favor, no —repitió.

Cuando abrió la puerta volvía a tener el índice ante los labios. Y tuvimos que acabar de despedirnos mediante gestos.

Apenas llevaba diez minutos en casa, y estaba pensando en prepararme una buena taza de té, cuando de repente sonó el timbre; tenía visita. ¡Cuántos acontecimientos en un mismo día! La Oficina de Empleo por la mañana, seguida por un café y un bollo en The Good Hostess, la señorita Eversley por la tarde, el paseo de regreso a casa silbando por el parque: «Diez peniques el baile, es lo que me pagan; oh, cómo me abruman...» (mientras me esforzaba por no pensar en el reverendo Lionel Wallace), y ahora esto. Un visitante. O más bien dos. Incluso tres. En la acera soleada esperaban un joven alto con un elegante traje marrón y una mujer delgada y bonita que llevaba en brazos a un bebé dormido. Formaban un conjunto adorable.

—¡Roger! —exclamé.

—No me diga que me ha reconocido bien peinado.

—¡Qué maravillosa sorpresa!

—Permítame, señorita Waring, presentarle a mi mujer. Esta es Celia. Y este es Thomas; un ruidoso recién llegado al Suroeste.

—Qué encanto. Oh, qué encanto. —Mi vocabulario parecía haberse reducido repentinamente—. Ni siquiera sabía que estabas casado. Pasad. Iba a preparar té.

—¡Qué oportunos! —dijo el joven riendo—. Estoy muerto de sed. —Su figura de danés resplandeciente llenó el recibidor—. Pero a lo mejor eso no ha resultado muy educado. Quizá debería decir que confío en que no seamos una molestia, que pasábamos por aquí y...

—Pasábamos por aquí —interrumpió su mujer—. Por favor, señorita Waring, no haga caso a mi efusivo marido.

—Le aseguro que no lo haré —dije—. ¿Es siempre así?

—¡Sí!

—¡Qué cosa tan insoportable! Debe permitirle gastar parte de sus energías dejando que coja a Thomas en su lugar, pues me temo que el salón está en la planta superior y, como ve, la escalera es empinada.

Él dijo, tomando obedientemente a su hijo en brazos:

—Dígale, señorita Waring, que no tengo que ser estirado y formal con usted, ¿no es así? Dígale que somos viejos amigos.

—Somos viejos amigos, señora Allsop.

—Celia —dijo él.

Pero ella no parecía escucharnos; estaba demasiado ocupada mirando a su alrededor.

—Esto es maravilloso, señorita Waring. Delicioso. ¿Es todo obra suya?

Eran mis primeros visitantes de verdad en mi primera casa de verdad. Me sentí muy orgullosa, aunque hice todo lo posible por disimularlo.

—No era mi intención hacerlo yo todo, pero al final... no me ha quedado más

remedio.

—En la habilidad para delegar —dijo Roger— reside el verdadero genio.

Ella se asombraba, maravillada, de cuanto veía. Lo mismo su marido. Era embriagador. Y yo también dediqué exclamaciones entusiastas a su bebé. Parecíamos todos muy satisfechos unos con los otros. Fui a preparar el té. El bebé se había despertado al subir las escaleras y, en mi ausencia, Celia le dio de comer. Le cambió el pañal en el cuarto de baño. Parecía de lo más organizada y eficiente. Mientras tomábamos el té y los deliciosos dulces helados que yo había ido a comprar a la pastelería a toda prisa, Thomas, el ruidoso recién llegado al Suroeste, murmuró e hizo gorgoritos satisfecho, y se aferró al dedo de su padre. ¡Cómo me habría gustado que Sylvia pudiera vernos por un agujerito!

—Eres un bebé muy fuerte —decía su madre—. ¡Con qué fuerza te agarras!

Visualicé el mar de vello dorado y apretado bajo la almidonada camisa beis sobre la que el bebé reclinaba la cabeza; y, sintiendo que me sonrojaba, aparté la mirada precipitadamente.

—Querida —dijo él—, no le hemos explicado a la señorita Waring la razón de nuestra visita.

—¡Dios mío! —exclamé confundida—. ¿Acaso tiene que haber una razón?

—Ahora veo que no —respondió él. Sonrió a modo de disculpa—. En cualquier caso, estaba yo alardeando delante de Celia del jardín que hemos creado...

—Que tú has creado.

—No —me contradijo con firmeza—; ha sido sobre todo una labor de equipo: usted el cerebro y yo el músculo. De repente me he dado cuenta de cuánto me apetecía volver a verlo. Y que Celia lo viera también, que admirara mi habilidad.

—Nuestra habilidad —dije con buen humor, consciente de hacer una apostilla significativa.

—Así es. Lo juro.

—¿Dices entonces que solo has venido por el jardín?

Me pareció un flirteo descarado, pero debió de sonar natural, incluso para su sonriente mujer.

—¿Por el jardín? —insistí—. ¿No por mí?

El agachó la cabeza.

—Me había olvidado de lo amable que es usted —respondió tímidamente.

Fue una de esas ocasiones en las que una declaración hecha con la más absoluta sinceridad te deja tan desconcertada que no sabes qué decir.

—Podéis salir a verlo, por supuesto —fue cuanto dije.

Nos sentamos fuera un rato, los tres muy juntos en el banco de hierro forjado, con Roger en el centro, y yo espantosamente consciente del contacto de nuestros muslos.

—Recuerdo que estabas estudiando —dije, sin reconocer mi propia voz—, pero, aunque me fuera la vida en ello, no recordaría qué era lo que estudiabas.

—Derecho.

¿Nunca se lo había preguntado? No me sonaba. Qué enorme descuido.

—Debe de ser interesante.

Asintió.

—Pero me quedan tres años por delante. Esta es la parte más dura. Tengo muchas ganas de empezar a ejercer.

—Sí, tiene que ser duro. —Me incliné un poco, para mirar más allá de él y dirigirme a su mujer—. ¿Cómo os las apañáis?

Respondió relajadamente.

—Nos las apañamos. Como podemos. Roger trabaja en jardines durante la primavera y en las vacaciones de verano.

Sonreí, no tan relajada como ella. «¡Qué suerte ser joven!», pensé. No me di cuenta de que al mismo tiempo lo decía en voz alta.

—Bueno, sí, tenemos salud —dijo ella—. Y leñemos a Thomas. Y nos tenemos el uno al otro. El dinero no es tan importante.

Sí. Seguro que por las noches no lo es.

Me pregunté si él usaba pijama.

Y me pregunté también con qué frecuencia... y cómo... Allí sentada, respirando el balsámico aire del atardecer, volví a sentirme pasajeramente enferma de necesidad y de celos, enferma por la amarga y recurrente certeza de que nunca conocería esa experiencia de la que se afirma que, por encima de cualquier otra... «¡Oh, Dios!», pensé. «¡Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios!» Por un segundo, me asustó haberlo dicho también en voz alta.

El momento de desesperación pasó. Seguimos hablando del jardín.

—Con el tiempo será una maravilla —apuntó Celia—. Pero, y esto puede sonar blasfemo en presencia de mi marido, es la casa lo que de veras admiro. Es una de las más encantadoras que he visto. No solo eso; hay algo maravilloso flotando en el ambiente.

—¿De veras lo has notado?

—¿Cómo no hacerlo?

Con sus palabras, contribuyó mucho a hacer más tolerable aquel momento desolador. Me gustaba la chica. Me gustaba a pesar del amor y el orgullo que resplandecía en sus ojos cada vez que los posaba en su marido.

—En ese caso, tenéis que venir a visitarme más a menudo.

—Nos encantaría —dijo ella—. Y usted tiene que venir a vernos también. —Impulsivamente añadió—: ¿Qué le parece almorzar el domingo?

Pero Roger intervino.

—Cariño, ¿no iban a venir tus padres el domingo, con Ralph o alguien más?

—Vaya...

Lo dejamos en el aire por el momento. Con toda honestidad, lo agradecí. Aunque me había conmovido mucho la proposición, en especial por su amabilidad y espontaneidad. No había ninguna prisa. Me alegraría cada vez que recordara la

propuesta.

Ella hizo una mueca.

—Mis padres quieren que bauticemos a Thomas. —El bebé hacía ruiditos y se chupaba el dedo mientras aporreaba con los talones la manta escocesa que yo había extendido sobre los tepes que habían sido previamente colocados por su padre. (¡Cuánto había disfrutado yo contemplando cómo se le tensaban los músculos de la espalda al agacharse para ponerlos en su lugar!)—. Pero nosotros no vemos qué prisa hay. Supongo —añadió riendo— que hay que ceder en pequeñas cosas con tal de llevar una vida tranquila...

—¿Sabes, Celia? Creo que nunca he visto un bebé más feliz.

—¿Le gustaría cogerlo en brazos?

**P**or varias razones pasé una larga noche en vela. En primer lugar fantaseé enfebrecida con que, quizá, ojalá Dios así lo quisiera, tenía, casi, una nueva familia. Roger y Celia Allsop querían tres hijos más, lo que por un lado se podía considerar una bonita idea y, por otro, era horriblemente perturbador. Traté de concentrarme en la parte buena, no obstante. Calculé que para cuando yo tuviera setenta años, los cuatro niños andarían en torno a los veinte. Para cuando yo tuviera ochenta, ellos seguramente ya tendrían sus propios hijos. ¿Cómo me llamarían? ¿Tía? ¿Tía Rachel? Sería una dulce ancianita. Acudirían a mí con sus problemas, cosas de las que no podían hablar en casa. ¡Qué buena era la tía Rachel! Siempre podías contar con ella. Su casa era un hervidero de actividad, la puerta siempre abierta, la gente entrando y saliendo a todas horas, ¡y era todo tan divertido! Y aún más. Ella era muy generosa. Bendita sea su alma. No había nadie igual.

Mi frenética imaginación proyectó ante mí imágenes de fiestas de cumpleaños, la mayoría para los niños, pero no todas; cenas de Navidad, felices y tradicionales cenas de Navidad de las que yo rara vez había disfrutado, dado que la mayoría de las veces habíamos estado solas mi madre y yo, o Sylvia y yo. Me vi ejecutando un pequeño número de canto y baile, el centro de una multitud clamorosa y entusiasmada.

Pienso a veces que he dado con mi héroe,  
pero es un extraño romance;  
vamos, muchachote, diez centavos el baile.

Mis bonitos y ligeros pies, tan bonitos y ligeros como siempre, los tobillos igual de finos, los zapatos igual de elegantes. «Oh, yo nunca permitiría a ningún hombre que bebiera champán de mi zapato, por mucho que me suplicara. Pensad, queridos, en el ruido que haría para siempre al caminar sobre ese zapato encharcado.» Me convertiría en todo un personaje.

Y también habría bodas. Para entonces no me importaría pensar en bodas; podría flirtear con todos los jóvenes guapos e incluso, *para entonces*, también con los maduros, y todo sería simple picardía, y gozo e hilaridad.

Pero toda esta lógica sucesión de acontecimientos se vio sustituida repentinamente, hacia las cuatro de la madrugada, por otro sueño, y en este Roger — desnudo— subía las escaleras hacia mí. Lo cubría la oscuridad, y no se parecía en nada al verdadero Roger, pero yo sabía que era él. Yo aguardaba en el extremo de las escaleras ataviada con un vestido de cóctel blanco y largo, y era consciente, sin que a eso lo acompañara la menor sorpresa, de que tampoco yo parecía la misma: era más joven y más hermosa.

Las escaleras se hacían interminables; debía de haber un centenar de tramos. Era como si yo morara en una torre de altura imposible, casi tan inexpugnable por el

interior como por el exterior. Y me asustó que él pudiera tardar tanto en llegar a mí que mis encantos se marchitasen antes. A este paso me convertiría en una anciana.

Demacrada...

El encantador sueño se tornó pesadilla; una auténtica pesadilla de las de Hitchcock, pero sin su predilección por los finales románticos.

Cuando desperté —aunque, gracias a Dios, no estuve despierta mucho tiempo— me sentí desorientada. Drogada. Agotada. Traté, a modo de antídoto, de revivir la sensación de tener a Thomas entre mis brazos en el jardín.

Sin éxito. Por alguna extraña razón, lo que realmente reviví fue cómo me había sentido, menos de un año antes, cuando había dejado de tener el período.

Inútil. Sin estrenar.

Malgastada.

Recordé cómo —cuando me di cuenta finalmente de lo que sucedía— había llorado y dejado de llorar y llorado de nuevo durante toda una lluviosa tarde de domingo. Sylvia pensó que estaba loca.

\* \* \*

Pero, como si todo eso no bastara, algo más contribuyó a acrecentar mi agitación: el libro que iba a escribir, la perspectiva de llegar gradualmente a conocer la vida de otra persona —una buena vida, ejemplar y altruista—, la perspectiva de retirar de forma minuciosa manos de pintura, capas de papel pintado, de abrirme camino..., de *sentir* el camino, haciendo uso de mi maravilloso y enriquecedor instinto para el establecimiento de conexiones. Me contemplé a mí misma, también en este caso, en el umbral de una nueva relación, una igual de importante pese a ser tan diferente. De hecho, las dos casi se confundían. Me sorprendió que, al fin y al cabo, el hombre desnudo de las escaleras pudiera no haber sido Roger. Podría haberse tratado de Horatio. Me hallaba *en ese* limbo entre la vigilia y el sueño donde semejante idea no parecía descabellada.

El rostro del hombre se volvió un borrón. Era extraño, dado que el recuerdo de mi propio rostro persistía vívidamente. Era el rostro de Escarlata O'Hara.

De Vivien Leigh.

Y cuando por fin me desperté por la mañana —con algo tan tangible como eso a lo que aferrarme—, fue mi imagen en lo alto de las escaleras lo que mejor recordé. Vivien Leigh con un vestido blanco de crinolina, escotado, con volantes en los hombros y una faja. Picaruelo pero estiloso.

Cuando *por fin* me desperté, aunque me sentía por completo descansada y rejuvenecida, también me molestó un poco que fueran ya las nueve y media; había dormido dos horas más de lo que tenía por costumbre.

Aunque no me di prisa. Las cosas debían hacerse bien, en especial a partir de entonces. Mi mesa del desayuno con su rosa. Mi huevo ligeramente hervido, mi tostada fina y crujiente, mi cafetera de buen café. Las tareas de la casa, mi baño caliente y aromatizado, el cuidadoso cepillado del pelo. La aplicación de cremas y maquillaje. Nada de eso era una pérdida de tiempo.

Todo lo contrario, en realidad. Incluso mientras limpiaba el polvo miraba a mi alrededor en busca de cosas que *él* podría reconocer, fragmentos de una experiencia compartida.

Estaban la forma y la disposición de las habitaciones, por ejemplo: los rincones, las alcobas, la ubicación de las ventanas. Las molduras de los techos; eso le habría resultado familiar, podría haber paseado la mirada sobre ello, al igual que dos siglos después lo hacía yo, recorriendo con detenimiento sus relieves. Las repisas de las chimeneas; la del salón, por ejemplo. Sí, se trataba de la original. Y la propia chimenea. Quizá estuvo allí mismo, seguro que estuvo, con los brazos reposando sobre la repisa, igual que los míos en este momento, una lustrada bota apoyada en un morillo, la mirada soñadora perdida en las formas hipnotizadoras que trazaban las llamas. Él tenía veintiún años cuando llegó a la casa. Vi la parte trasera de su inclinada cabeza; el cabello espeso, sano, brillante; los hombros anchos y la cintura estrecha, las piernas largas y robustas, las relucientes botas de piel. Imaginé, bajo el abrigo entallado, los músculos marcados en la magra espalda.

¿O seguían estando de moda en 1781 las pelucas y los zapatos? No estaba segura. Ese tipo de detalles era fácil de verificar.

Y mientras cascaba el huevo, pensé que era muy probable que él comiera con frecuencia huevos cocidos. Su pan sería más basto; su café, quizá de un grano diferente; pero el sabor de un huevo ligeramente hervido (el mío era de gallina de granja, muy fresco) habría sido el mismo.

En todo lo que hacía intentaba aproximarme lo más posible a la manera que él habría tenido de ver y sentir —degustar, oler, tocar y oír— cualquier cosa. Disfrutaba cada minuto de esa actividad. No se trataba solo de un ejercicio. Viajar en el tiempo, decidí, se convertiría en un pasatiempo habitual. Haría campaña en su favor. «Infinitamente más liberador —proclamaría desde las azoteas— que esa tontería de quemar los sujetadores.»

Eran casi las doce cuando salí, si bien no para subirme a ninguna azotea. Tenía una breve lista de cosas para la casa que debía comprar. Pero en primer lugar fui a la papelería.



Examiné los libros mayores, los libros de cuentas, los libros de actas. ¡Qué hermosas encuadernaciones! ¡Qué exquisitas impresiones en seco! Ninguno de los cuadernos normales, de ejercicios (y «ejercicio» era, además, un término totalmente inadecuado), se acercaba a la misma calidad. Había uno, sin embargo, el más caro, que me llamó la atención. ¿Pero era lo bastante grueso? ¿Y no estaban las líneas una pizca demasiado juntas? Indecisa, lo dejé en su sitio. Tenía que ser perfecto.

Fui a Smith's. Dudé de nuevo. Di una vuelta rápida por la ciudad. En el restaurante de unos grandes almacenes comí una ensalada de jamón acompañada por una porción de pan francés, bebí un vaso de zumo de naranja y repasé las opciones. Al final regresé al punto de partida y compré el primer cuaderno que me había gustado.

Tomada la decisión —no, con el cuaderno ya adquirido—, me sentí mucho mejor.

Fue menos agónico, un poco menos, encontrar la mejor herramienta de escritura. Había pensado en una estilográfica, por ser lo más parecido a una pluma de ave, pero recordar con cuánta frecuencia las plumillas habían rasgado mis cuadernos en el colegio, y dejado feos e irritantes borrones, me hizo decidirme por un bolígrafo. Ya tenía varios, pero para este proyecto quería algo nuevo. Y más caro.

Compré también un gigantesco bloc para usarlo como borrador y un cuaderno de notas para llevar en el bolso.

Fui luego a la biblioteca, saqué un libro sobre Bath y uno sobre Bristol, otro sobre historia social del siglo XVIII y un cuarto sobre vestuario. Me alegré de que la mujer de las gafas no estuviera.

Mientras volvía a casa, muy satisfecha con las compras y los préstamos, caía una fina llovizna. No tenía importancia. Se refrescarían los jardines y a lo mejor incluso salía el arco iris. De camino entré en el supermercado, hice las compras con rapidez y de manera extravagante, sin detenerme a comparar precios y cantidades, como hacía de costumbre; ni siquiera me entretuve en contar el cambio. Cuando el dependiente del mostrador de quesos se quejó del tiempo, repliqué:

—¿No se da cuenta, hombre malo y desagradecido, de que si ve nubes sobre las colinas pronto verá multitudes de narcisos?

Y, a pesar de que estábamos más próximos a agosto que a abril, me pareció un comentario desenfadado, ingenioso e incluso agudo, además de indicativo de la primavera que, con retraso, había llegado a mi corazón. Y el hombre dijo:

—No se anda usted con chiquitas, señora. Me gustaría que hubiera más gente así.

Me sentí como una combinación de Wordsworth, Al Jolson y Walter Huston, salvo que más afortunada que cualquiera de los tres, y luego recordé que la de Huston era *September Song*, y no *April Showers*<sup>[2]</sup>, pero seguía siendo pertinente, y me descubrí cantándola durante el resto del trayecto a casa, no muy alto, pero sí lo bastante como para que una o dos personas me miraran divertidas y asombradas. Bueno, ¿y qué?, pensé.

Y estos pocos años buenos los compartiré contigo;

estos años buenos  
los compartiré  
contigo.

Y a la vez tenía cuidado para no pisar las uniones entre las baldosas.

—¡Osos —exclamé feliz, siendo casi imposible eludir las juntas y realizar simultáneamente uno de mis elegantes y artísticos bailes—, osos, mirad cómo piso justo en el centro de las baldosas<sup>[3]</sup>! Creo que cuando lo repetí por segunda vez alguien me oyó y, sí, también me vio. ¡Oh, Dios bendito!

Volví a centrarme en la contemplación de mis futuros años buenos y en cómo iba a pasarlos.

Se me olvidó comprobar si había salido el arco iris. Fue una pequeña negligencia.

Cantaba, sin embargo, por segunda vez en el día, mientras limpiaba el polvo de la mesa junto a una de las ventanas del salón. Allí mismo me sentaría a escribir mi novela.

Saqué el cuaderno de la bolsa y lo coloqué en la mesa; me pregunté si debía volver a poner el tapete para proteger la bien barnizada superficie. Pero no, los colores no casaban: tonos opuestos de rojo. Rectifiqué mínimamente el ángulo del cuaderno; posé el bolígrafo nuevo al lado; acerqué la lámpara de escritorio y el diccionario *Chambers* (¡cuánto me alegraba tener un *Chambers*), también el bloc de notas en sucio y los cuatro libros de la biblioteca. Y, como broche final, *Vida*, del señor Wallace.

En el último momento se me ocurrió añadir el jarroncito que ponía en la mesa del desayuno y en la bandeja de la cena, colocándolo con cuidado sobre un pañito; al día siguiente remataría mi obra con una rosa fresca.

—¡Ya está! —dije retrocediendo y contemplando el conjunto—. ¡Todo para ti! —Miré sonriente hacia la chimenea—. Confío contar con su aprobación, señor.

Se me pasó por la cabeza ejecutar una reverencia, pero opté por no hacerlo. Habría resultado absurdo.

Pero me reí. ¿Qué había de malo en una pequeña dosis de absurdidad? No era mi intención ser solemne. Sería pero no solemne. Tenía la impresión de que el señor Gavin, al igual que el señor Darcy, seguramente pecara de seriedad. Un toque juguetón podía ser lo que necesitaba.

Le dediqué una grácil reverencia.

Descarada, si bien graciosa.

Y por un momento pensé en mí como Elizabeth Bennet, no como Anne Barnetby. No creía a la señorita Barnetby capaz de una vivacidad tan encantadora.

Eran las cuatro. Me tomé una taza de té con una pasta de mantequilla. Acerqué mi sillón un pie más o menos a la chimenea. Dicen que es bueno para la alfombra, mover de vez en cuando los muebles.

Nada de televisión esa noche. Ni novela. Ni periódico. Estaba enfrascada en la documentación. Dormí mal otra vez. Más que ningún otro, ese día habría deseado estar al cien por cien de mis capacidades. Pero no importaba: *c'est la vie*. Por algo habría sido. Me levanté antes de lo habitual. Rompí la costumbre y fui al mercado *antes* de desayunar, para comprar flores; en especial, la rosa. {*Su rosa.*} Fue maravilloso salir con el frescor de la mañana.

Había planeado estar sentada a mi «escritorio» a las diez. Pero la verdad es que fui más allá de esa moderada ambición. Veinte minutos antes de la hora estaba ya en mi puesto; previamente, riendo, había dedicado a la chimenea una grácil reverencia. Ese ademán señalaría el arranque de cada jornada de escritura. Un recordatorio de la falta que hace un poco de frivolidad.

Pero a pesar de estar sentada antes de tiempo y dispuesta para el trabajo, antes incluso de que mi reloj señalara las diez volvía a estar en pie e iba en busca del sombrero y los guantes.

No era un mal augurio. No, a pesar de que todavía no había encontrado mi frase inicial absolutamente perfecta, no se trataba en modo alguno del reconocimiento de mi fracaso.

No. Había decidido de pronto que necesitaba una cosa más. Fue una señal de triunfo, más que de derrota.

Podría haber ido a la tienda del señor Lipton la víspera; se me había pasado entonces por la cabeza. Pero tuve miedo. Me dije ahora que no había espacio para la timidez en ningún área de aquel proyecto. (Me avergonzó incluso tener que recordármelo: *¡Me pregunto quién la besa ahora, me pregunto quién presume ahora de ella...!*) Si el señor Lipton no conservaba el retrato, arrumbado en algún rincón oscuro y aguardando pacientemente por mí al igual que había hecho el libro, y si no recordaba o no sabía a quién se lo había vendido..., bueno, en ese caso, mala suerte; siempre podría poner un anuncio. Y si los anuncios no resultaban efectivos..., mala suerte de nuevo; al menos tenía la chimenea estilo Adam y mi imagen de un joven amistoso, de oscuro cabello, que contemplaba pensativo las llamas. Lo había vuelto a ver esa misma mañana, de manera tan vivida como la víspera. E incluso había experimentado la nítida impresión, extraña pero en absoluto atemorizadora, de que algún día se volvería hacia mí.

Di sin dificultad con la tienda. Las indicaciones de la señorita Eversley habían resultado muy precisas. Vi el retrato en el escaparate.

Me reí sonoramente. Allí mismo, en la acera, sucumbí a un espontáneo ataque de risa, en parte efecto de mi euforia por haberlo reconocido, a él, y en parte una ayuda para que él, aunque con sus modales más serios, me reconociera a mí; un saludo relajado, informal, en marcado contraste con el estrépito de címbalos y los coros

celestiales que de niña tantas veces había imaginado que acompañarían la llegada de mi amor verdadero; anunciarían al paralizado y estupefacto mundo, así como a nosotros dos, la eterna importancia de ese primer cruce de miradas en una habitación atestada o en una tienda o tal vez en un andén de la estación.

Eso no fue todo. Porque en parte, además, mi risa transmitió un mensaje a los transeúntes: cuando pierdes temporalmente la fe, la vida te responde con una cortés pero fructífera regañina.

¡Ahí estaba! ¿No me había dicho a mí misma —sin mucha convicción— que el cuadro podía estar esperándome en algún rincón oscuro, *exactamente igual que había estado el libro*? ¿Acaso lo había olvidado? Ese libro que me había estado esperando bajo la intensa luz de las bombillas y justo en el centro de una estantería a la altura de los ojos, e incluso ¡sobresaliendo un poco!

Y, asimismo, había vuelto a mostrarme escéptica: «Hmm... ¿Dieciocho meses después de que vaciaran la casa?». (El diácono que me había facilitado la dirección de la señorita Eversley me dijo la fecha de la muerte de su patrón.) Pero el librero había dicho: «¡Hace años que no veo uno de esos!». Y ni siquiera entonces yo había captado las señales. Dios bendito. A punto estuve no solo de echar atrás la cabeza y romper a reír en mitad de la acera, entre los ensimismados viandantes de fruncido ceño, sino hasta de hincarme de rodillas frente a ellos para dar las gracias (nada hubiera sido bastante) y solicitar el perdón divino.

Aún más: era exactamente como me lo había imaginado: rostro fuerte y bien afeitado y una tenue sonrisa que era ya cautivadora, pero que seguramente llegaría a serlo mucho más; y un mentón orgulloso y resuelto, hombros anchos y aspecto de ser de alta estatura.

El retrato se había pintado, sin duda, hallándose él en torno a los treinta años.

Y era tal y como la señorita Eversley había dicho: bastante oscuro, un hecho que lo haría más interesante cuando los vivos ojos gris verdoso te siguieran con la mirada, te movieras hacia donde te movieras (o, al menos, hacia donde yo me moviera), como sí, casi como si, ahora que los dos nos habíamos encontrado, él no tuviera intención de permitir que me alejara de nuevo.

¿«De nuevo»? ¿Por qué esas palabras acudieron a mí de manera tan natural? ¿Trataba el subconsciente de decirme algo? ¿Trataba *él* de decirme algo? En cualquier caso, ¿no lo había intuido yo previamente? Además... ¿Cómo *supe*, desde la acera y a pesar de lo oscuro de la pintura, que sus ojos eran gris verdoso?

Entré a toda prisa en la tienda.

Vi a un hombre de pie junto al mostrador. Era grueso, con un lánguido bigote.

—Ese cuadro del escaparate —dije jadeante, como si hubiera ido corriendo desde casa—, ¿cuánto cuesta?

Una pregunta irrelevante, innecesaria.

—No trabajo aquí, señora. Tendrá que preguntárselo al dueño.

—Oh, discúlpeme.

Justo entonces el señor Lipton apareció por una puerta en la parte trasera de la tienda. Era bajo, delgado, y tenía una expresión preocupada; llevaba una bata marrón. Repetí la pregunta.

Sus ojos se estrecharon, acompañando a una sonrisa que contrastaba con su expresión preocupada.

—¿El galán desconocido? —preguntó.

—Oh, Señor, ¿así lo llama?

¡Desconocido, ni más ni menos! Pero por otro lado me gustó el apelativo de «galán», con sus connotaciones de alegría y refinamiento a la vez.

—Sí, sí —exclamé.

—Para usted, ocho libras, señora.

—¡Oh, muchas gracias! —dije.

Pagué con un cheque, no porque no llevara dinero encima, ni porque fuera a olvidar una fecha tan trascendental, sino porque quería que quedara registrado en la matriz del cheque, un monumento en blanco y negro: «¡Hoy me he reencontrado con Horatio!».

Hoy me he encontrado con mi destino.

¡He vuelto a encontrarme con él!

—¿Cuáles son sus iniciales, señor Lipton?

—Líbrelo a nombre de la tienda —dijo—. Mi nombre es Guthrie. Trabajo aquí a media jornada.

Mientras rellenaba el cheque, el señor Guthrie sacó el cuadro del escaparate.

—Veo que vuelve a una buena casa —comentó.

—Debe usted de ser vidente.

—¿Y eso, señora?

—Por lo que ha dicho sobre la vuelta. Porque tiene toda la razón. ¡Hoy es el día en que él regresa a su hogar!

No añadí más. El señor Guthrie no parecía un chismoso, pero era mejor no decir demasiado. La gente puede ser increíblemente crítica.

—Vamos a extrañarlo mucho. —Después de echar un rápido vistazo al cheque y escribir algo al dorso, el señor Guthrie dijo al retrato—: Este sitio, caballero, no será el mismo sin usted.

Experimenté sentimientos encontrados: por un lado, un leve resentimiento por la familiaridad del comentario (pero, después de todo, supuse, dieciocho meses de compañía le confieren a uno una posición de cierto privilegio), y por otro, alegría y cierto orgullo, pues tal demostración de bonhomía solo podía venir causada por una propensión natural por parte de su receptor a inspirar camaradería.

Pero, una vez más, el papel marrón de embalar, ni siquiera nuevo, y el astroso trozo de cordel recogido del suelo no casaban con la altura de la situación.

—No, no —dije con brusquedad—. ¡No lo encierre! ¡Imagínese! ¡Qué sensación de cautiverio y claustrofobia!

—¿Señora?

—Vi una película una vez. A una mujer la enterraban viva. Al final la rescataban justo a tiempo, pero...

—Entonces yo diría que fue muy afortunada. —El señor Guthrie parecía perplejo, pero también divertido, ¡divertido! Aunque un instante después ya había recompuesto su sonrisa arrugada y amable—. ¿Está segura de que quiere cargar con esto? Podemos enviárselo mañana, antes de las diez.

*¿Esto? ¿Esto?*

No podría separarme de él ni veinticuatro minutos. ¡No digamos veinticuatro horas!

Me dirigí al cliente del bigote lánguido, que curioseaba entre las chucherías expuestas en una mesa cercana.

—¿Tendría usted la amabilidad de pedirme un taxi?

Se lo pregunté sin escatimar encanto, y él no pareció molesto —tenía, en cualquier caso, pinta de portero—, pero el señor Guthrie me hizo pensar que me había tomado una libertad excesiva: él mismo se apresuró a salir a la calle. Me disculpé con el cliente y me permití un comentario humorístico acerca de dos caballeros que se disputaban el favor de una damisela.

—¿Cree que debería darle una propina? A usted se la habría dado.

Los dos coincidimos en que no, e incluso cuando el señor Guthrie regresó para pedir un taxi por teléfono, el cliente me dijo discretamente que no con la cabeza; era muy amable. Los dos lo eran.

Y menos de quince minutos después estaba de regreso en casa. En el taxi había reflexionado acerca de colocar al señor Gavin (tenía que decidir no solo cómo dirigirme a él de ahora en adelante, sino también cómo referirme a él) en una ubicación donde él fuera lo último que yo viera cada noche y lo primero cada mañana. Pero, en realidad, ya sabía la ubicación correcta; de hecho, la que él prácticamente estaba pidiendo a gritos. Sobre la chimenea, por supuesto, en el salón. Y sí, en cuanto lo colgó allí el animoso taxista —que había recibido una propina, y no pequeña precisamente, y me había aconsejado sobre un nuevo lugar para colocar el espejo y había clavado la alcayata para el cuadro y llevado a cabo el aparatoso intercambio—, Horatio parecía haber vuelto por fin a su casa.

\* \* \*

No pude evitar pensar que mi dormitorio, aunque fuese una ubicación de lo más sugerente, no habría sido apropiado. No del todo.

\* \* \*

Aquella mañana, en la segunda entrega de correo, recibí una carta educada, si bien gélida, del banco. Tenía un saldo deudor de quince libras, ¿sería yo tan amable

de solventarlo lo antes posible? Fue una absoluta sorpresa. Dos o tres días antes habría supuesto un impacto para mí, me habría sumido en la más honda de las tristezas. (Pero en aquella encantadora casa ni una sola vez me había topado con *ellas*) Ese día, no obstante, mi reacción a la noticia fue más sorprendente aún que la propia noticia. No pudo importarme menos. De todos modos, me dije, todavía me quedaban unos pocos artículos para vender, ¿a qué venía tanto alboroto? Me sentía alegre y segura. Desafiante. Estaba dispuesta a enfrentarme al mundo; y el mundo incluye a los gerentes de los bancos. Sabía que el hombre atractivo, de rasgos fuertes y absolutamente digno de confianza que me había contemplado pensativamente mientras yo leía la carta se ocuparía en lo sucesivo, sin hacer preguntas, de cuidar de mí.

Me reí. Mi alegría era incontrolable. Había acercado aún más mi sillón a la chimenea; alcé los pies y me abracé las rodillas. No podía apartar los ojos de la adorable cara.

—¿Qué se siente... al volver a casa después de dos siglos?

Mi pregunta desencadenó algo inesperado. Junto con mi entusiasmo... ¡culpabilidad! Me retorcí las manos. Recordé cómo había criticado al pobre señor Guthrie, aunque sin llegar a manifestarlo, por no percatarse de la importancia suprema de aquel regreso al hogar, aquel hombrecillo con su papel de embalar arrugado y el sucio trozo de cordel.

¡Pero la equivocación del señor Guthrie no era nada comparada con la mía! ¿Cómo había reaccionado yo ante tan maravilloso evento? ¿Haciendo repicar las campanas de las iglesias? ¿Disparando un cañón? ¿Invitando a una ronda en cada pub de la ciudad? ¡No! Era increíble. Ni siquiera había comprado una botella de champán.

—¡Pero eso puedo remediarlo! —exclamé—. ¡A la porra mi falta de previsión y lo lamentable de mi comportamiento!

Ya me había puesto en pie.

—¡Me importan un comino el señor Fitzroy y sus quince libras! ¡Te agradezco que hayas vuelto a mí! ¡Te agradezco mucho que hayas vuelto a casa!

Salí corriendo de la habitación para coger el sombrero. Volví a entrar un momento para recoger el bolso y decirle que no tardaría mucho.

—¡Qué bien tener un hombre en casa!

Llegó al mundo tras un embarazo difícil y un parto largo y doloroso, de una mujer que se hallaba próxima a los cuarenta —prácticamente una *anciana* en aquellos tiempos—, pero quien, a pesar de llevar veinte años o más temiendo que nunca sería capaz de concebir, se había mantenido firme en su propósito. Tras el nacimiento de la criatura, la comadrona, una buena mujer, se había hincado de rodillas y dado las gracias al Creador repetidas veces, con lágrimas bañándole el rostro; mientras el padre de Horatio, maduro y sensible, se hallaba asimismo conmovido.

Dijo a su esposa:

—Querida mía, a punto hemos estado de perderte. El doctor Smollett dice que... esta criatura era... nuestra última oportunidad...

—Señor Gavin —respondió ella—, el Señor ha atendido nuestras plegarias, ¡y qué milagro nos ha concedido! Una bendición tan grande como esta me haría parecer codiciosa si me atreviera tan solo a pensar en otra semejante.

Y ella le sonrió con una bondad tan pura bañando sus adorables y adorados rasgos que él hubo de volverse prontamente a fin de no causar congoja al tierno corazón de su mujer...

\* \* \*

Para las cinco de la tarde, aunque no me había puesto a trabajar hasta las dos, ya había llenado catorce páginas del cuaderno de sucio. Y para las nueve, cuando terminé de pasarlo a limpio, sin una sola tachadura, tenía casi ocho páginas del cuaderno.

(Cuánto había dudado antes de escribir mi primera y esperanzada palabra sobre el maravilloso territorio nevado; una tierra que, a medida que progresara el deshielo de abril, florecería dando lugar a una riqueza, a un encanto atemporal, tanto para el escritor como para el lector... Como lectora, de hecho, nunca me había embarcado en la lectura de ninguna novela seria sin confiar a medias en hallar en ella solución a las más urgentes preguntas, a todos los problemas, misterios y males; una historia tan autosuficiente y abarcadora que hiciera superflua la lectura de cualquier otra. Sí. Mi primera palabra, al margen de «Capítulo uno» —dado que no tenía título todavía— fue «En».)

Cuando posé finalmente el bolígrafo, hice un juguetón amago de desmayo; ¡cómo me dolían la mano y los dedos! Pero un regocijo maravilloso provocado por el acto mismo de crear; dudé si decir «recrear», dado que, aunque se trataba de una novela, «recrear» era lo que en realidad hacía. Los detalles podían ser incorrectos, puesto que el reverendo Wallace no mencionaba nada acerca del nacimiento de Horatio, ni me había facilitado los nombres ni las edades de los padres de Horatio, y no se refería ni



una vez a la ausencia o superabundancia de descendientes, pero yo sabía que el *espíritu* era el correcto.

E incluso los detalles problemáticos... Bueno, desde el mismísimo comienzo experimenté una poderosa impresión de ser guiada, empujada e inspirada del mismo modo que (soy consciente de que suena presuntuoso, pero no lo es, si uno se detiene a pensarlo) los autores de los Evangelios debieron de verse guiados e inspirados; mi mano, mi cerebro —mi bolígrafo— eran los medios a través de los cuales un agente superior buscaba comunicarse. ¡Sí, lo puedo asegurar! Fue una sensación grandiosa y gloriosa.

¡Cómo volaron las horas! No había parado para cenar e incluso mi taza de té de la tarde, ¿puede creerlo?, se había limitado a eso, a *una* taza de té, ¡servida en la cocina y llevada escaleras arriba junto con dos galletas de jengibre en equilibrio sobre el plato! Me reí con cierto remordimiento y declaré que el arte nunca volvería a robar espacio a lo civilizado, pero que aquella primera tarde (¡y solo por esa ocasión!) contaba con una dispensa especial. Y comprendí perfectamente lo que el señor Wallace decía: en reconocimiento a mi educada broma, la sonrisa de Horatio pareció hacerse un ápice más ancha.

Al principio había considerado la posibilidad de salir a cenar; me apetecía picar algo ligero y delicado en un elegante restaurante tailandés que habían inaugurado recientemente. Ya me había puesto el abrigo y estaba de pie ante el espejo del recibidor, acomodando mi —disoluto, descarado— nuevo sombrero, cuando se me ocurrió otra idea: qué descortés sería celebrarlo así (al margen de la irreflexiva y tardía botella de champán), ¡qué enormemente egoísta pensar en salir a celebrarlo! Me quité con disimulo el sombrero y el abrigo, como si al actuar con sigilo pudiera evitar que se adivinaran mis previas intenciones (¡qué boba!), y fui a echar un vistazo en la nevera. Encontré un poco de pollo y de ensalada de patata, y quedaba una última lata de espárragos. Incluso había algo de Dom Pérignon. ¡Qué lujo! Y en esa ocasión, para expiar mi lapsus, sería especialmente delicada: dispuse un segundo cubierto frente a mí, con la servilleta blanca de damasco plegada en forma de tricordio; cosas que, en su conjunto, confiaba, serían interpretadas como un bonito gesto de disculpa. Incluso el yogur parecía mucho mejor servido en un cuenco tallado y espolvoreado con canela, y, por supuesto, había dado un lustre rápido a los cubiertos.

Acababa de repasarle el maquillaje e hice lo mismo con el pelo, ahora que me había quitado el sombrero, y mientras volvía al salón, llevando la bandeja con la cena humildemente, aunque quizá con un toque de tímido orgullo, me sentía de un humor festivo: resplandeciente, expectante, un poco nerviosa incluso, como si aquello fuera de veras una fiesta. En adelante, pensé, todas las celebraciones se harían allí mismo, en casa.

Le hice esa promesa.

No había ido a la iglesia desde que era niña. No sé lo que me impulsó aquel domingo en concreto. Pudo ser simplemente el deseo de dar las gracias, pero yo solía expresar mi agradecimiento en todas partes y, la mayoría de las veces, de manera inconsciente.

Me sentí incómoda todo el camino. ¿Llegaba tarde? ¿Dónde me sentaría? La iglesia estaría ya atestada de fieles y sabía que todas las miradas se volverían hacia mí.

¿De vacaciones? ¿Residente? ¿Había comprado en Bristol ese sombrero tan asombroso?

Sí, sí, deseaba decir; la respuesta a cada una de esas preguntas es sí. Sí, aunque parezca increíble, ¡he comprado el sombrero en Bristol! Y sí, soy residente y estoy de vacaciones. Toda la vida deberían ser unas vacaciones.

Ocupé un sitio en la parte delantera, cerca del púlpito. Fue un error. Para ver a la congregación tenía que volverme.

Por otro lado, quizá no fuera un error. La mayoría de ellos —si se estiraban un poco— podían verme a *mí*. Llevaba un elegante conjunto de falda y chaqueta azul cielo. Cielo azul de *verano*, nada soso. Blusa blanca y pañuelo. Me había llevado dos horas prepararme.

Pero intenté ser humilde. Me atuve a mi idea acerca de las vacaciones. La vida debía ser como unas vacaciones. Hay una película de Cary Grant y Katharine Hepburn donde se dice exactamente eso. El dinero no tendría que regir las cosas. Lo único esencial es mantener la actitud correcta. Y yo coincidía plenamente. Bastaba mirarme, ¡cuál había sido mi actitud en Londres y cuál era ahora!

Paradójicamente, era en Londres donde había visto la película y, sin embargo, Cary Grant había nacido y crecido en Bristol. Llegué a la conclusión de que debía acudir a la iglesia con más frecuencia. Apenas llevaba unos minutos allí y ya estaba teniendo pensamientos profundos.

Sí, gracias, estaba disfrutando mucho de las vacaciones. Inmensamente. Me pregunté si la pobre señorita Eversley se encontraría entre los numerosos fieles.

No, claro que no. Me habría sorprendido que así fuera. Muchísimo. Me habría sorprendido tanto como si...

Tanto como si yo de pronto decidiera asombrar a todos liándome la manta a la cabeza (de manera figurada) y subiendo al púlpito. El púlpito estaba cerca. Podría llegar a él muy fácilmente. ¡Y cómo se habrían quedado todos! ¡Me habría encantado ver sus caras!

—Damas y caballeros. ¿Qué se consigue haciendo olas en la bañera? —Pausa dramática—. Yo se lo diré. Un pequeño tornado, un naufragio, llegar a una isla desierta. Dos semanas vistiendo *sarong*. (¿Con quién escogerían pasar ese tiempo?)

Es una oportunidad para crecer. Les provee de la posibilidad de escribir algo que merezca la pena en el libro de su vida. Algo valioso. Algo fantástico. Un éxito. Eso es lo que el mundo demanda. Y cada día es una nueva página, ¡qué maravilla! ¡Así que corran a sus casas y provoquen una tormenta en sus bañeras! En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén. —Supuse que tendría que santiguarme.

Sin duda, eso habría sumado interés al asunto. ¡La habría animado un poco!

Por desgracia, la ceremonia comenzó mientras yo todavía le daba vueltas al asunto. Una mujer había empezado a tocar el órgano.

Hacía mucho que no escuchaba un órgano. ¿Por qué me recordaba al Odeon de Leicester Square? Un tráiler, en concreto a un tráiler: «Oh, preciosa muñeca, grande y preciosa muñeca<sup>[4]</sup>...».

Cuando era niña nunca me había gustado aquel viejo Wurlitzer. La verdad, lo encontraba aburrido.

¡Qué sacrilegio!

—El Señor esté con vosotros.

—Y con tu espíritu.

Madre mía, ya habíamos empezado. ¿Dónde me había metido?

El vicario era joven y nada feo, un hombre fornido. Eso daba un toque de dinamismo y energía a la ceremonia. No era extraño que asistieran tantas mujeres; yo misma podría cogerle gusto. Tenía bonitas manos, con las uñas cuidadas, dedos velludos. Al igual que las muñecas. Casi seguro que tenía el pecho velludo.

—Dios Todopoderoso, para quien todos los corazones se hallan abiertos, que conoces todos los deseos y a quien no es posible ocultar secreto alguno...

Me esforcé por concentrarme.

Lo cierto era que la mirada omnipotente de Dios nunca me había preocupado, aunque supiera lo que pasaba en mi interior. O en el interior de mi cuarto de baño. Era la gente a la que había conocido y que ya estaba muerta quien me preocupaba. ¿Habían adquirido para entonces parte de *Sus* poderes? Yo había sentido timidez frente a la directora del colegio, por ejemplo, pero no ante Dios. ¿No es absurdo? Meneé la cabeza y me reí de lo absurdo que era.

El pastor miró hacia mí.

Vaya. Ahora tendría que disculparme.

Cantamos un himno.

Amado Señor y Padre de la humanidad,  
perdona nuestras equivocaciones...

Eso estaba bien. Y mi voz era uno de mis puntos fuertes.

—Lamento mucho haberme reído. No pretendía faltarle al respeto. Se me ha pasado por la cabeza algo gracioso, nada más.

—Señorita Waring, esa es exactamente la clase de sonido que quiero escuchar en mi iglesia. Es como un soplo de... Bueno, entre usted y yo, señorita Waring, debo

confesar que no es lo habitual por aquí. La congregación de St. Michael's..., quizá no debería decirlo dadas su bondad y sus excelentes intenciones, la congregación ha sido siempre, bueno, bastante aburrida, un tanto *pesada*. Así que confío en que a partir de ahora la veamos a usted con frecuencia. Me he fijado en cómo canta. ¿Puedo preguntarle si lo hace de manera profesional?

Y añadió:

—Sé que no debería hacerlo, pues los vicarios han de ser imparciales, pero quiero dedicar un cumplido a su vestido y a su sombrero y a todo lo demás. ¡Arrebatador! ¡Maravilloso!

En términos generales, era un joven muy agradable. Durante la lectura del Evangelio le hice algunas preguntas. Le encantó mi agudeza, mi rechazo a aceptar sin más lo que me decía. Le conté lo que la señora Pimm me había dicho del hombre que se tiró de un rascacielos y aterrizó sobre un viandante.

—¿Cree usted en las segundas oportunidades? No puedo dejar de pensar en cómo sería si ese individuo, ahora un tanto... aplanado, recibiera una segunda oportunidad. No se ría. Sería como una resurrección de dibujos animados. Se alejaría a zancadas por la calle, como un monigote de cartón, con una sonrisa boba.

Se rio.

—Lo repito, señorita Waring: es usted un soplo de aire fresco.

—Concéntrese en su trabajo. Ha pasado por alto la importancia de mi pregunta. —Le di un golpecito en los nudillos con mi abanico—. Suponiendo que él *no* recibiera su segunda oportunidad, ¿diría usted que, sencillamente, se encontraba en el lugar equivocado, en el momento equivocado, o diría, más bien, que estaba en el lugar correcto, en el momento correcto? Hay otras combinaciones, por supuesto, pero no quiero confundirlo.

Sonreí.

—También quiero preguntarle sobre el rey David y Betsabé.

—¡Dios mío! ¡Me va a exigir usted dedicación completa! Pero escuche, Rachel, aquí, ahora, tomando un café, no es momento para profundizar en cuestiones metafísicas. ¿Conoce la vicaría? Me temo que en este momento es un desastre, porque mi ama de llaves, esa buena mujer, no es la mejor limpiadora del mundo, ni la cocinera más eficiente. Pero si tuviera usted la bondad de pasar por alto esos defectos...

Todo era un agradable sinsentido. Había olvidado el abanico.

Él estaba subiendo al púlpito. Me preparé, silenciosamente y sin armar alboroto, para escuchar sus palabras: en primer lugar, me estiré la falda por debajo de los muslos, tras lo que volví a sentarme y, con cuidado, crucé las piernas. Había muy poco sitio; incluso arreglarse el bajo de la falda requería destreza. Sonreí luego a quienes me rodeaban, compartiendo mi expectación. (No parecían muy amigables.) Por último, me aclaré la garganta y adopté una actitud muy interesada y atenta. Hasta me incliné un poco hacia delante para que él se diera cuenta de que no tenía intención

de perderme ni una sola palabra. Los vicarios, después de todo, son humanos; también ellos se alegran y relajan ante una muestra de aliento.

—Es como hablar a tus flores —susurré a la mujer que estaba a mi lado.

En mi caso, no obstante —¿cómo iba ella a darse cuenta?—, se trataba de mucho más.

—¡Los clérigos vamos siempre por detrás de nuestro tiempo! —arrancó él, de manera un tanto desconcertante. (Hubo un suave pero perceptible murmullo de diversión. Yo misma reí, quizá más audiblemente que el resto. «No, no —dije—, ¡eso no se lo cree nadie!»)—. Si me perdonan, me gustaría citar una epístola que leímos ya en otra ocasión este mismo año.

¿Perdonarle? ¿Por algo que no era en absoluto desconsiderado? Evidentemente, él sabía que aquella era la primera vez que yo iba a su iglesia y había escogido esa delicada manera de hacer referencia a ello.

—Las palabras hermosas pueden en ocasiones volverse tan familiares que dejamos de prestarle atención a su significado.

Era cierto. Asentí con aprobación. Deseé exclamar: «¡Escuchen, escuchen bien!».

En lugar de eso, me reí.

—¡Cuánta razón tiene! —comenté—. ¡Sí, tendríamos que avergonzarnos! ¡Al diablo!

—Aunque posea tanta fe —prosiguió— como para mover montañas..., y aunque ofrezca todos mis bienes para alimentar a los pobres..., si no disfruto de amor...

Una pausa extensa y enfática. Me miraba fijamente.

—De nada me sirve —concluyó.

Pronunció las palabras con un tono sonoro, pausado, con fuerza. Yo veía sus nudillos blancos, aferrados a la barandilla del púlpito, los mismos nudillos que apenas tres minutos antes habían recibido mis juguetones golpecitos.

—¡De... nada... me... sirve!

No podía creerlo. Para disimular, recorrió con la mirada la nave de la iglesia, de un extremo a otro, pero no me engañó. Yo sabía perfectamente con los ojos de quién pretendía encontrarse.

—En otras palabras —prosiguió—, sin amor no valgo... ¡nada!

No. No podía creerlo. Siguió hablando de los que hacían huelga de hambre en la prisión de Maze; ¿tenía yo la más remota idea de cuántos habían fallecido para entonces? Quería saber con cuánta insistencia había yo rezado por cada uno de ellos. Preguntó cuántos policías y amotinados heridos había en Toxteth. ¿Cuál era el nombre del niño de seis años que había estado atrapado en el fondo de un pozo, completamente a oscuras, durante tres días a comienzos de junio? ¿Cuándo fue la última vez que yo había pasado por delante de un orfanato o un refugio para alcohólicos, o incluso de un hospital, y tenido un solo pensamiento dedicado a quienes padecían en el interior? ¿Qué sabía yo sobre la víctima de mayor edad, o la de menor edad, asesinadas mientras trataban de cruzar el Muro de Berlín?

Se preguntó a continuación cómo podía yo vivir tan cómodamente en la ignorancia voluntaria, cuánto necesitaba replantearme mis prioridades, y expuso sus opiniones, por llamarlas de alguna manera, sobre *El hombre que vino a cenar* o *Carros de fuego* o Shirley Temple; sencillamente, yo ya no escuchaba. Allí estaba él, tan piadoso y dinámico, con sus manos velludas y su torso velludo y sus, hasta entonces, dulces palabras, y, de entre todos los mensajes reconfortantes que podría haber escogido a modo de cariñosa y cálida bienvenida, había elegido un texto como aquel. ¡Y nada más conocerme! ¡Qué cruel! ¡Indeciblemente cruel! Hacerme creer que de veras le complacía verme, que yo era una influencia novedosa y estimulante, un insólito recordatorio de la primavera, y luego exhibir de forma tan manifiesta su... ¿cómo denominarlo? ¿Sus celos? ¿Es que él era el único que podía dar ánimos a la gente?

Podía guardarse sus ánimos. Podía sostenerlos entre sus velludas manos. Y contra su velludo torso. Yo no los quería.

—Haced vuestras la fe, la esperanza y la caridad, las tres; pero la más importante es la caridad.

—¡Un poco de esperanza, al menos! —repliqué, me pareció que con agudeza, mirando desafiante a mi alrededor.

Por si fuera poco, concluyó diciendo:

—Pues ahora vemos el mundo a través de un cristal empañado.

—¿Eso hacemos? ¡Puede que *usted* lo crea así! Pero pregúntenos a cada uno.

Hubo una pausa. Cogí el bolso y los guantes y a punto estuve de largarme en aquel mismo instante. Eso también habría animado un poco el ambiente. Pero me detuve a tiempo. La gente no debía, de *ninguna* manera, percatarse de en qué medida me había herido.

Durante el siguiente himno no canté.

Sí moví los labios, aunque no permití que de ellos saliera sonido alguno. Lo vi mirarme, simulando preocupación.

—¿Ha forzado usted su adorable voz, señorita Waring?

—Debo dejarle bien claro, señor Morley, que no volverá a engatusarme con sus maneras adulatoras. Puede ir a ponerlas en práctica con el farmacéutico. Ustedes dos deberían fundar un club Badebas, ¡y componer una sintonía zalamera! Eso sería lo apropiado.

Cuando el platillo de la colecta llegó a mí, no deposité los billetes de una libra que tenía preparados. A punto estuve de no dejar nada. Pero entonces, de manera más sutil y poética, recordé que llevaba unas monedas en el bolso y cogí exactamente treinta y cinco peniques.

Me sentí mejor. Cuando todos, repentina e inexplicablemente, empezaron a estrecharse las manos (por lo visto eran más amigables de lo que había supuesto), yo estaba lo bastante recuperada —a fuerza de ignorar y bloquear los malos pensamientos, y de centrarme solo en cosas agradables— como para participar. Lo

cierto es que me sumé a ellos con ánimo y notable aplomo, teniendo en cuenta que al principio estaba un tanto desconcertada.

—¿Cómo está usted? ¿No le parece que hace un poco de frío aquí? Me encanta su bolso.

Qué forma tan encantadora de establecer contacto. ¡Eso sí que era cristiano!

—Hola. ¿Viene a menudo por aquí? Mi nombre, por cierto, es Waring.

Por desgracia (¡qué británico!), la mayoría de quienes me deseaban la paz no parecían capaces de ir más allá. Estrechar las manos, sí; sonrisas, también; pero nada más. La obertura, pero no la función completa. Bueno, no importaba. A mí me pareció, con diferencia, lo mejor de la ceremonia; eso y cuando canté el primer himno. En aquel momento había sido feliz.

Además, el hecho de ocupar el extremo de una fila fue una gran ventaja, porque así pude continuar desplazándome estrechando manos hasta mucho después de que los demás hubieran terminado. Quería demostrar que la gente de Londres no es tan fría como algunos piensan. Y que tampoco son blandos. Poseen carácter, tenacidad.

Hubo una mano, sin embargo, que rehusé estrechar: la del vicario, cuando luego tuvo el coraje, o la falta de sensibilidad, de situarse junto a la puerta de la iglesia.

—No, gracias —rechacé, ignorando por completo su *Buenos días, me parece que es usted nueva*.

Menudo hipócrita.

Me pareció que le había dado su merecido. El lo había perdido todo. La piedad, el dinamismo, los ánimos, todo.

—Eehh... Hay café en la sala de la iglesia, si le apetece.

Dado que, evidentemente, él no esperaba que yo aceptara, asentí.

—Gracias, sí, me agradecería tomar una taza. Pero, por favor, no se moleste. Creo que puedo encontrar sola el camino.

Puede que no fuera tan malo como creía. Siempre me habían inculcado la importancia primordial de las maneras; me pareció que —en cierta medida, al menos— debía demostrarle lo que era una buena educación.

Así que, mientras él seguía allí plantado (junto con la pareja de ancianos que aguardaba para decirle algo), mirando cómo me alejaba, di media vuelta y dije:

—Por cierto, he olvidado darle las gracias por la hostia y el vino. El vino era bueno. ¿Dónde lo ha comprado? Y quizá le sorprenda saber que creo en la transustanciación. Al menos me parece que creo. No es que sea católica.

—Eehh... No —dijo.

Incluso bromeé un poco. Después de todo, no iba a olvidar nuestros primeros diez minutos de camaradería.

—E imagino que usted tampoco lo es.

—Eehh... No —repitió.

No tenía sentido del humor y, en realidad, tampoco mucha conversación. Fui a por mi café.

El salón estaba de lo más animado. Me puse a la cola, frente a un pequeño mostrador. Delante de mí había una mujer mayor que rebuscaba monedas en el bolso.

—¡Oh! ¿Hay que pagar? —pregunté—. Pensé que el vicario me había invitado. Bueno, es lo de siempre, ¿no? Para nada me sorprende.

Me sonrió de una manera que yo empezaba a reconocer como propia de la gente de Bristol.

—Solo cuesta cinco peniques —dijo, sin sonar antipática—. Si no los tiene, a nadie le va a importar.

—Es un alivio, aunque creo que *probablemente* podré reunir cinco peniques.

—Espero que le haya gustado la ceremonia. Oh, disculpe un momento. Mi pequeño monstruo está haciendo de las suyas por allí.

Pero la niña, de tres o cuatro años, se acercó obedientemente en cuanto la llamó.

—No puedo decir —comenté— que me haya dado mucho en lo que pensar.

—No —coincidió—, me temo que le ha tocado una mala semana, en lo que al sermón se refiere. —Rio—. ¡Yo creía que se limitaría a hablar de la boda! ¡He de decirle que me ha decepcionado mucho que ni siquiera mencionara a Carlos y Diana!

Me encogí de hombros.

—Hay que tomarse las cosas con filosofía. Supongo que podría haber sido peor. Busque algo bueno en cada sermón y seguramente lo encontrará.

Nos dieron nuestros cafés; la niña tomó un zumo. Nos quedamos juntas, en mitad de la estancia, sin mucho más que decirnos de repente.

—Ojalá haga buen tiempo el miércoles.

Sonreí y asentí.

—Lady Di me parece encantadora.

—¿De veras? —pregunté.

Por su expresión se diría que le había anunciado que acababa de poner una bomba en la sacristía.

—Bueno... ¿A usted no?

—Diría que es bastante agradable. Pero tiene usted que admitir que es muy vulgar. De lo más vulgar, de hecho.

Tomé un sorbo de café. Era especialmente repugnante.

—Sí, bueno, en cierto modo, supongo que lo es. Aunque eso es lo que lo hace bonito, ¿no? Quiero decir, que él se va a casar con una chica corriente.

—Precisamente. A eso es justo a lo que me refiero.

Al menos tuve la satisfacción de verla reflexionar un momento. Aunque el momento fue breve y sus pensamientos improductivos. Solo sirvieron para que mostrara el que debía creer que era su as en la manga.

—No cabe duda de que es muy querida.

Fui amable.

—Sí, está en lo cierto. Evidentemente, yo no estoy en la onda. Pero no veo a qué viene tanta admiración.



Fue un alivio decirle eso a alguien a quien, con gran probabilidad, nunca volvería a ver. (Si me cruzaba con ella por la calle, podía mirar hacia otro lado.)

—Bueno... —Sonrió y miró a su alrededor, en busca, a lo mejor, de alguien que la apoyara—. En cualquier caso, es mucho mejor que si fuese extranjera —sugirió.

—No estoy segura. —Claramente no había seguido mi argumentación—. Siendo una inglesa..., podría haber sido usted o yo o cualquier otra. Imagínese. —Reí para poner una nota ligera, de confianza, porque por alguna razón ella empezaba a parecer nerviosa—. Salir de San Pablo. Recorrer la ciudad a bordo de un carruaje abierto. Miles de personas en las aceras, a lo largo de toda la ruta, gritando hasta enronquecer, ondeando banderas, levantando a sus hijos para que vean mejor. Queriéndote como si fueras la mismísima reina. Pero *¿por qué ella?* ¿Qué tiene eso de justo? ¿Por qué *ella*, y no usted?

La mujer se rio. (Una vez más, yo había conseguido animar a alguien; otra victoria para la buena educación.)

—A lo mejor no se ha dado cuenta usted —dijo— de que soy un poquito mayor que ella.

Yo también me reí, como si lo que había dicho tuviera gracia.

—¿No me comprende? —insistí—. Ella ni siquiera viste bien. ¡Esos cuellos que parecen de un niño de coro! —Volví a encogerme de hombros: mi alegre perplejidad de siempre ante los disparates de la familia real—. Y el doctor Runcie ha pedido que toda la nación rece por ellos durante la ceremonia. ¿Por qué? ¿Acaso no tienen bastante? ¿Necesitan además que todos recemos por ellos? Pero, por supuesto —sonreí—, a ellos se les concederá. —Era la misma historia de siempre—. ¿Alguna vez se le ha pedido al conjunto de la nación que rece por *usted*?

No obtuve respuesta. Antes de que ella pudiera dar con una, la niña hizo un movimiento brusco y golpeó el codo de su madre. La taza de la mujer saltó del plato y vertió todo su contenido sobre mi falda. Grité.

Los minutos siguientes fueron caóticos: alguien con un paño empapado en agua fría; media docena de personas ofreciendo remedios y opiniones, sus anécdotas y su preocupación; la reprimenda a la niña; la limpieza del suelo...

La niña se puso a llorar. Estaba asustada y se sentía indefensa, pues su madre fue dura con ella. La misma mujer estaba próxima a las lágrimas. De hecho, las dos recibieron mucho más consuelo que yo.

Y era la primera vez que me ponía aquella falda. Estaba hecha un desastre.

—¿Se encuentra usted bien? —me preguntó alguien—. Estos pequeños accidentes suceden continuamente.

—Sí, gracias —contesté—. Estoy de maravilla. —Y añadí con una ironía que sin duda ella no llegó a apreciar—: He tenido mi pequeña dosis de alboroto.

Me fijé en que el vicario se cuidaba de mantenerse a distancia. ¡Qué típico! En tiempos de gozo, hasta el arzobispo de Canterbury acude en tu ayuda. En tiempos de angustia, no se puede contar ni con el vicario de St. Michael's.

Pues que le den al vicario. ¿Qué hay de la víctima? Al menos la víctima no lloró hasta que dejó el salón de la iglesia, se alejó al menos trescientos metros y dobló al menos tres esquinas. La víctima no lloró hasta que cubrió al menos la cuarta parte del camino a casa, con el frío paño empapado contra las piernas y casi todos los transeúntes esforzándose por hacer como que no se daban cuenta. (Pero la víctima oyó a un niño pequeño decir: «¿Esa señora se ha hecho caca y por eso está triste?».)

La mitad inferior del azul cielo veraniego lucía una oscura nube del tamaño de un *frisbee*. Parecía una experiencia de la que me sería imposible recuperarme por mucho tiempo que pasara.

Pero siguió un epílogo inesperado.

(No debería haberme parecido inesperado.)

Las lágrimas cesaron en el preciso instante en que llegué a casa; literalmente, en cuanto abrí la puerta. La nube había pasado, desaparecido más allá del horizonte.

Por si acaso no lo he mencionado antes: era una casa amable, con un espíritu guardián experto en el arte de la sanación. Qué afortunada era de tener a Horatio. Me parecía asombroso haberme olvidado de él, aunque hubiera sido un momento pasajero. Iba ya canturreando mientras subía apresuradamente las escaleras. La canción que me recordaba el mensaje de Dios. *Oh, preciosa muñeca, grande y preciosa muñeca...*

Porque, como puede esperarse de Dios, su mensaje no tiene que ceñirse a una única melodía.

No, Dios bendito, ¡no!

**L**o mejor del día de la boda real, además de trabajar en mi novela, fue sin duda *Sonrisas y lágrimas*. Por primera vez me llamaron la atención las palabras: «Como una alondra que aprende a rogar». Me pareció que se podían aplicar perfectamente a mi vida, casi como si fueran un mensaje. Todos necesitamos muestras de ánimo amables.

A continuación, en ITV, pusieron otra película. En general me gustan las películas de Jean Arthur, pero aquella era muy floja; la quité al poco rato. El título era casi lo único que se salvaba: *The Lady Takes a Chance*<sup>[5]</sup>.

Pobre señorita Eversley, pensé. Me sentía un poco culpable. No la había llamado. No le había comprado un puzle. Claro que ella no parecía desear tales atenciones. Así que a lo mejor no pasaba nada. Pero, sucediera lo que sucediera, no quería convertirme en alguien que incumple su palabra. Las alondras que están aprendiendo a rogar deben ser honradas, sinceras... sin una pizca de hipocresía o falsedad. Criaturas con las que se pueda contar.

Especialmente yo. Porque la cuestión era, ¿comprende usted?, que a mí nunca me faltaría la inspiración. Tenía a mi musa justo enfrente.

Sobre la chimenea.

Así que si *yo* no triunfaba... ¿quién podría hacerlo? A veces estaba convencida de que seguía soltera por mantenerme pura para la gloria eterna.

Pero no siempre. Con mucha más frecuencia creía que, sencillamente, no había tenido ni la menor oportunidad, aunque por aquella época no permitía que ese pensamiento me abatiera. Era la viva imagen del Judío Errante. Era otra lamentable alma perdida, igual de desesperada y de arrepentida, una viajera solitaria a bordo de *El holandés volador*.

¿Una vida encantada pero maldita? ¿O una vida maldita pero encantada?

En pocas palabras, ignoraba qué clase de persona era y cuál era mi papel.

Y también, de hecho, si tenía alguna posibilidad de ocupar el lugar en el cielo que anhelaba desde mis días de colegio.

\* \* \*

Y durante las siguientes semanas, él *creció*... si bien no tanto como lo había hecho los primeros días; y al mismo tiempo, evidentemente, creció la novela.

Estaba claro que sería larga. Antes de terminarla puede que tuviera que comprar otros dos gruesos y flamantes cuadernos.

Aunque eso no me desanimaba. En absoluto. En realidad, no tenía ningunas ganas de terminar, tan pocas que llegué a considerar la opción de racionar las sesiones de escritura. Incluso entonces, puede que a falta de años para escribir la palabra «Fin»,

no sabía lo que haría cuando llegara ese momento.

No buscaba los aplausos de los críticos ni los del público. Si llegaban, los disfrutaría, por supuesto, y no solo por mí. Pero no estábamos impacientes. Incluso sin llegar a publicarse, los tres volúmenes constituirían un testamento de nuestra existencia, serían una prueba constante y sólida de lo sucedido. Una prueba para la posteridad. Las futuras generaciones podrían conocer de primera mano por qué había venido yo al mundo y qué me había traído hasta este lugar.

En cualquier caso, el camino era lo importante. Siempre. Estaba convencida de que, desde ese momento y en adelante, mi vida era suya, y la suya mía, tan inextricablemente entrelazadas como las de Boswell y el doctor Johnson.

Más incluso.

En consecuencia, cuando él nadaba desnudo en el río con otros niños de su edad, yo también estaba presente, disfrutando tanto como ellos. Y cuando se peleaba, sus heridas eran mis heridas, y sus victorias las mías. (Me preguntaba si oía mi voz, un eco tenue y lejano que lo llamaba a través de los siglos, prestándole leal apoyo.) Mis lágrimas acompañaban a las que el vertía cuando veía a los mendigos agonizar en las calles y tenía noticia de las injusticias cometidas en los tribunales o del sufrimiento causado por los magnates de la prensa. Mis ruegos se sumaban a los suyos cuando le suplicaba dinero a su padre, ropa a su madre, comida a Nancy; todo para dárselo a los sin hogar, a los tullidos, a los borrachos, a los desesperados. Compartía sus dolores de cabeza cuando se debatía con los verbos latinos o las fórmulas algebraicas, o cuando el lamentable calzonazos del señor Toole era víctima de uno de sus periódicos ataques de cólera, durante los cuales sus alumnos le parecían incapaces de hacer algo bien. Pero mi alegría se equiparó sin duda a la suya cuando escuchó por vez primera la música de Händel y su corazón brincó exultante; una experiencia reveladora para ambos, pues hasta ese momento yo jamás había disfrutado de los placeres de la «buena música». Ahora me parecía increíble. Me asombró mi ceguera o, más correctamente, mi sordera (una de nuestras tontas bromitas; de las que ya teníamos una buena colección), y, aún más, mi monumental egoísmo, cosa que incluso llegaba a provocarme cierto sentimiento de culpabilidad. Tendría que haber puesto desde el primer momento música de Händel y Mozart y Gluck y Haydn... Estos dos últimos nombres no se me ocurrieron de inmediato, como tampoco otros de compositores más antiguos, como Purcell, Byrd o Scarlatti. Habría sido lógico tenerlo en cuenta cuando me dedicaba a crear la atmósfera adecuada. (Innecesario, innecesario.) Pero, por otra parte...

Por primera vez en mi vida me avergoncé de no poseer una buena colección de música clásica. No podía permitirme comprar todos los discos que ahora quería, porque, aunque no me preocupaba el estado de mis finanzas, conservaba al menos cierta sensatez. Por suerte, la biblioteca pública disponía de una excelente sección de música. Y en cuanto se me ocurrió, con cierto retraso, allá que acudí a toda prisa, sin aliento, sin ni siquiera coger el pañuelo y los guantes, y cogí tantos discos como

estaba permitido. (Recé para que no me enviaran de vuelta a casa a por el carné; por esa vez hicieron la vista gorda.) Y, en adelante, en la casa del siglo XVIII, sonó música del siglo XVIII. O incluso más antigua.

\* \* \*

Pero no exclusivamente.

—Cada vez valoro más tu música —decía yo—, y me doy cuenta de cuánta de la de este siglo no es más que basura; pero en cualquier caso, no te hará daño escuchar algo de la buena...

De esa forma tan juguetona conseguía que diera su brazo a torcer. (Cómo regañaba al pobre muchacho, que replicaba: «Seguro que usted y el señor Toole se habrían hecho buenos amigos».) Luego le ponía a Jack Buchanan o *Gypsi* o, por los viejos tiempos (un tributo, pensé mientras lo colocaba en el tocadiscos, un tributo a una tía solterona con demasiado maquillaje y a un infravalorado episodio de la infancia), una selección de *Agridulce*.

Creo...  
que cuanto más amas a un hombre,  
cuanto más confías en él,  
más tienes que perder...

O incluso (esta ya no de *Agridulce*):

Tengo que irme...  
Pero, chica, hace frío fuera.  
Esta noche ha sido  
tan estupenda...

Y aunque siempre temía que no fuera de su gusto, él nunca mostraba ni la menor señal de desagrado. Estaba contenta. La educación debería ser siempre una carretera de doble sentido. Teníamos tantas cosas buenas que enseñarnos uno al otro...

También bailaba a menudo, a pesar de la vergüenza inicial. Lo habitual era que me entregara a los lentos compases de un vals de ensueño. (Nunca podría haber hecho algo así si hubiera conservado aunque solo fuera la cuarta parte de los muebles de la tía Alicia.) Pero la rigidez inicial pronto se disipaba, y me dejaba llevar a través de la estancia por una pareja que me abarcaba media cintura con un fuerte brazo y que con una mano fresca sostenía la mía. A cada vuelta me estrechaba un poco más contra él.

Después no sabía distinguir si había sido realidad o solo un sueño.

**L**os Allsop volvieron, aunque no tan pronto como esperaba. No le di importancia. Tenía otras cosas en que pensar, y la posibilidad de que se les hubiera olvidado me preocupaba poco. No obstante, cuando volví a verlos ante el umbral de mi puerta me sentí complacida.

—¿Qué pensará usted de nosotros? —preguntó Celia—. Le decimos que tiene que ir a vernos y luego no damos señales de vida en casi tres semanas.

Casi cinco.

—¡Qué tontería! —exclamé—. Sois jóvenes. Tenéis vuestras vidas. No espero que...

—No es eso —dijo Roger—. Los dos hemos estado en cama con sendos resfriados de verano, y luego vino una cosa tras otra y están mis estudios y mi dichoso trabajo...

Parecía más rubio y más vikingo que nunca.

—Seguro que se hace una idea del panorama —concluyó con una mueca absolutamente irresistible.

—Vamos, vamos... No hay nada por lo que disculparse.

—Espero que no crea que son simples excusas —añadió Celia—. No podríamos soportarlo. ¿Verdad, cariño?

Lo miró con devoción, la misma mirada de admiración embobada de la otra vez, pero advertí que ya no la encontraba perturbadora. No mucho. Descubrirlo me hizo sentir más feliz. Ya no tenía razón para envidiar a nadie.

—No. Antes me hundiría un puñal en el corazón —confesó él— que pensar que cree usted tal cosa.

—Un tanto drástico, ¿no?

—En realidad, señora, todo es culpa suya —dijo él alegremente, el penitente tornándose acusador—. Si, como la gente sensata, tuviera usted teléfono...

—Eso no es justo —exclamé con similar alegría—. En la oficina de correos no dejan de prometer que van a ponerme línea. Quiero tener línea. ¿Debería arrodillarme y suplicar para conseguirla?

Fue él quien se arrodilló, las manos alzadas en gesto implorante, como Jolson a punto de interpretar *Mammy*.

—¡Conécteme con la especie humana! ¡Por favor, conécteme con la especie humana! Alguien, en algún sitio, seguramente quiere saber de mí.

—Sí. Sylvia. —Sonreí. Aunque el corazón se me encogió. Ella llegaría el viernes.

—¿Quién es Sylvia?

Rápidamente añadió:

—¿Quién es ella, por quien todos de amor suspiran?

—La amiga con la que compartía piso antes de venir a Bristol.

Me habría parecido desleal decir que dudaba que todos suspiraran por ella, o incluso que lo hiciera alguien. Todavía recordaba algunas citas de aquel pasaje (lo habíamos aprendido en el colegio) y quería demostrar tanto a Roger como a Horatio (para entonces estábamos ya en el salón) que era capaz de hacerle la réplica con algunas frases de Shakespeare de las que no sabía todo el mundo. Así que desplegué los brazos y dije, alzando la voz:

—¿Gracias tiene a millares? ¡Oh, Dios, díganoslo, díganoslo! Cantemos todos a Sylvia.

—Sería maravilloso —prosiguió él levantándose—, pero no creo que ponerse a cantar sirviera de mucho, no creo que así consiguiera línea. A menos que acuda usted a la fuente, sin intermediarios y dedique su quejumbroso canto a Buzby<sup>[6]</sup>. Pero sería más rápido terminar la carrera de Medicina. O hasta, si lo prefiere, de Derecho. O Arquitectura. O incluso convertirse en clérigo.

—No lo escuche, señorita Waring. Cariño, puede que la esté ofendiendo.

—Para nada —descarté riendo—. Solo es un poco absurdo. Y en todo caso...

Estaba a punto de señalar que, aunque no tenía teléfono, sí tenía buzón de correo, pero me detuve a tiempo. No quería insistir en que no habían hecho nada por mantener el contacto; eran ellos quienes lo estaban convirtiendo en un drama.

—Y, en todo caso, basta de bobadas. Hablemos de cosas importantes. ¿Cómo está mi pequeño Thomas? ¿Puedo cogerlo, Celia? —Hasta entonces, ocupada en darles la bienvenida, solo había podido besarlo en la mejilla—. Y luego bajaré y pondré el agua a hervir.

—¿Que cómo está su pequeño Thomas? —repitió Roger—. Es casi tan bueno y dulce y angelical como... No sé. Como su padre.

—¿Ya no es, entonces, la cosita más ruidosa de todo el Suroeste?

—Nunca lo fue, en realidad.

—Está más grande, no cabe duda.

—Va a ser muy grande y fuerte. ¿Verdad, Tom? Como tu papá. Asquerosamente sano. Nunca se pondrá enfermo, en toda su vida.

—¿Y los resfriados veraniegos? —pregunté.

Por un momento me miró como si lo hubiera pillado.

—¡Los resfriados de verano no cuentan! —Se rio e hizo cosquillas a su hijo en la barriga—. ¿Le importa si me quito la chaqueta, señorita Waring? ¡No pasaba tanto calor desde hace semanas!

—*Por favor...*

Añadí, de manera quizá un poco atrevida:

—No olvides que ya te he visto no solo sin chaqueta, sino también sin camisa.

Sonrió.

—Lo había olvidado.

Aunque yo en absoluto creía que lo hubiera hecho, lo dejé pasar.

—Confío en que no vuelva a ser solo por mí por lo que vienes con traje y corbata.

Pareció a punto de negarlo, pero luego abrió las manos.

—Creo que hay que presentarse ante los amigos con el mejor aspecto posible. Es una cuestión de cortesía.

—Y me siento muy honrada por tal cortesía, de veras. Tanto como me sorprende encontrar a alguien de tu generación que sigue pensando así. Pero, en cualquier caso, Roger, la próxima vez...

—No —dijo Celia—. La próxima vez será usted quien venga a vernos. No hay nada que discutir.

—Además —preguntó Roger—, ¿por qué dice alguien de *mi* generación? Eso suena... No sé... Como si fuéramos de planetas diferentes, o como si usted fuera Abraham o Matusalén. Yo no lo veo así. Y tampoco Celia.

—En absoluto.

—Es muy amable por vuestra parte, pero... —¿Pero qué?—. ¿Cuánto dura una generación?

Él se encogió de hombros.

—¿No son veinticinco años? —preguntó.

—En ese caso, ni siquiera pertenecemos a diferentes generaciones —me apresuré a señalar—, no digamos ya a planetas. Para nada.

—¿Quién ha dicho que fuera así?

—Pero queda el hecho de que yo os llamo Roger y Celia, mientras que vosotros me llamáis señorita Waring.

—¿Cómo dices, Rachel? —Se inclinó hacia mí frunciendo el ceño. Todos reímos.

—Ni siquiera sabía que conocieras mi nombre.

—Y apuesto a que hay más cosas que no sabe de nosotros.

—Estoy segura.

Meneó la cabeza.

—No, esa no es la réplica adecuada. Se suponía que tenías que decir: «¿Como qué?».

—¡Menudo papaíto tienes! —me dirigí al bebé que sostenía en brazos, meciéndolo un poco, lo que le hizo reír—. ¡Vaya papaíto tan gracioso!

Por supuesto, era el comentario que Roger esperaba oír.

—Como, por ejemplo, que nos gustaría mucho que..., si quieres... Nos haría muy felices que... No, es mejor que se lo digas tú, Celia.

—No, *tú*, cariño.

—... que fueses la madrina de este pequeñajo, si quieres.



Ahí estaba: el verdadero comienzo de ese otro camino que, como un carrete de cinta amarilla desenrollado, pronto se extendería a través del hermoso paisaje repleto de amapolas. Cuando (por fin) bajé a poner el agua a hervir, descendí las escaleras casi bailando, y recorrí el recibidor de igual modo, sosteniendo la chaqueta de Roger ante mí, como si mi pareja fuera el espantapájaros de la tierra de Oz, recorriendo el camino hacia el perchero.

Celia dijo desde lo alto de las escaleras:

—¿Puedo echarle una mano?

—No. Quédate con Tom.

Su presencia lo habría estropeado.

Colgué y alisé la chaqueta. Llené el hervidor.

Bailando en la oscuridad,  
con un nuevo amor;  
estoy bailando en la oscuridad,  
contigo, mi amor...

—¡Pillada! —dijo Roger—. Con las manos en la masa. O con los pies. Y qué bonita voz tienes.

—¡Oh, bandido!

—No te detengas.

—No esperarás que siga cantando con público.

—Te voy a decir una cosa. Sin duda, no eres Abraham. Ni Matusalén.

—Veintiuno —bromeé—. Veintiún años, la llave, nunca antes había cumplido veintiuno<sup>[7]</sup>.

—¿De verdad eres tan mayor? Me sorprendes.

—Adulador.

—Y eso nos convierte en personas de la misma edad. —Pasó a cuestiones prácticas—. Dime en qué te puedo ayudar.

Fue divertido. Sacó la jarra de leche y el azucarero, y las tenacillas para el azúcar, aunque yo lo podría haber hecho todo más rápido, y añadió unos azucarillos más del paquete y rellenó la jarra y cortó un limón en rodajas y cruzó alegremente la calle... para comprar unos alegres y coloridos pasteles.

—Insisto, Roger, coge esto.

—Y yo insisto, Rachel, en que no voy a hacer tal cosa. Mientras él estaba fuera, comprobé que no se había llevado la chaqueta y deslicé las dos libras en el bolsillo del pecho. Enterré por un momento la nariz en el *tweed* marrón.

De nuevo en el piso de arriba, la conversación giró en torno a los preparativos del bautizo y a algunas personas que seguramente asistirían.

—Será todo muy *aburrido*, Rachel, pero después tú, nosotros y unos pocos de nuestros mejores amigos lo compensaremos con una pequeña fiesta.

Imposible contenerme ante la dimensión del cumplido: la mano me tembló un poco al servir el té.

—¿Espera usted a alguien más, señorita Waring?

—Rachel —corrigió Roger.

—Porque tal vez le parezca que Thomas está muy adelantado para su edad, pero todavía no sostiene una taza y un platillo con soltura.

Miré fijamente el cuarto servicio de té y la servilleta plegada.

—Es culpa de tu marido. Ha hecho tanto el tonto en la cocina que me ha confundido.

—No lo creo. Me fijé en que la última vez hizo lo mismo.

A continuación, pensando quizá que llamar la atención sobre mis despistes podría molestarme, se apresuró a cambiar de tema. Debió de soltar lo primero que se le vino a la cabeza y demostró, irónicamente, que, al margen de que yo me hubiera distraído o no, ella sin duda sí lo había hecho.

—Recuérdame, por favor... quién es Sylvia. Creo que diste a entender que te podía echar de menos.

Roger rio.

—Pura, hermosa y sabedora es. —Su risa disipó cualquier asomo de embarazo.

—Había olvidado ese fragmento —confesé.

—Pero bien que recordabas: «¿Gracias tiene a millares?».

—¡Qué hombre tan condescendiente!

Disfrutaba insultándolo, porque eso le daba carta blanca para devolverme el golpe, lo cual constituía una muestra de nuestra mutua confianza.

Pero no se aprovechó.

—Su belleza es hermana de la bondad —recitó.

Había empezado a reírme como una tonta.

—No, por favor. No.

—¿Por qué no?

—Porque no conocéis a Sylvia y vais a hacer que no pueda volver a mirarla a los ojos.

Se rio conmigo. Ambos lo hicieron.

—En ese caso, no será *tan* amiga tuya.

Me sonrojé un poco mientras me preguntaba cómo exponerlo de la mejor forma posible.

—Digamos que no es exactamente como la has descrito.

—Pero, Rachel. No puedes ponerle pegas a Shakespeare. Nadie puede.

—Le ofrezco mis más sinceras disculpas.

(Roger tenía la facultad de inspirarme réplicas agudas.)

—En ese caso, nos quedan dos posibilidades. O en Londres veías el mundo a

través de un cristal empañado —me mordí la lengua—, o bien... —Vaciló.

—¿Sí? ¿O qué?

—O Shakespeare confundió los nombres. Describió a la compañera de piso equivocada.

Si volví a sonrojarme no se debió al hecho de que sintiera culpabilidad alguna.

—¡Cuántos cumplidos! —logré decir—. No estoy acostumbrada. Pero, muy complacida, mi señor. —De haber estado en pie, podría haberle dedicado una reverencia—. ¿De qué obra es?

—De *Los dos hidalgos de Verona*, creo. No es un diálogo, sino parte de una canción.

Asentí. Ya sabía cómo localizar la cita. *Espejo, espejito, ¿quién es entre todas la más hermosa?*

—Tienes que aprender a cantarla —dijo él.

Celia debió de pensar que su marido se estaba entusiasmando demasiado, porque volvió a cambiar de tema, de forma un tanto abrupta, devolviéndonos más o menos al punto de partida.

—Son preciosas estas tazas —alabó—. Quise mencionarlo la última vez que vinimos.

—Creo que lo hiciste.

—¿Sí? Vaya, debo de ser una pesada. Pero es que todo lo que tienes es tan bonito. Tan...

—Atractivo —dijo Roger—. «Bonito» es demasiado flojo.

—Iba a decir perfecto. Tienes que perdonarme, Rachel. —En esa ocasión ella acertó—. No está bien entusiasmarse por todo; al menos, es una actitud que denota cierta falta de sofisticación. Pero tengo que confesar que... creo que me he enamorado un poco de tu casa.

—No tienes que disculparte por eso —dije—. ¿Quién necesita sofisticación?

—Ese cuadro es nuevo, ¿no es así? —preguntó Roger.

Asentí. No me fiaba de lo que podía decir si abría la boca.

—Lo hemos estado admirando.

Durante diez o doce segundos los tres contemplamos en silencio a Horatio.

—Un día de estos os contaré su historia.

—Entonces, ¿hay una historia?

—Por supuesto, y en más de un sentido. Pero ahora no. Por ahora solo os adelantaré que, si no fuera por él, yo no estaría aquí ahora.

—¡Bromeas!

—No. Habría vendido la casa y vuelto de inmediato a Londres.

¡De qué manera trataron de sonsacarme! Pero se toparon con la horma de su zapato; me mantuve firme ante cada estratagema. Había decidido no decir más por el momento.

Era mucho mejor, pensaba a menudo —a pesar de mis inclinaciones naturales—,

no entregarlo todo con demasiada rapidez.

**P**obre Sylvia. Cuando me fui de Londres, agosto parecía muy distante, y esperaba que, después de unos cuantos meses separadas, sería agradable que viniera a pasar tres días conmigo y enseñarle Bristol. Porque, después de todo, nos habíamos llevado bastante bien. Pero cuando recibí su carta, la misma mañana de la visita de Roger y Celia, confirmando y no cancelando (¡cómo se aferra uno a la esperanza!), pensé: tres días sin escribir, tres días sin intimidad, tres días de charla plúmbea y humo de cigarrillo por doquier; tres días de toses interminables, ¿cómo iba a soportarlo? Tres días de blasfemias y de comportamiento sensato y práctico... contaminándolo todo. Y me pregunté si podía poner una excusa que me salvara de semejante purgatorio. *Cualquier* excusa; ¿qué importaba si ella se daba cuenta? Pero nada más pensarlo me avergoncé de mí misma. *Él* no habría puesto ninguna excusa. ¿Y tres días suponían un sacrificio tan terrible?

—Seré buena —prometí—. Aprenderé. Por favor, no te desesperes conmigo. Es solo que necesito mi pequeña pataleta.

No, no lo necesitaba.

—Estaré alegre y no dejaré de reír. Pase lo que pase. Nadie sabrá mis verdaderos sentimientos. Solo tú.

Sí. Pobre Sylvia. Después de mis tontos temores, cuando por fin llegó, tarde, el viernes por la noche, se mostró sorprendentemente agradable. Sentí remordimientos a la vez que un gran alivio. Quedó claro que le gustaba la casa, aunque sus alabanzas no estuvieran muy argumentadas y hubiera que sacárselas casi a la fuerza; bromeó con anécdotas graciosas de su nueva compañera de piso (aunque sin malicia, y, en cualquier caso, ¿qué probabilidades había de que yo volviera a encontrarme con la señorita Carter?); y todo lo que contó sobre las intrigas en su oficina y sobre sus aventuras en el metro y los autobuses me hizo pensar en lo afortunada que era yo por haberme librado de todo aquello, y en que esa también habría sido mi vida si hubiera tenido que quedarme allí.

Pero ella no lo veía igual.

—¡Dios! ¿Cómo pasas el tiempo? —Todavía no le había hablado del libro. Solo después de que llegara me decidí a hacerlo—. Además de escuchando los dichosos *Archers*<sup>[8]</sup>—añadió.

Me reí.

—¡Ni siquiera me acuerdo de la última vez que escuché *The Archers*!

—¡Dios mío!

—Es increíble cómo pasan los días.

—Supongo.

—En primer lugar, están las tareas del hogar...

—Vale, pero no me digas que te has convertido en una amita de casa. No me lo

trago. ¿Te importa si fumo?

¡Dios mío! Al menos había pedido permiso, aunque, por su actitud, daba por sentado que mi respuesta sería afirmativa. Quizá algún día, a pesar de todo, se reformaría.

Le tendí un cenicero; pequeño. Habíamos subido nuestros cafés al salón — descafeinados, a esa hora de la noche; aunque astutamente no se lo había mencionado — y yo había corrido las cortinas y puesto un suave divertimento musical a bajo volumen... aunque Roger me había advertido, de manera más bien severa, que no era esa la forma más adecuada de escuchar música clásica.

—Bonito —comentó, soltando un largo suspiro de satisfacción y, milagrosamente, sin ponerse a toser—. Aunque no sabía que te iban esas cosas pedantes.

Respondí con nada más que una sonrisa evasiva.

—Más vale que te comas uno de estos —dijo—. Al menos, no me los dejes cerca. Parece que todavía no te ha llegado la hora de preocuparte por las calorías. ¡Qué injusticia!

Además de la caja de bombones —de licor—, me había traído un pollo asado, dos botellas de vino y una lata de pastas. Le dije que no tendría que haberlo hecho, y de inmediato decidí no volver a emplear esa frase.

—Al menos yo todavía tengo un trabajo —dijo—. Tal como está la cosa...

No me llevó ningún regalo para la casa. Es cierto que al final no le había pedido nada, pero, por otro lado, ella tampoco me lo había recordado. No es que yo fuera codiciosa; le habría agradecido mucho cualquier cosa barata, si creyera que la había escogido con cuidado. Y ella había dicho que me llevaría algo. Así que fue una pequeña decepción; a pesar del gusto inesperado de volver a verla, no pude dejar de pensar en lo que me había costado el aparato de vídeo. Sobre todo, porque en aquel momento el dinero me habría venido muy bien.

No pasaba nada. Antes de apartarlos de su lado, cogió otro bombón y repitió la pregunta de antes.

—¿En qué diantre ocupas el día?

—En esto y aquello. He hecho algunas amistades.

—¿Sí? —Dio un mordisco al bombón y echó la cabeza hacia atrás para verter el licor, lo que le provocó tos.

Sonreí indulgentemente.

—Suelo ir bastante a la farmacia.

Enlazando con las toses, hizo unos sonidos de aspiración bastante ostentosos, y despegó la etiqueta que había encontrado en el cenicero.

—Te puedo recomendar un buen laxante —dijo, volviendo a empuñar el cigarrillo—. ¿Problemas con la puerta de salida?

—A ver al farmacéutico. Dice que le he cambiado la vida.

—¿De verdad? Me alegro por él. Me alegro por los dos.

—Y está la mujer de un clérigo fallecido. Viuda. Tomé el té con ella el otro día. Estuvo bien.

—¿Comentáis las noticias de *The Lady*?

En el pasado, el sentido del humor de Sylvia me había parecido uno de sus mayores atractivos. A pesar de su aspereza, lo creía producto de una envidiable capacidad para reírse de la vida. De la vida. No de la gente.

—He conocido también —continué— a un vicario muy *corpóreo* que alaba mi forma de cantar y mi inteligencia, y que me insinuó que fuera a cocinar para él.

—Eehh... ¿Cómo?

—Algo así como un *tête-à-tête* a la luz de las velas. Por supuesto, me opuse firmemente.

—Fuiste una tonta. Y, en cualquier caso, ¿qué quieres decir con *corpóreo*?

—Sylvia, sabes perfectamente lo que quiero decir con *corpóreo* —la reprobé riendo.

Había reservado lo mejor para el final.

—Y también una adorable pareja de jóvenes, Roger y Celia, que me han pedido que sea la madrina de su primogénito. El pequeño Thomas. Es un encanto. Y el bautizo será la semana que viene. Un montaje bastante lujoso, por lo que me han dado a entender.

Percibí que esa vez, a pesar de sus esfuerzos por disimularlo, estaba impresionada de verdad. Proseguí hablándole de lo que Roger me había dicho acerca de lo aburrido de ese tipo de grandes ocasiones, así como del remedio que él había sugerido para después.

—¡Me creen tan joven como ellos!

—Ya entiendo por qué te resultan tan encantadores —dijo Sylvia.

—Y muy atractivos. El, en especial. Es rubio, de ojos azules y muy musculoso. Desprende una especie de resplandor.

—¿Cómo sabes que es tan musculoso?

—Bueno, te das cuenta. Además, la primera vez que visité su casa, llegué un poco antes y él estaba tomando el sol en el jardín.

Aplastó el cigarrillo, y yo fui en busca de un segundo cenicero, el último que había en casa. Lo aceptó con una sonrisa burlona.

—Sí, *casi* he llenado este.

—En cualquier caso —dije al volver a sentarme—, cada uno es tan joven como se siente.

—Evidentemente.

—Ese será mi lema a partir de ahora.

Solo entonces me di cuenta de que el disco de Mozart había terminado. Canté una o dos frases en mi cabeza, aunque no de *Don Giovanni* ni de *La flauta mágica*.

Mantente joven y bella,  
es tu deber ser bella...

Me parecía que ya había dado a Sylvia bastante en lo que pensar. Había decidido ser enigmática, una mujer misteriosa. Sonreí. Roger y Celia también habían mostrado interés por cualquier otra amistad que pudiera haber hecho; y en aquella ocasión también había practicado un ejercicio de autodominio. «Ninguna», me limité a decir. Pero lo hice sobre todo porque no quería que se sintieran marginados.

Animé a Sylvia a que siguiera hablando de Londres. Mientras ella lo hacía, sin embargo, la alegre cancioncilla no dejaba de sonar en mi cabeza, y me costaba no seguir el ritmo con el pie. Hacía mucho que no pensaba en ella. Pero estaba segura de recordarla. Estaría bien tener *mi* canción. Igual que la tía Alicia tenía la suya, que —aunque un poco triste— nunca había dejado de ser para ella una fuente de motivación. (Me pregunté si en aquella casa la habría cantado con tanta frecuencia como en Neville Court.)

Y sin duda una canción te llenaba de energía. Yo siempre me había sentido mucho más optimista cuando tenía un lema.

Un lema —incluso ahora, que tan segura estaba de mi felicidad— supondría un ingrediente extra muy de agradecer.

No te olvides de arreglarte  
con polvos y una borla;  
mantente joven y bella  
si quieres ser amada...

Sylvia hizo una pausa; debió de haberme visto seguir el ritmo con el pie y supuso que no le prestaba atención.

—Sé lo que tienes en la cabeza —comentó—. Tú y tus cancioncitas sensibleras. Sonreí, afectuosa.

—Me acuerdo —dije— de cómo me llamabas Vieja Gruñona. —Había oído a los locutores de Radio 2 usar el mismo apelativo con Bing Crosby.

Me devolvió la sonrisa.

—Una de tus costumbres más molestas era la de tararear a todas horas, siempre desafinando y casi siempre entre dientes. Me volvía loca.

No entendí.

—¿Por qué lo hacías, Raitch? Me gustaría saberlo. ¿Te sonaba melodioso?

Me reí.

—¿De qué estás hablando, Sylv?

O se estaba expresando mal o yo estaba excepcionalmente obtusa.

—Todas aquellas cancioncitas aburridas y optimistas. ¿Por qué se te pegaban así? Todavía se te pegan, por lo que veo. —Añadió—: Acabo de constatarlo.

La miré fijamente. Ya no había duda de lo que quería decir.

—Tampoco está mal, ¿no? —dije—. Afrontar la vida con una canción en los labios. Aunque no pueda haber, no siempre, una canción en tu corazón.

—¡Por Dios, Raitch! ¡Pollyanna!

Tosió y se encogió de hombros, y hasta se carcajeó. Siempre había sido



increíblemente refractaria a las muestras de sensibilidad.

—En cualquier caso —insistí—, ¿por qué dices «siempre desafinando y casi siempre entre dientes»? Yo pensaba que a veces me oía todo el edificio. Una vez la señora Crumbling me llamó pajarillo cantor, esas fueron exactamente sus palabras, ¡y no era una mujer que se caracterizara por hacer cumplidos! Y... —seguí—, y...

Pero me topé con su mirada; o, más bien, ella se topó con la mía. Me miré las manos; volví a alzar la vista. Hice un esfuerzo.

—¿Y? —insistió.

—Y... Bueno. Estoy segura de que no sabes qué cancioncita aburrida y optimista tenía en la cabeza hace un minuto.

Le complació que se me ocurriera el desafío y que aceptara su juicio con tan buen humor. (Que *pareciera* aceptar su juicio de tan buen humor.)—Olvidas, mi niña, que he vivido contigo durante casi once años. Ten por seguro que lo acertaré.

—¿Y bien?

No se esperaba tanta insistencia. Pero Sylvia estaba decidida a llevar a buen término su fanfarronada o a caer luchando. El primero era un objetivo casi imposible. Su coraje era digno de admiración. Aunque su elección me dejó perpleja.

Los cuentos de hadas pueden ser verdad-ad-ad,  
te pueden pasar a ti-ti-ti,  
si tienes un corazón joven...

Añadió:

—No soy el puto Frank Sinatra. Ya me gustaría. —Soltó una risotada áspera—. No soy ninguna engreída.

Pobre Sylvia. De pronto lo entendí. No sabía quién la había llamado por primera vez el monstruo de ojos verdes, pero acertó. Los ojos de Sylvia estaban salpicados del verde más verde que yo había visto nunca.

—Pues sí. Has acertado —dije—. Eres muy lista.

Yo había dejado de seguir el ritmo con el pie. (Hacía mucho que había dejado de hacerlo.) Recordé cuándo había visto aquella película y pensé que su elección no carecía de cierta base.

Incrédula, soltó una carcajada; triunfo y asombro combinados. Yo quería cambiar de tema.

—¿Sabías —dije— que Howard Hughes se pasó una vez setenta y dos horas sentado en el váter? Aventurero, *playboy*, cineasta. Además de increíblemente atractivo. Pero luego... Tres días, tres noches, batallando contra el estreñimiento. Imagínatelo. —Obedecí mi propio mandato: imaginé—. Debió de soltar un mojón tras otro. Una pila. ¿Podríamos calificarlo como un éxito?

Sylvia me miraba un poco extrañada. Pero no importaba. Ella había dejado de graznar y yo había dado con otro tema de conversación.

—Tengo que recordar esa estrategia —observó— la próxima vez que me inviten a cenar y haya un silencio en la mesa.

Pero yo sabía que no recibía muchas invitaciones, a pesar de lo que dijera, en especial para ir a sitios donde la cena no se servía en una bandeja y delante de la tele.

—Ni siquiera sabía que usabas palabras de esas —dijo—. Váter. Estreñimiento. Mojón. No hubiera imaginado ni que supieras de su existencia.

Sonreí, pero no dije nada. Una mujer misteriosa.

En realidad, a veces me parecía tener una tenue vena rabelaisiana, a la que quizá habría que mantener a raya. Aunque en aquella ocasión difícilmente podría molestar a nadie. Me pareció que Sylvia, más que molesta, se sentiría «como en casa».

Estaba en lo cierto.

—Recuerdo —dijo— cuando yo estuve sentada en el váter cuarenta minutos. ¡Eso ya fue horrible! Acabas cubierta de sudor por la frustración.

—¡Sylvia! —exclamé—. ¡No! ¡Por favor!

—Tú has empezado, querida. —Me dedicó una sonrisa forzada—. ¿Se habrá debido a una asociación de ideas? Venga, es mejor que me hables de tu romántico farmacéutico. Sé que lo estás deseando. Para empezar, ¿qué edad tiene?

Luché para no sentirme ofendida.

—No lo sé. ¿Treinta y pocos?

—Dios mío, eres una asaltacunas. ¿Y vende pociones de amor sin receta? Si lo hace, creo que me vendría bien una.

—No, no. Asiste a los pobres.

—Eso tiene que ser superdivertido.

Me percataba, por supuesto, de que se estaba burlando, pero no me importó. O, al menos, no tanto como para dejar de hablar. Era muy agradable hablar de él. Me pregunté por qué —mujer misteriosa o no— no lo había hecho el martes anterior con los Allsop.

—Él opina que los que han tenido la suerte de nacer en una casa acomodada han de hacer todo lo que puedan por ayudar a los menos afortunados. Lo ve, incluso, como un deber solemne. ¿Te acuerdas de *Obsesión*?

Asintió, junto con una mueca de los labios.

—Las dos versiones —respondió—. ¿Me estás diciendo que se parece a Robert Taylor? ¿O más bien a Rock Hudson?

—A ninguno. Él es... él mismo. Más apuesto que cualquiera de los dos y con muchísimo más *sex appeal*. Sus ojos son... asombrosos. Te siguen allá a donde vayas. Te hacen pensar que no hay nada que no pueda comprender ni perdonar. Pero, por encima de todo, se le da bien escuchar. Le hablo durante horas. Y, de hecho, si de veras quieres saber qué aspecto tiene...

—¡Puedes apostar a que sí! ¡Estoy mojando las bragas, querida, solo de pensar en conocerlo!

—Pero no puedes —dije.

—¿El qué? ¿Mojar las bragas?

—No te lo podré presentar. —Como una estúpida, no se me había pasado por la

cabeza que ella podía esperar hacerlo—. Quiero decir que está pasando fuera el fin de semana. Ha ido a su casa.

—Su casa... ¿Con su mujer y sus hijos?

—Por supuesto que no. La casa, el hogar, es siempre el sitio donde has nacido. El hogar es...

—¿No será de los que no se casan?

El énfasis que puso en las tres últimas palabras me hizo comprender que no se refería tan solo a miedo al compromiso.

Sí, claro. ¡Sylvia estaba *muy* celosa!

Pero preferí no seguirle la corriente.

—El hogar está donde están los padres —proseguí, como si no me hubiera interrumpido—. Aunque a él solo le queda su madre. Su padre murió muy joven.

—No me creo ni una palabra —dijo Sylvia riendo. Aunque mi alivio por eludir lo que podría haber sido una situación violenta me permitió pasar por alto sus malévolas insinuaciones—. Bueno, puede que su padre sí que esté muerto —concedió.

No repliqué.

—E imagino que tú eres uno de los pobres a los que ese dechado de virtudes trata de ayudar.

—No seas estúpida.

Sufrió de repente un prolongado y violento ataque de tos, el primero malo de verdad de la noche.

Cuando por fin se recuperó, todavía resollante y con los ojos llorosos, miraba hacia la chimenea.

—¡Qué mierda de cuadro, es espantoso! —soltó.

Me quedé muda.

—Me siento como si estuviera encogida en el banquillo de los acusados —dijo— y él fuera el juez Jeffries, y en cualquier momento fuera a ponerse la capa negra porque me ha condenado por sufrir tos de fumador. De veras que no recuerdo la última vez que vi una cosa tan tétrica.

Hizo una pausa y adoptó un tono más relajado.

—Quería habértelo comentado antes.

\* \* \*

Aquella parecía la desintegración definitiva de nuestra amistad. Al menos por mi parte. Y todavía quedaban tres días por delante. Iba a ser incluso peor de lo que había imaginado.

—¡Ayúdame! —imploré—. Sé que tú, siendo como eres, seguramente la perdonarás. ¡Pero creo que yo nunca seré capaz!

Aquella noche recordé ciertas cosas. (La mayoría de las noches recordaba ciertas cosas.)

Recordé, por ejemplo, estar tumbada despierta en la cama en las noches de verano, con la música entrando por la ventana abierta. Llegaba del pub situado al otro lado de la calle.

La música era alegre, hasta cuando era un poco triste, como: «Allá estaba yo, esperando en la iglesia, esperando en la iglesia». Me imaginaba a la gente en torno al piano y coreando con entusiasmo las canciones.

Recordé mi habitación.

Era un pequeño rectángulo de color crema, casi un armario, con una chimenea cegada y muebles baratos. Pero tenía mi preciosa ventana, que miraba al otro lado de la calle lateral y al pub (la calle lateral se llamaba Paradise Street y era estrecha y sucia; el pub estaba en realidad en la esquina con Marylebone High Street), y de las paredes colgaban siete fotografías que había ido recortando de revistas. De manera casi literal, vivía dentro de aquellas fotografías; tenía casas en siete países diferentes, con siete profesiones diferentes y siete conjuntos diferentes de padres, familiares y amigos —en su mayoría, personajes extraídos de mis libros favoritos—, y una gama de pasatiempos más o menos acordes con cada ubicación y que con frecuencia derivaban en aventuras emocionantes o fabulosas.

Recordé al amable joven de Paradise Street que tenía un pie zopo y un conejo en el patio trasero y que me enmarcó las fotos. A pesar de que le gustase el mismo tipo de libros que a mí, era un enmarcador muy capaz.

Entonces no me di cuenta, pero debió de cobrarme muy por debajo del precio habitual.

A Paul le dieron una paliza y lo mataron poco antes de que yo cumpliera diez años. Nunca supe qué fue de su conejo; era demasiado tímida para indagar. Y tampoco habría podido soportarlo, de todos modos.

Me alegraba haberle regalado una nueva edición de los *Would-Be-Goods* dos semanas antes de que aquello ocurriera. E. Nesbit era su autora favorita, y aquel era el único libro suyo que no tenía. Me alegraba haberle escrito una bobada en la guarda, dedicándole montones de besos.

Recordé luego con cuánta frecuencia me sentaba delante de mi espejo —o, más bien, lo cogía de encima de la cómoda y me sentaba en la cama, con él erguido sobre el regazo— y con qué fervor deseaba ser hermosa; pero también recordaba que durante largos períodos había evitado por completo los espejos, igual que la reina Isabel, y vivía en una tierra sin tacha, una tierra de ansiadas posibilidades.

Recordé cómo, cuando era un poco mayor, soñaba a veces con Gary Cooper o Gregory Peck o —la mayoría de las veces— con un actor secundario de pelo precioso

cuyo nombre he olvidado. Pero, en la única película suya que vi, se pasaba casi todo el tiempo en bañador o en pantalones cortos, a lo mejor porque tenía unas piernas muy bien formadas. Cuando venía a visitarme mientras soñaba despierta, generalmente nada más acostarme, solía llevar el mismo bañador ceñido que en la película. De vez en cuando, sin embargo, antes de ponerse a correr o de zambullirse en el mar, le gustaba quitárselo. Decía que así la sensación de libertad era mayor. Yo siempre lo estaba esperando cuando salía del agua.

Pero también recordé algo más. Sobre todo, lo que recordé aquella noche fue la fiesta en que recité a lord Alfred Tennyson.

La fiesta y sus inesperadas consecuencias.

\* \* \*

Las primeras palabras que me dirigió fueron:

—Hola. Soy Tony Simpson. Solo quería decirte que... me parece que te ha salido muy bien eso de *La dama de Shalott*.

—¿De veras?

—Sí. Has estado estupenda. ¿Sabes que, casi, has hecho historia en esta fiesta?

Parecía un poco vacilante, un poco tímido, lo que quizá fue la razón por la que me sentí cómoda con él desde el primer momento.

No obstante, él era muy joven, solo diecinueve, lo que podía explicar las miradas nerviosas que dirigía a su espalda. Casi como si yo fuera la primera chica a la que le dedicaba un verdadero cumplido y él todavía necesitara cortar los lazos adolescentes que lo ligaban a sus amigos. Me gustó eso.

Era, a lo mejor, una pizca demasiado delgado para mi completa satisfacción, y su nariz, a lo mejor, una pizca demasiado aguileña, pero por lo demás no era feo. Tenía el pelo castaño, ondulado, y una expresión agradable, sensata. Y no cabía duda de que sus cumplidos eran sinceros.

—De hecho, creo que tendrías que ser actriz.

—Es lo que quiero ser. —La euforia por mi éxito me embargaba todavía. En aquel momento, mi ambición parecía al alcance de mi mano.

—No es solo porque hayas recitado tan bien —ganaba seguridad con cada palabra que pronunciaba—, sino porque también me recuerdas un montón a Vivien Leigh.

—¿De veras? ¿Lo dices en serio? Pero Vivien Leigh es *preciosa*.

—Es mi estrella de cine favorita. He visto *Lo que el viento se llevó* cuatro veces.

—Yo dos.

—Volvería a verla mañana mismo si estuviera en cartelera.

—Yo también.

Hubo una pausa. Me aterraba que él se limitara a despedirse y a alejarse.

—¿De veras me parezco a ella?

—¿Nadie te lo ha dicho nunca?

—No. Nadie.

—Es muy raro. Yo de veras lo creo.

Otra pausa.

—¿Qué has querido decir con eso de que he hecho historia en la fiesta?

—Nada en especial. —De nuevo, aquella mirada nerviosa por encima del hombro, en busca del apoyo de su falange de amigos; ni siquiera se daba cuenta de que lo hacía—. Hay una especie de muletilla circulando por ahí —dijo, menos relajado—. Seguro que la has oído.

—¿Una muletilla?

—No sé por qué.

—¿Cuál es?

Vaciló.

—La maldición ha llegado...

—... gritó la dama de Shalott.

—Sí.

—Qué gracioso. Puede que tengas razón. Parece que he triunfado.

De inmediato pareció más alegre.

—Es algo así como una contraseña. Si sabes la contraseña puedes entrar en cualquier grupo.

—¡Tengo que probar!

La noche se estaba convirtiendo a toda velocidad en la mejor de mi vida. De todas las formas posibles. Ahora hasta me gustaba su nariz aguileña.

Pero, increíblemente, aún iba a mejorar. (¿Quién dijo que las plegarias egoístas nunca hallan respuesta?)

—Tengo coche —me espetó—. ¿Te parece bien que te lleve a casa después de la fiesta?

Tan decidido de pronto. Tan dueño de sí de pronto.

Y poco después, cuando Tony fue al servicio, descubrí que no había exagerado. Aunque no tuve suficiente arrojo para usar la contraseña, oí a alguien hacerlo. Fue un hombre, aunque, por alguna razón, la hizo sonar un poco absurda, lo que causó estallidos de risa, masculinos y femeninos, como respuesta. Pero el hombre fue admitido en el grupo, y me complació pensar que yo le había proporcionado la llave. Bueno, también lord Tennyson, en cierta medida. Formábamos un buen equipo.

A lo mejor Tony Simpson y yo también llegábamos a formar un buen equipo. En el coche me dijo:

—¡Puede que la estén poniendo en alguna parte!

Me alegraba que ya no estuvieran sus amigos; se habían acabado las miradas retadoras, de pánico o de triunfo por encima del hombro. El cordón umbilical cortado de una vez por todas.

—¿Lo que el viento se llevó? —pregunté.

Estábamos maravillosamente sintonizados.

—Sí.

—A lo mejor.

Pero yo no iba a correr riesgos.

—En realidad, hay otra película que tengo muchas ganas de ver. Se titula *Siempre tú y yo*. Dicen que es genial. La ponen en el Astoria, en Charing Cross Road.

—¿Sí?

—La semana pasada la ponían en el Tivoli, en el Strand.

Me pareció que lo estaba convenciendo.

—¿Sabes? Me gustaría mucho verla —dijo.

Dios existía.

A la mañana siguiente mi madre me dijo:

—La fiesta debió de estar bien, a pesar del escándalo que montaste antes de ir. ¿No me das las gracias por haber insistido en que te animaras? —Sonaba un poco resentida.

—Sí, estuvo bien. ¿Cómo lo sabes?

—Estás resplandeciente. Casi guapa.

¡Todo un halago!

—¿Quién es él?

—Un hombre. Se llama Tony Simpson. Va a llevarme al cine.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque quiere, supongo.

—Bueno, tú no dejes que se ría de ti, eso es todo. —Me sirvió el té y me acercó las tostadas.

—¿Por qué va a reírse de mí?

—¡Por Dios! ¡No busques indirectas en cada palabra que digo!

*Siempre tú y yo* me habría parecido una película especial en cualquier circunstancia. Era deliciosa, divertida, tierna, triste.

Trataba sobre una típica familia de clase media americana de la que a cualquiera en su sano juicio le gustaría formar parte. Doris Day era una de las hijas, Ethel Barrymore la tía graciosa y sensata, Gig Young el simpático recién llegado del que toda la familia se enamora, Frank Sinatra el arreglista musical que no deja de autocompadecerse y con el que Doris se casa al final. Y además de todo eso, unas canciones de primera.

Fue muy divertida; de hecho, volvimos a verla la noche siguiente. ¡Mi madre estaba pasmada! Y cuando, menos de una semana después, salimos por tercera vez, ella era incapaz de entenderlo.

¡De qué manera saboreé su asombro! ¡Cómo me regodeé! Todas nuestras citas eran absolutamente perfectas; a pesar de la diminuta china en el zapato que yo siempre sentía nada más encontrarnos: una sensación que apenas duraba un minuto. Pero la tercera vez fue la mejor de todas, aunque la película, *Los puentes de Toko-Ri* (a pesar de la presencia de Grace Kelly), fue mucho menos entretenida, y aunque al

final de la noche...

No tuvo importancia. En el cine nos cogimos de la mano un montón de tiempo e incluso cuando no lo hicimos nuestros brazos estaban pegados uno contra otro sobre el reposabrazos; estábamos a comienzos del verano y los dos llevábamos manga corta. Después me besó en el coche. Fue algo divino.

¡Cuánto habíamos hablado antes de la película! De todo; no recuerdo de qué. Después del cine fuimos a cenar y, sencillamente, seguimos hablando. Estábamos de acuerdo en casi todo y, aunque cuando hablamos de lo que más deseábamos en la vida él no mencionó los niños, ni siquiera el matrimonio, y aunque yo todavía no estaba segura de si me quería, y no dejaba de decirme que *a lo mejor* era un error abrirle así mi corazón, mostrarme tan dispuesta..., a pesar de todo, me daba la sensación de que su afecto hacia mí no dejaba de crecer. De hecho, estaba casi convencida. Nos tuvieron que echar del café cuando llegó la hora de cierre; fue como en una de esas comedias románticas en las que los miembros de la orquesta bostezan en señal de protesta porque la joven pareja de amantes protagonista no se ha dado cuenta de que son los últimos que quedan en la pista de baile.

Y cuando me llevó a casa, en lugar de parar el coche en Marylebone High Street, enfrente de nuestra puerta gris, al lado de MacFisheries, giró por Paradise Street y siguió hasta el final de la calle, donde había un parque. Yo me escapaba allí a menudo para leer, y leía para escapar. En el parque había cerezos, codesos, espinos; había lápidas antiguas, un mausoleo del siglo XVIII y la estatua de un pequeño barrendero: un niño de unos diez años, sentado, que se miraba las manos pensativo; su rostro era la imagen de la serena aceptación. Cuando yo tenía esa misma edad, me paraba con frecuencia para hablar con él, y me esforzaba por aprender de su ejemplo. Incluso siendo ya casi una mujer, seguía sonriéndole cuando pasaba por delante.

Tony se detuvo frente a la puerta del parque. Era más de medianoche y las calles estaban desiertas.

—Tendría que irme a casa —dije de forma poco convincente—. Mi madre nunca apaga la luz hasta que vuelvo.

—No pasa nada por cinco minutos más. Si quieres, podemos ir al asiento trasero. Estaremos más cómodos.

Su voz albergaba la misma incomodidad, combinada ahora con la sequedad, casi rudeza, que tanto me había atraído la primera vez. Pobre Tony. Distaba mucho de sonar desenfadado.

—¿Solo cinco minutos? —pregunté, y añadí ingeniosamente—: ¡Suenas como Tessie O'Shea<sup>[9]</sup>! Pero no me malinterpretes. No te pareces a ella, para nada.

No se daba cuenta de que yo también estaba nerviosa.

—Sí.

No estaba segura de si me daba la razón por lo de los cinco minutos o por su parecido momentáneo con la señorita O'Shea.

Pero, antes de salir del coche, canté:



Cinco minutos más,  
concédeme cinco minutos más,  
solo cinco minutos más  
en tus brazos...

Nos abrazamos en el asiento trasero. Sus manos estaban en todas partes. Los primeros minutos yo estaba, más que nerviosa, muy asustada, y solo pude permanecer sentada —o recostada—, inerte. Pero al mismo tiempo me estremecía de alegría. Pensé: «¡Rachel Waring, un hombre de verdad te está haciendo estas cosas! ¡Nunca volverás a ser la misma persona! ¡La próxima vez que pongas los pies sobre la acera vas a ser una mujer completa!». Y poco a poco me relajé. Me dije que aquel era un momento irrepetible, y que debía saborearlo. Recordarlo bien. Tomar una fotografía mental. La mayor parte de mi aprensión se esfumó y se me aceleró la respiración. Para cuando su lengua me lamió un pecho, mi piel perlina asomando sobre el sujetador que había echado a un lado, me sentía flaquear de deseo. Me oí gemir y fui muy feliz: tal respuesta refleja tenía que significar que aquello era lo correcto; no lo hice solo porque había leído que era la respuesta apropiada. Y empecé a retorcerme (bueno, tanto como podía, porque el coche no era grande) y mis manos rebuscaron entre su ropa, lo acariciaron por debajo de la camisa; ¿qué importaba que tuviera el pecho lampiño y huesudo? Recorrieron sus muslos, cubiertos por los pantalones, mientras que las manos de él se abrían paso bajo mi falda, y me acariciaban suavemente, y de pronto tiraron de mi ropa, casi desgarrándola. Oh, Dios. Era el éxtasis. Las manos de un hombre —cálidas, duras, indagadoras, impredecibles— donde nunca habían estado las manos de un hombre. No hablábamos, solo gemíamos; sí, los dos; ahora era el doble de bueno. Pero cuando noté que una de sus manos intentaba al mismo tiempo abrirse la bragueta, dije: «¿Te parece que debemos hacerlo? ¿Has traído...?», porque en todos los libros que había leído en los que la joven heroína no estaba casada, se quedaba infaliblemente embarazada como resultado de un único encuentro. Pero, en realidad, ¿llegué a decirlo? No estaba segura. A lo mejor solo lo pensé, porque también recuerdo que pensé que una vida fruto de un momento semejante sería lo más fantástico que se podía imaginar. No tenía ningún deseo de ser convencional. Además, un bebé significaría que él se casaría conmigo. Esperaba —una breve interrupción, un vertiginoso momento de suspense— sentirme más viva de lo que me había sentido nunca, temblaba de expectación con cierta sensación de haber culminado mi amor. Se me ocurrió de pronto, con ambas manos apoyadas en su torso, que no podía imaginar, no deseaba hacerlo, un torso más bello.

Y, de repente, una exclamación. Un segundo después noté algo caliente, sentí su calor incluso a través de nailon, un fluido abundante que me salpicó un muslo y resbaló por el lado interior de mi pierna, justo por encima del borde de la media, y se deslizó, enfriándose, entre mis ligas.

—¡Oh, Dios! —exclamó—. ¡Rachel, lo siento! Lo siento mucho. ¡Oh, Dios!

Necesité un momento para darme cuenta de lo que había sucedido, pero de lo primero de lo que me percaté, puede que incluso antes que de mi decepción, fue de su absoluta congoja.

—No importa —lo consolé—. Está bien. ¡Cariño, no importa!

Y le enjuagué la frente empapada, traté de que relajara el ceño fruncido (que yo palpaba más que verlo), le pasé las manos alrededor de las orejas, le acaricié la nuca y el cuello, me esforcé por tranquilizarlo fuera como fuese.

—Cariño, no tiene ninguna importancia. Yo he disfrutado, de veras. ¿A ti..., a ti... te ha gustado?

Creo que emitió un sollozo.

—Lía sido ridículo.

—No, no digas eso. Lía sido fantástico. Una experiencia de veras maravillosa.

—Ni siquiera he podido entrar —dijo—. Aquí tienes un pañuelo. Es mejor que te limpies, y luego te llevo a casa.

Tomé su pañuelo; era mayor que el mío. Se recompuso la ropa. Me dijo, aún con voz apagada:

—Lamento el desastre.

—No tienes que lamentarlo. No hay nada que lamentar. De veras que no me importa.

Y al cabo de un momento añadí, sin que me sonara ordinario:

—De hecho me ha gustado. Menudo chorro. Temerario e incontenible. ¿Sabes una cosa? En cierto modo, es un gran cumplido que te hayas excitado tanto, que no hayas podido esperar, don Prisas.

Me reí. Le aseguré que no hablaba en serio.

—Perdona, no volveré a llamarte don Prisas. —Traté de hacer una broma mejor—. La ambientación estaba muy lograda, además. La estancia estaba a la temperatura perfecta.

Llevé al extremo mi sentido del humor. Deseaba tanto verlo sonreír...

—¡Mi útero estaba a la temperatura perfecta!

Estaba inspirada.

—No he llegado ahí —dijo.

Pasó al asiento del conductor. Le llevó menos de un minuto recorrer Paradise Street, a pesar de tener que dar media vuelta en un espacio muy estrecho.

—Lavaré el pañuelo —dije—, y te lo devolveré.

Meneó la cabeza.

—No te molestes. Allí hay un cubo de basura. Lo tiraré y asunto concluido.

—¡Pero es un pañuelo precioso! No te lo permitiré.

Salí del coche. No me sentía una mujer completa. Cruzó la acera junto a mí. Nos paramos ante la puerta.

—¿Rachel?

—¿Sí, cariño?

Titubeó.

—Si te encuentras con alguno de los demás..., y te pregunta por esto..., bueno, no cuentes nada, ¿de acuerdo? No les cuentes que ha sido ridículo, una decepción.

—¡Por supuesto que no, Tony! ¿Por quién me tomas? Además, ¿cómo podría llegar a enterarse alguno de tus amigos?

Pero no me molestó que me lo pidiera. Había leído sobre la tremenda vulnerabilidad de la vanidad masculina en cuestiones como aquella, y además estaba claro que se sentía disgustado y muy incómodo. ¡Qué lástima tan grande!

No, no me molestó. Lo que más adelante sí que me molestó —mucho más adelante— fue pensar que, por una vez, había estado tan cerca de un hombre, casi había sido una con él, y aun así no..., no...

Tan cerca y aun así no se la había tocado. No la había rodeado con mis amorosos dedos.

Y eso no era todo. Lo peor del asunto..., lo que varias veces me hizo desear gritar por la oportunidad perdida fue...

Que ni siquiera se la había visto.

\* \* \*

Pero eso ocurrió mucho más tarde: el enfado desolador, el resentimiento. Al principio mantuve una actitud de lo más positiva; y me alegró especialmente que al final hubiera logrado mejorar su estado de ánimo. Después de que yo sacara la llave y abriera la puerta, se quedó ante mí un momento. Un largo momento. Tenía una mano apoyada en cada uno de mis brazos y me miraba como si, de alguna extraña manera, yo fuera en efecto una mujer diferente.

—Rachel, has sido muy amable, después de lo que ha pasado. ¿Puedo decirte algo? Me parece que, a lo mejor, he estado un poco ciego.

—¿De veras, Tony? ¿En qué sentido?

—Debo decir que eres toda una chica.

Incluso su beso fue diferente.

—Te llamaré mañana por la noche —dijo.

—¿De veras? ¿Tan pronto? —Estaba encantada—. ¿Pero no has olvidado algo? Mañana por la noche estarás en Edimburgo.

—Dicen que ahora el teléfono llega hasta Escocia. ¿No es increíble? Si eso es verdad... Sí, seguro, te llamaré mañana por la noche.

Resonó en mis sueños: si eso es verdad, te llamaré mañana por la noche; si eso es verdad, te llamaré mañana por la noche.

Y los sueños de los que disfruté durante las pocas horas de descanso que tuve hasta la hora del desayuno —mi madre me despertó muy temprano, como siempre sucedía después de que yo saliera con mi «tenaz y joven pretendiente»—, aquellos sueños estuvieron entre los mejores que nunca había tenido.

Casi desde el instante inicial tuve la sensación de que aquel fin de semana largo de agosto fuera un simulacro de hospitalidad. Por vez primera en mi nueva casa, perdí la paz interior.

Para empeorar las cosas, llovió durante casi todo el fin de semana, y Sylvia —que ni en las mejores circunstancias era una persona callejera— no parecía dispuesta a salir de exploración. Se sentó y leyó los periódicos, y vio la tele e hizo los crucigramas, y el ambiente se fue volviendo más denso y triste cada hora que pasaba. Abrí tantas ventanas como pude, pero, junto con la lluvia, soplaba un fuerte viento, y me vi ante el dilema de que todo se mojara o de que los cojines y los muebles acabaran apestando a tabaco. Aunque, en realidad, no había alternativa. A Sylvia le encantaba el aire viciado.

—¿Siempre hace este tiempo en Bristol? —preguntó, conteniendo su satisfacción.

—No. Es justo lo contrario. Hemos tenido un verano estupendo.

Se rio, burlona.

—Qué raro, porque en el resto del país ha sido uno de los más fríos que se recuerdan.

También le gustaba eructar; era una estruendosa eructadora profesional. Le gustaba repetir: «Seas quien seas, estés donde estés, deja tus aires salir de ti. Pues no hacerlo fue la muerte para mí».

Afirmaba que era un epitafio real.

—Sigo sin entender por qué tienes que ser tan grosera y relajada al respecto. — Me quejaba yo cada vez que se me hacía insoportable. Y en una ocasión apostillé—: Pero que tú los liberes puede ser la muerte para mí.

Y aquel fin de semana parecía especialmente decidida a perseverar en su hábito. ¿O era solo que yo había perdido la costumbre de aguantarlo?

En cualquier caso, durante los tres días, hasta la noche del lunes, apenas canté. Y cuando lo hice, no fueron más que pequeñas tentativas, y no pude continuar.

Por suerte, el televisor estaba en el piso de abajo —en la habitación donde desayunábamos—, así que, durante la mayor parte del tiempo, logré impedir que subiera. («Algunos todavía tenemos que apañarnos con una tele en blanco y negro — declaró con satisfacción sombría—. Pero, claro, yo no soy un desempleado retribuido, ¿no?» No, claro que no, pensé, acordándome del aparato de vídeo.) Pero aunque la radio también estaba abajo y yo no dejaba de devolver los periódicos arrugados, plegados lo mejor que podía, a la mesa, y aunque dejé encendida una barra de la estufa eléctrica *todo el tiempo...*, aun así, parecía que nada podía impedir que Sylvia subiera, como si incluso ella, a pesar de su ceguera y sus malas maneras, se viera atraída, con frecuencia y de manera incomprensible, a su presencia.

De hecho, cuando vi que parecía fascinada por el cuadro —porque, si yo estaba

presente, le era imposible salir de la habitación sin dedicarle al menos un comentario de menosprecio—, me ablandé un poco. Después de todo, ¿quién había odiado más a Cristo que Pablo de Tarso? Y pensé que incluso la tosca Sylvia podía hallarse de camino a su Damasco particular, un Damasco más bien hediondo. A pesar de mi resentimiento cuidadosamente reprimido y de mi actual desgana de compartir con ella cualquier cosa importante, me intrigó si podía llegar a suceder: que los cielos se abrieran y se produjera un destello cegador que la condujese a la revelación. «Tú puedes conseguirlo —pensé—. Sé que puedes. Si es tu deseo.»

En el desayuno del domingo Sylvia preguntó:

—¿Vas a largarte corriendo a la iglesia? ¿A devorar con los ojos a ese vicario tuyo, tan interesado en ti y tan...? ¿Cómo era? Tan *corpóreo*.

—No. Contigo aquí, no. No sería muy educado.

—En realidad, no me importaría acompañarte, para devorarlo con los ojos por mi cuenta, un poquito. Inspeccionar el terreno, como si dijéramos. ¡Hacer un estudio preliminar!

—Sylvia, no seas ordinaria. De todas formas, ahora está fuera de la ciudad. A veces los vicarios asisten a retiros.

—¡Qué cosa tan rara! ¡Este fin de semana ha habido un éxodo masivo en Bristol! ¿También está visitando a su mamaíta viuda?

No respondí, pero de manera un tanto irónica, al buscar a toda prisa un medio de distracción, encendí la radio y di con la ceremonia religiosa matutina.

—Tom Leher dijo en cierta ocasión que las matemáticas modernas son tan sencillas que solo un niño es capaz de comprenderlas —fue lo primero que oímos decir al predicador—. Bien, pues eso es precisamente lo que sucede con la oración y la fe. ¡Son tan sencillas que solo un niño las comprende! Y es por eso por lo que Jesús nos dijo que debemos parecer más a...

—No querrás oír esa mierda, ¿verdad? —dijo Sylvia. Apagó la radio.

—Creía que te distraería.

—¡No necesito que me distraigan, por Dios! Soy tu mejor amiga. No hay que esforzarse para distraer a tu mejor amiga.

Inexplicablemente, volvió a encender la radio. El predicador estaba concluyendo el sermón. Se anunció el himno número el-que-fuera.

«Cristiano, no busques aún el reposo.»

Atiende a tu ángel guardián:

«Rodeado por enemigos te hallas,  
vigila y ora.

Principados y poderes,

Convocan sus ocultas fuerzas,

aguardan el momento en que se baje la guardia;  
vigila y ora».

Es de suponer que pretendía ser considerada, que pensaba en mí antes que en sí

misma. Pero su amabilidad no daba para más.

—¡Cómo te puede gustar esto! —exclamó—. ¡No puedo permitirlo! A lo mejor está bien para críos y chalados, pero nosotras no somos ninguna de las dos cosas, al menos todavía. —La apagó de nuevo, ahora de manera definitiva.

«No. Sinceramente, no estoy segura de que puedas conseguirlo», dije para mí misma; aunque, por supuesto, no solo para mí misma, con meritorio sentido del humor.

Pero me mantuve animada, como le había prometido a él que haría.

Incluso aplaqué mi actitud hacia ella («Soy tu mejor amiga», me había dicho) tanto como para proponerle salir y que me ayudara a buscar un regalo para el bautizo.

Aunque experimenté un gran alivio cuando rechazó la propuesta.

—Sal tú si quieres. Puedes dejarme aquí.

—No. Tendré tiempo más que de sobra la semana que viene.

Aunque eso me habría proporcionado una o dos horas de necesario respiro, era reacia a dejarla a solas en casa. No sé qué pensaba que podría haber hecho. Sin duda, nada que causara daño al cuadro. No, eso era absurdo.

Pensé que podía ponerse a fisgar y dar con mi valioso cuaderno, en el cajón donde lo había escondido. Eso habría sido tan malo como si un ladrón de dedos mugrientos hurgara entre mi ropa interior.

(Recientemente se habían producido una serie de robos en casas. La policía había alertado a los propietarios del vecindario. Era una de mis mayores preocupaciones; pero no precisamente por mi ropa interior. El fuego me preocupaba por el mismo motivo. También las hormigas. Temía que las hormigas se comieran mi manuscrito; las hormigas o cualquier otra plaga de insectos diminutos sin nombre, menos visibles, que se nutrieran de papel igual que las termitas lo hacen de madera. Cada noche soplaba entre las páginas e inspeccionaba con gran cuidado en busca de indicios del comienzo del ataque. Pero ninguna de mis precauciones bastaba para librarme de la angustia.)

Además, empujada por los celos y la malicia, ella podía introducir cambios en el ¿Y si era tan diestra como para no dejar rastro? ¿Qué pasaría entonces?

Así que nos quedamos en casa y nos las apañamos para pasar el rato. («¡Dios mío, eres una limpiadora compulsiva! ¡No eras así cuando vivías conmigo!») Conversamos desgadamente. Yo casi habría agradecido algunos de los temas superserios que tanto temía: el *apartheid* en Sudáfrica, nuestra responsabilidad hacia los animales, el consumo incesante de comida basura. (¿Pero acaso no me había traído ella un pollo de corral y pastas y una caja de bombones?) Incluso la noche del sábado, cuando había poco que ver en la tele, e incluso después de abrir la segunda de sus botellas de vino, «para reírnos», dijo ella, «del presidente de la Sociedad por la Observancia del Día del Señor —al principio no supe a quién se refería— ¡y con un poco de suerte incitarlo a una exhibición de libertinaje y lujuria!», incluso entonces, nuestros intentos de conversación continuaron siendo obstinadamente prosaicos. Solo

hubo un diálogo que merece la pena recordar, y no por su contenido intelectual. Fue poco antes de que ella bajara a ver el *cricket*.

—He estado dando vueltas —comenté— a la idea de usar una laca de uñas más llamativa.

Extendí los dedos mientras hablaba y los contemplé pensativa.

—Sí —dijo—. He leído algo en la prensa.

—En Londres usaba una laca clara. Pero ahora estoy pensando en algo más intenso... ¿Escarlata, a lo mejor? ¿También en los pies? ¿O resulta demasiado extravagante y bohemio?

—Querida Rachel —respondió—, puede que Bristol esté algo atrasado, pero yo diría que soportará el impacto de tu laca de uñas escarlata.

Luego guardó silencio.

—¡Tienes razón! —exclamé—. No me importa si es demasiado extravagante y bohemio.

—¿Sabes una cosa? Hay algo que me molesta. Acabo de darme cuenta. A veces parece que en realidad no hablas conmigo.

—¿Qué diantre quieres decir?

Una pausa. Se encogió de hombros. Emitió su característica risa, algo cercano a un resoplido.

—Olvídalo. No lo sé. Aunque te comportaras de manera normal, creo que me enfadaría igualmente.

Se levantó.

—A lo mejor es por ese romántico farmacéutico tuyo —añadió sin que viniera a cuento.

\* \* \*

A última hora de la tarde del lunes yo lavaba los servicios de té mientras ella, como era de esperar, hacía la maleta. Pero de pronto escuché sus pesados pasos en la escalera y apareció en la cocina sosteniendo un cuenco de cristal tallado.

—¡Ta-chán! ¡Apuesto a que pensabas que me había olvidado!

—¿Olvidar qué? —Bien educada hasta la muerte.

—El regalo para la casa —dijo.

—¡Sylvia! —Me sequé las manos a toda prisa y lo cogí—. ¡Sylvia, es *exquisito*! Debe de haberte costado el salario de una semana. —Me pregunté qué habría hecho con el envoltorio donde tendría que haber venido.

—No tanto como las treinta y nueve mil libras del cuenco que los Reagan le regalaron a Carlos.

—Pero no mucho menos. —Lo posé con cuidado, le apoyé las manos en los hombros y le di un cariñoso beso en cada mejilla. Me la imaginé invirtiendo sus descansos para el almuerzo en explorar John Lewis o Selfridge's o cualquier otra

tiendecita selecta de alguna galería comercial, hasta estar completamente segura de haber dado con el regalo adecuado—. Lo guardaré como un tesoro, para siempre.

—Me gustaría seguir viviendo contigo, y no con Lucy.

¡Vaya! ¿Qué podía responder? ¿Había ya más roces entre ella y la señorita Carter de los que hubo entre nosotras?

Pero yo sabía, de todos modos, que ese comentario se le había escapado; ahora se encontraba tan violenta como yo misma.

—Espero que no te importe —se apresuró a cambiar de tema mientras yo desviaba la vista con la disculpa de contemplar el cuenco—. Usé la caja y la bolsa para alguna otra cosa y no me he molestado en envolverlo de nuevo.

—No habrías hecho justicia al contenido.

—En la maleta ha venido entre mi camisón y un jersey: una nueva clase de envoltorio. —Eso nos hizo reír; el momento de incomodidad había quedado atrás—. ¡Pero apuesto a que ya estabas pensando que me había olvidado! ¡O que soy tan miserable que ni siquiera me había tomado la molestia!

—No. De verdad. La verdad es que no había reparado en ello.

Sin embargo, a continuación sonreí y asentí.

—Tienes razón. En realidad creía que te habías olvidado. ¿Lo ves? Soy una mujer nueva. Me he puesto como objetivo decir nada más que la verdad.

—¡Oh, Dios! —dijo. No por haber sido honesta, sino por haberle dicho que quería serlo.

—¿Tan terrible es? —pregunté.

—Sí.

—¿Por qué?

—Es pueril. Y repugnante. Y muy peligroso.

No estaba segura de si bromeaba o no, pero, cuando quince minutos después salimos hacia la estación, tuve que hacer un esfuerzo para aferrarme al afecto reavivado y a la esperanza de que, después de todo, entre nosotras quedaba algo que aún podíamos resucitar.

Lo que fue aún más triste es que, mientras yo cerraba la puerta, ella se fijó por primera vez en la placa de mi amado. (Lo cierto es que cuando llegó el viernes no estaba tan oscuro como para no verla. Aunque, para ser justos, diré que diluviaba y que su paraguas negro y enorme —«Puto trasto... ¿Puedes creer que fui tan estúpida como para dejárselo a Lucy? ¿Y que me lo devolvió así?»— tenía una gotera.)

—¡Político! —se mofó—. ¡Filántropo! ¡Entrometido! ¿Es que no tenemos bastantes hoy en día como para encima conmemorar a todos los hijos de puta sentenciosos que los precedieron? ¡Siempre he dicho que los que se dedican a las buenas obras son un incordio!

Se cambió la maleta de mano.

Eso fue —dada la magnífica obsesión<sup>[10]</sup> de la que habíamos hablado al comienzo de su visita— lo más delicado que podía haber dicho.



No, pensé, al menos a simple vista, parece que no ha tenido ninguna iluminación. Y he de reconocer que me alegraba. Habría significado una confirmación de los poderes que él poseía, no cabía duda, ¿pero qué necesidad tenía yo de esa confirmación? Además, por otra parte, si a Sylvia le hubiera sido concedida cierta intimidad con él, eso podría haberlo estropeado todo. Casi me complació oír las últimas palabras que dedicó al cuadro:

—Adiós, viejo amargado. No puedo decir que me haya acostumbrado a tu cara.

En realidad, también fueron sus últimas palabras para mí; ni siquiera habría hecho falta lo que añadió ante la placa.

Si ella le hubiera dirigido unas palabras amables, las cosas podrían haber sido diferentes (aunque yo para nada deseaba que formáramos un club), pero tal como concluyó todo, no tuve reparos en decirme, mientras el tren se alejaba: «Seguramente esta es la última vez que nos vemos, mi querida mejor amiga». Por supuesto, tal decisión no se hallaba libre de pesar, en especial por el encantador regalo que me había hecho.

Volví a pie; lloviznaba aún, pese a que la tarde había sido templada y parecía que el sol volvería a salir en breve. Me sentía despreocupada. Renovada, casi. Aunque en casa quedaban por limpiar los restos de un temido fin de semana, en su mayor parte espantoso, me parecía que era un precio insignificante a cambio de recuperar nuestra paz e intimidad.

¡Aleluya!

En adelante disfrutaríamos de una vida dichosa, libre de intrusos.

Cuando tenía doce años, Horatio se perdió no en el templo, sino en el salón de actos de Bath, una manera de desafiar a sus padres, lo que les tuvo inmensamente preocupados. Pero eso no fue nada comparado con la preocupación que les ocasionó pocos meses después, cuando a punto estuvo de morir. Contrajo un resfriado mientras nadaba con sus amigos y, como los niños acostumbran a hacer, no le dio importancia. El resfriado derivó en neumonía. En esta ocasión, me identifiqué con la madre. El hecho de que el patio de cada iglesia del país estuviera repleto de tumbas de bebés y de niños —en ocasiones varias, alineadas, pertenecientes a la misma familia— no te acostumbraba a la pérdida; ni siquiera te ayudaba a resignarte. Imaginé cómo habría sido presenciar el implacable declive de la criatura que te había sido negada durante años y años, y que, cuando por fin llegó, fue todo lo que podías desear: sana, alegre, inteligente, cariñosa.

Yo no había tenido un hijo, pero sentía una tensa angustia y un dolor que incitaba a la rebelión; ¡algo así no podía ocurrir, no *debía* ocurrir! ¡No a él! ¿No había Dios en el cielo?

Sí, claro que lo había. ¿No se daba cuenta entonces del tipo de criatura que había creado, no se daba cuenta del valor que tendría para las generaciones futuras? Aquel niño, después de tantas oraciones, tanta paciencia y tanto trabajo, ¿iba a serles arrebatado tan pronto? Ella no era Sara. No soportaría una prueba semejante. Si hubiera sido como Sara, podría haberlo hecho; pero no siendo más que como Eliza Munday o Anne Armstrong o Eleanor Jenks, o como cualquier otra que en los últimos años hubiera visitado más de una tumba patéticamente pequeña, no le habría sido posible.

La habían instruido para creer en un Dios bueno. Todopoderoso. Un atento oyente de plegarias.

No lo cuestionó —no podía hacerlo porque esa senda conducía a nada más que a la desesperación, la derrota y la locura—, ¿pero dónde estaba Su misericordia? Un niño de doce años era, en esencia, inocente.

Oh, Dios, ¿dónde estás en tales ocasiones?

Así que, como se puede ver, aunque yo no tenía hijos, sabía de qué iba la cosa. Debía de ser como si alguien me hubiera arrebatado mi libro, mi objetivo, mi capacidad para comenzar de nuevo, mi retrato, mi esperanza, mi fe en lo maravilloso de la humanidad, mi fe en lo maravilloso de la vida en sí.

Y me sentía más que como una simple madre; era también una esposa. Era como si ella, Rebecca Gavin, tuviera la certeza de que no solo perdería a su hijo; perdería asimismo a su marido. Jeremiah Gavin tenía más de sesenta años. Ya no era fuerte. La muerte del hijo supondría también la del marido.

Pero Dios fue misericordioso (esa vez). Y pese a que yo sabía todo el tiempo

cómo iban a concluir las cosas, aun así, la enormidad de su alivio, de su agradecimiento, la bendita calma que siguió al tumulto y al terror, pertenecieron, casi en igual medida, a Rachel Waring y a Rebecca Gavin; como si ambas nos hubiéramos hallado a punto de perder al que era carne de nuestra carne, y sangre y corazón y alma, además de un milagro de inocencia y confianza y devoción sin reservas. Las dos habíamos experimentado la misma desesperación, las dos sentíamos ahora el mismo exuberante retorno a la vida.

No disfruté nada durante los días en los que escribí aquella parte del libro. Puede que estuvieran demasiado próximos al talón de Aquiles que supuso la visita de Sylvia, y puede que la tensión resultante me afectara más de lo que creía.

A lo mejor fue eso.

No podía dejar de pensar en el destino del pobre Alfredo. El pequeño Alfredo Rampi. (Fíjese, querido señor Morley, en que estaba preocupada; no tenía usted derecho a decirme lo contrario. Había acudido a la biblioteca al día siguiente y solicitado los periódicos de los días anteriores, y lo había leído todo al respecto. También leí todo lo que pude sobre los presos de Maze y sobre Toxteth. Había sacado un libro acerca del Muro de Berlín. Y había tomado un autobús y me había plantado delante de la iglesia de St. Michael's y rezado, sin más interrupción que el momento en que me escondí detrás de un árbol al ver a la señorita Pimm saliendo por una puerta lateral. Eso lo demostraba, ¿no? Yo no vivía en la ignorancia voluntaria y no era —lo repito: *no* era— poco compasiva.)

No podía sacármelo de la cabeza mientras escribía sobre Horatio. Lo oía sollozar aterrorizado en la oscuridad, al pequeño de seis años, pidiendo auxilio mediante gritos y gemidos, encajado, pero no tanto, por lo visto, como para no seguir deslizándose, más abajo todavía, atrapado durante tres días interminables y aterradores en aquel infierno... hasta que murió. No dejaba de revivir el momento en que un voluntario espeleólogo, delgado como un niño, que se abrió camino cabeza abajo por el angosto pozo consiguió rodear una muñeca de Alfredo con un lazo que había hecho en el extremo de una cuerda. Qué momento tan impresionante debió de ser: él éxito a punto de lograrse, la respuesta a las plegarias de miles de personas. (Pide y se te concederá; busca y hallarás.) sin embargo...

A pesar de lo estrecho que era el lazo, la mano del niño era más estrecha aún. Todas las súplicas, todo el esfuerzo, toda la angustia... En vano.

Totalmente en vano.

Oh, Dios, ¿dónde estás en tales ocasiones?

Y mientras nosotras luchábamos por la vida de Horatio, me esforzaba por no escuchar las oraciones de los padres de Alfredo; y por no afligirme, tampoco, por la indigestión nerviosa que sufrí durante toda la semana.

**L**legó el día del bautizo. La ceremonia fue por la tarde, pero por la mañana no escribí nada. Pasé largo rato en la bañera, tras lo cual me apliqué un tratamiento de belleza. Después de todo, iba a conocer a muchos parientes y amigos de Roger y de Celia; tenía que presentar el mejor aspecto posible.

Había sopesado comprarme un conjunto nuevo para la ocasión, hasta fui a mi tienda preferida. Pero no tenían nada que me convenciera. Con la salvedad, es cierto, del vestido de novia más encantador, adorable y maravilloso que hubiera visto jamás —¡era exquisito!—, con cientos de diminutas rosas bordadas sobre el canesú y la falda. Pero quizá un vestido de novia no fuera lo más apropiado para la ocasión. No lo era. La misma dependienta que me atendió la primera vez (fue otra quien me vendió el conjunto azul cielo) debió de ver cómo lo contemplaba y lo acariciaba con cuidado, como un penitente en Palestina alarga la mano para tocar el atuendo de Jesús. Se acercó a mí.

—¿No es maravilloso? —dijo en tono confidencial—. Nos causa el mismo efecto a todas.

No creo que me reconociera.

—¿Qué efecto?

—Nos cautiva. Es una auténtica reliquia. El tipo de cosa que anhelas legar a nietas, a bisnietas, a cualquiera. Hace que se te salten las lágrimas.

Sonreí con educación. Pensé en cómo sería legárselo a alguien.

—¿Sabe cuál es una de sus características más especiales? Es tan sencillo que, sin la cola, su hija podría usarlo como vestido de noche. ¡El efecto sería extraordinario! Haría quedar como espantapájaros a las demás mujeres, hasta a las más guapas.

—Qué maravilla —dije—. ¿Viene especificado en las instrucciones?

Nos quedamos las dos admirándolo. Pensé que en marzo la dependienta me había caído mejor.

—Así que ya ve, después de la boda no habrá que guardarlo con alcanfor. ¡Tendrá por delante una vida larga y repleta de emociones!

—Como una auténtica reliquia, ¿quiere decir? —pregunté, con un asomo de ironía que ella no pareció captar.

Quizá fue mejor así.

Ella no podía verme las manos, ocultas por los guantes. Me alegraba pasar por una mujer casada. Pero al mismo tiempo no me sorprendía.

—¡Y lo mejor de todo, señora, es su precio!

—Dígame.

—¡Menos de doscientas libras!

—¿De veras?

—Así es. —Le faltaba un penique para llegar a las doscientas libras. Asintió con

expresión beatífica—. ¿Me permite preguntar, señora, cuándo se casará su hija?

—La fecha no está fijada todavía.

—Tiene que venir con ella —dijo—. Pero le recomiendo que no deje pasar mucho tiempo.

—Sí. Gracias.

Me despedí de ella con aparente franqueza. Pero a través del escaparate noté que parecía muy complacida consigo misma, y me reí mientras me alejaba. Sin ninguna duda, había sido más astuta que ella, que aquella vendedora maliciosa y con un exceso de entusiasmo. Me sentí traviesa, sagaz, triunfante, triste; aunque quizá la emoción dominante fuera esta última. Me sentía como una melancólica señora Maquiavelo, avergonzada por su hipocresía.

Pero me gustaba cómo sonaba la serie de palabras. Las recité mientras recorría la calle, tratando de decirlas lo más rápido posible sin trabarme. En eso estaba ocupada cuando pasé sin percatarme por delante de la farmacia.

Bueno, percatándome en parte. De manera periférica. Y mi reacción habría satisfecho sin duda al profesor Pávlov.

—¡Badebas! —dije.

¡Ay, Dios! Como una niña de testarudez incontrolable, sentí el impulso de abrir sin más la puerta, asomar la cabeza, gritar: «¡Badebas!», y ¡salir corriendo! Sería glorioso.

Al principio me resistí. Caminé unos pasos más. Me detuve. ¿Qué tendría de malo? Alegraría a la gente, les daría una oportunidad de reír. A mí me la daría, no cabía duda.

Había dentro cinco clientes, y también estaba él, gracias a Dios, no la chica. Pero quizá tendría que haberlo hecho antes. Así no me habría dado tiempo a ponerme nerviosa.

Pero no hay que reconocer la derrota. «¡Badebas!», grité, tan claro como pude. Se produjo un silencio instantáneo y muy satisfactorio. Todas las cabezas se volvieron para mirarme.

No obstante, creo que tendría que haber practicado en casa. Me di cuenta de que, lamentablemente, no había dotado a la palabra de toda la riqueza de la que era merecedora. Debería haber portado la gravedad fruto de la experiencia, la amabilidad del comentario constructivo. Tendría que haber, casi, *rezumado* importancia.

No creí que hubiera sido así.

Descubrí cómo deben de sentirse los actores cuando tienen una mala noche y su interpretación está por debajo de sus capacidades.

Al menos escogí un buen momento; había varias personas esperando ante el mostrador. Un joven y su novia estaban junto a la puerta. El fue el primero en hablar.

—¡Bananas también para usted! —dijo con buen humor.

La chica soltó una risita. Una rubia coqueta que me recordó a Una, la de la oficina.

Me retiré, no sin antes, con cierto buen humor, un poco simulado, lanzar un beso a mi farmacéutico, suponiendo que si al principio se me ocurrió calificarlo de romántico, algún motivo debía de haber.

Tengo que reconocer, sin embargo, que no fue uno de mis mayores éxitos. Ni siquiera se me ocurrió una réplica cuando el joven me sugirió que me fuese a casa y me preparara un ponche caliente. Que me cuidara bien el resfriado.

Bueno, tampoco era para tanto, pensé. Tendría más fortuna la próxima vez. Volvamos al vestido para la boda.

¡No! ¡Qué boba! El vestido para el bautizo.

En realidad no podía permitirme un nuevo conjunto, en especial porque el día posterior a la marcha de Sylvia, el día previo a que comenzara el capítulo sobre la enfermedad de Horatio, había gastado en los regalos de bautizo del pequeño Tommy mucho más de lo que había planeado. Le había comprado un servilletero de plata y una adorable tacita para huevos duros a la que añadiría una de mis propias cucharillas de plata, y una caja con la colección completa de Winnie the Pooh, con las ilustraciones originales.

(Mientras estaba en la joyería me topé con una alianza mucho más bonita y delicada que las que se acostumbra a ver. El deseo de tocarla me encogió el corazón, no digamos ya el de poseerla. Bromeé con el joyero:

—¡Las cosas siempre suceden de tres en tres! He visto el vestido y ahora esto. ¿Qué cree usted que será lo tercero? Supongo que tendría que ser el anillo de compromiso, aunque el orden esté un poco trastocado.

El no era ninguna belleza, pero sí un hombrecillo simpático que, de inmediato y sin cuestionárselo, me siguió la corriente.

—Sí —afirmó, coincidiendo conmigo por completo—. ¿Desearía usted ver nuestra colección de anillos de compromiso?

—Sí. ¡Qué divertido! ¿Por qué no?)

Pero no acabó ahí el asunto. Pensé que, de momento, mi ahijado disfrutaría poco de un servilletero y de una tacita para huevos, a pesar de que en la tienda trabajaban a contrarreloj para grabarlos, ¡monito desagradecido! Y si aún no sostenía con firmeza una taza y un platillo, podía pasar un año hasta que fuera capaz de apreciar la obra de A. A. Milne. Me daba perfecta cuenta de ello. Así que le compré, además, un peluche enorme e increíblemente caro, que venía totalmente al caso: un monito mofletado ataviado con una elegante gabardina a cuadros. Estaba segura de que recibiría regalos caros de sus abuelos y del padrino y de sus tías y de todos los demás, pero ninguno podría superar, ni entonces ni nunca, los de su madrina. Maurice el Mono tenía mucha más personalidad y descaro, un potencial mucho mayor para convertirse en su juguete favorito durante largo tiempo, y en un miembro de la familia cuidado y muy querido (es posible que incluso en una reliquia familiar), que cualquier vulgar osito o negrito o corderito de peluche.

Ni siquiera me habría molestado que *mi* monito diera a *su* monito el nombre de

Rachel. La gabardina a cuadros no lo convertía por necesidad en masculino; no en estos tiempos.

—Quiero decir, si al insolente cachorrito le apetece —como más adelante, riendo, dije a Roger.

Pero volvamos a la mañana de la fiesta. Al final me decidí por mi vestido verde. Mi vestido verde era muy ligero y elegante, y la gente me decía con frecuencia que me favorecía, aunque, extrañamente, en Londres no siempre sentí que me quedara bien, y Sylvia afirmaba que no era para mí. (Aquella gurú de la moda, con un serio problema de sobrepeso y un estilo singular, que no tenía ni un ápice de originalidad ni de gusto para la ropa, me había pedido ayuda con mala intención: «Es la última puta palabra del crucigrama. Me está poniendo furiosa. ¡No se me ocurre nada! Son dos palabras, de seis letras cada una. La primera empieza por R y la segunda por W: “Vejestorio emperifollado a punto de convertirse en un hazmerreír”.») Después de todos aquellos meses, sin embargo, cuando volví a ponérmelo lo vi bajo otra luz; una luz con la claridad propia de una revelación. Alguna clase de premonición debía de haberme hecho conservar el vestido, porque o bien él había cambiado, o lo había hecho yo. O puede que los dos. Pero si el retrato de Dorian Gray podía transformarse en el ático, el vestido de Rachel Waring sin duda podía hacerlo en el armario.

Era una broma, qué duda cabe. El retrato de Dorian Gray era intrínsecamente malvado, mientras que tanto mi armario como todo mi mundo estaban abiertos de par en par al anhelado influjo del bien.

Antes del baño me teñí el pelo. Imagino que corrí un riesgo: cambiar del color Brasilia al Nápoles, sin una prueba previa, y antes de un evento importante. Pero de pronto me apeteció un cambio —se trataba de uno muy pequeño—, ¿y qué mejor ocasión para los cambios que antes de un gran evento? (Al menos, si el riesgo se halla justificado, como sin duda lo estaba aquel.) Normalmente no soy de las que se tiñen el pelo y se bañan la misma mañana, pero pocas cosas hay tan placenteras como romper con la costumbre, aunque sea en formas tan nimias que parezcan absurdas. Te da la impresión de pasar página, de plantar cara a la monotonía y de conservar la fortaleza y la juventud.

Sí, la previsibilidad, y no la edad, es la antítesis de la juventud. La previsibilidad y la muerte de la esperanza. El final de la búsqueda.

Fue una mañana feliz, gracias al placer de la anticipación; e incluso a pesar de que hice lo que en otro momento habría sido el más humillante de los descubrimientos, uno que requirió —incluso en aquellas circunstancias— echar mano de todos mis recursos para gestionarlo de manera adecuada.

No, no solo adecuada. Para hacerlo completamente bien.

En la parte trasera de mi pierna izquierda, justo encima de la corva, tenía pequeñas hinchazones; y, más abajo, ahora que me fijaba detenidamente, unas pequeñas líneas azules; ¡y otra en la pierna derecha!

¡Dios del cielo!

A pesar de lo joven que era, por lo visto mi padre había sufrido de varices, heredadas de su padre. (Durante la guerra eso no bastaba para que te libraras de ser reclutado por el ejército. Aunque no es que él quisiera librarse.) Y desde que mi madre lo mencionó por primera vez —sin ninguna necesidad, puede que con mala intención, dado que conocía mi propensión a preocuparme—, yo nunca había dejado de temer que podía heredarlas a mi vez.

Y ahora mis temores se hacían realidad.

Pero fui sensata. Admiré la entereza con que hice frente al problema. Mi actitud filosófica me causó admiración y sorpresa. Me estaba convirtiendo en toda una mujer.

—¡Rachel, te estás convirtiendo en toda una mujer!

Era una pena que solo yo estuviera allí para decirlo.

Meneé la cabeza, un poco triste pero con buen humor, incluso en una ocasión semejante.

—No, eso no está bien. No admito que digas algo así.

Y reí.

En cualquier caso, las varices no tenían que ir necesariamente a peor. ¿No había leído que la vitamina E, en dosis regulares, podía erradicar las venas varicosas?

Además, había maneras efectivas de disimularlas: maquillaje o unas medias un poco más gruesas; no *gruesas*, por Dios, sino solo una pizca menos finas. Y nunca llevaría faldas por encima de la rodilla. Ni bañador.

—Supongo que se hablaba de lo mismo en tus tiempos. ¿Nuestros tiempos? ¡Y ya has escuchado a Bing Crosby!

Era ridículo. Yo ni siquiera estaba en el salón.

¿Pero qué mejor manera de afrontar el problema que ridiculizarlo? La vida era ridícula. Las varices eran ridículas, indiscutiblemente ridículas.

Y para ilustrarlo bailé un breve charleston allí mismo, en combinación.

Soñamos,  
hacemos planes,  
somos conocidos por clamar sobre  
cierta cosa  
llamada novio.

¡Qué gran ovación! Finalicé con un *Vo-di-o-doh*.

—Ya puedes estar orgulloso de mí.

Escuché un momento.

A continuación le dediqué una reverencia.

—Gracias, amable señor.

No necesitaba estar en el salón.

—«La vida sin él es imposible..., vacía de todo encanto<sup>[11]</sup>...»

Cuando estás alegre puedes hacer frente a todo; no solo a los grandes retos sino también a las pequeñas dificultades, mezquinas, indignas, a menudo sórdidas, como en aquel caso: desear su aprobación pero sin que él supiera exactamente por qué yo la



merecía. Tus imperfecciones no son algo que te apetezca airear.

Aunque las venas, por supuesto, no tienen nada que ver con la edad. Conocía a una mujer a la que operaron cuando tenía tan solo diecisiete años. ¡Diecisiete! Así que le podía pasar incluso a una niña.

No obstante, debo admitirlo: mi cuerpo ha sido siempre una fuente de problemas. Es la consecuencia directa de ser bella. Esto te crea expectativas, incluso responsabilidades y, naturalmente, miedos. Podría usted pensar que es mejor no poseer belleza alguna. Pero le sorprendería descubrir que, de vez en cuando, el cuerpo es más importante que la personalidad, y que tener una bonita figura equivale a ser deseada; y yo me esforzaba mucho por conservar mi bonita figura. Me aterrorizaba que mis exquisitos pechos empezaran algún día a descolgarse.

(En Londres, me bastaba con pensarlo para sumirme en la depresión. Pero hay ciertas cosas que no se pueden confesar. «¿Sabe usted qué puede haber causado esta depresión?», preguntaría el doctor. «¡Claro! Me parece que mis exquisitos pechos han empezado a descolgarse.»)

Cogí la laca de uñas.

—Un día tan especial se merece un tono más llamativo, un poco más de color en la vida.

Ya me había hecho con el nuevo tono. Y estaba segura de que él también lo aprobaba, el tono más vistoso.

Alcé de pronto la vista; por un instante, me había parecido captar su reflejo en el espejo del tocador, y, como correspondía a una situación tan absurda, lo amonesté meneando el índice, si bien de manera juguetona.

—No. En mi habitación, no, por favor.

Pero luego pensé: ¿y por qué no?

¿Acaso no estábamos en la segunda mitad del siglo XX?

Cuando se me secaron las uñas de las manos, empecé con las de los pies. ¿No era el orden equivocado? No importaba. Era una principiante. En todo. Ya aprendería.

Qué pies tan bonitos, decía. Qué bonitos. Parecía un loro.

¿Te llegarán algún día las varices a los pies? ¡No! ¡Eso ni te lo plantees! ¡Inadmisible!

Mantente joven y bella;  
es tu deber ser bella.  
Mantente joven y bella...  
¡Si quieres que te quieran!

Joven y bella y con el pelo ondulado con tenacillas. No, esta vez no. Podía apañármelas sin eso. ¿Qué aspecto tengo? ¡Permíteme dar una vuelta para que me veas! ¿Tienes un veredicto? ¿Te parece que puedo ser..., algún día..., que puedo ser... aunque no todo el mundo lo crea así...? *Cuando bailas te entregas tanto que todos te llaman reina del baile...* ¿Te lo parece?

¿Y bien? ¿Te lo parece?

Gracias, Roger y Celia, muchas gracias a los dos, gracias por invitarme al bautizo de vuestro hijo. Por invitarme a ser su madrina. Por invitarme a estar junto a la pila bautismal e invitarme a sostener en brazos a la criatura y así ser casi la estrella del espectáculo.

Casi la protagonista.

Casi la reina del baile.

¡Dios mío! ¡Qué miedo!

**D**espués de la ceremonia religiosa, fuimos todos a la casa de los padres de Celia. De hecho, ocupé el lugar de honor en el coche del coronel Tiverton.

—¿No es un ángel? —preguntó la señora Tiverton; se refería a su nieto, no a su marido—. ¿Y no se ha portado de maravilla? —Durante el trayecto de cinco minutos me preguntó lo mismo tres veces. Parecía no tener otro tema de conversación; ni siquiera comentó nada cuando le mencioné la ausencia de *glamour* entre los invitados. Pareció un poco confusa—. Y de qué manera tan encantadora gorjeaba junto a la pila.

Se dio una situación un tanto incómoda en un momento en que estaba con ella en el salón y un hombre dijo;

—Debe de estar usted muy orgullosa.

Era yo quien sostenía al niño cuando lo dijo. Me pareció lógico que se estuviera dirigiendo a mí.

—Lo estoy —respondí, con mucha más convicción, en realidad, que la propia señora Tiverton, que lo hizo medio segundo después y que debía de haber consumido buena parte de su entusiasmo repitiéndome lo bueno que era el niño y cómo había gorjeado junto a la pila.

Todos nos reímos, pero me sentí un poco tonta y, en realidad, a la señora Tiverton no pareció hacerle mucha gracia. Lo único que me permitió recobrar la compostura fue pensar en cómo contaría el incidente cuando estuviera de regreso en casa, junto con un ingenioso retrato de los participantes y otro exhaustivo de lo que habíamos comido.

La familia de Celia era un poco aburrida. ¿Está mal que yo lo diga? Y la de Roger no era mucho mejor. ¿Cómo podía alguien tan vivaz e inteligente, y divertido, haber salido de un entorno tan convencional? ¿Se comportaba así para escandalizar? Quiero decir, para escandalizar a sus parientes y a los de Celia: militares retirados, rígidos funcionarios y una joven generación tirando a relamida. (Parecía como si llevaran a cabo una demostración de solidaridad en bloque... para mantener a los extraños fuera; a los bebés recién iniciados dentro.) Roger destacaba entre ellos. Su mera vitalidad casi parecía una afrenta.

A lo mejor, pensé, estábamos ante una invasión del espacio exterior, y él y yo íbamos a ser los salvadores del mundo.

También estaban sus amigos, los de él y los de Celia —no había que meterlos en el mismo saco que al resto—, aunque me sorprendió que no fueran tan fáciles de identificar como había supuesto.

—¿Amigo o enemigo? —pregunté a un joven alto y bastante atractivo que me pareció uno de los aspirantes más probables—. Sirva esto a modo de saludo masónico —expliqué con ingenio.

—¿Disculpe?

—Quiero decir, ¿amigo o...? —Estuve a punto de decir «familia». Por suerte, en el último instante recordé mi diplomacia—. Permíteme plantearlo de otra manera: si esto fuera la invasión de los ladrones de cuerpos, ¿serías uno de los cuerpos o uno de los ladrones? —Le apoyé una mano en la manga. En las fiestas, *en especial* en las fiestas, se tiene el deber de ser tan divertido como se pueda—. Aunque se me acaba de ocurrir que tendré que analizar tu respuesta con cuidado. ¿Por qué admitiría un ladrón de cuerpos que lo es? ¿No se haría pasar por un cuerpo?

—Eeeh... Lo siento. No acabo de...

Asentí.

—¡Es un problema! ¿Qué voy a hacer? ¿Quién puede ayudarme?

—... entender —dijo.

Aparté la mano de su manga. A pesar de su bonita cara y de su aceptable constitución física, no era uno de los nuestros.

—No importa. Por favor, no te preocupes. Permíteme recomendarte estos volovanes increíblemente sabrosos.

Se alejó con una vaga sonrisa y meneando la cabeza (a lo mejor no le gustaban los aperitivos salados), y me alegré, al menos, de haberlo intentado. Al cabo de un momento ya andaba a la búsqueda de otro contrincante. O sería mejor decir: aspirante.

Pero antes de llegar a saludar a alguien, alguien me saludó a mí.

—Buenas tardes, señorita Waring. ¡Qué placer tan inesperado!

—¡Vaya, si es..., si es... el señor Wymark! —Me alegré mucho de recordar su nombre.

—No sabía que estuviera usted emparentada con los Allsop —dijo.

—No lo estoy, no. Soy solamente una amiga. —Traté de mantener el tono casual. No puse el acento sobre la última palabra.

—Ya veo. —Asintió amablemente y, para mi alivio, no pareció sorprendido.

—Y la madrina de Thomas —añadí, percatándome de que debía de haberse perdido la ceremonia—. En realidad, no sé si eso me convierte en pariente. ¿Es usted... de la familia?

—No, no.

—¡Yo también prefiero no serlo! —A lo mejor pensó que hablaba en serio.

—A partir de ahora, señorita Waring, usted y yo siempre sabremos lo que se siente al formar parte de una muy reducida minoría.

Reímos. Me pareció que no debíamos hacerlo, pero lo hicimos. El momento de comunión nos llevó a reír. No esperaba que él tuviera un lado travieso.

—Señor Wymark —dije—, me parece usted un poco perverso.

¡La cosa marchaba!

—Dios no lo quiera —repuso—. Pero ya sabe usted que con algunos amigos no hacen falta enemigos.

Yo ya había oído el chiste, pero me reí como si fuera la primera vez que lo escuchaba, debió de ser por el champán.

—¡Oh, Dios! Basta, por favor. Hará que se me corra el maquillaje.

Me tranquilizó.

—De momento sigue en su sitio. De hecho, ¿me permite la libertad de decirle, señorita Waring...?

—Rachel.

—¿... que estás extraordinariamente guapa? Con diferencia, la mejor vestida de todas las presentes.

—¿La reina del baile, podríamos decir?

—Sin duda.

No hice nada por ocultar el placer que esto me produjo.

El cumplido era exagerado, pero quizá no en exceso. Y era cierto que se trataba de un bonito tono de verde. Se me ocurrió que Roger debería haber llevado una camisa del mismo color.

Verde y dorado. Dorado y verde. Me pregunté si yo estaría tan arrebatadora como él. ¡La mejor vestida de las presentes! ¿No me merecía situarme a su lado, salvadores del planeta de una invasión extraterrestre a gran escala?

Rizos húmedos y dorados cubriendo el pecho. Y bajando hasta el ombligo. Y probablemente más allá.

Lo que daba por seguro era que, si hubieran podido leerme la mente, se habrían escandalizado. ¿Resplandecía yo de expectación? ¿Quedaba patente mi rechazo a la monotonía, el mutismo y la resignación?

Así lo esperaba. Lo esperaba de veras.

¡Cuántas bobadas! ¿Qué necesidad tenía de estar a su lado? Tal deseo le correspondía ahora a él. Lo vi mirarme y aparté la vista.

Oh, Dios. No tendría que haberlo hecho. No quería que me creyera coqueta. El todavía no sabía nada de Horatio; no le había dicho que yo no estaba disponible.

¡Rachel..., eres... toda... una... mujer!

—¡Agradecida, señor Wymark! —Lo traté con mi airosa cortesía de costumbre, y decidí que sería mejor no mencionarlo cuando volviera a casa.

Aceptó el tributo con una sonrisa. (Sin duda, se hallaba cualificado para formar parte de la compañía: la Panda Feliz, los Deleitosos, los Anti-Indigestión.)

—Dado que estamos entre amigos —dijo—, si tú eres Rachel, yo soy Mark.

—¡Cómo! ¡Mark Wymark! No, no me lo trago. —Si hubiera llevado mi abanico le habría dado unos golpecitos en los nudillos (golpecitos cuya dulzura, en esa ocasión, no habría sido como dar margaritas a los cerdos)—. ¡En adelante no creeré ni una palabra que salga de tu boca!

—Pues me temo que es cierto. No tienes más que preguntarles a Roger o a Celia.

—No. Sois todos unos conspiradores. Formáis parte de la misma trama.

—Ya ves. Debió de ser alguna clase de bromita desacertada de mis padres.

¡Pobres infelices! O a lo mejor, sencillamente, no se dieron cuenta.

Mi maquillaje volvía a correr serio peligro.

—¿Nunca se lo has preguntado?

—Te diré otra cosa que se dice sobre los amigos. Son la forma que tiene Dios para compensarnos. —Hizo una pausa—. Por las familias.

—Me gustaría haber sabido que eras así —comenté— el día que nos conocimos. Lo habríamos pasado mucho mejor.

—Y a mí me habría gustado saber que tú eras así.

—No fuiste a tomar un café conmigo.

—Eso es una fuente de incalculable pesar.

Era un payaso. Tenía un carácter encantador. No era tan atractivo como Roger u Horatio, pero era un payaso.

—¿Sabes —pregunté— que el mes pasado Petula Clark recibió una ovación de quince minutos por *Sonrisas y lágrimas*?

—¿En serio? No pensé que pudiera andar perdiendo el tiempo de esa manera. Ya tiene unos cuantos años, ¿no?

Era una joya.

—¿Podemos participar de la diversión? Nos morimos por saber de qué estáis hablando.

Familia.

—Nada más que unas cuantas bromas absurdas pero de lo más graciosas —respondí de buen humor—. Las cosas sencillas gustan a las mentes sencillas. Seguro que sabe a lo que me refiero.

—¡Qué divertido!

—Tonterías de madrina —expliqué.

Como se puede adivinar, todos los ojos estaban fijos en nosotros.

—Nada que ver con las ñoñerías de una abuela —me apresuré a puntualizar, al darme cuenta de que podían haber entendido mal—. Las abuelas son personajes dulces y chochos. Mientras que las madrinas...

Lo pensé un momento.

—¡Las madrinas pueden ser puro exotismo! ¡Delicias turcas!

Pero, por desgracia, a Mark Wymark lo habían apartado de mí. (¡Los ladrones de cuerpos!) Más tarde nuestras miradas se encontraron y alzó la mano en gesto de saludo desde un grupo al otro lado de la habitación, justo cuando la señora Tiverton, una anfitriona de lo más concienzuda, volvía a acercarse hacia mí. Me temo que se me escapó un gorjeo.

No era ninguna crítica a mi ahijado. Era un niño ejemplar, y lo demostró durante toda la fiesta.

—Mark Wymark —le dije—. ¿Vamos a tragarnos eso? ¿No tendríamos que crear una Sociedad de Damas en Contra de las Bufonadas? Con usted, querida señora Tiverton, como miembro, como es lógico. —Pensé que eso la halagaría.

—¿Disculpe?

—Quiero decir... como presidenta. ¿Sabe usted? He recibido cartas de él en... dos o tres ocasiones, la mayoría antes de venir a Bristol, así que pensará usted que tendría que haberme fijado. Puede que nunca firmara con el nombre de pila completo, solo con la inicial. Sí, eso lo explicaría.

—Creo que mi marido me reclama para algo —me interrumpió.

—¡La marca del Zorro! —contesté—. ¡La marca de Wymart! —Era una cadena americana de supermercados de la que había oído hablar, pero por lo visto mi anfitriona no conocía ni al abogado ni los supermercados.

Seguramente la estaba confundiendo. Más tarde me enteré de que los supermercados, en realidad, se llamaban Walmart.

¡Vaya!

**Y** entonces sucedió algo horrible. Todo iba tan bien, con Roger y Celia tan encantadores, tan agradecidos de contar con mi presencia...

Pero, de pronto, en un instante, todo se vino abajo.

Un momento en el cielo, estrellada al siguiente.

Roger se me acercó, me pasó el brazo por los hombros (fui mala: sentí la electricidad zumbar por todo mi cuerpo) y dijo:

—¡Rachel, ha sido estupendo! —A continuación, con una timidez de lo más atractiva, casi como si necesitara que yo le ofreciera apoyo, añadió—: Lo ha sido, ¿no?

—No se podría describir de otro modo —respondí feliz.

—Gracias por hacer que todo marche ok.

¡Todos esos americanismos!

—¿Ok?

—Sí. Ok.

Me mostré de acuerdo.

—Celia y yo te estamos muy agradecidos. Y también el pequeño Thomas, por supuesto.

—Así debe ser. No espero más que gratitud por su parte durante el próximo medio siglo.

—Bien. Tenemos un trato. Y ahora, mira, lo que quería decirte es... ¿Te parece bien si mi suegro te lleva a casa? A Celia le gustaría retirarse (todo este jaleo, ya sabes) para poner el pijama a nuestro caballero y meterlo en la cama.

—Sí, claro. No hay problema. Es muy amable por parte del coronel Tiverton.

—Bien. En ese caso...

Pensé que era todo de cara a la galería. Esperaba que añadiera en voz baja que me recogerían más tarde. O que me diera indicaciones para llegar al sitio de la fiesta. Esperaba que me informara del plan.

En lugar de eso, se inclinó y me besó en la mejilla. (No hubo ahora el mismo voltaje.) Celia, que acababa de acercarse con Tommy en brazos, me besó del mismo modo. Me ofreció al niño, que se retorció, reacio, para que me despidiera de él. Y eso fue todo. Fin. Ni mención de ninguna fiesta.

No tenía ningún derecho a quejarme, naturalmente. Ninguno en absoluto. Después de todo, lo había pasado muy bien.

Aun así.

Aquella era la parte que había esperado con más ganas. Lo de por la tarde había sido nada más que el calentamiento. El preludio.

\* \* \*



—Hasta pronto —se despidió.

—Prometemos llamarte lo antes posible —añadió Celia.

No tuve oportunidad, ni siquiera, de invitarlos yo, como había planeado hacer. En el coche, con el coronel Tiverton, me sentí un poquito abatida.

Había vuelto a ver a Roger justo antes de irnos. Se había despedido de mí con un gesto de la mano y una amplia sonrisa, y una pequeña payasada; ni siquiera se le pasó por la cabeza que algo iba mal.

Que los amigos tengan mala memoria, reflexioné camino de casa, supone un inconveniente, pero no se les puede culpar por ello, no en serio, y menos llevada por el resentimiento. Y la pareja me había regalado una tarde deliciosa y la oportunidad de brillar con luz propia.

—El joven Thomas es un gran muchacho —dijo el coronel Tiverton—. ¿No está de acuerdo?

\* \* \*

Me sorprendió otra cosa más. ¿Por qué había pensado Mark Wymark que yo podía ser pariente de los Allsop? ¿Había olvidado que fue él quien me dio la referencia de Roger? «Un amigo mío, un universitario. Se llama Allsop.» ¿Y no le había dicho Roger que yo asistiría a la celebración, ni que iba a ser la madrina del niño? No. Era obvio que no. «Qué placer tan inesperado», había dicho Mark.

¡Qué mala memoria la de alguna gente! ¡Y qué gente tan joven además! Uno tenía tan mala memoria como el otro, sin ninguna duda.

**Y**, después de todo, estaba bien volver a casa. De veras.

Me dejé caer en mi sillón. De dos patadas, me liberé de los zapatos. Las uñas recién pintadas quedaron a la vista; aunque no mucho, debajo de las punteras reforzadas de las medias. Agité los dedos de los pies.

—Por humilde que sea —dije.

Arrugué el ceño, aunque no por impaciencia, como es evidente. Solo por la sorpresa.

—Vamos, seguro que lo habías oído. «Por humilde que sea, no hay lugar como el hogar<sup>[12]</sup>.» —Y entonces me di cuenta de mi error—. ¡Qué tonta! Esa canción es del siglo XIX, ¿no? Mi padre adoraba aquellas baladas sentimentaloides. Recuerdo cómo las cantaba.

Sonreí, nostálgica. Me sentía completamente relajada.

De hecho, la impresión de anticlímax tras la fiesta, seguida por aquella tranquilidad hogareña, me provocó somnolencia. Bostecé, con la mano ante la boca.

—Discúlpame.

Me puse a cantar.

Fluye suave, dulce Afton, entre las verdes laderas;  
fluye suave, en tu honor cantaré una canción.  
Mi María duerme junto al susurrante arroyo.  
Fluye suave, dulce Afton, no perturbes su sueño.

—Qué raro. Creí que solo me acordaba del título.

*Mi María duerme junto al susurrante arroyo...*

—¿No es de lo más tierno y protector, atento y seguro?

Sonreí.

—Pero, en general, no puedes fiarte de la gente. No al cien por cien. No para las cosas pequeñas. Supongo que lo cierto es que... pensamos más en nosotros mismos que en los demás.

Me sorprendí al decirlo; de hecho, creo que yo me sorprendí más que él.

—No. No quiero...

Bostecé de nuevo.

—Supongo que tu Rachel también se está durmiendo. Por eso desbarra así. «Mi amor es como una rosa roja, roja, que en junio acaba de brotar...»

—En serio, no quiero ser una cínica. Y, en cualquier caso, cuando dos personas están casadas y se tienen una a la otra es diferente. Me refiero a un buen matrimonio. Es de suponer que la preocupación es mutua. La muerte de uno puede significar la de ambos. Yacen por las noches entre los brazos del otro, entre las piernas del otro, sintiendo latir sus corazones, y muestran con qué pasión se cuidan el uno al otro. Y, a

veces, bastantes, debe de ser cierto. ¡Qué maravilla es que te amen!

Lo miré pensativa. Recordé la pequeña pero asombrosa revelación por parte de Roger: su necesidad de apoyo. Me pareció ver un asentimiento.

—Y también los padres cuidan de sus hijos, ¿no? También ahora me refiero a los buenos, a una madre como la tuya, a un padre como el mío...

—Pero al margen de los niños... y de la gente enamorada... y, a veces, supongo, de algún hermano o padre... Estoy divagando, ¿no? ¿Tiene sentido algo de lo que digo?

—Yo estuve enamorada una vez. Me dijo que le recordaba a Vivien Leigh. Claro, tú no sabes quién fue Vivien Leigh. Fue una actriz. Bellísima. La próxima vez que vaya a la biblioteca buscaré un libro donde aparezca una fotografía suya. Ella...

\* \* \*

Durante el desayuno, mi madre, al contrario de lo que yo esperaba, no estaba enfadada porque hubiera llegado tan tarde la noche anterior. Casi no me hizo preguntas sobre lo que habíamos hecho. En su lugar, me informó de que mi abuelo estaba enfermo —su ama de llaves había llamado desde una cabina— y de que salíamos hacia Winchester esa misma mañana.

—¡Yo no puedo! —Estaba horrorizada—. Tengo los exámenes dentro de un mes.

—Puedes estudiar allí igual que aquí —repuso mi madre—. Como mucho, estaremos fuera una semana, y puedes avisar a la escuela antes de que salgamos.

—¿No puedo quedarme aquí, madre? ¿No sería más fácil? Además, ¿quién va a regar las plantas?

Él había dicho que me llamaría esa noche desde Escocia.

—La señora Fowler las regará. Y no quiero pensar, Rachel, que las plantas o incluso las notas de tus exámenes te importan más que tu abuelo, que está agonizando...

Tony no estaba ya en casa, y aunque hubiera podido hablar con él, no habría servido de nada. Estaba de camino a Edimburgo, y nadie de su familia sabía dónde iba a alojarse; él nunca había estado en Edimburgo. En cuanto a la compañía donde trabajaba, yo solo sabía que se llamaba Smith & Son y que estaba en Londres. No tenía forma de localizarlo.

—No es eso —dije—. Espero una llamada muy importante. ¿Entiendes?

—¿Del señor Rompecorazones? —Su tono fue inesperadamente comprensivo. Vislumbré un asomo de esperanza.

Asentí.

—Bueno, cariño, en ese caso, mucho mejor. Es *mortal* estar sentada al lado del teléfono, a la espera. Haz caso a alguien que lo sabe bien. —Me quedé desconcertada. Me pregunté cómo podía ella saberlo—. Si de veras quieres atraparlo, tienes que hacerlo sudar un poco. Que lo pase mal. Eso siempre consigue que vengán corriendo.

Era raro que lo dijera. Yo no le había revelado mi miedo a que mi buena disposición fuera demasiado evidente; casi no había hablado de él en su presencia. (Con cualquier otra persona, o incluso conmigo misma, debía de mencionar su nombre unas veinte veces a la hora.) Y una ausencia forzosa haría que él tuviera dudas. Si me quedaba en Londres, yo no tendría la fortaleza de mantenerlo en ese estado.

No sería más que una semana.

Y le podía escribir.

—Claro que le puedes escribir. Aunque te sugiero esperar uno o dos días.

\* \* \*

El abuelo no parecía peor que de costumbre. Llevaba años encamado y era un hipocondríaco; hasta madre lo decía. Llegué a sospechar que la llamada repentina no había sido más que una artimaña de la señorita Wilkinson para obtener ayuda. No obstante, cuando se lo dije a madre, ella, cansada, se limitó a responder:

—Escribe una carta a tu novio y yo la enviaré. Me vendrá bien tomar el aire.

La semana se convirtió en dos. Tras pasar diez días sin recibir noticias tuyas, diez días de esperanzas y desilusión y nervios, que me llevaron a tener que meterme en la cama, igual que el abuelo, ella me recomendó que le volviera a escribir. La verdad es que fue muy amable.

—Puede que la carta se haya perdido. Eso pasa, ya sabes. ¿Por qué no lo invitas a venir a verte? Dile que has estado enferma.

Acabamos pasando en Winchester tres meses. No hice los exámenes; la mecanografía, la taquigrafía y la gestión comercial habían perdido toda su importancia —en realidad, nunca la habían tenido—, tanto para mí como, lo que era menos predecible, para mi madre. El abuelo se recuperó, o eso parecía.

—¿Agonizando? —repitió el médico cuando me lo encontré un día en la ciudad—. ¿Ese viejo zorro? ¡Si puede vivir otros quince años! ¡O más!

—No fue lo que dijo hace tres meses —protestó la señorita Wilkinson más tarde—. Claro que no. Para nada.

La vi cruzar una extraña mirada con mi madre.

Y también yo me recuperé, en parte. Pero había perdido el brillo que me volvía *casi* guapa.

Vi a Tony una vez más, una semana después de volver a Londres. Para entonces él estaba comprometido, de forma no oficial, con la amiga del colegio en cuya fiesta nos habíamos conocido.

¿Cartas? No. No había recibido ninguna carta. Me dijo que había intentado localizarme cada noche durante una semana; al final, la vecina que se encargaba de regar las plantas le dijo que pasaríamos fuera el resto del verano: no sabía dónde, estábamos en el continente, viajando de una parte a otra. Acabó convenciéndose de

que yo no estaba interesada en él. A pesar de las apariencias. Seguramente me lo estaba pasando de maravilla en Italia y Grecia. Nunca hay que fiarse de una mujer, añadió sonriendo.

Ya no tenía importancia, pero la única otra persona a la que había escrito desde Winchester fue aquella misma amiga del colegio, Arabella. Sabía que su carta no se había extraviado porque recibí una respuesta, breve y garabateada, remitida, por alguna razón, al piso de Londres, que la señora Fowler nos hizo llegar junto con el resto de nuestra correspondencia.

\* \* \*

Otras chicas habrían buscado un trabajo, se habrían ido de casa y vivido su propia vida. Durante los primeros años no pasó un día sin que le diera vueltas a la idea. ¿Pero qué podía hacer? No tenía preparación, no tenía experiencia, no me apetecía volver a la escuela. Como dependienta podría ganar seis libras a la semana, apenas suficiente para independizarme. Además, no era una persona precisamente independiente. Me faltaban el carácter y el saber hacer, y siempre había sido en extremo tímida. Me asustaba lo desconocido. Me asustaba la jungla que se alzaba al otro lado de nuestra puerta.

Pero, gracias a Dios, además del miedo contaba con el descontento, que más adelante se aguzó hasta convertirse en una desesperación afilada que me permitió abrirme camino a machetazos. Sí, una desesperación afilada y un repentino rebrote del instinto de supervivencia..., además, por supuesto, de las cartas.

Pero en aquel entonces, después de Winchester y después de Tony, creía que viviría asustada para siempre; y supongo que todo el mundo lo está, siempre asustado, en diferente medida. Así que me quedé con mi madre. Y establecimos una relación de interdependencia la mayoría de las veces triste, destructiva y desesperada. Sabe Dios por qué me necesitaba ella; para entonces era bien capaz de barrer el suelo y hacerse la cama, de apañárselas con los platos sucios y de ir a la compra y de cocinar. (Y no doy a entender que todas esas tareas recaían sobre mí; hasta el último año, más o menos, nos repartimos el trabajo.) A lo mejor disfrutaba de una clarividencia que le advertía de la incapacidad que estaba por venir —nunca fue fuerte y mi padre la había mimado y consentido en enorme medida—, o a lo mejor solo era cuestión de que la compañía de *cualquiera* le parecía mejor que ninguna compañía, (íbamos al cine, de vez en cuando al teatro; tal vez no todo era triste, hablábamos bastante.) Pero más imperiosa incluso que la necesidad de una acompañante o de una enfermera o de una sirvienta, así lo pienso ahora, debió de ser su ansia de poder. Necesitaba a su hija para manipularla.

Y yo, a pesar de mis envidiosas miradas al exterior, de la lectura de anuncios de empleo, de las novelas románticas, de jugar en secreto a que era actriz («Te diré lo que quiero. ¡Magia! ¡Sí, sí, magia! Quiero llevar magia a la gente. Tergiversaré la

realidad para ellos. No les diré la verdad. Diré lo que debería ser verdad. Y si esa es una conducta pecaminosa, ¡que me condenen por ello!»), yo, a pesar de mi obstinada resistencia, de mi aparente obstinada resistencia, debía de necesitar que me manipularan.

La situación se volvió insoportable y, si la desesperación no le hubiera puesto fin, podría haberme llevado a la locura.

¡A lo mejor lo hizo!

Compartimos una vida lúgubre, durante los que deberían haber sido mis mejores años. Una búsqueda permanente y mezquina de venganza. Casi un juego.

\* \* \*

Al final, gané yo. El veredicto fue muerte accidental.

Lucrecia era hija de Lucrecia.

\* \* \*

El día previo a su muerte, descubrí las cartas. No sé por qué las conservó. ¿Quería ensañarse conmigo? ¿Pretendía decirme algo desde la tumba?

La primera fue la que me alteró y me hirió y liberó mis lágrimas.

Mi queridísimo Tony:

¿Creías que te había abandonado? Espero que no llamas y llamas y pasaras toda la noche despierto. Bueno, a lo mejor sí que lo espero, un poco. Apenas he pegado ojo, preocupada por ti y pensando en las dudas y las cosas que se te debían de estar pasando por la cabeza. «Entraste en mi solitario mundo, ¡qué serenidad tu sonrisa desplegó!» ¿Lo reconoces? El resto también es verdad: «Serás mi amor para siempre, tú, mi amor, ahora y siempre, mi amor...».

Hablando de amor (no te rías de mí, cariño), me alegro mucho de haber conservado tu pañuelo. Lo guardo debajo de la almohada por las noches y hundo en él la cara una docena de veces cada día, recreándome en la idea de que tu nariz ha estado en el mismo y preciso sitio en que ahora está la mía. Bueno, no sé mucho sobre las leyes del azar y la probabilidad, pero me imagino que en algún momento debe de haber estado en el mismo sitio, ¿no te parece? Recorro el pañuelo de punta a punta. Este preciado pañuelo también absorbió tu amor (puede que «absorbió» no sea la palabra más exacta, disculpa la licencia poética) la otra noche, y no tenía ningún deseo de lavarlo. (¡Aun así lo hice!)

No dejo de recordar la forma en que tus manos recorrían mi cuerpo, tan posesivas, tan autoritarias, arriba y abajo, en mi... ¡ay! ¡No puedo esperar a volver a sentir esos dedos traviesos y habilidosos! A lo mejor no tendría que decirlo. ¿Soy demasiado directa? Pero no queremos ocultarnos lo que de veras pensamos y sentimos, ¿no? Sin que importe lo íntimo que sea. Salvo por una o dos mentiras piadosas, siempre nos diremos la verdad.

Y como muestra de mi buena fe..., no debe preocuparte ser un poco más joven que yo. Nada más que un año y medio, casi nada, apenas merece la pena mencionarlo. (¡A tu palanquita de control no parecía importarle!) Y, en todo caso, solo por el hecho de conocerte, me volveré un poco más joven cada día. Tendrás que tener cuidado. La gente te dirá: «¿Quién era aquella niña con la que te vi la otra noche?». Estoy tan feliz, por cierto, de que la primera película que vimos juntos fuera la que fue..., ¿tú no? Seguro que eso tiene un significado, seguro que simboliza algo. Doy gracias porque no fuera *Lo que el viento se llevó*.

Esta es la primera carta de amor que escribo en mi vida. ¡Imagínate! ¡Lo estoy disfrutando tanto! (¡Casi hace que nuestra separación merezca la pena! ¡He dicho: casi!) Pero supongo que ahora tengo que tocar hechos aburridos y explicarte por qué no estaba en casa cuando me llamaste. ¿He sido mala por mantenerte en suspenso durante este rato? ¡Mis más sentidas disculpas, mi señor! Cómo me gustaría que

mi estúpido abuelo tuviera teléfono...

No pude leerla entera; tenía más de doce páginas. Hacia el final, solo leí en diagonal. Algunas palabras ya no eran más que borrones; al bolígrafo se le debía de estar terminando la tinta. Un coma, por ejemplo, se había corrido y cruzaba tres líneas; un punto parecía el nudo de una horca. Supongo que no me preocupaba. Supongo que me sentía demasiado satisfecha conmigo misma, con la vida, como para detenerme por algo tan trivial.

\* \* \*

Se lo conté todo a Horatio, *todo*; aunque, de una manera extraña, tuve la impresión de que él ya lo sabía.

Y lo comprendía.

Después de prepararme un sándwich, seguimos con más canciones.

Atrapa un cuerpo, conoce un cuerpo,  
entre el centeno;  
atrapa un cuerpo, besa un cuerpo,  
¿necesita llorar un cuerpo?

—Una vez leí ese libro<sup>[13]</sup> —dije—. Me gustó pero no entendí a qué venía tanto jaleo. No fue como cuando vi por primera vez a James Dean. En una de sus películas, claro. Aquello sí que fue un flechazo. ¿Y puedes creer que eso no pasó hasta un año después de su muerte?

Pensé que tendría que haberme mordido la lengua. Pero luego me repuse: ¿por qué? Sé natural. A la gente no se la hiere tan fácilmente como crees.

(Sonreí... Bueno, con la excepción de los vicarios y los farmacéuticos.)

Me apeteció cantarle otra canción.

Tras el final del baile,  
tras el amanecer...

Nada estridente ni rápido, que discordara con nuestro estado de ánimo; algo incluso un poco melancólico: un lamento por la pérdida de la inocencia y la naturalidad, y por las pequeñas esperanzas, frágiles como telarañas, que las personas acarrearán durante la primera parte de su vida. Puede que durante la vida entera.

Muchas fueron las mentiras dichas,  
si fueras capaz de contarlas;  
muchos fueron los corazones por las mentiras rotos...  
tras el baile.

Y al mismo tiempo que cantaba, bailaba... para acompañar aquella canción triste, melancólica, ensoñadora, evocadora... Y mientras tanto, era plenamente consciente de la presencia de la tía Alicia, y de Bridget, y de la señorita Havisham, y de Sylvia; todas ellas lamentables mujeres frustradas que, cada una a su modo, fueron

abandonadas en el altar, abandonadas en el altar... A punto estuve de llorar por todas ellas, tan acongojado tenía el corazón. Porque, lo sabía muy bien, si no fuera por la gracia de Dios... por la maravillosa y generosa gracia de Dios...

Oh, los días de bailes irlandeses;  
oh, la llamada del gaitero...

Fue una velada agradable, placentera, sosegada, reconfortante, amistosa, acogedora...

Mucho mejor que cualquier fiesta.



**L**a noche anterior soñé que mataba a Celia. Al igual que aquel sueño de hacía muchos años, el que trataba sobre la insatisfacción reprimida de mi padre, se suponía que era una pesadilla, pero en su lugar fue algo de lo que no quería despertar. Estaba con ella en el puente colgante y le señalaba el bello reflejo de una estrella en el agua. Y luego ella se inclinaba...

La vi caer en picado y aguardé hasta que su cabeza desapareció por tercera vez bajo el agua. (*Un-deux-trois!*) A continuación me erguí, junté rápidamente las manos como si... No, no para aplaudir, nada más como señal de satisfacción ante un trabajo bien hecho y un obstáculo superado. Me ceñí el cuello del manto de armiño y regresé al carruaje donde Tommy me aguardaba paciente en el pescante para llevarme al palacio. No pronunció palabra alguna, pero me dedicó un leve asentimiento y una sonrisa de apoyo (supe que era sincero), y me condujo a toda velocidad a través de la noche estrellada.

Ataviada con mi vestido de baile y zapatos de cristal, subí corriendo los seis tramos de escaleras de mármol. Tanto las escaleras como el salón estaban abiertos al cielo, aunque numerosos candelabros pendían resplandecientes en el vacío, y en cada esquina había una columna corintia, con el supuesto propósito de sustentar un techo. La pista de baile se hallaba desierta.

Pero, casi de inmediato, una figura solitaria y resplandeciente emergió de la oscuridad de —quizá— una terraza y se aproximó a mí con los brazos abiertos. Al ir uno hacia el otro, el manto se deslizó de mis hombros, y él me recibió entre sus brazos y besó mis anhelantes labios, tierna aunque apasionada y largamente. Luego nos deslizamos, casi como un único ser, llevados por el vals más encantador y alegre que se haya escuchado nunca. Pero las palabras que se repetían en mi cabeza no seguían el ritmo: «Si quieres tener un gran éxito, he aquí la senda a la felicidad inmediata: mantente joven y bella, si quieres ser amada...».

Él dijo:

—Querida mía, mañana, la coronación...

Yo dije:

—Roger, sabía perfectamente quién eras; no necesitabas darme pista alguna. Eres Rudolf, el príncipe coronado.

—Y tú, mi amada Flavia<sup>[14]</sup>.

Apenas un minuto después íbamos a bordo de nuestra carroza —era de día—, agradeciendo con aire regio la ovación de la multitud. Yo alzando muy digna la mano; Roger (o Rudolf) con sencillas inclinaciones de la cabeza, lo que, muy convenientemente, aunque también de manera perversa, permitía que sus manos se dedicaran a su propio y regio divertimento. No se contuvo.

—Cariño —le reconvine educadamente—, creo que no deberías. No aquí. No en

el carruaje.

—Dame una sola razón.

Continuaba dedicando solemnes asentimientos; mi mano saludando.

—Es injusto —respondí—. Sabes muy bien que yo no puedo... —Sonreí—. Muy bien. Siempre he sido arcilla en tus manos.

Bueno, como decía, distaba mucho de ser una pesadilla: las campanas repicaban, las ovaciones del populacho, el arzobispo nos bendecía desde la escalinata de la catedral, y mientras tanto aquellos dedos jugueteaban alegres... Oh, hmmm, justo ahí, oh, sí, eso es...

Incluso cuando el cochero se dio media vuelta, revelando el sonriente rostro de Celia, todo continuó siendo maravilloso.

—No te preocupes —dijo ella—. Horatio apareció en el último segundo y no te permitió hacerlo. El episodio de mi caída, solo lo soñaste.

—Celia, me alegro tanto... ¡Qué buena noticia! Pero, en cualquier caso, querida, si es posible, ¡mira al frente!

Celia rio.

—Cariño, menudo papaíto bribón que tienes.

Porque uno de los lacayos resultó ser Thomas, un poco mayor que la noche previa.

—Supongo que ahora sí podemos considerar a Flavia como de la familia.

Sucedió que Horatio también estaba allí. Siempre estaba donde se le necesitaba. Le dediqué un asentimiento rebotante de sentida gratitud. (Seguía asintiendo a todo el mundo.)

—Gracias por detenerme. Es un gran alivio que lo hicieras.

Meneó la cabeza.

—Rachel, en realidad no tuve nada que ver. La decisión última fue solo tuya.

—¿Lo ves? —graznó Celia. (Supongo que, por haber estado a punto de zambullirse en picado, se creía con derecho a pontificar.)—. ¡En última instancia, siempre estás sola!

—¡Qué bobada! —exclamé. Dirigí una mirada fugaz a Horatio—. Tú y yo sabemos la verdad; ¿no es cierto, cariño?

Su respuesta no hizo más que confirmar mis palabras. A veces, opino, hay pocas cosas más excitantes que la pura y llana amabilidad. Tanto Rudolf como Celia rebotaban de celos.

\* \* \*

He dicho que no tenía intención de apresurarme con mi libro, y hablaba en serio. Pero en mayo de 1871, Horatio alcanzó la mayoría de edad y, aunque yo no deseaba acelerar la muerte de su pobre padre, debo admitir que quería que llegara el momento en que él y su madre y Nancy se instalaran en Bristol. Pues, a pesar de que la mayor

parte de los siguientes doce años los pasaría, inevitablemente, lejos de casa —en general, en Londres—, la primera parte de su vida, con la que yo tanto estaba disfrutando, casi dos tercios de su extensión, representaba poco más que un prólogo de los acontecimientos principales. Y el radiante día de mediados de septiembre en que la reducida familia se mudó por fin a aquella misma residencia, el número 12 de Rodney Street, entonces un edificio recién construido, en un área recién establecida, fue para mí el día que constituyó el verdadero comienzo de la historia.

Para entonces era ya un hombre plenamente desarrollado, con una figura ágil y bien formada, y una apariencia arrebatadora.

\* \* \*

Exactamente diez días después de mi paseo en carroza, alrededor de las nueve de la noche del miércoles 16 de septiembre, en el preciso momento en que pensaba bajar para ver las noticias en la televisión (¿me escucha bien usted, querido señor Morley?), se me presentó la ocasión de juzgar lo anterior con mis propios ojos. Él estaba frente a la chimenea.

Comprendí que debía de haber estado en aquel sitio exacto en incontables ocasiones, pero advertí que, al aparecer junto a su retrato, seguramente pretendía hacer una sutil referencia a la teoría del tiempo de Ouspensky (no insinúo que yo la comprendiera). Me daba la espalda y, justo como yo siempre lo había imaginado, observaba las llamas, pensativo. Por suerte, había hecho limpiar la chimenea unos días antes, y desde entonces la encendía cada noche.

Quise levantarme y tocarlo. No sabía si me atrevería.

Debí de apartar la vista un instante, sin advertir que lo hacía. Pues cuando volví a ser consciente de estar mirándolo, él continuaba en la misma posición. Salvo que ahora estaba desnudo.

Podría haber sido impactante, pero no lo fue. Como yo ya sabía, poseía una espalda bella y musculosa —hombros anchos que se afilaban hasta acabar en una estrecha cintura—, nalgas de bailarín, piernas fuertes y elegantes. Hermosos pies. También había acertado con su pelo..., porque estaba claro que no llevaba peluca. Era castaño oscuro, casi negro, y corto, provisto de un brillo sano y natural. Su piel parecía asimismo saludable; en comparación, Roger estaba una pizca demasiado bronceado. Qué ganas tenía de tocarlo.

Me fijé de pronto en sus ojos, que me miraban desde el retrato; ya sabe usted lo que es sentirse el foco de atención de alguien: se alza de inmediato la mirada para descubrir de dónde procede esa sensación. No había ni asomo de embarazo. Tampoco de diversión. Yo tampoco lo quería. Pero ¿había en su mirada —sí— un afecto incluso mayor que el de antes?

Sabía que él siempre cuidaba de mí y seguía, protector, cada uno de mis movimientos. Aun así, ¿había algo más acusado en su interés? ¿Un poco más

profundo?

Mientras yo sostenía su mirada —firme y seria, si bien con la insinuación de una sonrisa repentina—, su otro yo desapareció. Supe que la aparición regresaría; quiero decir, que *él* regresaría. (En realidad, sabía que ni siquiera se había ido, no en lo fundamental.) Y los ojos seguían expresando, al menos, el mismo grado de ternura.

**D**e pronto... me volví muy buena. Tenía algo por lo que vivir, y me di cuenta de que lo que hiciera dentro de casa no era más importante que lo que hiciera fuera. Él podía verme en todas partes, sabía de mis actos. Distribuí dádivas. Hice lo que pensaba que él de veras quería: ayudé a los pobres. Me quedaban menos de mil doscientas libras en el banco, pero ni siquiera eso me preocupó: un poco aquí, un poco allí; estaba convencida de que, de algún modo, él proveería. Era como si él me hubiera dicho que cuanto más diera, más recibiría a cambio.

Pero no era dinero lo único que repartía. Regalé también mi tiempo: tiempo de escritura, el más costoso de ceder. Hablaba en la calle con ancianas y, lo que es más importante, escuchaba. Padecía encantada a aquellas idiotas. A veces cargaba con su compra o las ayudaba a subir al autobús. No tenía miedo. Cuando pensaba en lo nerviosa que había sido de joven, me quedaba perpleja. Me zambullía en todo tipo de situaciones sin un ápice de inhibición. Cuando un hombre se cayó de su moto, yo fui la primera en acudir a su lado, para administrarle los primeros auxilios y consuelo; lo mismo cuando una pobre mujer tuvo un ataque epiléptico. De hecho, casi agradecía esos incidentes.

Hacía incursiones, frecuentes, a las zonas más pobres de la ciudad, con veinte o más billetes de una libra plegados individualmente en el bolso. Y era maravillosa la manera en que parecía atraer a gente que me decía: «Perdón, señora, ¿me daría algo para una taza de té?»; me complacía mucho. Sucedió lo mismo incluso cuando sospechaba que en realidad querían el dinero para una pinta. Tengo poca paciencia con los que dicen que nunca dan dinero a los alcohólicos, porque no hacen más que bebérselo; ¿acaso no tienen ellos tanto derecho como nosotros a disfrutar de unos momentos de evasión? Era como si llevara encima un anuncio solicitando que me contaran historias de mala suerte, tanto los jóvenes como los viejos, los estudiantes de las cafeterías, o los marginados y los mendigos, también los vagabundos que ganduleaban en los bancos junto a la catedral o las amas de casa fatigadas, de pie ante sus portales. La Oficina de Empleo era un filón. Así como la Oficina de la Seguridad Social.

A veces la gente me miraba de manera rara, pero no me preocupaba. Me importaba un bledo. Yo intentaba ofrecer siempre el mejor aspecto posible; mis motivos eran de lo más elevados, no tenía razones para avergonzarme. Así que podían mirar cuanto quisieran; un gato puede mirar a una reina. Cuando notaba que había alguien que no me quitaba la vista de encima, seguía mi camino con la cabeza bien alta, mi risa más alegre y la más radiante de mis sonrisas. No podían más que admirarme.

Y envidiarme.

No es que yo lo buscara. (Por supuesto, sí que lo buscaba, pero hacía todos los

esfuerzos posibles para que no fuera así.)

Y mi novela se resentía, claro; pero ni eso tenía importancia. (Bueno, se podría discutir.) Horatio ya era un hombre —tenía veintiún años—, ¿qué prisa había? (En realidad, había muchas razones para darse prisa.) Albergaba la poderosa impresión de hallarme al borde de algo; Dios sabía de qué. Solo adivinaba que tenía que ser algo bueno.

**C**oncerté una cita con Mark Wymark.

—Es muy amable por tu parte —dijo al entrar en la sala de espera—. ¿Has venido para invitarme a esa taza de café?

—Sí, pero antes hay algo un poco menos importante que he de resolver. He venido a hacer testamento.

Pasamos a su oficina.

—¿No tienes ninguno todavía?

Meneé la cabeza.

—En ese caso, se trata de una decisión muy sabia —comentó—, aunque no vaya a hacer falta alguna hasta dentro de cincuenta años.

—¿Tienes una bola de cristal?

—La mejor del negocio.

Se trataba de un acontecimiento importante. Lo habría sido de cualquier modo, pero, además, fue desenfadado.

—Hasta ahora —confesé—, nunca había encontrado a nadie a quien deseara dejarle mis millones. —Hubo una ocasión, es cierto, en que pensé vagamente en Sylvia, aunque no había ninguna razón para pensar que Sylvia me sobreviviría; ¡yo nunca he sido fumadora!—. No me importaba lo que pasara con mis posesiones. La caridad, una perrera, incluso el gobierno. —Me encogí de hombros.

—Eso es lo que yo...

—¿Es lo que tú qué?

—Lo que yo llamo una lástima. Algo muy triste.

—¿Sí? Supongo que así es. Pero eso era antes; ahora es como si mi pasado lo hubiera vivido una completa desconocida. ¿Suena extraño?

—En absoluto. Sólo significa que has cambiado.

—¡Sí! He vuelto a ser yo misma. Y dista mucho de ser algo triste.

—Suena, más bien, espléndido. Aunque no estoy seguro de entender qué significa exactamente.

—Tampoco yo. —Ambos reímos.

—¿A quién deseas dejárselo todo? —Mientras hablaba, buscaba los documentos necesarios—. Aparte de a mí, obviamente.

—En realidad, tendrás que olvidarte de los millones que he mencionado. Me temo que no quedará nada de dinero para legar. A menos que me toque la lotería. Se tratará nada más que de la casa y su contenido. Y si tenemos que esperar cincuenta años..., para entonces incluso tú tendrás problemas para subir las escaleras hasta el último piso.

Fue un lindo cumplido, a mi modo de ver, pero él no pareció captarlo.

—¿Ningún dinero? —repitió.

—Ni un penique —respondí alegremente—. No al ritmo al que me lo estoy gastando.

El también sonrió, aunque su sonrisa fue un poco menos espontánea que la mía.

—¿Siguen las reformas?

—Eres un materialista —lo reprendí—. ¡No solo de pan vive el hombre! Ni de ladrillos y cemento. —Meneé el índice—. Señor Wymark, debería estar usted por encima de tan terrenales consideraciones. ¡Cristo proveerá!

—Muy amable por tu parte —dijo. Pero en esta ocasión no acertó con el tono adecuado. La expresión de sus ojos no acompañaba al comentario.

¿O quizá yo me equivocaba? Él había captado el cumplido.

—En cualquier caso —prosiguió—, dificultades con las escaleras... Qué excusa tan tonta para excluirme. ¿A quién conoces que no vaya a tener dificultades con las escaleras dentro de cincuenta años, que vaya a alcanzar la última planta con un grito triunfal?

Me contuve durante diez segundos, prolongando tan satisfactorio momento.

—¿Te digo a quién?

—Por favor.

—¿No lo adivinas?

—Ni idea.

—A mi ahijado Thomas.

Creo que en realidad lo había adivinado. No mostró ni el menor asomo de sorpresa.

—Es un hermoso gesto, Rachel.

—¿Hermoso? Yo diría que es natural.

Meneó la cabeza y me sonrió con el mismo encanto que me había demostrado en la fiesta.

—¿Sabe lo que escribirán en su tumba, señorita Waring? ¿Dentro de cincuenta años?

—Mientras no sea: «¡Bien!»...

Aunque pensé que tampoco me molestaría tanto: «Lo hizo bien».

—No, ni mucho menos —negó efusivamente—. Algo así como: «Fue una auténtica dama».

—Preferiría que escribieran: «Tuvo fortaleza. Y siempre buscó algo».

—Muy bien —dijo—. Tomo nota. —Y simuló hacerlo.

Qué grato era estar allí, sentada junto a la ventana, por la que el sol entraba a raudales, y poner el mundo en orden, discutir verdades eternas. Sabía que aquello no se prolongaría; tampoco lo deseaba. En cualquier circunstancia nueva, una parte de mí salía huyendo directamente a mi casa.

—¿Los Allsop están al tanto de sus intenciones?

—Todavía no. Planeo una sesión de té como las del Sombrero Loco. Puede que entonces se lo anuncie.



—Hmm. Suena bien.

—¿Ya no suena triste?

—Definitivamente, no.

—¿Te gustaría acompañarnos?

—Sí, por favor.

—Bueno, ya veremos. Puede que me lo replantee. Puede que sea en otra ocasión.

—Me reí de su cómica decepción—. ¿Conoces la antigua creencia según la cual los cocodrilos lloran mientras devoran a su prole?

—Y me la creo —dijo solemne—. Las arañas hacen lo mismo.

Era una alegre charla. Pero de repente miró su reloj, de manera un tanto ostentosa, me temo. (A lo mejor estaba orgulloso de sus muñecas. Resultó tenerlas bastante bonitas. Estilizadas.)

—Y ahora —finalizó—, a riesgo de parecer aburrido... Vuelta al trabajo, señorita Smith<sup>[15]</sup>.

—Hablábamos de mi fiesta.

—Lo sé, pero...

—¡Mi gran fiesta sorpresa! ¿O crees que no debería revelárselo? Es una casa adorable, ¿verdad? Puede que incluso la mejor de las personas empezara a impacientarse un poco. Comenzara a contar los días.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Roger y Celia?

—No, tienes razón, claro. —Solté una risita cantarina—. ¡Por favor, no les cuentes lo que he dicho!

Se lo conté. Claro que sí. Cuando tienes un regalo maravilloso —de hecho, la mejor de tus posesiones materiales— para alguien por quien sientes más que mero afecto... Cuando pasas las noches en vela anticipando el placer que él experimentará y pensando en el modo tan profundo y permanente en que afectará a su actitud hacia ti, su ya cálida actitud... Cuando has deseado durante toda la vida formar parte de casi cualquier familia cariñosa, pero nunca creíste que encontrarías una tan mágica como aquella... Cuando, finalmente, al cabo de una vida de comunicación por lo general forzada e infructuosa, sientes el deseo de no callar nada... En ese caso, la urgencia de hablar se torna casi irreprimible.

A lo mejor podría haberme contenido. Podría haberme regocijado en solitario pensando en la alegría que experimentarían llegada mi muerte.

—¡Si lo hubiéramos sabido!

—¡Nuestra vida estará tan vacía sin ella!

—¡Cuando piensas en todo el tiempo que la tuvimos con nosotros y en todas las oportunidades desperdiciadas...!

—¿Adónde se ha ido la magia?

Sí, eso es, pensaba. Si hubiera tenido la garantía de que me hallaría presente en mi propio funeral, puede que bajo la forma de una colorida mariposa que revoloteara alegre sobre la tumba, a lo mejor eso me habría dado fuerzas no solo para callarme de momento, sino hasta para hacerme considerar...

No, eso no es más que un cumplido que me dedico a mí misma. (Yo creo en los cumplidos.)

¡Por qué pensar en la muerte cuando tenía tanto por lo que vivir!

Por otro lado, menuda agonía escuchar las cosas bonitas que la gente diría de ti en tu funeral. Y ser consciente de que no estaban justificadas, y de que, si las hubieras oído con antelación, habrías hecho cuanto fuera posible para que sí lo estuvieran. ¿Un adelanto de las penas del infierno?

En cualquier caso, ya que tocaba el tema, si de veras fuera a hallarme presente en mi funeral, no quisiera depender del efecto de una herencia sorpresa.

(Me pregunté, además, si para entonces ya se habría leído el testamento. Y el compromiso de silencio entre abogado y cliente era seguramente tan firme como entre médico y paciente, entre sacerdote y confesante, y pocos queríamos hacer campaña puerta a puerta: «Sí, confíe en mí. No puedo ser más concreta y tampoco quiero darme bombo, aunque...».)

¡No! ¡Qué aburrimiento!

Así que se lo dije.

A Roger y a Celia.

Claro que sí.

No los invité a tomar el té, sino a cenar. Sería una velada muy especial. Y Thomas estaría allí, no en su casa con alguna canguro estúpida e indiferente. (No me refiero, claro está, a la señora Tiverton, quien no era, ni mucho menos, indiferente respecto a su nieto.) No habría estado bien excluir al niño.

¿El siguiente en la línea de sucesión al trono? ¿O, al menos, en la sucesión a secas? Ya me sentía mal por excluir a Mark Wymark, pero excluir a Thomas...

Compré caviar y pato, y disfrutamos de una *sauce à l'orange* y de ensalada de lechuga y de merengues caseros y de helado. Compré dos botellas de vino y un mágnun de champán. (Ya tenía en casa jerez y una antigua botella de licor.) Sí, me había estado burlando del señor Fitzroy, diciéndole, a mi modo, que el cielo proveería, en abundancia. Aquella misma tarde, de hecho, le había escrito una nota al respecto.

Querido señor Fitzroy:

Le agradezco sus recientes cartas y su evidente interés por mantenerse en contacto conmigo. Se lo agradezco de veras. Pero, por favor, no se preocupe por el descubierto de mi cuenta: no tiene importancia; y, sí lo que usted desea es mantener ese contacto, basta con que me envíe una postal cuando esté de vacaciones. Me incomoda que malgaste los recursos del banco; el papel, los sobres y los sellos no son gratis. Además, salvo que Horatio me lea la cartilla o que yo esté algo inquieta, siempre tiro sus cartas sin molestarme en abrirlas.

Pero no se aflija. Soy su obediente servidora y le prometo tenerlo en mi pensamiento.

Confío en que esta misiva lo encuentre rebosante de salud.

Siempre a su disposición,

R. Waring

Me daba cuenta de que la despedida sonaba un poquito exagerada, pero no pude resistirme. Siempre había querido escribir al director de mi banco —a todos mis directores de banco— en esos términos. Como muestra de sutileza, había tachado en el último momento «salud», y lo había sustituido por «cólera», a pesar de que en realidad no se lo deseaba. No quería ningún mal para el pobre tipo y confiaba en que apreciara la broma.

Pero donde sí que hablaba en serio fue en la largamente meditada posdata. Confiaba en que le prestara toda su atención, con la ayuda de Dios, y que se animara a tamizarla —como el buscador de oro que yo creía que era en su interior— hasta dar con la valiosa pepita que albergaba.

«*Oh, preciosa muñeca, grande y preciosa muñeca...*»

Firmé la posdata con nada más que mis iniciales, y luego me preocupó que él pudiera no prestarle la debida atención. Podía llamarlo por teléfono.

*Déjame rodearte con mis brazos. Me alegro tanto de haberte encontrado...*

En cualquier caso. ¡En cualquier caso! Volvamos a la cena...

Había decidido retrasar mi anuncio hasta el postre. Roger había descorchado el champán, y cómo nos reímos buscando el corcho.

—¡El que lo encuentre se lo queda! —exclamamos, compitiendo entre nosotros.

«¡Y que lloren los perdedores!», pensé sin poder evitarlo, aunque no me pareció

apropiado decirlo en voz alta.

Fue Roger, por supuesto, quien lo encontró.

Habíamos vuelto a sentarnos.

—Lo llevaré a casa y lo guardaré como un tesoro —dijo—. Cariño, ¿lo pondremos en el sitio de honor, en el centro de la repisa de la chimenea, sobre una pequeña peana con una inscripción?

Celia rio.

—Deberíamos dárselo a Rachel. Ella también lo quería.

—Ella no necesita un recordatorio de su encanto.

—¡Basta, basta, basta! —Alcé las manos—. Creo que no deberías tomar más champán.

Me ardían las mejillas.

—Ni lo necesita como recordatorio de una comida que, lo creo de veras, ha sido la más suculenta de las que he disfrutado nunca —prosiguió con descaro.

—Es el vino quien habla, Celia. El en realidad no quiere decir eso.

—No hay problema —respondió ella, sonriente—. La cocina nunca ha sido una de mis virtudes. Sabrás lo que quiero decir cuando vengas por fin a visitarnos. No es lo mío.

Pero Roger nos ignoró.

—Lo único que lamento —añadió— es que no llevemos trajes de noche.

Si tuviera que buscar una pega, esa sería la única que yo también habría encontrado. Había estado tentada —y cuánto!— mientras gastaba todo aquel dinero, mientras todavía estaba de humor para una última y extravagante cana al aire; una última y ridículamente extravagante cana al aire...

Tercamente, Roger no se había puesto traje ni corbata. Llevaba pantalones vaqueros, con una camisa con el cuello abierto y un jersey.

—Como ves, te he tomado la palabra —había dicho al llegar—. Esta noche vengo muy cómodo.

Y yo había contestado:

—¿Crees que ya no tienes que impresionarme?

—¡Exacto!

Y ahora, en la cena, dijo:

—Pero si lo hubiéramos sabido...

(¡Ja!)

Al menos Celia no llevaba vaqueros; y, al igual que yo, iba mucho más *comme il faut*.

—Tengo que reconocer, Rachel, que todo lo haces de maravilla. ¡Me quito el sombrero ante ti!

—¿Es un sombrero bonito? Ten cuidado si es así. Podría quedármelo.

—Y me encanta esa costumbre tuya de poner un servicio extra en la mesa. El invitado sorpresa. Es casi bíblico.

—Sí, bueno... —comencé.

—Es muy hospitalario.

Alcé mi copa.

—Quisiera proponer un brindis. ¡El primero de muchos! Bebamos por el invitado sorpresa.

—¡Por el invitado sorpresa!

Bebimos solemnes. Para mí, por supuesto, no se trataba de ninguna sorpresa ni de ningún invitado, pero no hay que soltarlo todo a bocajarro. Siempre hay que buscar la sutileza.

—En todo caso —dijo Roger, como si la cuestión fuera todavía motivo de disputa—, quiero conservar el corcho. —Me pareció que estaba un poquito achispado.

—Y yo insisto en quedármelo —repliqué—. Te explicaré por qué. Podrás llevarte un recuerdo mejor. No solo mejor, mucho más grande.

Su perplejidad me hizo sonreír.

—Me gustaría que Thomas estuviera despierto.

—¡Despertémoslo entonces! —exclamó Roger y, desoyendo las tímidas quejas de Celia y las mías, se plantó junto al capazo y cogió al niño. ¡Lo levantó hacia el techo! Fue casi como si supiera lo que iba a suceder.

—¡Roger! —exclamó Celia—. Ni siquiera está despierto del todo. Imagínate si te lo hicieran a ti.

—Sí, amigo mío —lo amonesté meneando el dedo—. Deberías ponerte en el pellejo de los demás.

Un momento después, sentado en el regazo de su padre, Thomas parecía un poco aturdido. Aturdido, pero, sí, tuvimos que reconocerlo, también claramente interesado. Roger mojó un dedo en el champán y lo acercó a la boca de su primogénito.

—De tal palo, tal astilla —se lamentó Celia.

—Vamos, Rachel —me animó él—. Tenemos mucha curiosidad. ¿De qué se trata?

—No seas tan impaciente —dije—. En realidad, ni siquiera es para ti. Es para Tom.

—¿El qué?

—Esta casa.

¡Hay que ver! Imagine usted las exclamaciones de asombro, los abrazos y los besos y todo lo demás. La nueva ronda de champán. Las lágrimas. La cháchara sobre hadas madrinas.

Fue tan adorable... Tan insuperablemente adorable...

—No sé qué decir —declaró Roger por fin—. No sé qué se puede decir en un momento semejante.

Sonreí a Celia.

—Para ser alguien a quien no se le ocurre nada que decir, no lo ha hecho del todo mal. Pero tranquilízame un poco. No crees que se haya sentido decepcionado porque

el regalo sea para Thomas y no para él, ¿verdad?

Respondió el propio Roger.

—Rachel —dijo, su mano sobre la mía—, la vida está plagada de decepciones. Hay que afrontarlas con valentía.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —contesté en el mismo tono—. Depende de nuestra constitución y de cómo hayas dormido la noche antes.

—Estoy de acuerdo.

—Además, puede que todavía me guarde algo en la manga.

—¿Algo más? —preguntaron a la vez. De no haberlos conocido de antes, habría sonado... Bueno, llamémoslo solo interés.

(A mí no me gustaría que me juzgaran por la impresión que causo de vez en cuando. ¿A quién le gustaría?)

—Solo es una propuesta —continué—. Dudo si considerarlo un premio de consolación.

—¡Dios mío! ¿Qué es?

—Algo que quiero que penséis largo y tendido.

Miré severa a Roger. Era el que tenía mayor tendencia a la impulsividad.

—Largo y tendido —repetí—. Pensadlo bien.

—Vamos —intervino Celia—. Eres mala teniéndonos en vilo.

—En primer lugar, si no os parece una indiscreción por mi parte...

—Rachel, puedes ser tan indiscreta como te plazca —dijo Roger.

—En ese caso, ¿puedo preguntar qué renta pagáis por vuestro pisito?

—Ciento doce libras al mes —respondió Celia, al cabo de una pausa—. ¿Por qué?

—No sé. Le he estado dando vueltas a algo. Esta casa es muy grande para una sola persona. Y cuando pienso en que tenéis que pagar una cantidad considerable por un piso que ni siquiera os complace... y, Dios lo sabe bien, con un dinero que os cuesta ganar y que apenas os podéis permitir... Bueno, me parece que ni siquiera hace falta decirlo.

—¿Decir qué, Rachel?

—¡Que podríais mudaros conmigo! ¿No está claro?

Paradójicamente, se mostraron más asombrados por eso que por mi anterior anuncio. Se produjo un silencio de varios segundos.

—¡Vaya! —exclamó Roger.

—No penséis que se trata solamente de altruismo. También sería bueno para mí.

Sonreí y eché atrás mi silla. Roger se puso en pie de inmediato.

—Como he dicho, no quiero oír ni una palabra hasta que lo hayáis consultado con la almohada. Puede, por ejemplo, que a Celia no le haga gracia compartir casa con otra mujer. Alguien que no es, precisamente, ni vieja ni fea. Dejaré que lo discutáis entre vosotros. Consideradlo desde todos los puntos de vista. Por el momento (gracias, Roger, querido. Es agradable ser objeto de esas pequeñas atenciones), si queréis levantaros y pasar al salón, me reuniré con vosotros dentro de un instante, con

el café y el Grand Marnier.

A pesar de que les había sugerido que se lo tomaran con calma, no habíamos terminado aún la primera taza de café cuando me dieron su respuesta. Si de veras hablaba en serio, dijeron, no podían estar más contentos. Felices. Extáticos. Su gratitud no conocería límites.

—Roger —comenté—, ¡me parece que por tus venas fluye sangre francesa!

—¿Por qué?

—Porque los franceses también exageran.

—¡Ni una gota! ¡Lo juro!

Brindamos por ello: por la declarada falta de influencia francesa, por su innato rechazo a la exageración, por nuestro cercano *ménage à quatre*. («Por el momento, al menos», insinué coqueta, y encantada al comprobar que ahora podía hablar de esos temas de un modo muy natural.) Iba a ser muy divertido.

—¡Una comuna! —grité—. «¡Todos para uno y uno para todos!» Podemos hacernos llamar los Co-Optimistas, como aquel espectáculo de... Bueno, muchos años antes de que yo naciera<sup>[16]</sup>.

—¿Por qué no los Mosqueteros?

—No queremos peleas. Queremos diversión. Cantar y bailar al lado del mar, para siempre.

—Por supuesto, te pagaremos —dijo Celia.

—Por supuesto. —Sonreí—. Pero solo con risas y canciones.

—Rachel —dijo Roger—, no tienes ni idea de en qué te estás metiendo. El único sitio donde me atrevo a cantar es el baño.

—Entonces tendrás que bañarte a menudo —respondí alegre— y dejar la ventana abierta.

—Evidentemente, compartiremos todos los gastos —insistió Celia.

—Ya veremos.

—La filosofía de una comuna —señaló Roger— se basa en compartir.

Me sentía muy feliz.

—Le enseñaré a Tommy los peligros de la electricidad —me ofrecí.

Tommy había vuelto a dormirse.

Acabamos la botella de Grand Marnier.

—¿Rachel, te acuerdas? Ibas a contarnos la historia del retrato.

—Sí. —Sonreí a Celia—. Claro que no lo he olvidado.

—Entonces...

Hubo una pausa. Tomé aliento.

—¿Sabéis? Con frecuencia pienso que en mi próxima vida volveré en forma de gato.

—¿Eso tiene algo que ver con el cuadro?



—Los gatos son unas criaturas muy comodonas, ¿verdad? Estén donde estén, siempre parecen sentirse en su hogar.

—En ese caso —apuntó Roger—, me sorprende que no tengas uno.

—En realidad no soy una amante de los gatos. Suena algo tonto, ¿verdad? Preferiría convertirme en uno antes que tenerlo. —Lo pensé un instante—. Aunque la señora Pimm me contó una historia sobre gatos que yo no describiría como halagüeña.

—No queremos que nos la cuentes —dijo Celia riéndose—. Queremos la del retrato.

—Y así será, querida, así será. Pero cuando yo era una niña pensaba que me habría gustado ser una gallinita. ¡Imaginaos! Tenía en la pared una foto de un jardín soleado, en la apacible ladera de una colina... por donde deambulaban media docena de gallinas; a veces hasta oía el pacífico cacareo, olía los huevos entre la paja. Si me despertaba en mitad de la noche, volvía a conciliar el sueño imaginándome acurrucada en un ponedero del gallinero. Y recuerdo que una vez dije a mi padre: «¡Me gustaría ser una gallinita! Pondría un huevo y me sentaría encima para darle calor y sería siempre feliz». Y desde entonces él me llamaba su gallinita. Me gustaba mucho. ¿No es una ridiculez?

—Me parece idílico —me contradijo Roger.

—Así lo era.

Nos quedamos callados un momento; debieron de pensar que me había sumido en mis más tiernos recuerdos. Les gasté una broma. Me reí. De pronto solté:

—Los gatos, había nueve, se volvieron caníbales. ¡Además de devoradores de carne humana! ¿Qué os parece? A que os he sorprendido. —Pero me miraban más desconcertados que divertidos—. Os lo advierto —les dije—, a partir de ahora habrá montones de bromitas así. Descubriréis, confío, que no soy... lo que se dice... predecible.

—Creo que ya nos habíamos dado cuenta.

—Gracias, Roger. —Incliné la cabeza. (Lo que de pronto me recordó mi sueño. Me sentí culpable y regocijada a la vez. Pero concluí no hablarles del asunto; al menos, no de momento.)—. ¿Qué hay de ti, Celia? En tu siguiente vida, ¿en qué te gustaría reencarnarte?

—Siendo sincera —contestó—, no pienso en eso. ¡Ya tengo de sobra con esta vida!

—Pobrecita... —Nos reímos; ella un poquito incómoda, yo con un placer culpable por la revelación de la que acababa de disfrutar.

—¿Qué hay de ti, Roger?

—No soy exigente. Rockefeller. Vanderbilt. Onassis. El rey Midas.

—No tuvieron vidas muy felices. Al menos los dos últimos.

—Yo les enseñaría a hacerlo bien.

—¿Os he hablado de Howard Hughes?

—No. ¿Qué pasa con Howard Hughes?

—¿Entonces, a quién le hablé de él? Sí..., a lo mejor fue en la iglesia. Una congregación encantadora, discreta, un poquito aburrida. Pero atenta. Les di un sermón.

—¿Tú? ¿Tú diste un sermón?

—Sí, pero muy cortito. ¿Os habíais dado cuenta de que en Bristol hay zorros y que por las noches llegan hasta el centro de la ciudad? Revuelven en los cubos de basura. A veces la gente les da de comer.

—Sí —confirmó Roger—, nos habíamos dado cuenta.

—¿No os parece que son de un color maravilloso, los zorros? Unos seres hermosos y serpenteantes. Pura elegancia en movimiento.

—¿A qué vienen ahora los zorros? ¿Qué te ha hecho pensar en ellos?

—No sé. A lo mejor Dios. ¿Por qué es un insulto llamar zorra a una persona?

Hice un alto. No respondieron.

—De todos modos, Celia, creo que no deberías postergar mucho el pensar seriamente en ello. Ya sé, ya sé: «Dijo la sartén al cazo...». Me doy cuenta de que yo misma no lo hice, no hasta después de *Berkeley Square*.<sup>[17]</sup> Aunque entonces era mucho más joven que tú. En cualquier caso —proseguí—, ambos conocéis al hombre cuyo nombre figura en el letrero conmemorativo que cuelga de la fachada de esta casa, ¿cierto?

—¿Te refieres —inquirió Roger— a la placa?

—Sí... Es curioso. —Hasta ahora no me había dado cuenta—: Nunca me has preguntado por él.

—¿No lo he hecho?

—No. Nunca. Qué curioso.

Calma. Estaba dispuesta a ser indulgente; dispuesta a restarle importancia e interpretarlo como nada más que meros celos; dispuesta a echarle una mano para superarlo. (Al menos, para superarlo en cierta medida.) Me levanté y fui hacia el retrato. Dedicué a Horatio nuestra sonrisa secreta. Con la mano derecha hice un gesto de presentación.

—Me parece que ha llegado el momento de que todos os conozcáis. —Oí a Celia susurrar a su marido que se pusiera en pie; me entristeció un poco que a él le hiciera falta tal indicación—. Me supone un gran placer —continué—, presentarte a mis queridos amigos Roger y Celia Allsop. Y es un orgullo y un gran placer presentaros a mi querido amigo Horatio.

¡Vaya! Lo había hecho. Fue una lástima que estuviera un poco resentida con Roger; mi intención era presentarlo a él, y también a Celia, con *orgullo*, así como con cierto placer. Confiaba en que no se hubieran percatado. (¿Por qué siempre hay algo que estropea las grandes ocasiones? ¿Por qué?)

—Quieres decir... ¿el señor Horado Gavin en persona? —preguntó Roger asombrado.

—Sí. ¡Sí!

—Es fascinante. ¡Fantástico! ¡Tremendo! —Se volvió hacia el cuadro—. ¿Cómo está usted, señor? ¡Qué inusitado y extraordinario privilegio conocerlo!

Más de lo que hubiera podido pedir. Mi pequeño *faux pas* no había tenido consecuencias.

—Rachel —volvió a preguntar—, ¿sabes si el retrato se pintó en vida del señor Gavin?

—Sí... Sin duda.

—Y, por supuesto, es original. Lo siento. No sé casi nada de arte.

Me encogí de hombros como gesto de disculpa y le dediqué una sonrisa de indulgencia afectuosa.

—¿Quién es el artista?

—Esa pregunta, me temo, no te la sé responder.

Nunca me había parecido una cuestión importante. Nunca había pensado en el cuadro como..., bueno, solo como eso. Un cuadro.

—Es muy oscuro —afirmó Roger. Estaba de puntillas junto a la chimenea, con los dedos apoyados en la repisa, mirando fijamente hacia arriba—. Cuesta distinguir una firma... —Al cabo de un minuto volvió a posar los talones en el suelo y se giró a medias hacia mí, brillantes los ojos—. ¿Dónde lo encontraste? —me interrogó excitado—. ¿O siempre ha estado aquí?

Su interés me hizo quererlo más.

Reí.

—¿Qué insinúas? ¿Encontrarlo? —contesté—. Claro que siempre ha estado aquí.

—¿Puedo bajarlo?

—Yo... —La sorpresa hizo que se me atascaran las palabras—. No. Preferiría que no lo hicieras. En serio.

Sus manos ya estaban a mitad de camino; no se detuvieron.

—¡Roger! —gritó Celia.

Apartó las manos de inmediato.

—Lo siento. Estaba actuando sin pensar. Demasiada bebida y demasiadas emociones.

Y como si se reprendiera a sí mismo, sin duda avergonzado, dejó caer la cabeza y miró hacia las llamas. Apoyó el codo derecho en la repisa. Alzó el pie izquierdo y lo colocó sobre un morillo. Yo me aferré al respaldo de una silla, creyendo que iba a desmayarme.

La impresión pasó. Al menos la peor parte. Y Celia no lo había advertido; seguro.

Roger dio media vuelta. *Era* Roger. Volvía a sonreír con la afabilidad de costumbre. Pero a pesar de ello tuve que apartar la mirada. Me sentía como si se hubiera cometido una violación.

—¿Sabes una cosa? —sugirió—. Creo que este cuadro podría valer un buen dinero. Tendríamos que comprobarlo.

Lo miré fijamente, sin terminar de comprender. Celia dijo algo. Me pareció que no venía a cuento, al igual que otras cosas que había creído oírle decir. (¿O estaba confundida?) Advertí de repente que me había preguntado algo.

—¿Qué?

Volví la cabeza hacia ella, despacio.

—Antes has mencionado que si no hubiera sido por él, por el señor Gavin, ahora no estarías en Bristol. ¿Qué querías decir?

—No lo sé —respondí—. Nada. Nada, seguramente. Lo he olvidado.

Fue discreta. No insistió.

—Roger, creo que ya es hora de que nos retiremos. Oh, por cierto, ¿quién es la señora Pimm?

Me miró con una tenue sonrisa.

—Lo cierto, Rachel, es que queremos saberlo todo sobre ti. *¡Todo!*

No sé en qué momento se produjo la siguiente conversación. A veces me parece algo desligado del tiempo, a la deriva, como una barca cuyas amarras se hubieran soltado, mientras su ocupante, extasiada, ajena a las colinas o los sauces ante los que se desliza, yace irradiando un resplandor blanquecino, ataviada con un vestido de seda con rosas bordadas, arrastrando una elegante mano por la superficie del agua y canturreando dulcemente bajo el verde dosel.

La pregunta que le planteé requiso coraje. La había estado posponiendo. Pero era importante.

—¿Qué sucedió con Anne Barnetby? —dije.

Al principio pensé que no iba a responder. (¡No! ¡Tú no! ¡No te unas al club de los que no responden!) Y no habría sido capaz de repetir la pregunta.

Pero contestó, y de modo muy simple, exactamente como yo deseaba que lo hiciera.

—¿Anne Barnetby? La amaba.

Ahora era más sencillo continuar.

—¿Y ella? ¿Te amaba también?

Rogué para que me diera una respuesta afirmativa.

—Así lo creía yo. Creo que *casi* lo hacía.

Contuve el aliento.

—Jugó conmigo —añadió.

A pesar de lo cual, no detecté sombra alguna de resentimiento.

—¿Qué fue de ella? —pregunté.

—Se casó. Anne Barnetby se casó con el hombre de su elección.

—Y lo lamentó, estoy segura.

—Lo ignoro. Nunca volví a saber de ella. Ni de él. Él y yo habíamos sido amigos en el colegio.

—¿Uno de los niños con los que te bañabas desnudo en el río?

—Sí.

Su voz ya no sonaba tan despreocupada como él esperaba que sonase. Pero eso era bueno. Ni siquiera después de tanto tiempo podía él hablar de ella y ocultar que la seguía amando.

Sí, era bueno. Era maravilloso. ¿Qué importaba que todavía no me hubiera reconocido?

—Una ruptura rápida siempre es lo mejor. —Me pareció que podría ayudarlo que yo llevara las riendas de la conversación durante un rato. No estaba siendo irónica ni hablaba por hablar. No andaba a la mera caza de información—. Seguramente eso contribuyó a que la olvidaras más rápido.

Silencio.

—¿La olvidaste?

—Yo...

—¿Nunca?

—En cuanto pensaba que comenzaba a recuperarme —respondió—, descubría lo equivocado que realmente estaba.

—Mi pobre amor. Querido mío. Sé a ciencia cierta que ella acabó odiándose a sí misma.

Creo que no me oyó. En cualquier caso, no captó el mensaje.

—Puede sonar fantástico —sonrió—, pero más adelante retornó para acosarme.

—¿Su fantasma? —No estoy segura de cómo definir mis sentimientos en ese momento.

—No, no. No fue tan malo como eso. —Se rio, aunque sin júbilo—. Mi madre afirmaba siempre que yo era muy teatral. Decía que el lugar adecuado para mí era Drury Lane, junto al señor Garrick. No, no era ella quien me acosaba, sino la *idea* de ella; o la idea de los dos juntos: ser consciente de todo lo que había perdido. Incluso cuando ya no me era posible visualizar su amado rostro, pensar en todo lo que me estaba perdiendo, pudo haber bastado para que...

—¿Sí? —pregunté.

No debería haberlo azuzado. Mi voz le recordó que tenía público. Volvió a enfocar la mirada.

Lo dejé proseguir, alejándose de los pensamientos de autodestrucción que acababa de recordar.

¡Oh, Dios! ¿Pude haber sido yo quien lo condujo al borde de semejante acto? (Si Anne Barnetby hubiera tenido una sucesora que restaurara la fe de Horatio en el amor, y si yo —como había fantaseado brevemente— hubiera sido esa mujer hermosa y afortunada... Pero la vida es demasiado compleja. Las cosas no eran tan sencillas.) Sentí una vergüenza insoportable, y al mismo tiempo experimenté un goce desvergonzado. Conocía el maravilloso final al que habíamos arribado. Ahora le tocaba a Horatio darse cuenta. ¡Menuda reunión! ¡Todos mis anteriores fracasos quedarían expiados!

—Su cara —dije—, esa amada cara, la que ya no puedes ver. ¿No ha habido nada que te la recuerde?

—Es extraño que me lo preguntes. Porque... hace no mucho...

—¿Yo te recuerdo a ella? —Me llevé la mano al pecho y lo contemplé con los ojos muy abiertos, el corazón acelerado por la felicidad—. Perdón, señor. Te he interrumpido.

Prosiguió:

—Quizá en alguna ocasión, sí, lo has hecho. Algún gesto fugaz que... Pero lo que iba a decir es que... hace no mucho su imagen volvió a mí con toda claridad. Con toda su aterradora claridad. —Añadió lentamente—: Había olvidado lo perturbador que resulta un recuerdo tan nítido.

Asentí conmisericordia.

—No es mi deseo interrumpirte, sin embargo, me parece que soy la única que puede haber despertado en ti ese recuerdo. —Sonreí—. No puede haber sido Celia, ¿no? Imagino que a la gente le parece dulce y casi guapa, si bien, admitámoslo, dentro de un estilo frígido...

—No. No fue Celia.

—Y no creo que fuera Sylvia.

—No, no. Sylvia no. —Los dos nos reímos.

—Y no pudieron ser Roger ni el pequeño Thomas. Así que tuve que ser...

—Te contaré lo que fue.

¿Lo que fue? ¡Vaya modales! (¿Tan mal ejemplo le había dado?) Pero resolvió la situación con destreza.

—Sucedió cuando me enseñaste aquel libro.

—¿Libro?

—Sí. Habías estado en la biblioteca. ¿No lo recuerdas? Tenía fotografías. Dijiste que había una actriz que querías que yo viera. Había una foto en concreto, en la que posaba junto a su marido. Me la enseñaste varias veces.

—Porque me lo pediste.

—Sí.

Había constituido toda una pequeña ceremonia, un pequeño acto de adoración. Durante una semana, lo llevamos a cabo cada día. Hasta que, con evidentes muestras de dolor, me suplicó que no siguiéramos haciéndolo.

Eso había pasado. Aunque él todavía no me había reconocido (pero, como digo, el momento se aproximaba), a pesar de que él aún no había dado el feliz paso... Cada vez que posaba su vista sobre el libro, había sido yo quien lo sostenía. No era de extrañar que se sintiera tan perplejo.

**L**a misma noche de la cena.

Empecé a sentirme mejor. Más tarde —después de que los invitados se fueran y Horatio y yo volviéramos a disponer de la casa para nosotros—, me repuse del todo. La excitación se recompuso por sí sola, fluyó de regreso, hasta volver a ser exactamente como había sido antes. No es que yo fuera una niña caprichosa (aunque te regalen la luna, te aburres enseguida de ella). Pero empezaba a pensar que podía llegar a serlo. Justo cuando tenía casi todo lo que deseaba... Justo cuando todo estaba a punto de hacerse realidad... ¡Qué pensamiento tan espantoso, que yo pudiera ser intrínsecamente voluble, mimada, imposible de satisfacer!

Sofiqué la idea. Y, como digo, gracias a Dios, el embeleso volvió a mí. Canté mientras me desvestía. ¡Claro que sí! Mi himno. «Si quieres alcanzar un gran éxito... ¡pom, pom!..., aquí tienes el camino a la felicidad inmediata... ¡pom, pom!...» Y yo era joven y hermosa. Tenía que serlo. De cualquier otra manera nada de aquello podría haber sucedido. Ellos no sabían que yo tenía varices (aunque hasta los niños pueden tenerlas), nunca lo sabrían; ese era el gran, el enorme y glorioso secreto que guardaría para mí. ¿Así que qué importaban unas pocas venas estúpidas? ¿Cuál era su trascendencia en el vasto y eterno esquema de las cosas?

Y entonces me detuve. Dejé de cantar. Interrumpí el pequeño *striptease* musical. (¡Tan sugerente para los caballeros!)

De pronto pensé... en lo estúpida que era. La idea surgió de súbito. Jesús dijo: «Levántate y anda». Había curado al ciego, al parálítico, al loco. De ese sencillo modo. Alzate de entre los muertos. Expulsa a los demonios. Abre los ojos. Camina. Así de fácil. Supe, tuve la absoluta certeza, que la próxima vez que deslizara mis dedos por el dorso de la pierna izquierda, encontraría... tan solo carne tersa. Lo supe con seguridad.

\* \* \*

De hecho, lo intenté. No, no lo intenté; lo hice. Y me hallaba en lo cierto. Mis dedos no encontraron más que tersura: una adorable suavidad sedosa. Ningún bulto, ninguna imperfección. Volvía a ser una persona completa.

Apta para ser una novia de Cristo.

\* \* \*

Una persona de veras completa.

Esa noche él volvió.

No, no me expreso bien. Él no se había ido en ningún momento.



Lo que quiero decir es que regresó tal como lo había visto en una sola ocasión.  
Desnudo.

Y llegó henchido de amor.

Le contaré cómo sucedió.

No podía conciliar el sueño, y, tras lo que parecieron horas de espasmos y vueltas, medio dormida pero despertándome sobresaltada una y otra vez, la mente acelerada todavía y repleta de delirios, decidí levantarme y beber algo caliente y tomar un sándwich (parecía absurdo que tuviera hambre después de semejante cena; no obstante, sentía ansia por comer), y entonces escuché música. La noche era tibia, y con mis extremidades jóvenes y tersas, firmes, libres de tacha, no necesitaba camisón alguno. Me desprendí de él, ostentosamente, y me sentí libre, desembarazada de trabas. Bajé flotando a la cocina, acordándome de cómo nos habíamos reído y hecho el tonto y cantado mientras fregábamos los platos, hasta el punto de que aquella casi se convirtió en la parte más adorable de la adorable velada. La cocina parecía tomada por fantasmas felices; incluido, y muy patente, el mío. Me deslicé escaleras arriba hasta el salón —la estancia transmitía asimismo una impresión de vida, puede que incluso de algo más— y elegí un disco, tomé asiento y me comí el sándwich, bebí la leche; escogí un clavel de un jarrón y, juguetonamente, lo prendí en el vello de mi doncelléz. Trencé una pequeña guirnalda de margaritas (las había cogido la víspera; las tenía a mi lado en un frasco de miel vacío) y con cuidado la deposité en el mismo sagrado lugar... Qué efecto tan adorable. A punto estuve de desvanecerme, acunada por la Música acuática que sonaba en el tocadiscos. Me imaginé en busca de campánulas a la luz de la luna, sintiendo entre los dedos de los pies la hierba empapada de rocío... Deseé salir corriendo a la calle y buscar algunas; empezaba ya a levantarme. Pero de repente él volvía a estar allí, frente a la chimenea, y, al mismo tiempo que yo concluía el movimiento —olvidadas las campánulas y decidida, esta vez, a abrazarlo, si tal cosa era posible—, se volvió y me sonrió y me tendió las manos. Y dijo:

—Llevo demasiado tiempo esperándote.

\* \* \*

Admiró mis hermosos y erguidos pechos, antes de acariciarlos; mi vientre plano, mi cintura estrecha. «Podría abarcarla con las manos», dijo riendo ansioso, con un evidente tono de asombro. «Ah, mi amor verdadero... No doy crédito a tanta gracia y magnificencia. ¡Dime que no es un sueño! ¡Dime que no te descompondrás entre mis brazos! Dime que no eres fruto de una imaginación famélica, y de mis interminables años de espera y deseo.»

A Rachel cantemos,  
la excelencia de Rachel;  
supera ella a cada mortal criatura  
que mora sobre la aburrida tierra...

«Todos estos encantos externos —dijo— y un corazón que rebosa poesía, dulzura y deleite.» Estaba maravillado por una combinación tan portentosa. «Mi Rachel, mi adorada, mi todo. Llevas flores frescas en el coño.» Se inclinó y las regó con sus lágrimas.

—Ah, veo que ha vuelto usted. Es adorable, ¿verdad?

—Quisiera llevármelo —dije.

—¿En serio?

—Sí, por favor.

—Estoy convencida de que no se arrepentirá, señora... —¿Eran imaginaciones mías o sonaba una pizca incómoda?—. ¿La acompaña su hija?

—No. No es necesario.

—Pero para cualquier pequeño arreglo que pueda hacer falta...

—Lo solucionaremos en casa.

Esa vez no me había puesto guantes. No importaba. De hecho, los había dejado en casa a propósito. Así ella podría contemplar, discreta pero sin poder disimular su admiración, mi anillo de casada.

—Quiero decirle algo. A mi hija y a mí a menudo nos toman por hermanas. Incluso por gemelas. Tenemos exactamente las mismas medidas.

—En ese caso, es usted afortunada, señora. —Comenzó a plegar el vestido—. De lo más afortunada.

—Y puedo afirmar con absoluta seguridad que el vestido es de la talla correcta. ¿No le parece? Pero, por favor, no me pida que me lo pruebe. No aquí. No sería apropiado.

—Debo reconocer —dijo— que me quedaría más tranquila si pudiera, al menos, ver a la joven.

Me reí.

—¡Oh, mujer de poca fe!

—¿Señora?

Me apresuré a tranquilizarla.

—El comentario se aplica tanto a mí como a usted, casi en la misma medida.

—Además —prosiguió—, tengo curiosidad por conocerla, lógicamente. Todas la tenemos. Es un vestido muy especial. Nos gustaría desearle buena suerte.

—¿Suerte? —repetí—. ¡No! ¡No debe confiar sus esperanzas a la suerte! Ni vivir la vida a través de otros. Nadie debería vivir de manera vicaria.

—¿Disculpe?

—Pobre mujer. Desde el primer momento me he dado cuenta de que está sometida usted a un gran estrés. ¿Cómo puedo ayudarla? Querida, tendría que relajarse un poco. Déjelo estar, usted a lo suyo, olvídese de todo lo demás. Esa es la clave. —Sonreí para darle ánimos.

O tal vez el problema fuera otro, pensé; algo mucho menos sencillo de curar. ¿Vería en mí una versión más joven de sí misma, una imagen desgarradora de lo que podría haber sido?

Puedo soportar mi desesperación,  
pero no las esperanzas ajenas.

Oh, no. Eso era lo último que quería: convertirme en un suplicio para los demás, un motivo de envidia, un reflejo hiriente en un espejo mágico. Quería ser mucho más que un motivo de envidia. Quería que me vieran como un modelo. Una muestra de a lo que se podía aspirar.

Radiante.

Carismática.

Irresistible.

—¿Cuál es su nombre, querida?

No respondió. Parecía aturdida. Por lo visto, yo había llegado justo a tiempo; gracias, Dios, ¡gracias, Dios! Llamó a través de una puerta encortinada a una tal Doreen.

¡Doreen! La encargada no podía llamarse Doreen. Doreen solo podía ser el nombre de una ayudante, una modesta ayudante; seguramente una empleada temporal. ¡Dios mío! ¿Significaba eso que mi aturdida amiga era la encargada de la tienda?

—¿Lo es usted? —pregunté.

Tampoco respondió a eso. Yo empezaba a comprender la verdadera naturaleza del problema.

Cuestiones íntimas en particular; de comunicación en general.

Pero al menos ella lo intentaba. Eso había que reconocérselo.

—Entonces, ¿se casa su hija?

Un comienzo, o algo por el estilo, al menos. No importaba lo torpe que fuera. O lo superfluo. O incluso casi grotesco. Un poco como Judy Garland trastabillando en el escenario, con el maquillaje corrido y escrutando más allá de las candilejas a los miles de espectadores, mudos de repente. (¡Judy! ¿Qué fue de Baby Dot?)

—¿Dice usted que ya se ha fijado la fecha de la boda? —Yo no había dicho nada de ninguna fecha—. Qué bien. El chico, ¿es de la localidad?

No podría haber sido más forzado, mas, como digo, al menos se esforzaba por mostrar cierto interés. Y, por supuesto, puse todo mi empeño en responder del mismo modo.

—Sí. Era de la localidad antes que todos los que ahora andan por aquí.

No supo cómo interpretarlo. Era complicado.

—Tiene treinta y tres años —añadí, para hacer las cosas más fáciles—. Naturalmente, es un poco mayor que yo.

(De todos modos, era imposible que creyese de verdad que yo tenía una hija casadera; debía de haber pensado que se trataba de una broma; achacada seguramente a la timidez, además de a cierta empatía con los anhelos ajenos y al deseo de no alardear.)

Finalmente apareció Doreen: casi una niña, pálida, pecosa, encantadoramente

ansiosa por complacer. Yo pensaba que a lo mejor era la muchacha que me había vendido el conjunto azul cielo, pero seguramente aquella tienda reemplazaba al personal cada semana. Lo que era muy comprensible. Sonriendo, le deseé buenos días —alegre, magnética, estimulante—, aunque, por supuesto, no pensaba solo en ella al hacerlo.

La mujer mayor se rio. Un sonido áspero y bastante desagradable, me temo.

—Entonces seguirá usted viéndolos a menudo. —Estaba hecha un lío—. Eso está bien.

Sentada en las rodillas de su madre, pensé, debía de haber aprendido los diez mandamientos: da conversación, guarda las apariencias, nunca pierdas una venta, tu charla no tiene que tener mucho sentido... (Vale, tenía que cambiar mi modo de ver las cosas: *aquello* era otra forma de comunicación.) Pero a pesar de ello deseaba decir: «¡Por favor, no se esfuerce! Si la conversación no fluye de manera natural, es mejor que se reserve usted». No pude, claro, no ante su subordinada.

En su lugar les conté la historia de cuando Howard Hughes se pasó setenta y dos horas sentado en el retrete.

—¿A nombre de quién libro el cheque? —No me había olvidado, no obstante, de que todo formaba parte de una terapia.

La mujer me lo dijo.

—¡Ah! ¡Muy bien! —exclamé, buscando animarla—. Eso está... muy bien.

Su pequeña ayudante podría darle una o dos lecciones de conversación fluida. Me preguntó:

—Vive usted en Rodney Street, ¿verdad? La he visto algunas veces.

—Sí, así es. No dejes de saludarme si volvemos a cruzarnos.

—Mi madre es la dueña del salón de té que hay al otro lado de la calle. De vez en cuando le echo una mano.

—¡Eso nos convierte casi en vecinas!

Ey, vecino, dime, vecino,  
¿cómo te trata el mundo?  
¿No te alegras de estar vivo esta mañana soleada?  
¿No ves lo azul que está el cielo allá arriba?

Riéndome, fui al mostrador para terminar de rellenar el cheque.

—¡Qué tontería! ¿No os parece? ¿Dónde va a estar si no es allá arriba? Sí, una tontería..., pero divertida. ¡Oh, no, por Dios, *por favor*, no dejéis que empiece otra vez!

Me concentré en el cheque.

—¿Ese chico, el del pelo bonito, es el novio? Va siempre tan guapo...

—¿Verdad que sí? Como un dios escandinavo bronceado. Tiene un cuerpo precioso.

—¡Vaya!

—Tendrías que ver lo musculosa que tiene la espalda.

—Mi novio tiene una espalda igual. Hace pesas.

La otra mujer interrumpió, áspera:

—Gracias, Doreen. Es suficiente. Yo me encargo.

—Es que él vino una vez a comprar pasteles, señora Pond. —La chica se había sonrojado. Me dio lástima.

—Sí, es suficiente, Doreen, gracias.

La mujer casi gritó. La *señora* Pond. (Me estaba yo preguntando si su alianza había pertenecido a su madre.) Sin duda, divorciada o separada o viuda; si no, el anillo tenía que ser por fuerza de la madre. Oh, Dios. Me dio tanta lástima... No me refiero a la madre; aunque, pensándolo bien, esta también contaba con mi simpatía.

Dije a Doreen mientras se alejaba:

—¿Por qué no vienes alguna vez a tomar una taza de té? Podemos hablar sobre tu novio.

—Estaría bien.

Desapareció tras la cortina.

—No pierdas la espontaneidad —le aconsejé alzando la voz.

Pensé en hacer extensivo el consejo a la señora Pond. Porque no debía sentirse dejada de lado, y la visita podía hacerle bien, pobre mujer; aunque yo, naturalmente, no tenía muchas esperanzas en que esto sucediese precisamente rápido.

—¡Estas chicas que dejan los estudios...! —dijo, después de una pausa—. Me temo que todavía tiene mucho que aprender.

—¿Y no lo tenemos todos? —comenté—. «Y si algún día me convierto en una rica heredera, comeré y beberé, beberé y comeré, hasta enfermar...» Esas viejas canciones son una gran fuente de consuelo. Nos enseñan que al resto de la gente le pasa lo mismo que a nosotros. No estamos solos, señora Pond. No, querida mía. Tiene usted que creerlo. No hay nada nuevo, nada nuevo en absoluto, bajo el sol.

Alegremente añadí:

—Salvo este adorable vestido de novia, de seda con rosas bordadas.

—Es inútil —dijo.

—¿Qué hace? ¿Pero qué hace? Buena mujer, no tiene que envolverlo con tantísimo cuidado. No se mortifique así. El envoltorio no tiene importancia.

Yo no pensaba eso, de ninguna de las maneras, pero, como una vez le señalé a Tony (el recuerdo me invitaba ahora a sonreír en vez de a llorar), incluso en la más férrea filosofía de vida debía haber espacio para una ocasional —muy ocasional— mentira piadosa.

—Déjeme ayudarla.

—Señora, está bien. Gracias.

—No, señora Pond, ¡está claro que dista mucho de estar bien! Al menos prométame que intentará ver el lado bueno de las cosas, que intentará ir por el lado soleado de la calle, que intentará erradicar de su vocabulario, para siempre, palabras tan espantosas como «inútil». Piense que dentro de treinta años —la escruté con

cariño—, bueno, digamos que dentro de veinte, recordará usted todo esto y pensará: ¡si pudiera regresar a aquellos días dulces y hermosos! A aquella mañana, por ejemplo, en que vendí el vestido de boda... ¡Ojalá hubiera advertido entonces lo feliz que era, ojalá me hubiera esforzado por apreciar cada minuto regalado por Dios!

Le dediqué una sonrisa y abrí las manos.

—¿Cuántos minutos hay, señora Pond, en veinte años? ¿Cuántos desayunos, almuerzos, cenas, té? ¿Cuántas oportunidades de disfrute?

Me miraba fijamente, y advertí cómo fruncía los labios. No cedí. Una purificación por medio de las lágrimas. Un bautismo. Abono para los brotes verdes, las hojas nuevas y tiernas, las flores lozanas. Estaba dispuesta a acogerla, verrugas incluidas, entre mis brazos, a apaciguarla, a asegurarle que no era *intrínsecamente* maliciosa, que todo cuanto necesitaba era revivir el amor (o hallarlo por primera vez, lo que me parecía más probable).

—No eres nadie hasta que alguien te ama —dije—, y créame, lo sé bien. El amor es la respuesta; alguien a quien amar es la respuesta...

Pero para entonces ella estaba temblando —violentamente— y me miraba de una manera que hacía pensar que estaba medio loca.

—¡La felicidad! —gritó—. ¡La felicidad! Yo le diré cómo encontrar la felicidad. No preocuparse por nada. No... preocuparse... por... nada. ¡Esa es la única forma de ser feliz!

Y mientras hablaba, agitaba los brazos... y en una mano blandía unas tijeras. En vez de abrazarla, retrocedí.

—Sí —continué—, es una forma de verlo. Tiene algo de budista, creo. Si el deseo es motivo de dolor, líbrate del deseo. A los que sean capaces de hacerlo, supongo que alguna vez les funcionará. Pero yo no malgastaría en ello mucho de mi tiempo ni de mis valiosas energías. Creo que solo sirve para personas no muy inteligentes. ¡Oh, perdón! Usted no es budista, ¿verdad? Espero no haberle faltado al respeto.

Una vez más, no obtuve respuesta. Pero usó las tijeras para cortar el cordel del paquete. Sus temblores también se habían aplacado. En esa medida, al menos, había logrado calmarla.

¡Aleluya!

—Sí, comprendo el sentido. —Mentía sin dejar de sonreír, en busca de consolidar el bienestar que le había proporcionado—.

¡No preocuparse por nada! ¡A lo mejor ha dado usted con la clave! Hace poco echaron por la tele un programa de hora y media sobre monjes budistas. Por desgracia, no lo vi.

Antes de darme la caja, escrutó el cheque. Por primera vez en mi vida, pensé que no me lo iban a aceptar.

Reí.

—¡Oh, Señor! —exclamé—. Váyase a un convento<sup>[18]</sup>. No, no exclamé; en realidad lo dije suavemente, para nada con el tono enojado de Hamlet. (Y *ella* no era

Ofelia.) Pero me pareció un comentario perfecto para la situación, un consejo tomado de la literatura; aunque, admitámoslo, un tanto ambiguo, dado que no me quedaba claro si iba dirigido a ella o a mí misma. Lo único que sabía era que si la vida hubiera sido menos generosa conmigo, ahora podría estar viajando justo detrás de aquella mujer en su horroroso descenso pendiente abajo.

(*Detrás*, más bien, por la clara discrepancia de edades. *Justo* detrás, quizá no.)

Ella seguía muda.

En la puerta me encogí de hombros. La última vez, ella me la había abierto, y eso mismo sucedió en mi primera visita a la tienda. Quedaba claro que aquella mañana le había dado mucho en lo que pensar.

—No cabe duda —comenté— de que es una idea profunda y trascendente. Pero ahora debo dejarla a usted con su Dios y su conciencia y sus prioridades. —Le di un momento para asimilarlo—. ¿Qué tiene de divertido... un convento?

Seguramente pensó que yo era una frívola. No obstante, si de veras lo creía, ¿merecía la pena señalar que no era más que un rasgo de mi estilo?

—Por cierto, tiene mi dirección en el cheque. Por favor, venga a visitarme. Continuaremos nuestra agradable conversación sin abandonar este... ¿cómo dice Billy Graham<sup>[19]</sup>? ¡Esta trascendente reflexión! Creo que a lo que él se refiere en realidad es a... té y simpatía. O en nuestro caso: jerez y simpatía, porque si se decide a venir haremos todo lo posible para que resulte ameno. ¿Le parece?

\* \* \*

De camino a casa me acordé de algo. Dicho por Doreen, no por la señora Pond.

Roger nunca me había dado las gracias por las dos libras. Resultaba un poco extraño, si te parabas a pensarlo. No es que yo quisiera que me lo agradeciera, pero...

Sí, sí que quería.

Y él nunca lo había mencionado.

No me gusta que la gente descuide las formas, aunque sea con cosas triviales.



**É**l dijo cuanto yo siempre había querido escuchar. Yo dije cuanto siempre había querido decir. Fue pura dicha, un hechizo. Yo tenía veinticinco años y era bella y los días y las noches discurrían como en un sueño, un sueño celestial que yo confundía con la realidad. Era más feliz de lo que nunca creí posible... como si viviéramos en el Edén mucho antes del Pecado Original. Sí, él era Adán y yo Eva, y aunque no nos avergonzábamos en absoluto de nuestra desnudez, al final cubrí la mía con el vestido blanco para simbolizar la pureza que siempre le había pertenecido a él, que lo había aguardado. Y flotaba yo por los días y las noches sumida en un sueño donde el cielo se había trasladado al planeta Tierra. Y estaba radiante con mi vestido blanco; me lo decía el espejo, pero sobre todo lo hacían sus ojos cuando se aproximaba a mí y me tomaba entre sus brazos y juntos bailábamos un vals por el resplandeciente suelo del salón, con candelabros reflejándose bajo mis delicados pies y los demás bailarines haciéndose atrás a fin de despejar una senda para nosotros, susurrando admirados: «¿Quiénes ella? ¿No es adorable?»... Una senda que conducía a otro lugar encantado, entre brillantes estanques bordeados de rocas y entre luces de colores, recorrido por caminitos estrechos y serpenteantes, ocultos a las miradas ajenas. Y yo estaba radiante. Era una princesa, con mis encantadores tirabuzones negros y mi boquita de piñón, con las mejillas arreboladas por el colorete y la felicidad, con los pies hundidos en zapatillas de satén escarlata que me permitirían bailar eternamente. (Pero esa historia tenía un final trágico; esta iba a ser muy diferente. Ya sé: ¡cambiamos el color rojo por el rosa!) Sí, era como un cuento de hadas: la gran cama con dosel en el calvero mágico hacia el que corrimos riendo con nuestros atavíos nupciales; él se había hecho con el suyo en alguna parte del camino. No describiré lo que sucedió en aquella cama, al igual que no he descrito lo que sucedió en la mía, pero, oh, cómo fue sentirlo en mí, sentirlo en mí, sentirlo en mí... Las estrellas reventaron sobre un fondo de terciopelo negro.

La cama era como el carro de Elías (no, pensándolo mejor, puede que no, ¡pobre Elías!) o como una mítica alfombra árabe. Nos transportó delicadamente a climas exóticos donde la orquesta tocaba todo el tiempo, romántica, ensoñadora, muy lejos, debajo de nosotros. Apenas distinguíamos la barcaza donde tocaba, amarrada en un lago ornamental salpicado de linternas chinas.

Y yo le canté mientras flotábamos.

—Fóllame una vez y fóllame dos y fóllame una vez más; te he esperado mucho, mucho tiempo...

Solté una risita.

¡Eso no podía estar bien! ¿No?

¿Por qué no? Cuando de buena gana me tomó entre sus brazos, dispuesto a obedecer cuanto yo le ordenara (la luz de la luna efectuando traviosos trucos: ¡el sexy

vellón de su pecho parecía hilado con oro puro!), demostró por fin cuánto había aprendido escuchando a Bing.

—Rachel... eres... toda... una... mujer.

Le devolví el cumplido.

Nos hallábamos en una luna de miel que se prolongaría durante siglos.

**F**ue Celia la que al final se presentó en casa. Me dijo que le gustaba mi vestido, aunque noté que con ciertas reservas. (Le había quitado la cola, claro, al igual que el velo.) Ahora veía las cosas más claras: las veía también a través de sus ojos además de con los míos propios.

—¿Celia, por qué has tardado tanto? Os escribí hace ocho días.

—Lo sabemos. Me temo que la carta se retrasó.

—¿Viene Roger?

—No, no puede. Exámenes. Pero te manda recuerdos.

—¡Pobre muchacho! Aunque seguro que le irá bien. Si hay un hombre capaz de hacer frente a lo que sea, ese es Roger. ¿Cómo está Tommy?

—Pasando el día con mi madre. También te envía muchos besos.

Pero Celia volvía a parecer ausente. Y no dejaba de mirarme cuando creía que yo no me percataba; no me sostenía la mirada más de un segundo. Me había dado cuenta enseguida de la razón. Le asustaba encontrarse ante tanta seguridad, tanta calma..., ante indicios tan evidentes de triunfo. A pesar de todo lo que se dice, la gente continúa sintiéndose incómoda ante la liberación. Se sienten amenazados. Recurren al cinismo. Solo el cinismo puede ocultar, en cierta medida, la dimensión de su fracaso.

—¿Qué querías decirnos? —preguntó.

Abordé el tema sin rodeos.

—En cuanto al asunto de que vengáis a vivir aquí, Celia, he tenido que cambiar de opinión.

Palideció un poco. Continué.

—Me he dado cuenta de que no funcionaría. No quería decíroslo en la carta. No era la forma apropiada.

—Pero ya hemos avisado a la agencia, hace días, justo después de la cena. ¡Y los nuevos inquilinos han firmado el contrato!

—Vaya, querida. Qué lástima.

—Creíamos que era un asunto cerrado.

—¡Si hubierais venido antes a verme! No sé cómo disculparme.

Eso no la apaciguó. Recurrí a un tono más calmado, más amigable.

—Naturalmente, eso no cambia el hecho de que Thomas vaya a heredar la casa.

—¡Algo es algo! —exclamó—. ¿Estás segura?

La chica parecía claramente decepcionada; no me quedaba más remedio que hacer ciertas concesiones.

—Sí. Claro que lo estoy.

—Mark dice que todavía no has ido a firmar los papeles. —Su tono era apagado.

—¡No puedes imaginar, Celia, lo ocupada que he estado!

No respondió. Cuando volvió a hablar, continuaba habiendo frialdad en su voz,

algo que hasta ese día no había salido a la luz.

—¿Por qué crees que no funcionaría?

—Porque estoy enamorada y, bueno, fue una tontería, estaba confusa, había bebido demasiado vino. Tendría que haberlo previsto. Vamos a necesitar intimidad.

No prestó atención a todo lo demás.

—¿Estás enamorada? —preguntó. Podría haberle dicho que era Willie Shakespeare disfrazado.

Incluso consideró necesario repetirlo:

—¿Estás *enamorada*?

—¡Sí! ¡Hasta los huesos!

—Vaya.

—Sí, *vaya*, eso es. ¡Llévame a la luna y déjame jugar entre las estrellas!

—Ni siquiera sabíamos que habías conocido a alguien.

—¡Qué bobada! ¡Claro que lo sabíais!

Meneó la cabeza.

—No puedes haberlo olvidado. Incluso os presenté.

Me miró como si pensara que yo sufría alucinaciones, pero debió de concluir que era su memoria la que fallaba, y no la mía. A su decepción se sumaba un enorme cansancio. Una combinación peligrosa, como yo bien sabía, por mis propias decepciones londinenses.

—¿Vas a vivir con él? —preguntó sin entusiasmo—. ¿Va a mudarse aquí?

—No hay necesidad. Estaba aquí antes de que yo llegara. Mucho, mucho antes de que llegara. Salvo que, en cierto sentido, no estaba. Pero por el momento no ha dicho nada sobre esa cuestión y yo no he querido presionarlo. Ya sabes, es muy complicado. Prefiero revelarle las cosas a su debido tiempo, o, mejor, que él las vaya descubriendo a su propio ritmo. No me quiero arriesgar a que no sepa qué decir, ya sabes, o a hacerlo sentir raro.

Seguía sin saber qué contestarme. Le mostré mi mano para que viera el adorable anillo de oro que él me había regalado. (Me fijé en que el esmalte de un par de uñas se estaba descascarillando. En aquel mismo instante formulé un juramento: ¡bajo ninguna circunstancia debía la felicidad volverme descuidada! ¿Cuándo había sido la última vez que me había bañado? Mi vida estaba repleta de acontecimientos, ahora que tenía un hombre en casa. Y no un hombre como cualquier otro, sino uno que había guardado celibato durante casi dos siglos. ¡Era un demonio! ¡Infatigable! Y, en todo caso, seamos honestos, a veces, por una razón u otra, uno puede estar demasiado cansado para asearse. ¿No es así?)

—¿No es así?

—¿El qué?

No quería pensar que la chica fuera tonta. Después de mostrarle el anillo, hice para ella unas piruetas, como a menudo hacía para mi esposo.

—Y este es mi vestido de boda, aunque le he hecho algunos arreglitos. —Emití

mi tintineante risa de costumbre—. No quiero ni pensar en quitármelo.

—¿Así que ya estás... casada? —Una reacción de lo más pobre, de nuevo.

—¡Si no lo estuviera, tendría muchos motivos para sonrojarme!

Sonreí como una boba y me cubrí la cara fingiendo modestia infantil. Ella miró hacia la puerta.

Le pregunté:

—¿No vas a darme la enhorabuena?

Incluso entonces dudó.

—Enhorabuena, Rachel.

—Tu más *sincera* enhorabuena, confío.

Asintió.

—Puedes besarme si quieres. —Ignoro por qué lo dije. La verdad es que no me importaba si me besaba o no.

Pero lo hizo. Y fue una interpretación carente de todo brillo. ¿Roger le estaba exigiendo demasiado, como de costumbre? ¿Le impedía descansar por las noches como era debido? ¿Olvidaba que tenía deberes como madre, además de los conyugales?

—¿Sabes, Celia? Me acabo de dar cuenta. Ya no lo miras como antes. ¿Te acuerdas? En el jardín... cuando estábamos en el banco de forja. Bueno, no importa. Era cuestión de tiempo, estaba claro, ¿no? Lo supe desde el primer instante. Y ahora, querida, ¿qué prefieres? ¿Té o café?

Rechazó ambas cosas.

—Solo tengo cinco minutos. —Aunque parecía incapaz incluso de levantarse de la silla—. Entonces, Rachel, ese hombre... ¿Por qué nunca nos has hablado de él?

—¡Lo hice! ¿Cómo te atreves a pronunciar semejante falsedad?

Vaya, eso sonó un poco duro. Me arrepentí al instante. En especial, viendo que ella parecía muy insegura, de sí misma y de cuanto la rodeaba. Verla así fue conmovedor, inesperadamente patético. A pesar de sus carencias materiales, ella y su marido siempre habían tenido confianza en sí mismos.

—¡Perdóname, Celia! Sé que no querías mentirme, ha sido solo un malentendido. Y yo, en mi ingenuidad, ya me conoces, pensé que todo funcionaría de maravilla. Él me ha hecho ver que no sería así.

—¿Él?

—Sí, querida. Horatio.

Continuaba aturdida. Debía de ser una carga atroz, a veces, mantenerse a la altura de Roger.

—¿Te gustaría darle los buenos días? Estoy segura de que lo agradecería.

En apenas un susurro, dijo:

—¿Está aquí ahora?

—No, por Dios. ¿Crees que lo ignoraríamos de esta manera si estuviera aquí? Ese muchacho travieso sigue holgazaneando en su cama; en nuestra cama, mejor dicho.

Pero, en cualquier caso, te puede oír, porque, en cierta forma, sí está aquí; todo lo que tienes que decir es: «¡Buenos días, Horatio! ¿No hace un día estupendo?», o algo parecido. No le importará que lo llames Horatio. Se ha acostumbrado a las maneras relajadas de esta época.

Dijo:

—Buenos días, Horatio. ¿No hace un día estupendo?

No sonó bien.

—Pobre Celia. Ha sido un impacto para ti. Soy consciente. Pero no temas por lo demás. Te doy mi palabra de que esta tarde iré sin falta a firmar los papeles. Y escucha, querida, ¿no puedes quedarte un poquito? ¿No puedes mandar a la mierda a tu amo y señor? Hay un pequeño sitio al otro lado de la calle donde te puedo invitar a una taza de té y a un bollo y donde seguiremos hablando. ¿No te apetece? Aguarda medio segundo. Voy a por mi parasol y mi sombrero.

—¿Tu sombrero? —Debió de notar por mi tono que se trataba de algo especial.

—Sí. Es nuevo. ¡Espera a verlo!

Al parecer, no le fue posible. Tardé justo tres minutos, literalmente —ni siquiera me lo había puesto aún—, pero cuando volví me encontré con que se había ido. Me asomé a la calle y miré a derecha e izquierda, pero no había ni rastro de ella.

La gente a veces es muy rara.

Era una lástima, pensé. No por el té y la conversación, lo que no tenía ninguna importancia, sino porque estaba claro que ella se sentía disgustada, y ver mi última adquisición le habría recompuesto el ánimo. Era blanco y flexible y de ala ancha: un sombrero de película que —hasta que no tuve una crucial revelación— nunca me habría atrevido a llevar, al no ser yo un miembro de las altas esferas ni frecuentar las carreras de Ascot ni los cócteles del palacio de Buckingham. Nunca me habría atrevido a llevarlo... hasta ahora. ¿Y cuál era esa crucial revelación? Muy sencillo. Había descubierto que cada uno ha de buscar sus propias oportunidades... y que cada día rebosa de ellas. En pocas palabras, para que el mundo sea tuyo, basta con que lleves el sombrero adecuado. (¿No era ese todo un eslogan? «Si quieres asomar la cabeza, usa sombrero.» ¡Es como si lo hubiera escrito yo!) Y prendida con un alfiler a un costado de ese sombrero tan adecuado había una rosa roja, tersa, hermosa, increíblemente realista, que casaba a la perfección —destacando sobre las demás— con el motivo de rosas del vestido. Y el larguísimo lazo rojo que me ataba bajo la barbilla hacía que se pareciera mucho a los sombreros de Escarlata.

Sí, fue una lástima que Celia no lo viera.

Me asomé al hueco de las escaleras para informar a mi amo y señor de que iba allí al lado a tomar un café, pero que no tardaría mucho. El hogar es siempre el mejor sitio para una chica; en especial, se podría añadir, para una chica recién casada, como lo era yo.

Pensé que la madre de Doreen todavía no había visto mi conjunto. Y podía ser que Doreen anduviera por allí.

Y también su novio, el levantador de pesas. El de la espalda musculosa.

Si él andaba por allí, y si yo me comportaba apropiadamente, a lo mejor hasta me dejaba echarle un vistazo.

Cuando fue a verme aquella misma noche, Roger estaba > más que molesto y decepcionado. Estaba furioso.

No perdió ni un segundo en felicitaciones ni cumplidos. Desplegó su furia en el mismo recibidor. No me permitió ni llevarlo a la salita en que tomaba el desayuno, en la que esa mañana había recibido a su mujer.

—¿Qué pasa, Rachel? ¿De qué va todo esto? No puedo creer lo que me ha dicho Celia.

—¿Quieres decir, sobre mi boda?

—Sobre tu boda, sobre tu increíble cambio de opinión, ¡sobre cada puta cosa!

—No ha habido ningún cambio de opinión. Ha sido, más bien, un cambio de mentalidad.

—¿Te das cuenta de que en breve tendremos que dejar nuestro piso? ¿Te das cuenta de que en breve seremos unos sin techo y de que seguramente tendremos que vivir en la calle porque no encontraremos nada que nos podamos permitir? ¿Te das cuenta de que todo es culpa tuya?

—Por favor, Roger, no hay necesidad de gritar. Ni de llevar las cosas al extremo. ¿No puedes, sencillamente, decirles que lo lamentas y que todo ha sido un error?

—¡No seas estúpida! ¿No escuchabas cuando Celia te ha dicho que el piso ya está alquilado? ¿Que han firmado el contrato?

«Estúpida», pensé, no era la palabra adecuada para alguien que te ha invitado a caviar y pato y champán, para quien te ha hecho regalos de bautizo de plata grabada, para quien ha convertido a tu hijo en su único heredero. (Yo había cumplido mi promesa regresando por la tarde a Thames & Avery.) Aquella casa, junto con su contenido, era todo lo que poseía.

Y seguramente Roger pensó lo mismo. No cabía duda de que era impulsivo, aunque no tenía nada de injusto. Era de naturaleza caprichosa y apasionada —¿no era esa una de las razones por las que lo quería?—, pero no albergaba auténtica maldad. Se serenó.

—Mira, Rachel, lo siento. No quería decir eso. Estoy preocupado por los exámenes, además de por cuidar de mi familia. ¿No podemos hablarlo?

—Claro que podemos, querido. Primero dime que te gusta mi vestido.

—Sí. Me..., me gusta tu vestido.

—Ahora ven y siéntate y tomemos una copa de jerez y entonces podrás repetirlo con algo más de convicción. Al fin y al cabo —estaba ya lo bastante tranquila como para bromear—, ¡a nadie en su sano juicio puede no gustarle este vestido, aunque no opine lo mismo de la mujer que lo lleva!

Mostró una leve sonrisa; no estaba tan recuperado como para sumarse a las risas.

—Apuesto a que haces de la vida de esa pobre chica un infierno —comenté de



modo afable mientras tomábamos asiento. Me olvidé de coger los vasos y la botella —. ¿Estallas así muy a menudo?

Se encogió de hombros. Estaba hosco aún.

Traté de echarle una mano.

—Debo reconocer que comprendo por qué ella te irrita. En ciertos momentos también me irrita a mí. No quiero dar a entender que no tiene carácter, no, ¡para nada! Aun así, es pusilánime, a veces. Lo admito. Un poco insulsa también.

—¿Celia? ¿Pusilánime? ¡Estás soñando! Te aseguro que tiene mucha personalidad.

Sus palabras sonaron una pizca más amargas que parciales. Como si le hubieras dicho a Macbeth que su esposa te parecía adorable, pero que alguien debería sugerirle que se matricule en un curso de autoestima para mujeres.

—¿En serio? —pregunté—. Bueno, tú la conoces mejor que yo. Y todos somos un cúmulo de contradicciones, ¿no? Esta mañana, por ejemplo, no parecía ni la mitad de desesperada que tú.

—¡Pues era para estarlo!

—Sí, lo comprendo, querido. ¿No podéis quedaros con sus padres de momento? Tienen una casa lo bastante grande, y no creo que la señora Tiverton vaya desnuda por el mundo, ni que nadie la persiga, precisamente. (Me pregunto si alguien lo habría hecho alguna vez.) Y yo puedo ir siempre que queráis para llevarme a Tommy de paseo y hacer algo especial, juntos.

A veces hace falta que un extraño te señale la solución obvia.

—De hecho, ahora que lo pienso —proseguí—, percibo cierta similitud entre Celia y su madre. Pero, por favor, no me malinterpretes. Me gusta Celia. No podría ser de otro modo, tratándose de la madre de mi único ahijado.

Probé con otra bromita.

—Si te soy absolutamente sincera, a veces, incluso, hasta me cae mejor que tú.

No sé si lo apreció. Seguía sin recuperarse del enfurruñamiento.

Tuve que recordarme que él era muy joven. Los hombres maduran mucho más despacio que las mujeres.

Pero tenía un cuerpo maravilloso.

—Eso fue lo que primero admiré de ti —dije.

—¿El qué?

—Lo bien que estabas sin la camisa. ¡Todos esos músculos!

Ni siquiera me dio las gracias. De veras opino que a la gente habría que instruirla —y a muy temprana edad— sobre cómo responder a los cumplidos.

—En parte, te prefiero cuando llevas vaqueros. Me alegro de que los lleves ahora. Me daría un ataque de escalofríos si esta noche también te quitaras la camisa. Tendría que sentarme, y te contemplaría, ¡como si fueras una estatua magnífica! ¿Te parece que soy demasiado lanzada? ¿Pero por qué no decir lo que se piensa, cuando se trata de algo bonito y que, casi seguro, será motivo de gozo? ¡Es una pena ser tímido!

Me miraba fijamente, en silencio. A veces tenía yo la impresión, sobre todo últimamente, de que mis conversaciones se parecían cada vez más a monólogos.

—Pero volvamos a la cuestión de tu enfado. Celia, en cualquier caso, puede cuidar de sí misma... ya sea lady Macbeth o la pequeña Nell. Pero no admito que se lo hagas pasar mal a mi ahijado. ¡No lo permitiré! —Como había hecho en el pasado, lo recriminé señalándolo con el dedo; un gesto cómico solo en parte—. Si lo haces, amigo, tendrás que vértelas conmigo.

—Rachel —me interrumpió. Parecía haber superado el enojo. Un cumplido oportuno siempre ayuda.

—¿Sí, querido?

—Yo...

—Que no te dé miedo decirlo, sea lo que sea. A pesar de que me notes enfadada, Roger. Tendrás que admitir que no ha sido para tanto, te sigo teniendo mucho cariño. ¡Si me hubieras visto ponerme de tu parte cuando...! Pero no, no debería contarlo. ¡Confío en que tú y Horatio lleguéis a ser amigos!

—¿El señor Gavin?

No fue exactamente una pregunta. Se trató más bien de un comentario hastiado, como el de un amante vanidoso e incrédulo que al fin se ve forzado a reconocer la existencia de un rival.

—Sí, dulzura, tú y el señor Gavin.

—¿Tu marido?

—¡Cuánta resignación! —Sonreí. *Querido* Roger. No era más que un niño que ignoraba lo que era la frustración. Un niño que descubriría ahora que a veces la vida es dura. Deseé calmarlo.

No dejaba de ser irónico. El y yo: dos peregrinos. Ambos en busca del paraíso, de respuestas, de realización. La eterna búsqueda. Salvo que uno se encontraba al comienzo de su viaje, mientras que el otro casi había concluido el suyo.

Uno... muy joven. La otra... a punto de retirarse del mercado. Pero no sola. Eso era lo más maravilloso de todo: una de las mayores concesiones divinas. Cuando llegara el momento, yo partiría de la mano del hombre que había vuelto para reclamarme. Para amarme. Para guiarme.

Y ahí residía, evidentemente, el germen del gran consuelo que yo podía proporcionarle, a mi niño decepcionado.

—Cariño, ¿no ves que es así como funciona? Y me pregunto si algún día (pero no hasta dentro de un tiempo, digamos que un siglo, por ejemplo) seré yo el amor verdadero que regrese para cuidar de *ti*.

Demasiado impulsiva. Supe que, de momento, él no me comprendería.

Sonreí.

—Mi nombre real es, por lo que sé..., mi antiguo nombre, en cualquier caso, *por lo que sé*... Parece que en esta vida no puedes estar segura de casi nada. Y podría haber habido otros entre medias... ¿Te resulta demasiado complicado?

Tuve la impresión de que sí.

—Bueno, centrémonos. A lo mejor queda más claro si te lo explico de otro modo. —Solté una carcajada—. Señorita Anne Barnetby, le presento al señor Roger Allsop.

Le tendí la mano. No me la estrechó. No me molesté. Sabía muy bien a lo que se enfrentaba.

—O mejor, puede que así resulte más sencillo: señorita Anne Barnetby, le presento a la señorita Rachel Waring. ¿Lo vas pillando? Aunque sería mejor decir, a la *antigua* señorita Rachel Waring.

Hice una pausa.

—Ahora señora Gavin, señora de Horatio Gavin. La prueba de que he alcanzado mi destino, ¡mi destino último y amado! No, perdóname, ¡nuestro destino último y amado! Querida Anne, no lo conseguimos *entonces*, éramos muy tontas y cabezotas, estábamos totalmente erradas, éramos todavía una criatura lamentablemente inmadura (a diferencia de alguien que no anda ahora muy lejos), pero mira lo bien que ha acabado. ¡Bingo! Tienes que sentirte tan satisfecha como yo de que hayamos vuelto por fin a casa. Aliviada y orgullosa y agradecida. ¡Sí! ¡Me parece que hemos cambiado un poquito durante estos últimos doscientos años!

—¿Rachel...? —Hacía mucho que él no decía nada. Su voz casi constituyó una intrusión.

—¿Sí, cariño? Tu Rachel sigue aquí. Y también tu Anne.

Y a lo mejor tu Ariadna y tu Penélope y tu Jane. ¿Quién sabe...? Puede que también tu Christopher y tu Julio y tu John. Por alguna razón, siempre me ha gustado el nombre de Penélope. Puede que eso signifique algo.

Inclinándose hacia mí, posó una mano sobre mi rodilla.

—Rachel —dijo—, creo que no estás bien.

Su encanto podía haber perdido parte del dinamismo, pero ni un ápice de su habitual intensidad.

—Cariño —le tranquilicé—, nunca en mi vida me he sentido mejor. Como si acabara de volver a casa tras un largo viaje por mar.

Solté una risita.

—¡O como si lo hubiera hecho mi marido!

—Creo que necesitas que alguien cuide de ti.

—Claro que sí. ¿No lo necesitamos todos?

Levanté su mano de mi rodilla y se la estreché amorosamente. La besé en el dorso.

—¡No puedo expresar lo dichosa que me siento! —Meneé la cabeza, incrédula por lo que acababa de suceder: el beso en el dorso de su mano, un beso que había significado tanto y que, *claramente*, él había agradecido de corazón.

Se produjo un silencio. Aunque no fue ya un silencio enojado ni resentido. Uno intensamente afectuoso. Dos almas gemelas, dos peregrinos afines, que iban a actuar valerosamente.

—¿Pero por qué estamos hablando de mí? ¡Tendríamos que hablar de Celia y del niño y de ti! ¿Dónde encontraréis lugar para cobijaros?

—¿Aquí no?

¿Cómo resistirme a un tono tan zalamero y seductor? Pero tenía que hacerlo.

—No funcionaría, querido. Horatio tiene toda la razón. Al menos... eso creo. Es alguien con mucha experiencia. Confío completamente en él.

—Nosotros cuidaríamos de ti —musitó.

—Es muy amable, Roger, pero como he dicho... —Seguía acariciándole la mano—. ¿Qué hay de tus padres o de los de Celia?

—Viven en el extranjero. En cualquier caso, no nos llevamos muy bien. Y respecto a la madre y al padre de Celia..., nos lanzaríamos unos al cuello de los otros antes incluso de cerrar la puerta.

—Pero se comportaron muy bien en el bautizo... y seguro que mientras buscáis otro sitio...

—¿Y aquí? Solo mientras buscamos otro sitio.

—¡Roger, me lo estás poniendo muy difícil! ¿Y un hotel barato? ¿No podrían ayudaros económicamente vuestros padres?

—No, ¡no podría aceptar su dinero!

—Bueno, eso lo entiendo, claro. Aceptar dinero de alguien te deja en sus manos. Pero aun así...

—Solo serían una o dos semanas —insistió—. Un mes como mucho. Y tendríamos todo el cuidado posible para no resultarte una molestia.

—Sí, pero por otro lado... Ya sabes lo que es estar de luna de miel. Seguro que no lo has olvidado.

Advertí que podía sonar mojigata. No era propio de mí.

—Aunque la tuya fuera con Celia —añadí.

Debió de notar que yo flaqueaba.

—*Por favor*, Rachel. Anne. Jane. Penélope. ¿Te acuerdas de los Co-Optimistas? ¿Todos para uno y uno para todos? ¿De nuestra comuna? ¿De que lo compartiríamos todo? ¿De que yo cantaré para ti en el baño?

¡Roger el Trovador! ¡Roger el Intrépido! ¡Roger el Descarado!

¡Incluso los más grandes se derrumban! ¡Los trovadores no suplican!

—¿Y qué pasaría si me vieras deambulando por la casa en cueros? —reí—. Quiero decir, yo en cueros, no tú. ¿Deambulando como Dios me trajo al mundo? ¿Con flores prendidas en el vello de mi doncellez? ¿Dondiegos, pimpinelas escarlatas, nomeolvides? Flores de temporada.

—Me consideraría un ser extraordinariamente privilegiado. Me haría a un lado y te contemplaría presa de admiración.

—¿No te incomodarías?

—No, en absoluto. No más de lo que lo harías tú si fuera yo quien anduviera por la casa como Dios me trajo al mundo. O si lo hiciéramos los dos.

Tengo que confesar que eso arrojaba una luz completamente nueva sobre la cuestión. (Y, por cierto, no estaba segura de que siguiera siendo correcto usar la palabra *doncella*.) Mientras me debatía entre las agonías de la duda, casi a punto de rendirme, Roger se puso en pie.

—No te irás, ¿no? —exclamé.

Pero sentí cierto alivio junto con la decepción. Retiró su mano con cuidado.

—Tranquila —sonrió—. Aún no me he tomado el jerez.

¡Ese era Roger el Descarado, brincando sobre la verja con ánimo vengativo y un alfanje entre los dientes!

—Es solo que hace un poco de calor aquí. ¿Puedo quitarme el jersey?

—Claro que sí. —Estaba preocupada—. Iré a por el jerez. ¡Confío en que todavía quede algo! Y de paso a lo mejor tengo unas palabras con Horatio. ¿Sabes? A lo mejor no ha terminado de comprender la...

«Situación», iba a decir, pero Roger se estaba desabotonando la camisa.

Y cuando se la quitó dijo:

—Rachel. ¿De veras es esto todo lo que quieres? ¿Solo la camisa?

Hubo una pausa. Ser sincero no es tan fácil como se puede suponer.

—¡Ay, Dios! No estoy muy segura.

Tenía la boca y los labios secos.

—Es que hace calor. ¿No te gustaría que me quitase algo más?

No me salían las palabras. Asentí. Fue mucho más fácil de lo que pensaba.

Se bajó la cremallera de los vaqueros.

Yo no sabía si había asentido lo suficiente.

Y de repente se había quitado los pantalones.

Les siguieron los calcetines. Por fin, y con un estilo de lo más pícaro, empezó a bajarse los calzoncillos.

Pero se tomó su tiempo. Ninguna prisa. Pulgada a pulgada. Puede que más despacio si cabe. ¡Roger el Tentador! (Volví a recordar los libros de William y también a Paul. ¡Qué momento tan inoportuno para que acudiera a mi memoria) Y a continuación se me acercó. *El vino a mí.*

Me apretó contra él; no podíamos estar más juntos, ¡y qué embriagadora era la mezcla de su desodorante y su colonia! (¡Oh, Dios! ¿Me había acordado de bañarme?) qué sensación la de su enorme polla presionando con fuerza contra mi vestido de novia.

**E**sta era la pegadiza cancioncilla que los alumnos repetían en el recreo:

Rachel Anne,  
nunca cambiará,  
¡sin un hombre, nunca estará!

No solo las chicas; los chicos la coreaban también, con igual cariño, incluso más, porque pese a lo mucho que yo les gustara a las chicas, había siempre, por supuesto, una pizca de celos acompañando su admiración. Eunice lo expresó muy bien — Eunice era mi mejor amiga y, al final, aunque por un breve espacio de tiempo, fue mi sucesora como delegada—: «Es una suerte que nadie pueda evitar quererte, Rachel, porque si no todos estaríamos clavando agujas en tu efigie. Nosotras, las chicas, lo haríamos. ¿Te das cuenta de que no se dignan ni mirarnos si tú andas cerca? Los chicos siempre quieren llevar *tus* libros, siempre quieren besarte a *ti* y llevarte al cine. ¡No es justo!».

A lo mejor porque yo misma me daba cuenta de eso, era siempre superamable con todos, intentando —pues lo sentía casi como una obligación— expiar mis faltas. En el colegio siempre compartía mis dulces (y los de mi madre, que Dios la bendiga), porque eran los años que siguieron a la guerra y los dulces continuaban racionados. Prestaba mi ropa y ayudaba a la gente con sus deberes y, cuando los castigaban a escribir unas cuantas veces tal o cual frase, lo hacía gustosa por ellos. Me habría quedado castigada después de clase en su lugar si hubiera sido posible. Intentaba encontrar una palabra alegre para todos y no pensar mal de nadie. Cuando me nombraron monitora, me gané la fama de ser la monitora más indulgente del colegio, aunque nunca recibí ningún aviso ni tuve problemas de disciplina. «¡Lo que es ser guapa y amable! ¡Y destacar tanto en los deportes como en los estudios!»

Fue una de las profesoras quien lo dijo. Otra, en una ocasión posterior, lo expresó de modo un poco distinto: «¡Y para colmo, Rachel Anne, eres una santa que nos ha caído del cielo! Y lo que es más —añadió—: ¡aquello debe de ser ahora un sitio de lo más tristán!».

Sí, por encima de todo, había tres cosas de las me sentía especialmente orgullosa: la primera, que todos daban por sentado que estaba destinada a ir al cielo; la segunda, que todos parecían creer que era muy divertida; y la tercera, que siempre triunfaba en la obra de teatro del colegio. (Un pequeño detalle lo estropeaba, no obstante. Aunque una vez tras otra intentaba dejar claro en mi discurso de cierre que la producción era el resultado de meses de duro trabajo por parte de todos los implicados, un esfuerzo de equipo de lo más inspirador, ¡el público nunca me permitía concluir así!) Conservo un recuerdo especial, por supuesto, de nuestra última obra. Llevaba por título *La máscara de la virtud*, y resultó que Laurence Olivier estaba en la primera fila. Digo

«resultó», pero aunque yo hubiera creído en cosas como las coincidencias o la suerte, habría sabido que su presencia no era fortuita. Algún misterioso pajarito le había dado el soplo y él había acudido allí en plan cazatalentos, modesto pero glamuroso, callado, cortés, absorto en la función.

¡Cuánto *glamour*! ¡Juro que es verdad! Mi madre y él se pasaron por mi camerino en cuanto terminó la obra. Él me dio la enhorabuena, aunque sin exagerar —casi con cautela—, y me comentó con expresión sentida ciertos detalles de mi interpretación.

—Querida —dijo mi madre apoyando la mano cariñosamente en mi hombro—, te dejamos sola para que te cambies. Ponte más guapa que nunca. ¡El señor Olivier nos invita a cenar!

—Larry —corrigió él—. Larry para los amigos.

Nos llevó al Savoy Grill. Apenas prestaba atención a lo que comía. Era el hombre más atractivo del comedor, del West End, del mundo. Como afirmó más tarde mi madre: «Todos los ojos del restaurante estaban puestos en vosotros. Seguro que nunca habían visto una pareja igual». Él tenía veintitantos, más cerca de los treinta que de los veinte; era unos ocho años mayor que yo.

En el taxi a High Street anotó nuestro número de teléfono.

—¿Puedo llamarte por la mañana?

A continuación se rio.

—No. Olvídalo. No puedo esperar hasta mañana. Ya lo tengo decidido. Dentro de unas pocas semanas nos vamos a Dinamarca a representar *Hamlet*. ¡En el mismo Elsinore! ¿Querrías interpretar a Ofelia?

Nos quedamos levantadas, mi madre y yo, hasta casi las tres, hablando en la cocina, en camisón, delante de unas tazas de chocolate caliente.

—¡Querida, estoy tan orgullosa de ti! ¡Qué noche! ¡Qué éxito! ¡Ojalá papá hubiera podido acompañarnos!

—Oh, mamá, él estaba... en espíritu.

De hecho, por poco no estuvo en persona. Casi se había librado de la muerte mientras salvaba la vida de otro soldado.

Pero su presencia física habría traído complicaciones. Y además... me gustaba pensar que él me esperaba en el cielo, y que hasta que llegara el momento de nuestro reencuentro miraría hacia abajo, vigilando mis progresos.

—Tengo ganas de llorar —dijo mi madre—. No por papá, sino porque siento que esta será la última noche de tu infancia. Antes de que nos demos cuenta, me abandonarás. Y es lo correcto, y lo oportuno además; tienes que vivir tu vida, una vida excitante, pero, aun así, no puedo pretender...

Sonrió con ironía, por las tonterías que estaba diciendo, y bebió un sorbo de chocolate.

—Mamá, nunca te abandonaré. Ya lo sabes. Quiero decir que nunca te olvidaré ni dejaré de quererte.

—Sí, eso ya lo sé, cariño. —Me dio unas palmaditas en la mano—. Y me hace

sentir culpable y avergonzada.

—¿Cómo dices?

—Sí. Muchas veces pienso que no he sido tan buena contigo como me habría gustado.

Protesté, alto y claro, indignada.

—¡Has sido una madre perfecta!

—¡Sssh! ¡Sssh! Vas a despertar a los vecinos.

—¡Entonces no digas tonterías!

—Que Dios te bendiga por hablar así, mi amor.

—¡Lo digo en serio!

—Aun así, discúlpame, sigo queriendo suplicarte perdón por cualquier cosita en la que te haya podido fallar. No, por favor, es importante, no digas que no hay nada que...

—En ese caso, te perdono por *todo*, de corazón. —Hice una pausa en la que solté una carcajada—. ¡Y tú tienes que hacer lo mismo conmigo! Perdóname por cualquier cosita en la que te haya podido fallar, y por cualquier cosita en la que te pueda fallar en el futuro.

—No hay...

—Vamos. Lo justo es justo.

—Muy bien. Cuentas con mi absoluto perdón.

—¡Y tú con el mío! ¡Qué ridiculez de conversación! Sobre todo porque cuando creemos tener algo por lo que perdonar a los demás, en realidad no hacemos más que culparlos por nuestras propias faltas.

Di un sorbo, pensativa.

—Por ejemplo, aunque es lo último que pensaría que pudiera ocurrir. Supón que alguna vez te vuelves posesiva. Dominante. ¿Justificaría eso que luego te acusara yo de arruinarme la vida? («¡Oh, mísera de mí, me robó la infancia, la herencia, mis derechos!») ¡No, claro que no! Porque estaría en mi mano decir basta, ¿no es así? Y si no fuera capaz, entonces la culpa sería mía, ¿verdad?, no tuya.

—En ese caso, aunque yo echara un poco de arsénico en el vaso de leche que tomas antes de dormir, ¡la culpa sería tuya! —¡Sí!

—Y lo mismo sucedería si fueras tú quien me pusiera el arsénico. Lo que es mucho más probable, si me convierto en el monstruo que describes.

—¡Sí!

Rugimos de risa.

—¡Pobre señora Fowler! —solté casi sin aire—. ¡Pobre señor Richards! ¡Pobres Neville y Joan!

—La culpa sería mía —insistió ella—. ¡Y aun así te perdono sin reservas!

Nos pusimos serias.

—Además —añadí—, todo responde a un patrón. Siempre existe un propósito. Dios nos guía a todas horas. Hacia la luz y la plenitud. No importa cómo, a través de



cualquier infierno. Así lo creo.

Nos levantamos, pusimos los platos y las tazas en remojo y guardamos la lata de pastas. Nos abrazamos.

—Y yo creo otra cosa —concluyó mi madre—: que tú, querida, te mereces el éxito, la felicidad y la gloria más que cualquier otra persona que conozca.

—Corrección: igual que cualquier otro. La vida es un valle de lágrimas, la vida es un campo de batalla y ¿quiénes somos nosotras para juzgar los méritos o los deméritos de un alma errante?

Lo dije con las manos apoyadas en el pecho, y ambas coincidimos en que había heredado el talento de la tía Alicia.

\* \* \*

En la cama, a pesar de lo tarde que era y de que el pub de enfrente se encontraba en silencio, permanecí mucho tiempo despierta; aunque, de manera curiosa, no pensando tanto en el futuro como en el pasado. Era cierto que aquella fue la última noche de mi infancia, algo que no todo el mundo puede identificar de manera tan clara mientras está sucediendo. Me encantaba mi habitacioncita. Lamenté pensar en ella como algo que formaba ya parte del pasado. Mi cama era el centro: mi nave, mi santuario, mi tierra de ensueño, el lugar donde me habían hecho cosquillas, me habían mimado, me habían cuidado; donde me habían reconfortado, donde me habían amado incuestionablemente, donde colgaba una media en Navidad. Mi hogar.

El hogar era el sitio al que siempre te gustaba regresar, incluso de las mejores vacaciones. (¡Hasta de las vacaciones que disfruté en París al cumplir diecisiete!) Me encantaban las dos semanas que solíamos pasar en la costa; sobre todo, quizá, cuando mi padre estaba allí para enterrarme en la arena, construirme castillos, fabricarme cometas, llevarme a caballito, enseñarme a nadar. Pero cuando él ya no estaba, seguimos pasándolo muy bien, mi madre y yo. Íbamos paseando a por los periódicos antes del desayuno, llenándonos los pulmones del vivificante aire marino, y tomábamos una madrugadora taza de té en un café frente al mar, viendo a las gaviotas virar con elegancia sobre el paseo marítimo. Asistíamos a los conciertos de la banda de música e incluso a veces nos atrevíamos a pedir algún tema concreto. (Un año después de la guerra, claro: a mi madre le gustaba mucho el director de la banda. Nos reíamos de ello. Yo pedí *The Dream of Olwyn*.) Nos acercábamos a los puestos de baratijas del extremo del muelle. Por la noche tomábamos una taza de Ovaltine en Fortes y luego nos metíamos en nuestras camas gemelas, cada una con su novela y comiendo chocolatinas Crunchie, como a veces Eunice y su madre hacían en vacaciones. (La madre de Arabella también se había encaprichado una vez del director de la banda; aunque él, por lo visto, no le correspondió.) ¡Era todo tan divertido! Y, aun así, siempre me gustaba volver a casa. «De vuelta a nuestra casita gris en el Oeste —recuerdo que dije una vez—, a nuestra casita gris en Paradise

Street.» No es que fuera gris en realidad, solo estaba un poco tiznada, y tampoco estaba exactamente en Paradise Street; solo mi habitación y el baño daban hacia allí. Pero el hecho de que lo dijera, o más bien de que lo cantara, ¿no significaba que aquella calle estrecha y humilde era más importante para mí que la mucho más respetable High Street? Al fin y al cabo, Paradise Street era donde había vivido Paul, con su conejo; era la calle que llevaba al parque, donde vivía mi amigo, el niño barrendero, y donde una vez leí *John Halifax Gentleman* de cabo a rabo en un solo día. Era la calle por la que se iba al cine Classic de Baker Street.

El hogar... Recordé cómo nos sentábamos las dos a oír la radio, mi madre zurciendo y yo —si no ponían más que música— haciendo los deberes. (Pero si emitían *Much-Binding-in-the-Marsh* o *Educating Archie*, los deberes tenían que esperar.) Los domingos por la tarde merendábamos tostadas con manteca y escuchábamos *Grand Hotel*; casi siempre, después de haber ido al cine en la primera sesión.

El hogar... Tardes de sábados veraniegos junto al lago de Regent's Park, tras haber paseado sin prisa hasta allí, con libros y sillas plegables y polos helados. Visitas a la tía abuela Alicia. La desavenencia entre ella y mi padre parecía muy absurda ahora que él estaba muerto, «y sobre todo —susurraba mi madre, perversa e irreprimible, mientras esperábamos el autobús en Baker Street (por vez primera, el que se dirigía hacia Neville Court)—, ¡ahora que somos pobres!»; visitas en las que siempre había pastelillos idénticos a los Lyons, hechos esa mañana por Bridget, con el glaseado amarillo o naranja brillante, de una pulgada de grosor, de lo más profesional, y hasta con el bizcocho esponjoso, y los frutos secos y todo, igual que los de verdad. Siempre un plato repleto de dulces —es posible, sin que tenga ninguna importancia, que estos fueran de la tienda— y siempre una regañina de mi madre si se fijaba en cuántos me había comido. Siempre alguna canción de *Agridulce*. Lujo. Aislamiento. Continuidad.

Canciones en torno al piano en el pub. (La primera vez que fuimos, mi madre estaba dispuesta a mentir sobre mi edad, pero no fue necesario.) Una vez, ella, tras una ardua lucha para convencerla, accedió a cantar una canción en solitario: *Other People's Babies*. Todo un éxito. Me sentí muy orgullosa. Resultó que tenía un talento inesperado para combinar la comedia con el patetismo; al escucharla, casi pensabas que estabas ante una niñera de verdad, envejecida, querida por nadie y viviendo de los recuerdos, cuyo calor le bastaba para sentirse agraciada y feliz. Aquella canción se convirtió en la especialidad de mi madre. (A veces me apenaba pensar en la abundancia de talento sin explotar que hay en el mundo.) También yo tenía una especialidad, si bien nunca alcanzaba el mismo éxito que ella, cosa que prefería. (Debo reconocer que no daba rienda suelta a mi talento.) Algo de Cole Porter.

Experimenta,  
conviértelo en tu lema, noche y día;  
experimenta,  
y algún día alcanzarás la luz...

Íbamos al menos una noche a la semana; a «nuestro local», como solíamos llamarlo. Al principio solo con la intención de tomar unos sorbos de jerez, pero nos encontramos con que todo el mundo estaba tan deseoso de invitarnos a copas que habría resultado descortés rechazarlas. ¡Estaban encantados de disfrutar de nuestra compañía! «¡No, no os vayáis todavía! ¡No nos dejéis!» Para que nos permitieran irnos teníamos que interpretar el número final: «Por humilde que sea, no hay lugar como el hogar».

Así que —incluso entonces me daba cuenta, tendida en la cama de madrugada, con un estúpido nudo en la garganta— mi hogar siempre formaría parte de mí. Y me sentí complacida.

Supé que siempre lo echaría de menos.

A pesar de lo excitante de viajar a Elsinore, y de Larry, y de mi carrera; y de todo lo que albergaba el futuro.

**A** veces, incluso a finales de noviembre, iba a sentarme al parque. Por suerte, el tiempo seguía templado, así que todavía podía llevar mi sombrero de película y nada más que un cárdigan sobre mi vestido bellamente bordado. Iba al parque porque necesitaba ejercicio y aire fresco. Iba allí porque ya no me podía permitir ir a cafés ni asistir a los indigentes, y porque cuando iba en busca de amas de casa o de viudas que, junto a las puertas de sus jardines, esperaran a alguien —casi cualquiera les habría servido, pobres mujeres— a quien hablarle sobre su última operación o sobre la manera vergonzosa en que las trataba su nuera..., bueno, a lo mejor era por la proximidad del invierno, pero se metían en casa a toda prisa. No sé bien por qué. Pero los patos del estanque estaban hechos de otra pasta, y siempre podía hablarles tanto rato como quisiera.

Sí, pobres mujeres. Tenían tan poco... y yo tenía tanto... tantísimo. Tenía a Larry y a Horatio. Tenía a Roger y a Celia y a Thomas (y las cosas, a pesar de los recelos de mi amante—¿Los de Larry? ¿Los de Horatio?—, estaban funcionando. Todos estábamos satisfechos, incluso el señor Wymark, el abogadillo, que ahora consideraba la idea de mudarse con nosotros: una verdadera comuna), y yo estaba sana y era hermosa y todos me admiraban. No solo me hallaba en la flor de la vida; era una de las infrecuentes y afortunadas criaturas capaces de apreciar esa flor de la vida cuando aún lo están disfrutando, que no se limitan a suspirar por ello cuando ya ha desaparecido.

Y algo más. Lo mejor, obviamente. ¡Lo mejor de todo!

¡Sí!

Dios mío.

¡Por fin!

Estaba encinta.

Esa era la razón por la que necesitaba ejercicio. Y aire fresco. Cada día estaba un poco más abombada. Me alegraba de no tener que usar abrigo.

Estaba superorgullosa por tener tan buen aspecto, y mucho vigor y ánimo a pesar de los maratones de vómitos. Me había fijado en que la gente me miraba; sencillamente, no podían evitar mirarme. Los jovencitos me dedicaban silbidos. No me incomodaba, ni mucho menos. Los aceptaba como habría hecho una estrella de cine. Perdón, no, eso suena horriblemente presuntuoso; pero sí los aceptaba con agradecimiento y mucho placer. Me acordaba de Rudolf e inclinaba la cabeza en un humilde, si bien elegante, gesto de gratitud.

También había enviado una carta a una famosa revista femenina, en la que les hablaba de lo importante de no dar por sentado el interés por ti de tu marido (o maridos), de no descuidar tu aspecto ni la higiene personal por la mera razón de estar casada y de creer por lo tanto que ya tienes pillado a tu hombre (u hombres). El

aspecto de una mujer, decía, es un regalo divino y, en consecuencia, ella tiene el deber sagrado de cuidarlo, *incluso después del matrimonio*—, ¡insistí mucho en este punto! Las esposas, decía, deberían ser también amantes, siempre, y añadí la letra de una canción que lo explica muy bien, aunque dejando espacios en blanco cuando no recordaba todas las palabras. Me ofrecí, de hecho, para escribir una serie de artículos sobre matrimonio, belleza y las responsabilidades que conllevan; sobre cómo tener bien atado a tu hombre (u hombres); sobre mi vida con Larry; mis breves idilios con Rock Hudson y Robert Taylor y James Dean; y, en especial, sobre algunos polvos maravillosos de los que había disfrutado y sobre cómo prepararte para la maternidad.

\* \* \*

Fueron muy amables. Les gustó tanto la idea que enviaron a dos de sus más importantes editores para discutirla conmigo, un hombre y una mujer. Nos reunimos una mañana en el parque. (Yo no era difícil de encontrar. Mi fama se había propagado; podrían haber preguntado por mi paradero casi a cualquiera.)

—Hola —dijeron, y se sentaron conmigo en el banco, uno a cada lado. Esperaba reunirme con ellos en Londres, pero no había pensado que cuando un periodista huele una exclusiva se abalanza sobre ella.

—Me alegro de que hayan venido —contesté. Nos estrechamos la mano. Se mostraron conmovedoramente sorprendidos por mi cortesía, lo que no hablaba nada bien de sus demás colaboradores. Eso me hizo callar mi decepción; me había imaginado, ¿sabe usted?, cómo sería visitar sus oficinas de Fleet Street, que me presentaran a sus colegas, que me llevaran a almorzar: toda una personalidad, pero sin aires de grandeza.

No tenía ninguna importancia.

—¡Pero aun así tendrían que haberme avisado! —exclamé alegre—. ¡Si hubiera sabido que venían, habría hecho una tarta!

—No hay necesidad de tartas —dijo la mujer. No me quedó claro si había pillado la broma—. Se está bien aquí.

—Sí, es un bonito parque. Me gusta dar de comer a los patos. —En realidad no importaba. No había sido más que una broma tonta.

—Nos han dicho que a menudo viene usted aquí a sentarse.

—¡Oh, Dios! —exclamé—. ¡Lo que tiene ser famosa! ¡Casi me siento como si debiera disculparme!

Nos reímos.

—Ya somos buenos amigos —les aseguré—, nosotros tres. Aunque, por suerte, siempre me llevo bien con todos. ¡Con todo el mundo!

—¿Le gustaría venir con nosotros? —propuso la mujer—. Tenemos el coche aquí al lado.

—Me gustaría quedarme al sol un poco más, si no tienen inconveniente.

—Muy bien, aunque yo diría que no hace mucho sol. —Eso debía de ser lo que ella entendía por una broma, así que me reí educadamente. Ella miró el reloj. Tenía una correa ancha de cuero; debía de ser de hombre. Yo creía que los editores se imbuían en el espíritu de sus revistas, que adoptaban parte de su estilo, al menos. Pero, por lo visto, no era así—. Cinco minutos más —añadió.

—¡Muy bien! —respondí—. «Cinco minutos más, concédeme cinco minutos más, solo cinco minutos más en tus brazos...»

Me preocupó que pudiera interpretarlo como un mensaje dirigido a ella, así que me apresuré a añadir:

—Su reloj me recuerda al de Sylvia.

—¿Sí? —Asintió, con escaso interés—. ¿Y quién es Sylvia?

Volví a reír, no me quedó más remedio, aunque enseguida le proporcioné una respuesta bastante seria:

—¡Pura, hermosa y sabedora es! De veras, la mejor amiga que he tenido, al margen de mi madre. Y, por cierto, poco antes de que mi madre muriera, me enrolé en el ENSA<sup>[20]</sup> y me enviaron a Oriente Medio para entretener a nuestros valientes y jóvenes soldados. ¿Y saben qué me decían? «*Señoa*, nos ha devuelto el deseo de vivir; usted solita, sin ayuda.» La verdad es que a veces no sabía cómo responderles, cómo expresar toda la gratitud que sentía, y al mismo tiempo mostrarme modesta. Decía: «¡Oh, qué bobada, queridos! ¡Hay que joderse!». Creo que lo manejé más o menos bien, ¿no les parece?

Sonreí al recordar el pasado.

—En cualquier caso, Sylvia ocupó mi lugar junto al lecho de muerte de mi madre. Me contó que fue lo más maravilloso que había visto nunca. Mi madre dijo antes de su partida (quiero decir, antes de que partiera mi madre, no Sylvia) que veía a sus amigos acercarse por el camino y que oía una música preciosa. Sylvia me dijo que falleció con una expresión de gozo resplandeciente. Y confío en que cuando llegue el momento, lo mismo nos suceda a todos. ¡La gran aventura! Sylvia quedó tan impresionada que ahora contempla la idea de meterse a monja. Ya se ha ganado el apodo de santurrona. Ve *Sonrisas y lágrimas* al menos una vez cada seis o siete días.

Esto era, a lo mejor, ligeramente impreciso, pero no importaba. Casi nadie se preocupa mucho por la cronología. Los detalles deberían estar siempre al servicio del relato.

—¿Nos vamos ya? —preguntó la mujer.

—Solo un poco más. Por favor. Se está tan bien aquí...

Luego no tendría tiempo para esos pequeños placeres. Ella se quejó. Quise compensárselo.

—Él estaba siempre besándome —le expliqué— y cogiéndome la mano. No le importaba quién pudiera vernos.

«Preguntaba: “¿Qué tal está mi gatita?”.

»“Yo estoy bien, gatito. ¿Qué tal tú?”

»“¿Qué tal te ha ido el día? Siéntate y cuéntamelo.”»

Y él decía también: “Feliz Navidad, gatita, gatita mía”.

«Éramos la pareja más popular de Hollywood, la más envidiada, la más glamurosa. Él declaró a la prensa: “No creo que haya habido nunca una pareja tan enamorada”. Yo añadí en la misma ocasión: “Nuestro romance ha sido el más maravilloso cuento de hadas”. Y lo publicaron, ¿sabe usted?, en la revista *Life*. Glorioso.

Miré a la mujer, a la espera de algún comentario por su parte.

—Muy bonito —dijo.

Confié en que no pensara que al mencionar *Life* estaba menospreciando *Feminist*. El hombre se limitó a sonreír. Era fuerte y callado, del tipo que me gusta, no especialmente atractivo, aunque debía de poseer las habilidades que demanda Fleet Street. Me acerqué un poco más a él y pegué mi muslo al suyo. No es que me provocara escalofríos, pero quise pensar que él sí los sintió.

Le sonreí.

—Eh, genio. Me gustaría que encontraras a tu Escarlata O’Hara.

Pero no eran mis palabras ni mi voz habitual. Era mi acento de la Costa Oeste de Estados Unidos, mi respetuosa y cómica imitación del querido Myron<sup>[21]</sup>. Ante nuestros mismísimos ojos, Atlanta había surgido de las aguas, un rugiente horno de llamaradas y humo y surtidores de chispas. Y allí estaba yo, con mi sombrero negro de ala ancha, el fuego reflejado en los ojos y bañada por la luz poderosa, parpadeante, rosada; y le oí decir: «¡Es el fin de una búsqueda de años! ¡Casi mil quinientas entrevistas, más de noventa pruebas, la más publicitada búsqueda de una actriz en la historia del cine! Y ahora, aquí la tenemos, con nosotros: la elección perfecta, la chica perfecta... ¡Hosanna en el cielo!».

—¡Qué bobada! ¡Hay que joderse! —respondí—. Aunque muy complacida, mi señor.

Las llamas se extinguieron en el agua. El salón del anciano lord Fauntleroy, templos de *El jardín de Alá*, bosques de *El último mohicano*, rascacielos de *King Kong*, todo se hundió en el ardiente estanque. Regresaron los patos. Yo estaba aterida de ansiedad; me puse en pie de un brinco para verlos mejor. ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! A pesar del atroz incendio, no tenían ni una pluma chamuscada.

Los editores también se habían levantado. Fleet Street quizá fuera una jungla pero —sin duda— la cortesía aún era contagiosa.

Me senté. Me imitaron. Tres alegres muñecos impulsados por un muelle y escondidos en cajas sorpresa. Bueno, dos de ellos no muy alegres, más bien como dos gruesas novelas rusas que flanquearan una de Wodehouse. Podría haberme echado a reír a carcajadas sin el menor comedimiento. Me acordé de los hermanos Marx.

—Hay algo que agradecer —exclamé—. ¡Al menos estas Navidades no comeremos pato asado!

No me sorprendió que la mujer no pillara el chiste.

A lo mejor eso lo hacía aún más divertido.

Pero fruncí el ceño. Tampoco habría más felices Navidades.

«Feliz Navidad, gatita, gatita mía.»

Porque él había envejecido muy rápido. Se había convertido en un anciano mientras yo seguía siendo una adorable jovencita. ¿Había hecho mal al llevarlo conmigo? ¿Tendría que haberlo dejado en Shangri-La?

La respuesta era... ¡sí! ¡Oh, sí! ¿Pero cómo podría haberlo hecho? Íbamos a bordo de un tranvía llamado Deseo y muy pocos tuvimos el coraje de hacer sonar la campana. Todas las paradas estaban solicitadas.

Recordarlo hizo que el cielo se oscureciera ante mí. No hubo advertencia alguna. Un palio nuboso: sólido, amenazador, inamovible.

Inamovible no. ¡*Inatrevible!* ¿Existe esa palabra? Si no es así, debería existir. ¡Qué diferencia puede introducir una sílaba! Atrévete, ve a por todas; eso se dice en el deporte. Creía que lo había aprendido.

Pero no, lo que había aprendido era lo siguiente: es muy difícil afrontar los desastres con valentía. La fortaleza y la alegría y el buen juicio... te cansan. Exigen una fuerza sobrehumana.

Y de repente me sentí frágil. Levantarse y poner buena cara, levantarse y poner buena cara..., sin desfallecer, día tras día y tras día. Esperando a que el petirrojo llegue volando, volando, volando<sup>[22]</sup>... Porque yo no tenía una fuerza sobrehumana. A veces rogaba por tener fuerza, simplemente; y me preguntaba si Dios me escuchaba.

La vida era un valle de lágrimas. ¿Por qué había pensado que podría deslizarme por ella, mantener mis mágicos zapatos rosa de baile a salvo del agua?

Ahora estaban viejos y empapados.

Ya no habría más: «¿Qué tal te ha ido el día, mi gatita, mi dulce gatita? ¡Siéntate y cuéntame!».

Y ni siquiera había venido a tomar el té la pequeña y encantadora Doreen. Ni, lo que era un poco menos decepcionante, la señora Pond.

Y él había lanzado mi Óscar al jardín porque decía que yo me estaba convirtiendo en una déspota.

Pero yo no podía evitarlo, de veras. ¿No se daba cuenta? Era imposible que no se diera cuenta.

Oh, Larry.

¿Y por qué, Dios, por qué, lo del pequeño Alfredo Rampi?

¿Tiene alguien derecho a vivir de ilusiones mientras haya una persona que suplique auxilio?

¿Y eso era todo a lo que podía yo acceder? ¿A vivir de ilusiones?

Me puse en pie. (Se levantaron de un salto, uno a cada lado.)

—¿Nos vamos? —repitió la mujer.

Creo que llegué a sonreír; intenté sonreír; tenía que pensar en mi bebé.

Echamos a caminar por el sendero asfaltado. Ambos me ofrecieron su brazo. Me



emocionó.

—¿Quién dice —pregunté, ahora sí con una sonrisa— que la caballerosidad ha muerto?

Lo reconozco, hablaba más para el hombre que para la mujer, pero eso no me impidió pensar que en cualquier momento podíamos echar a bailar al unísono.

Vamos a ver al mago, ¡al maravilloso mago de Oz!

—¿Y piensan —pregunté— que si el mago tuviera cuatro hijos, y uno sufriera de manera espantosa, él no seguiría deseando que los otros tres fueran felices?

Esta vez sí que hablé para los dos, pero ninguno parecía tener nada profundo que decir al respecto. Al final no me quedó más remedio que responder mi propia pregunta.

—No cabe duda de que eso compensaría un poco las cosas, y yo creo que es importante compensar, ¿no les parece? Seguramente es uno de los principales propósitos del cielo.

Pero no, no conseguí que se dejaran llevar. Me resultó imposible.

Una lástima. A mí me había ido muy bien así.

Muy bien. Porque en ese mismo instante descubrí, al fin, que el sendero que podríamos haber recorrido bailando (a veces hay que ceder ante la gente) no tenía aspecto de ser de alquitrán ni de macadán ni de asfalto. ¡Tendría que haberme dado cuenta antes! Me sentí tan culpable, tan desagradecida... ¿Cómo puede una no advertir algo así? ¿Cómo puedes no advertir lo luminoso y acogedor de las baldosas amarillas?

—¿Tendrá él un corazón para mí? —exclamé—. ¿O un cerebro? ¿O valor?

Acompañé esas preguntas con mi característica cascada de risa cantarina.

—¿Y qué piensan ustedes que es lo que más necesito?

¡Eres una *desagradecida*! Era cierto que el cielo estaba nublado, pero todavía mostraba azul suficiente. Muy bien, había personas que suplicaban auxilio en la oscuridad —entre ellas, probablemente, miles de niños—, pero, aunque no debía olvidar nunca a esas almas en pena, y aunque nunca tenía que dejar de rezar por ellas, ¿era ese motivo suficiente para que yo no le cantara al sol? ¿Qué tenía yo que decirles, en cualquier caso? ¡*Todo está condenado, condenado, condenado; soltemos nuestro equipaje y aullemos!*

No, ellos no querían nada lúgubre. Querían oír cosas alegres; claro que sí, como todo el mundo.

—¿Cantamos un poco mientras caminamos?

—Cante usted —sugirió la mujer. (Él se limitó a sonreír. Era del tipo fuerte y callado, ya no cabía duda.)

—¿Qué canto? Sí, ya sé lo que sería apropiado. «Estamos atareados haciendo nada, todos trabajando, buscando montones de cosas que no hacer...» Yo haré de Bing Crosby y ustedes de William Bendix y de sir Cedric Hardwicke. Me pregunto de dónde proviene ese apellido, ¿ustedes no? —Sin respuesta—. Quiero decir que es

fácil adivinar de dónde viene un apellido como «Armstrong». —Para ilustrar mis palabras estrujé el bíceps del hombre—. ¡Dios mío! —exclamé—. ¿Pero «Hardwicke»? Supongo que por eso le añadieron la «e». ¡Cobardes! Es un enigma de lo más divertido<sup>[23]</sup>.

En el coche, mis acompañantes se apretujaron contra mí, uno a cada lado. Como había previsto, disponían de chófer. Me sentí halagada. Fue un trayecto de diez minutos. Fuimos a una gran casa gris, oculta tras unos muros altos y también grises. Era un lugar impresionante para una simple sucursal de la revista; impresionante aunque nada bonito.

—¿Han venido ustedes desde Londres? Estoy muy agradecida. ¡Tienen que haberse puesto en camino muy temprano! ¡Un largo viaje de nocturno!

Rectifiqué, tratando siempre de ser amena.

—No, un largo viaje bajo la luz de la luna. La hierba húmeda de rocío bajo los manzanos. ¡Un éxito! —Dejé que pensaran en lo encantador que sería: las setas dispuestas para ser recogidas; los frutos maduros en el huerto, recién caídos; las amas de casa que se apresuraban camino del mercado—. De hecho, queridos, les confesaré un secretito. Si alguna vez escribo mis memorias, las titularé exactamente así: *Éxito*.

Por desgracia, me distraje un poco. No me enteré de lo que ponía en el cartel junto a las puertas. No quería perderme nada.

Pasamos adentro. No era ni mucho menos tan lujoso como debían de ser las oficinas de Londres.

Había un pasillo largo y desnudo y gente con batas blancas. Deberían haber tenido en cuenta que incluso en provincias hay cierto gusto por la moda. En cuanto a mí, me habría sentido fuera de lugar con mis galas si no me hubiera acordado de que aquel era mi humilde atuendo de diario. No iba vestida precisamente para impresionar.

Mis dos amigos me dejaron bajo la atención de otra mujer, de tobillos gruesos, una lástima de tobillos. Me hizo pasar a una sala de espera con un desagradable linóleo marrón. Alguien me trajo una taza de té. Estaba fuerte y dulce (yo no lo tomo con azúcar), servido en una taza blanca y basta, de aspecto mugriento. Solo tomé un sorbo, después de frotar con cuidado el trocito del borde donde tuve el coraje de posar los labios. Al hacerlo, legué una chillona mancha escarlata: más un símbolo, quizá, que un molesto derroche de Max Factor. ¡Sí! ¡Me sentí como Virginia Mayo! ¡Pintaba de rosa las nubes!

En fin.

—Por favor —pedí—, me gustaría irme a casa.

Me puse en pie y me ajusté el sombrero y los guantes. Incluso cuando ya se está retirando, una dama debe tener el mejor aspecto posible. Las salidas de escena son tan importantes como las entradas.

Fue a mi nueva acompañante a quien me dirigí: no había nadie más en la sala. Ella estaba sentada, imperturbable, junto a la puerta cerrada.

Tomé mi sombrilla y mi limosnera. Siempre me refiero a ese bolso como mi limosnera, aunque es de cuero y bastante amplio. Sonreí de manera tan resplandeciente como pude..., como si no me afectara el deprimente aire institucional del edificio (porque, sinceramente, eso es lo que ahora me parecía: institucional), o como si no me hubiera revuelto el estómago aquella taza de eso que ellos llamaban té. Le aseguré que no era culpa suya, no, para nada; pero que —¿cómo decirlo?— no me gustaba el ambiente. Aquel no era la clase de sitio en el que la reina o la señora Thatcher se hubieran sentido como en casa. Añadí que, para beneficio de todos, deberíamos reunirnos en algún lugar más grato e inspirador; y mencioné que el instinto nunca me fallaba en tales cuestiones.

Pero la actitud parecía haber cambiado un poco.

A lo mejor, pensé, no había sido lo más acertado por mi parte mostrar mis esbeltos tobillos. Podría haberlos cubierto con el vestido.

—Sí, me gustaría irme —repetí.

—Ten un poco de paciencia, querida. El médico vendrá en un momento. Mientras esperamos, ¿por qué no te terminas el té? Está muy bueno.

—¿El médico? —pregunté.

Asintió.

—Quiere decir, ¿por el bebé?

—Para cualquier cosa que quieras tratar con él.

—Eso es muy considerado, de veras; una atención que no me esperaba. Veo que *Feminist* cuida bien de sus autores. Pero, entre nosotras, preferiría hablar con mi propio médico. De todos modos, pensaba ir a verlo en unos días. Pero no quise echar a correr y alborotar a todo el mundo en cuanto lo supe. Me niego a ser una molestia.

—El médico llegará ahora mismo —insistió ella.

Seguramente tenía buena intención, pero no parecía haber escuchado ni una palabra de lo que dije. Dios, a lo mejor debía presentarme al cargo de Jefe de Personal: entre mis primeros objetivos estarían la adecuada formación de los empleados y erradicar la ineptitud. Pero eso quedaría para más adelante. Me estaba impacientando.

—Voy a escribir una serie de artículos —dije— sobre maternidad y matrimonio, y sobre qué hacer si un pecho te cuelga más abajo que el otro, lo que es un grave problema para una gran mayoría de mujeres. No comprendo qué relación tiene eso con un chequeo, un chequeo que no necesito. Tengo unas tetas envidiablemente simétricas.

Evité mirar las suyas.

—Además, tendrían que haberme avisado. ¡No tienen ni idea de lo difícil que es realizar tus abluciones con un vestido de boda!

Y no tenía ninguna intención de ayudarlos a descubrirlo. Pero eso no se lo dije a aquella mujer.

—¿Me permite pasar, por favor?

—Lo siento, querida. Tienes que quedarte aquí hasta que venga el médico. Luego te llevarán a la cama.

—¿A la cama?

Y de pronto lo comprendí.

—He venido al sitio equivocado, ¿no es así? ¡Esto no es ninguna editorial!

—No, querida.

—Me hace usted pensar que es un hospital. ¿Por qué coño me han traído a un hospital?

—Será mucho mejor que te...

La golpeé con mi limosnera, con todas mis fuerzas. Le acerté en plena barbilla.

Llevaba dentro el libro sobre el rey David. Lo había estado reservando, pero, por suerte, la víspera había decidido empezar a leerlo. Normalmente, el único libro que llevaba encima era *Orgullo y prejuicio*. Pero parecía más apropiado para el rey David que para el señor Darcy mantenerse en forma derribando a Goliats modernos. (Y si él le miró los tobillos, seguro que no apreció diferencia.) Quedó aturdida nada más que uno o dos segundos, aunque fue suficiente. En un instante, crucé la puerta y corrí por el pasillo.

Y Dios me escuchó. No había nadie a la vista.

Mientras corría, supe, por fin, lo que había pasado. Había sido un tremendo error. Se habían equivocado de persona. Era terrible.

Aquello era un manicomio.

De pronto lo vi todo claro. A alguna pobre desgraciada la habían declarado perturbada; y su descripción debía de ser similar a la mía.

Lo que significaba que tenía que ser bastante joven. Pobre niña; lo sentí mucho por ella. Qué espantoso, inimaginable casi, era pensar que ahí fuera había gente —tu propia familia quizá, tus amigos (o quienes creías que lo eran)— capaz de algo tan vergonzoso, hasta extremos inexpresables, además de perverso y egoísta. Gente sin compasión ni empatía. ¡Qué mal debías de sentirte si eras su víctima! Dios mío, ¡qué mal!

Pero yo averiguaría quién era ella y la visitaría con regularidad. Lucharía por restablecer su confianza, su respeto por sí misma, su capacidad para fiarse de los demás.

Sabía que si ahora ella tenía miedo, pensaría que lo tendría para siempre. Yo trataría —¡qué empeño pondría!— de aplacar esos temores.

¿He dicho que era inconcebible? Me di cuenta de que no lo era, ni mucho menos. No me costaba nada concebirlo.

Pero de momento tenía que hacer frente a mi propio aprieto. Era innegable que me había metido en un pequeño lío. (No, yo no; las circunstancias.)

Por suerte no se trataba más que de un aprieto, pero incluso eso podía resultar degradante. Era demasiado pronto para tomárselo a broma. *Adivinad lo que me pasó esta mañana. ¡No os lo vais a creer! ¡Me metieron en un manicomio!*

Por supuesto, podía tomármelo con sentido del humor. Casi todo podía ser material para una buena historia.

Además, esta era muy graciosa.

Pero, aun así, no dejé de correr. No sé por qué corría. Lo hacía por instinto.

Crucé el vestíbulo, las puertas y salí a la calle.

Se acercaba un autobús y había gente esperando en una parada cercana. Debió de servir de ayuda que yo tuviera al rey David como intermediario. ¡Un hombre del especial agrado de Dios!

Oí gritos exaltados. Levantándome el vestido con ambas manos, a pesar de la sombrilla que sujetaba en una mano y de la limosnera que todavía aferraba con la otra, corrí al encuentro del autobús con mis rapidísimas zapatillas de satén rosa, ¡y agradecí al cielo que la carrera fuera cuesta abajo! «Aguanta, pequeñín.» No me quedaba más remedio que rezar para que la telepatía funcionara. «Mamá no va a hacerte daño. Es una carrera un poco movida, pero acabará pronto.»

Me lo imaginaba ahí dentro, la cara colorada, golpeando con sus puñitos las paredes de mi estómago, desesperado por salir y trepar a mis brazos en busca de cariño y consuelo.

Los tres o cuatro que esperaban en la parada fueron los primeros en subir al autobús. Esperé ansiosa mi turno, sin atreverme a comprobar dónde estaban mis perseguidores. El cobrador me ayudó a subir; un hombre de color, además de todo un caballero.

Pero la mayoría de los pasajeros se alejaron de mí, retirándose hacia el fondo del autobús, como si en el breve rato que había pasado en aquellos pasillos con suelo de piedra se me hubiera pegado algo del lugar.

Tres niños con uniforme escolar bajaron del piso de arriba empujándose y me miraron boquiabiertos.

Y el autobús no arrancaba.

—Por favor, toque la campana —dije al cobrador—. Ya no queda nadie por subir.

Pero estaba sin aliento después de la carrera y no me quedó claro si me había entendido.

Por lo visto sí lo hizo.

—Vamos con unos minutos de adelanto, señora.

Miró indeciso hacia la parte delantera y vi que el conductor se estaba apeando.

Oh, Dios, pensé. Dios, ayúdame, por favor.

Vi al conductor y al cobrador hablar en la acera. Los pasajeros —tanto los que se habían apartado como los que seguían en sus asientos— me miraban con curiosidad o impaciencia o embarazo. Unos pocos se reían disimuladamente. Vi a unos hombres con batas blancas correr colina abajo. Uno llevaba lo que me pareció una camisa de fuerza.

Una camisa de fuerza haría daño a mi bebé; no les permitiría ponérmela, de ningún modo. Les explicaría que todo era un error espantoso, aunque a esas alturas

no confiaba en la inteligencia de nadie de aquel sitio.

Pensé de nuevo: oh, Dios, ayúdame, por favor. Si me postro de rodillas, si me sincero ante estas personas, ¿me ayudarás?

Eso fue lo que hice. Aunque en el suelo debía de haber gérmenes y suciedad de un millar de pares de zapatos, zapatos que podían haber pisado toda clase de inmundicias, y aunque había billetes de autobús rotos y un par de pañuelos de papel arrugados y un puñado de uvas pasas pisoteadas, eso fue lo que hice. Me arrodillé con mi vestido de seda y rosas bordadas.

Y dije:

—No es por mí por quien os pido ayuda. Es por mi bebé, mi hijo, mi pequeño Horatio. Hijo vuestro, tanto como mío. Y es mi deber protegerlo. ¡Tengo que llevarlo a casa, sea como sea!

Traté de enjugarme las lágrimas con el dorso de mis guantes, que una vez fueron blancos.

—Sé que allí los dos estaremos a salvo. Allí seremos felices. Hay gente allí, gente buena, que siempre hará todo lo posible por cuidarnos. En casa.

Traté de engatusarlos. Recordé a Dios que, desde que era niña, esperaba ocupar mi lugar en el cielo.

Pero rectificué.

—Que ocupásemos nuestros lugares, quiero decir. Ya no me preocupa lo que me suceda solo a mí.

Los hombres de blanco subieron al autobús y los pasajeros volvieron a retroceder, poco a poco.

Los hombres de blanco me levantaron del suelo.

Pero lo hicieron amablemente; y su amabilidad ocasionó un milagro.

Hubo algo más que contribuyó a ello. Uno me tendió mi sombrero de película, que, durante mi alocada carrera colina abajo, yo había perdido sin darme cuenta. No era una camisa de fuerza, ¡sino mi querido sombrero blanco de película! Comprendí por qué algunos pasajeros se reían. ¡Mi pelo debía de tener una pinta espantosa! Además de no habérmelo cepillado recientemente, y ya no digamos lavado, exigía su muy retrasada dosis de *Love that Blonde!* Las raíces negras pedían tinte a gritos.

Con las manos temblorosas, volví a ponerme el sombrero e intenté atarme el lazo bajo la barbilla. Pero no me fue posible. ¡Qué manera de temblar! Al verlo, otro de los hombres de blanco lo hizo por mí... a pesar de que el autobús era demasiado estrecho para acoger un sombrero con el ala tan ancha. ¡Cómo se reían todos; incluida yo! La naturaleza de su risa había cambiado por completo, hasta la de los escolares. Aquella buena gente se reía conmigo, no de mí.

El terrible episodio tenía una razón de ser, una razón espléndida. Todos habían aprendido una lección. El mundo era ahora un poco mejor.

Tendría que haberme dado cuenta, una vez más, de que así solía suceder: era un nuevo comienzo, la clase de nuevo comienzo que ponía fin a todos los anteriores.

Lloraba de nuevo, pero ahora las lágrimas eran de júbilo. Un júbilo tan intenso que pensé que iba a estallarme el corazón: ¿se podía ser tan feliz? Me sacudí de las rodillas unas pasas y sonreí a los hombres que tenía delante. En especial, al que me había devuelto el sombrero y al que me había atado el lazo, aunque todos, sin excepción, habían demostrado un comportamiento ejemplar.

—Siempre —dije— he dependido de la amabilidad de los desconocidos.

¿No era lo mejor que se podía decir, lo más apropiado?

Y a continuación, uno o dos segundos antes de que me cedieran las piernas y de quedar colgando de los brazos protectores que me sujetaban, contemplé a los pasajeros y al conductor y al cobrador —estos dos, negros negrísimo—, y les dediqué una mirada radiante y extasiada.

Cesó todo movimiento y parecieron congelarse para formar un fresco de colores intensos y al mismo tiempo tranquilo. Vi ahora a los pasajeros en un parque. (A lo mejor el autobús se había estropeado.) Se parecía un poco al parque al que yo iba de niña, aunque mucho más bonito. Y los pasajeros eran mucho más bellos —no es que los conociera bien, pero aseguraría que todos y cada uno habían sufrido una gran transformación—, y de un quiosco de música ornamentado y nuevecito llegaba una melodía adorable. Los bendije a todos. O al menos esa fue mi intención. Quería que supieran que todo estaba bien, que todo era fabuloso, ¡fantástico!

Quise decir:

—¡Qué bobada, queridos! ¡Hay que joderse!

STEPHEN BENATAR nació en 1937 en Londres. Estudió en el King's College de esa ciudad y se graduó en Magisterio en el Sittingbourne College.

Ha vivido en el sur de California, ha sido profesor de inglés en Francia, vendedor de paraguas y portero de hotel. No publicó su primer libro, *The Man on the Bridge*, hasta que cumplió los cuarenta y cuatro años. Su segunda novela, *La vida soñada de Rachel Waring*, vagamente inspirada en la película de Joseph L. Mankiewicz *El fantasma y la señora Muir*, quedó finalista del James Tait Memorial Prize y está considerada su obra más lograda, aunque en su primera edición, aparecida en el prestigioso sello The Bodley Head, vendió pocos ejemplares. En 2007 intentó que fuera reeditada, pero el proyecto fue rechazado por 36 editoriales, a pesar del elogioso prólogo de John Carey, en el que aseguraba que se trataba de una de las más importantes novelas de la narrativa británica de la última parte del XX. Stephen Benatar decidió autopublicarse la novela, hasta que un día, por casualidad, tras una presentación de un libro se topó con un hombre al que le pidió que leyese la obra. Se trataba de Edwin Franks, editor de *The New York Review of Books*. Franks declaró que se leyó la novela de un tirón y que se quedó en estado de *shock*. Tras esta edición, *La vida soñada de Rachel Waring* pasó a ser un clásico de culto. Stephen Benatar tiene cuatro hijos y actualmente vive en West Hampstead, Londres, con su compañero, el diseñador gráfico John F. Murphy.



# Notas

[1] País ficticio ubicado en Europa Central, donde se desarrollan las *novelas El prisionero de Zenda* (1894), *El corazón de la princesa Osra* (1896) y *Rupert de Hentzau* (1898), de Anthony Hope. (Todas las notas son del traductor.) <<

[2] Rachel Waring menciona nombres que han escrito o cantado sobre la primavera. William Wordsworth firmó el poema «Lines Written in Early Spring», incluido en *Lyrical Ballads, and a Few Other Poems* (1798); Al Jolson interpretó en el musical *Bombo* (1921) la canción *April Showers*. Rachel debe de considerar que la referencia a Walter Huston es pertinente porque la canción *September Song*, que interpretaba en el musical *Knickerbocker Holiday* (1938), habla de la relación de una persona de avanzada edad con un amante más joven. <<

[3] Cita del poema infantil «*Lines and Squares*», incluido en el libro *When We Were Very Young* (1924), de A. A. Milne, creador del célebre personaje Winnie the Pooh.

<<

[4] Rachel Waring recuerda un fragmento del tema musical *Oh, You Beautiful Doll*. <<

[5] Una traducción literal sería: «La chica se arriesga». La película, de 1943, se estrenó en España con el título de *La chica y el vaquero*. <<

[6] Buzby fue el pájaro que, en 1976, protagonizó una campaña de anuncios, en forma de dibujos animados, de la Compañía Postal de Telecomunicaciones. <<

[7] Cita del tema musical *I'm 21 Today*. La canción se cantaba para celebrar el día en que se cumplía la mayoría de edad, que, en el Reino Unido, hasta 1970, se alcanzaba a los veintiún años. La ocasión se acompañaba tradicionalmente por una tarta con forma de llave, como símbolo de las posibilidades que se le abrían a la persona a partir de ese momento. <<



[8] Popular radionovela estrenada en 1951 y aún en emisión, en el canal Radio 4 de la BBC. <<

[9] Rachel hace referencia al tema musical *Give me Five Minutes More* (1946), del que la actriz y cantante galesa Tessie O'Shea interpretaba una versión en sus espectáculos de variedades. <<

[10] Referencia a la película *Magnificent Obsession* (en España: Obsesión), sobre la que Rachel y Sylvia habían hablado previamente. <<

[11] Rachel Waring cita de modo aproximado la letra de la canción *The Boyfriend*, que da título al musical homónimo protagonizado por Julie Andrews. <<

[12] Verso de la canción *Home, Sweet Home!* (1823). <<

[13] Rachel Waring canta una estrofa del poema «*Cornin' Ihro' the Rye*», escrito en 1782 por Robert Burns. El libro al que se refiere es *El guardián entre el centeno* (1951), de J. D. Salinger, cuyo título proviene del poema de Burns. <<

[14] El príncipe Rudolf y Flavia son personajes de la novela III prisionero de Zenda (1894), de Anthony Hope. <<

[15] Referencia a la canción *Take a Letter, Miss Smith* (1950). <<



[16] The Co-Optimists fue un espectáculo de variedades concebido por el actor Davy Burnaby y estrenado en Londres el verano de 1921. <<

[17] Rachel Waring puede referirse a la obra teatral o a la película *Berkeley Square* (1926 y 1933 respectivamente). <<

[18] Cita libérrima de *Hamlet*. <<

[19] William Franklin Graham (1918), figura destacada del movimiento evangélico en Estados Unidos, consejero espiritual de varios presidentes del país, entre ellos: Dwight D. Eisenhower y Lyndon Johnson. <<

[20] Entertainments National Service Association, organización nacida en 1939 para proporcionar espectáculos de entretenimiento a las Fuerzas Armadas Británicas durante la Segunda Guerra Mundial. <<

[21] Myron Selznick (1898-1944), agente de Vivien Leigh. <<

[22] Referencia a la canción *When the Red, Red Robin (Comes Bob, Bob, Bobbin Along)* (1926), de Harry M. Woods. <<

[23] Hardwicke se pronuncia igual que *hard wick*: polla dura. <<